BREVE HISTORIA del...

JAPÓN FEUDAL

Rubén Almarza

La apasionante historia de los señores de la guerra: shogunatos, samurais y ronin, desde el período Heian, las guerras con Mongolia, Corea y China hasta el comercio con Europa, la Revolución Meiji y el fin de la sociedad feudal. Una crónica real de mil años convulsos llenos de guerras civiles, rebeliones y luchas intestinas

nowtilus

BREVE HISTORIA
DEL JAPÓN FEUDAL

Índice

Introducción. El país del sol naciente.

1. Los años previos a los Gobiernos militares: el Estado Yamato

- La prehistoria
- El período Yayoi
- El período Kofun (250-592) y el período Asuka (592-710)
- El período Nara (710-784)
- Conclusiones

2. La era Heian y el surgimiento de la clase samurái

- La creación de una nueva capital
- Los Fujiwara
- El declive de los Fujiwara
- Política y economía en el período Heian
- El auge de las sectas budistas
- El auge de la clase samurái
- Cultura y literatura
- El arte
- Conclusiones

3. El fin del período Heian. La guerra Genpei

- Antecedentes a la guerra
- La situación de los Minamoto
- Los Minamoto entran en acción
- Los Taira comienzan a perder terreno
- Conclusiones

4. El período Kamakura

- Yoritomo se hace con el poder
- Establecimiento del clan Hōjō
- Política y Gobierno
- Religión
- Arte y cultura
- Caída del *shōgunato* Kamakura

Conclusiones
5. Kublai Khan pone el ojo en el Pacífico: las invasiones mongolas
Los mongoles y su sistema de Gobierno
El intento de 1274
El intento de 1281
¿Un tercer intento?
6. El período Muromachi: el shogunato Ashikaga
El origen de la familia Ashikaga
Las Cortes alternas
Política y Gobierno
La problemática local
Cultura
Declive del *bakufu*
Conclusiones
7. Un siglo en guerra. El período Sengoku
La guerra Ōnin (1467-1477)
Auge de los *daimyōs*
Los conflictos armados
Llegan los portugueses a Japón
Crisis total en el Imperio
El fin del *bakufu*
8. La reunificación de Japón. El período Azuchi-Momoyama
Oda Nobunaga
Toyotomi Hideyoshi
El auténtico victorioso: Tokugawa Ieyasu
Toyotomi Hideyori
Arte y cultura: los castillos
Conclusiones
9. Japón intenta expandirse: la guerra Imjin
Situación de Japón antes de la guerra
La situación en China

La situación en Corea
Comienza el conflicto
Primeros intentos de paz
La segunda ofensiva
El fin de la guerra y el camino hacia la paz
10. ¿Qué hay de Europa? El creciente interés de Castilla, Portugal y Holanda por Oriente
La situación en Europa en el siglo XVI
La situación en Filipinas
La toma de Filipinas
Los primeros contactos con Japón
Los problemas a los que se enfrentó la evangelización
Hideyoshi exige pleitesía a Filipinas
El galeón *San Felipe* y los mártires de Nagasaki
La curiosidad de Tokugawa Ieyasu y el aislamiento de Iemitsu
Tras la marcha de las potencias ibéricas
11. Entran en escena los Tokugawa: el período Edo
El clan Tokugawa
Sistema de Gobierno
Política en el reino
Economía
Conclusiones
12. El período Edo: cultura y sociedad
La Corte imperial
La clase militar
El campesinado
Las clases urbanas
Los marginados
La movilidad social
La figura de la mujer en el Japón feudal: una visión de conjunto
Arte y cultura

Conclusiones

13. El fin de la sociedad feudal

El fin del período Edo

El redescubrimiento de Japón desde el exterior

Los últimos años del período Edo

La Restauración Meiji

Conclusiones

Epílogo. La vida sigue

Anexo

Tabla de los períodos japoneses con sus emperadores correspondientes

Bibliografía

Colección Breve Historia...

Próximamente

INTRODUCCIÓN.

EL PAÍS DEL SOL NACIENTE.

En 1868 comenzaron las relaciones diplomáticas entre España y Japón. Semejante hecho en la historia de un reino como el japonés, que había estado ajeno durante dos siglos y medio a la realidad del resto del mundo, podría parecer como algo positivo y digno de celebración, pero lo cierto es que el comienzo de los contactos con España se dio en el marco de unas negociaciones desiguales en las que España era una mera comparsa a la espera de que Estados Unidos, Reino Unido, Francia o Alemania le dejasen una porción del pastel. En resumen: eran unos tratados injustos, desiguales, que rompieron con la realidad cotidiana de un Japón que buscaba evitar a toda costa lo que estaba ocurriendo con su homólogo chino tras la primera guerra del Opio (1839-1842).

O dicho de otro modo: el *bakufu* (Gobierno militar que actuaba como regente del emperador y que controlaba todos los ámbitos de la política nipona) entendía que, si bien no se podía seguir viviendo ajeno a lo que ocurría a su alrededor, la aceptación de la presencia extranjera en el reino podía ser controlada, paulatina y, por qué no, deseable a la hora de intentar modernizar un reino que había vivido demasiado tiempo aislado.

Este Tratado de amistad, comercio y navegación ajustado entre España y Japón, firmado en Kanagawa el 12 de noviembre de 1868 por el mismísimo Francisco Serrano (puede consultarse el documento en la web de la Biblioteca Nacional), estipulaba condiciones como la presencia de un embajador español permanente en Japón, con libertad de movimiento dentro del Imperio; la posibilidad de comerciar en aquellos puertos abiertos a las demás potencias (práctica que, como veremos, rompía el monopolio holandés sobre el comercio con Japón); el derecho de los futuros españoles residentes en el archipiélago a profesar su religión libremente o la obligación de que estos futuros emigrantes estuviesen adscritos a la judicatura española, o dicho de otro modo: serían las leyes españolas las que los juzgarían, no las niponas.

Pasar de un aislamiento cuasitotal a las condiciones señaladas, como cabe esperar, era un auténtico ultraje. Sería duro aceptarlas habiendo perdido una

guerra, caso de China tras la primera guerra del Opio, pero sin haber sido derrotado, esto podía considerarse un insulto. Sin embargo, el *bakufu* firmó este y otros tantos tratados desventajosos para ellos, porque aún sin haber sido derrotados, al menos podían esperar a ser mirados de igual a igual en el panorama internacional. Se equivocaban, pero no tenían demasiadas alternativas de acción.

A pesar de esto Japón no deseaba este tratado ni ningún otro, pero los consideraba un mal necesario. No obstante, toda conmemoración que favorezca el intercambio cultural debe ser bienvenido y celebrado.

No se me ocurre, a su vez, mejor momento para acercar al lector esta *Breve historia del Japón feudal*, en la que podrá observar el proceso por el que ha pasado el archipiélago hasta finales del siglo XIX. Como se verá en las próximas páginas, el país del sol naciente tuvo una salida tardía de su forma de Gobierno militar, pasando de una situación de medievalismo modernizado a una Revolución industrial feroz, a un imperialismo realmente exacerbado y a un nacionalismo intenso como pocos hubo en el siglo XX.

Aunque ¿podemos hablar de la historia de un país no europeo con términos eurocéntricos? Esta es una cuestión que aún es objeto de debate entre los entendidos. Y es que, si bien en Europa (con notorios matices entre los diferentes países) es fácil adscribir la historia a las cuatro etapas principales (es decir: Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna y Edad Contemporánea), esta situación es imposible de darse, por ejemplo, en zonas como la América Andina o la caribeña. No todo el planeta evolucionó de la misma manera, y la mayor parte del mismo tuvo que hacerlo a marchas forzadas, saltándose etapas y plegándose a los deseos de una metrópoli que decidía que el territorio explorado ahora era suyo. En ocasiones esa transición fue un hecho traumático del que quedaron secuelas.

En el caso de Asia es más complejo, ya que la evolución de estos países responde a su propia realidad interna. En el caso que nos ocupa en este libro, veremos que Japón tuvo que enfrentarse a realidades y circunstancias concretas que en absoluto tendrán que ver con los acontecimientos acaecidos en China o Corea, cuya historia estuvo más ligada al encontrarse conectados territorialmente. China influenciará enormemente a Corea y esta lo hará sobre China, por lo que el

intercambio cultural fue prácticamente continuo. No es así en el caso de Japón que bebe de las influencias chinas y coreanas, pero estas no son continuadas en absoluto, lo que hace que el archipiélago desarrolle una cultura completamente ajena a la realidad del continente.

Esa situación única, lejos del continente como para ser invadida, pero lo suficientemente cerca como para no ser totalmente ajena, le llevó a que los intercambios culturales, lejos de ser fluidos, fuesen provechosos: Corea introduciría el caballo, China el budismo y la escritura, Portugal las armas de fuego y Países Bajos los libros de ciencia europeos, por poner cuatro ejemplos fáciles. Cuando el comodoro Perry consiguió que Japón firmase su primer tratado desigual con Estados Unidos, el Gobierno japonés lo hizo en legítima defensa y tremendamente dolido en el orgullo, al ver que una potencia nueva como Estados Unidos estaba notablemente más avanzada que ellos. Firmando estos acuerdos ganaba tiempo para conocer su entorno y para intentar ponerse al día. Dicho de otro modo: quemó etapas de una manera realmente rápida y consiguió evitar que el daño fuese mayor comprando un poco de tiempo.

Atendamos a la realidad geográfica de Japón antes de seguir: este se compone de cuatro islas principales y de otras tres mil pequeñas, entre las que se cuentan Mairuppo y Okinawa. Las islas principales son Hokkaido, al norte; Hōnshu en el centro, la más grande de todas; Shikoku, la más pequeña, al sureste de Hōnshu; y Kyūshū, la isla principal más al sur, que cuenta con ciudades como Nagasaki. Estas islas forman una especie de arco que protege a las dos Coreas y a la parte más oriental de Rusia de la virulencia de las aguas. Por su situación con respecto al mar, el pescado es uno de sus pocos recursos naturales, a excepción de minas de plata y bosques de los que extraer madera.

Mapa mudo de Japón, en el que se ven las cuatro islas principales: Kyūshū, al sur; Shikoku, la más pequeña; Hōnshu, en el centro y Hokkaido, al norte

Tenemos que indicar que el 73 % del terreno japonés es montañoso, lo que hace que las zonas habitadas tengan una densidad de población tan grande que lleva a que, por ejemplo, Tokio sea una de las ciudades con mayor cantidad de habitantes del planeta. Esto hace, además, que todas las laderas o colinas sean aprovechadas para el cultivo, y esta falta de suelo habitable fue una de las posibles causas por las que, en el siglo XIX y en la primera mitad del XX, Japón se lanzase a conquistar suelo vecino, como Corea o Taiwán. Su constitución insular, que además actúa como barrera continental con respecto al océano pacífico, lleva a que los terremotos y los tsunamis ataquen con especial virulencia al archipiélago. Lo

que acentúa la situación, además, es que Japón sea una zona con actividad volcánica. Para que entendamos que las catástrofes naturales son sustancialmente más importantes que en España, podríamos mencionar que el volcán más activo del archipiélago, el Asama, se encuentra a tan solo cien kilómetros de Tokio.

En lo que a clima se refiere, se puede afirmar que es realmente variado, debido a las latitudes en las que se encuentran las islas. Por ejemplo, Hokkaido cuenta con un verano intenso y un invierno especialmente frío, mientras que existen zonas que, por la enorme cantidad de humedad que albergan, tienen climas que incluso podrían ser considerados tropicales.

Como se puede imaginar, un país como Japón no se mantuvo tal y como lo conocemos hoy en el tiempo. O, dicho de otro modo, no siempre contó con su extensión actual. En Japón, y prácticamente en cualquier país del planeta, el proceso fue similar. El país nació en las islas más sureñas y se extendió hacia el norte, y en el siglo XIX dio el salto a la plataforma continental. En la actualidad, Japón es solo una entidad insular, pero no siempre fue así, y en absoluto podemos otorgar al nacionalismo del siglo XIX la idea de expandir sus fronteras. En este libro veremos un intento de expansión por Corea. Pero al plantear un estudio de un país tan lejano y del cual el lector medio cuenta con tan poca y disgregada información, uno se pregunta: ¿cómo puede abordarse un estudio de estas características?

Para ello, ha sido imprescindible apoyarse en títulos universitarios tanto en castellano como en inglés. Lo cierto es que es dentro de las editoriales universitarias donde se publica un mayor número de novedades académicas, por lo que buena parte de la bibliografía de este libro se alimenta de ellas. Pero también se ha acudido a clásicos, como la *Cambridge History of Japan*, un compendio de autores reunidos en una enciclopedia de varios tomos imprescindible para entender la historia nipona. También atendemos a autores de habla no inglesa o castellana pero que han sido traducidos, como Moon Hyang Kyung, Mikiso Hane o Jacques Gernet. En lo que a bibliografía española se refiere, hemos consultado a autores clásicos como Antonio Cabezas o Carlos Rubio, pero también a autores más actuales, como Jonathan López-Vera, Oriol Junqueras o Irene Seco. No solo de monografías se ha compuesto la bibliografía, sino que también ha constado de revistas

universitarias o de fuentes primarias en castellano.

La historiografía de los países vecinos ha sido fundamental para entender determinadas etapas, por lo que se ha recurrido a sinólogos y a historiadores especializados en Corea. Entiendo que, para comprender todas las caras de un problema, es fundamental escuchar a todas las partes, y en este caso se ha querido apartar en parte de la visión de los autores especializados en Japón para escuchar voces alternativas que, bajo su criterio, podía enriquecer al lector. En las próximas palabras se encontrarán multitud de matices, de explicaciones y de redundancias en pos de facilitar la comprensión del conjunto. Cuando se vierta una opinión se indicará, y cuando la idea sea de otros autores, se indicará también.

En cuanto al modo de citación de las palabras japonesas, se ha empleado el sistema Hepburn a la hora de indicar vocales largas mediante un diacrítico, como en Hōnshu, aunque se ha aceptado la españolización de algunas palabras de conocimiento amplio como Tokio o Kioto. Los pocos *kanjis* (unidad de escritura fonética procedente de china y utilizada en Japón) que se encuentran en el texto son a modo explicativo y con su pronunciación al lado.

Este libro no se ha podido escribir solo, y ha habido personas que han servido de guía, de apoyo y de referencia a la hora de escribir el libro que ahora tienen en sus manos. Esto no habría sido posible sin la confianza que la editorial Nowtilus ha depositado en mi persona, aconsejándome y ayudándome a pulir determinados detalles. Me gustaría acordarme de Ángel Martínez y de Beatriz Garrido, con cuya revista, *Artyhum*, pude publicar mis primeros artículos, así como de Agustín Haro, que me facilitó poder comenzar a publicar reseñas en Argentina en su *Revista Historia para todos*. No me quiero olvidar de María Jesús López Beltrán, quien me dio la posibilidad de escribir para un medio especializado en cultura japonesa como *Japan's Eye*, o de Noemí Trujillo, editora y escritora que me ha manifestado continuamente su apoyo y sus ganas de leer esta monografía. Evidentemente, mi familia ha tenido un papel fundamental en la elaboración con su apoyo y comprensión, así como amigos, pareja y compañeros de trabajo.

En las siguientes páginas uno podrá encontrar un relato de los hechos ocurridos, que pueda servir para introducir al lector en la historia de un país que, si

bien fue compleja como la de cualquier otro, no deja de ser hermosa y digna de estudio. Los acontecimientos aquí narrados ocurrieron y sus personajes existieron, por lo que he prescindido de elementos románticos o ilusorios y he preferido ceñirme a los hechos de la manera más objetiva que he podido, mencionando sus luces, pero también sus sombras; sus momentos de gloria, a la vez que sus horas más bajas. En definitiva, he intentado hacer comprender una realidad completamente ajena al ojo occidental. Si me acompañan en este viaje por el tiempo, estarán ante un libro escrito con mimo y con tesón, con el que espero que disfruten y les anime a explorar por ustedes mismos los entresijos de la maravillosa nación que es hoy Japón.

Los años previos a los Gobiernos militares: el Estado Yamato

Antes de comenzar a hablar del período Heian, se deben hacer unas cuantas consideraciones previas de la historia de Japón, pues, como es de esperar, esta influyó sobremanera al devenir posterior del archipiélago. Por ello, debemos tener en cuenta que, aunque nos centremos en un período concreto y vayamos a tratarlo de forma estanca, no debemos olvidar que los siglos que se van a estudiar a continuación son herederos directos de su pasado, y que la gran mayoría de las decisiones que se tomen posteriormente habrán sido gravemente influenciadas por el bagaje que el pueblo japonés carga a sus espaldas.

Los orígenes del pueblo japonés son, como en prácticamente cualquier civilización del planeta, inciertos o inexactos. Si bien hay diferencias entre los historiadores a la hora de poner una fecha como punto de partida, suele coincidirse, *grosso modo*, en que los primeros pobladores fueron nómadas que pudieron entrar en el archipiélago desde Corea. Su procedencia es objeto de discusión: historiadores japoneses como Hane defienden que la entrada al archipiélago fue llevada a cabo en primera instancia por grupos tribales en diferentes tandas —siendo una de ellas la de los ainu, en la isla de Hokkaido, de los que hablaremos más adelante—, y que su procedencia pudiera ser el noreste asiático o desde China y el sudeste asiático. Más consensuada parece la teoría de que los mongoles utilizaron la vía peninsular para facilitar su entrada en las islas. Es lógico, por tanto, que, si bien más adelante fueron chinos y coreanos quienes se integraron en el territorio, su lengua no esté completamente influenciada por el mandarín, sino que pueda haber vínculos con lenguas polinesias. No obstante, es posible afirmar que los restos humanos más antiguos encontrados en el archipiélago datan de hace treinta y tres mil años aproximadamente, aunque los primeros restos de vida homínida se remontan a los setecientos mil años antes de nuestra era.

El Paleolítico japonés destaca por las oleadas de población del exterior que entraron en el territorio, en una etapa en la que las islas debieron ser territorio inhóspito, debido a la glaciación que había en el globo. Debemos atender al hecho de que en Japón exista una enorme cantidad de fosas volcánicas, que en este período debieron de soltar ceniza a la atmósfera, cubriendo los cielos e impidiendo que llegase la luz del sol, lo que reduciría la temperatura y favorecería una glaciación ya de por sí fuerte en todo el planeta. De estas glaciaciones podemos deducir que hubo conexión del continente asiático con Japón por tres vías: por Sajalín, isla al norte de Hokkaido, actualmente territorio ruso; Tsushima, al oeste, por lo que se deduce que el puente de tierra estuviese conectado con la península coreana; y en la cadena de islas Ryūkyū en el sur.

Estas dos últimas vías parecen las más plausibles a la hora de determinar una entrada para los nómadas. La vía de Sajalín, separada de Hokkaido por el estrecho de La Perousse, de tan solo sesenta metros de profundidad, pudo ser la última alternativa, cuando los otros dos puentes colapsaron por la desglaciación y por la inundación del océano Pacífico del mar del Sur de China en primer lugar, y del estrecho de Tsushima después. Este estrecho, por cierto, separa actualmente Corea y Japón. Sin embargo, aunque la vía de Sajalín haya sido descartada a la hora de hablar de una primera entrada en el archipiélago, no explicaría que los ainu, ubicados en Hokkaido, tuviesen rasgos diferentes al resto de habitantes de las islas. Estos pobladores de la ínsula más al norte tendrían una fisonomía más parecida a la de los habitantes de Mongolia o Manchuria, que contrastan con la del resto del archipiélago, más semejante a la china. Tampoco explicaría la enorme variedad de influencias que tiene la lengua japonesa, pasando por el chino, el coreano o el mongol.

El comienzo del Mesolítico es relativamente contemporáneo a las fechas que se manejan en Asia Central y Europa, encontrándose restos que datan del 8000 a. C. Debido a su condición aislada con respecto al continente, los historiadores afirman que el Mesolítico fue realmente prolongado. Etimológicamente, su nombre nos indica que es el período entre la piedra antigua (Paleolítico) y la piedra nueva

(Neolítico). El período abarca desde el fin de la glaciación hasta el comienzo de la agricultura. Es decir: abarca los últimos años de las sociedades cazadoras-recolectoras para dar paso a las agricultoras y ganaderas, que acabaron asentándose en un espacio y dejaron de ser nómadas.

Esta etapa se corresponde con una época de muchos cambios en un espacio relativamente corto de tiempo: las temperaturas aumentaron considerablemente, lo que dio fin a la glaciación anterior, y aumentó de esta manera el nivel del mar. Esto llevó a que se formasen playas y marismas de baja profundidad que permitieron la recolección de crustáceos y el comienzo de la especialización en la pesca. Con ello, el ecosistema cambió de forma notable, favoreció la recolección de frutos y permitió a los seres humanos salir de sus cuevas para poder construir las primeras cabañas. Sin embargo, este cambio brusco en el ambiente impidió a muchas especies aclimatarse a la nueva situación, caso del elefante Akebono, y llevó a la extinción de múltiples especies, lo que obligó a los seres humanos a cambiar su alimentación en pos de aquellas especies que sí habían conseguido sobrevivir, caso del ciervo japonés, o en perjuicio de otras que estaban comenzando a nacer.

Los pueblos nómadas del período, recogidos bajo el término de cultura jōmon (cuyo nombre se debe al uso de una alfarería llamada de igual manera), se dedicaban a la caza y a la pesca, así como a la recolección y almacenaje de alimentos. No obstante, a pesar de que estos pueblos se podrían remontar según hallazgos recientes al 14500 a. C., se sabe que desde el 6000 a. C. practicaban una agricultura primitiva basada en cereales. Es decir: durante ocho mil años la forma de subsistencia por antonomasia fue la de cazador-recolector, y aún quedaría mucho camino por recorrer para abandonar esa forma de vida. Tres mil años antes, en Oriente Próximo, los pueblos comenzaron a tomar una vida sedentaria en torno a la ganadería y la agricultura, y comenzaron a darse asentamientos de gran magnitud que llevarán a la fundación de ciudades como Jericó y otros asentamientos en Palestina, Siria o los montes Zagros. Para el 6500 a. C. se fundó Çatal Huyuk en Anatolia, lo que nos sirve para entender que, mientras que en el Creciente Fértil (región compuesta por Mesopotamia, Egipto y la zona de Palestina y Siria) se estaba asistiendo a la creación de las primeras ciudades, en Japón aún se estaba lejos de

llegar a eso.

La cerámica jōmon se caracterizó por el cardado como elemento decorativo y por formas onduladas realmente interesantes

Esta cultura jōmon se extendería desde Hokkaido hasta Okinawa, y su cerámica sería la más antigua del mundo. Su característica principal fue en relación con las marcas de cuerdas en sus recipientes. Irene Seco apunta acertadamente que, mientras que en el resto del mundo la agricultura y la cerámica fueron estrechamente ligadas de la mano, en Japón esta artesanía vino mucho antes que la instauración del cultivo como práctica de subsistencia. Y si bien las armas de estos primeros habitantes eran rudimentarias piezas de piedra, en el caso de la cerámica podríamos hablar de cierta sofisticación y complejidad en las formas y en la decoración.

Los restos de los asentamientos de estas poblaciones de los que tenemos constancia se encuentran en la costa y en las riberas de los ríos, lo que nos hace pensar en la importancia de la pesca y de la recolección de moluscos y crustáceos para su alimentación. Es habitual encontrar concheros en las cercanías de los poblados, y la estratigrafía nos muestra restos de peces como los besugos, animales de aguas profundas, lo que lleva a pensar a historiadores como Junqueras que estos pueblos pudieron tener técnicas sofisticadas de pesca. También pescaron salmones y moluscos típicos de agua dulce.

En realidad, el nivel del mar no se encontraba como en la actualidad, por lo que es posible que estos seres humanos tuviesen acceso a zonas más accesibles para la pesca de estos animales. Es habitual encontrar pecios en las costas situadas al sur de Japón y de las islas Kyūshū, siendo el de Yonaguni el más significativo. No obstante, es posible que esta sofisticación en la pesca o la dependencia de la recolección de frutos y moluscos favoreciese la sedentarización. La mejor alimentación de estas personas con respecto a sus homólogos europeos llevaría a una reducción de los períodos de descanso entre alumbramientos, lo que llevó a un aumento de la población considerable. (veinte mil personas en algunos de ellos).

La adaptación al medio por parte de estas personas favoreció que hubiese movimientos migratorios por diferentes razones. En el Jōmon tardío se dio un fenómeno migratorio desde el centro al sur del archipiélago, posiblemente por el endurecimiento del clima. Esto explicaría la extensión de la cerámica de cuerdas anteriormente comentada desde Kanto hasta las Kyūshū. Lo cierto es que en los casi once mil años que duró esta cultura, las formas de hacer las cosas no fue uniforme. Se pasó de las herramientas de piedra a los cuchillos y más adelante a las hachas, y es en estos años cuando comenzaron a crear casas, comúnmente subterráneas con un techo de paja. Esta mejora de la tecnología llevó a que no se marcase el final de esta cultura en el Neolítico, sino alrededor del 2000 a. C., cuando estábamos asistiendo al período tardío de Jōmon. Y tampoco podemos afirmar que, cuando esta desapareció (ya que la cultura yayoi nació de forma espontánea, como en prácticamente todos los procesos históricos, estos ocurrieron de forma fluida y no estanca), no coexistiera ya con la cultura yayoi en el sur, aunque fuese

por poco tiempo.

EL PERÍODO YAYOI

No fue hasta el período Yayoi (500 a. C.-300 d. C.) cuando apareció el cultivo de arroz en forma de arrozales, introducido desde China o desde el sudeste asiático. Todas las civilizaciones que medraron y que aumentaron exponencialmente su población lo hicieron, en parte, por incorporar cereales a su alimentación, debido a su alta carga calórica. Y el perfeccionamiento del cultivo de arroz vino dado por un efecto dominó: después de la unificación de China en el año 211 a. C., sucedida tras la tumultuosa etapa de los reinos combatientes (que duró aproximadamente siete siglos y que consistió en siete zonas de influencia disputándose la hegemonía sobre las demás, saliendo victoriosos los Qin), los emperadores de la dinastía Qin se lanzaron a presionar a sus vecinos más próximos, entre los que se incluía Corea. Así pues, esto supuso la emigración de enorme cantidad de pobladores coreanos a la zona de Kyūshū, donde introdujeron sus técnicas de cultivo y trajeron con ellos modos y formas que desembocarían, con la fusión de lo autóctono de Japón, en una nueva cultura, la yayoi. Esta se conoce primordialmente por su cerámica, más simple en su decoración a la del período Jōmon. Pero es en este momento cuando comenzaron a extenderse la domesticación del caballo y de la vaca, la fundición del hierro y el uso del torno para la cerámica.

El origen de los yayoi es discutido. Actualmente la teoría más aceptada es la de que la mayor parte de estas mejoras técnicas fueron importadas desde Corea, por emigrantes con una fisonomía diferente, debido al cambio de dieta y de estilo de vida, más sedentario y que buscaban asentarse en el archipiélago. Sin embargo, esto contradice a la historiografía clásica japonesa, que aduce que la cultura yayoi es exclusivamente autóctona, o como una irrupción de jinetes procedentes de Asia Central. De hecho, lo más aceptado es que el caballo fue incluido de forma masiva durante el período Yamato. Sin embargo, esta teoría está prácticamente descartada, dado que no explica cómo llegaron a Japón ni justifica el parecido de los japoneses con el pueblo chino o coreano.

Sin embargo, sí que sabemos dónde se desarrolló esencialmente. Ubicados sus restos en el norte de Kyushu, Aomori y Kanto (donde se ubica el yacimiento que da nombre a la cultura yayoi, cerca de Tokio) y posteriormente en Hokkaido,

este será el primer período en el que se haga uso del metal, abarcando desde espadas de bronce hasta espejos usados en ritos religiosos o herramientas agrícolas. El asentamiento en Hokkaido pasó por un período de aculturación de la isla en el que se ocupó y se sustituyó a la población autóctona ainu de forma violenta en ocasiones. Actualmente quedan pocos vestigios de la cultura ainu, que se basa en el respeto a la naturaleza, sin embargo, podría haber influido en la cultura de la sociedad contemporánea. Se calcula que aún quedan ciento cincuenta mil miembros de esta etnia, aunque son datos poco fiables, dado que hay quien prefiere ocultar su procedencia.

Fue en este período, con la división del trabajo entre los miembros de las sociedades, cuando se comenzó a ver un intento de estratificación social y se establecieron clases dominantes con súbditos, e incluso cacicazgos. Es importante que tengamos esta idea en mente, ya que el período feudal adoptó, salvando las distancias, esta manera de organización social. La cual, por otro lado, también se estaba dando paralelamente en Europa y Asia, y fue la base de la sociedad estamental posterior. En los registros estratigráficos encontramos cementerios, unas tumbas más grandes y sofisticadas que otras, y en los ajuares se puede ver objetos suntuarios como espejos o conchas, así como otros importados del continente asiático. El enterramiento se hizo de forma más desarrollada que en el período Jōmon, donde encontramos túmulos o formas de enterramiento similares en lugares separados por enormes distancias.

Los dos grandes centros de población en esta era fueron Kyūshū (como por ejemplo Sugu o Mukimo), al sur, y Yamato (por ejemplo Santonodai), en el centro de Japón, próximo a la actual Kioto. Autores como Hane consideran que las incursiones coreanas fueron especialmente continuadas a finales del período, lo que aumentó su área de influencia en el archipiélago. Estos emigrantes no fueron considerados como tales, sino como un pueblo análogo con el que se mezclaron. Esta entrada paulatina de población coreana (especialmente a partir del 300 a. C. en el norte de Kyūshū) y china, desde el sur hacia el centro, continuaría hasta los siglos VI y VII. Sin embargo, la expansión de esta cultura se encontró con problemas variopintos. En primer lugar, a pesar de que en China la agricultura se practicaba

desde hacía siete mil años, y que en Corea estaba asentada desde hacía dos mil quinientos, en Japón el clima era mucho más frío, lo que impedía el cultivo del arroz irrigado, especialmente al norte del archipiélago, a pesar de que en el sur fuese un factor determinante, por lo que en Hokkaido o Tohoku se optó por la recolección de frutos secos. Por tanto, en el norte la cultura jōmon persistió mientras que en el centro y sur la yayoi cobró una enorme fuerza que le llevará a la posterior expansión anteriormente mencionada. De hecho, llegarían a coexistir ambas culturas, y así encontramos asentamientos en los que vemos casas de una y de otra mezcladas entre sí. Se debe incidir en que estas poblaciones que se adentraban en el archipiélago, al dominar el cultivo de arroz de regadío y al tener una alimentación mejor y variada, acabaron procreando a un nivel mayor en volumen a lo que los habitantes del norte estaban acostumbrados, por lo que la densidad demográfica se disparó en un período relativamente breve de tiempo (alrededor de setenta veces en un período de setecientos años posterior al comienzo de la cultura yayoi).

El norte de Kyūshū pudo gozar de una enorme densidad poblacional, donde esta cultura se desarrolló de forma más extendida. El lugar se encuentra, según la mitología sintoísta, protegido por la diosa del sol y de la fertilidad Amaterasu, de quien se cree que desciende el pueblo japonés. El relato cuenta que, mientras que Amaterasu protegía los campos de arroz, Susanoo, dios del mar y de la tormenta, y además hermano de Amaterasu, buscaba anegar los campos, llegando a asesinar a Ogetsu-hime, que ofrecía cereales para la subsistencia de los humanos. Este relato, que en detalle vendría a justificar los ciclos de regadío del cultivo, sirve para ilustrar el proceso de neolitización que se estaba llevando a cabo en la sociedad de la zona. Amaterasu se acabaría imponiendo a Susanoo (que protegía a Izumo, en la isla de Shimane, actual región de Chugoku) debido a que este último no entendió el valor de los cereales. O dicho de otro modo: las sociedades que desarrollasen la industrialización neolítica y adaptase mejor los campos a su entorno se impondrían sobre aquellos que se negasen a aceptar los cambios, posiblemente por la vía militar que permitiría comenzar un proceso de unificación política que se justificaría con argumentos religiosos.

La diosa del sol Amaterasu emerge de una cueva, de Utagawa Toyokuni. Aquí se muestra a la diosa principal del panteón nipón con formas que recuerdan al arte secular cristiano.

Así sería como la cultura yayoi comenzaría a extenderse hacia el norte, que serviría de base para legitimar, como veremos un poco más adelante, la figura del emperador como referente religioso y político. Cabe destacar que el sintoísmo, religión autóctona de Japón, y de la que surge el relato mitológico de Japón, es diferente a lo que en Occidente estamos acostumbrados a entender por religión. Carece de escrituras oficiales, por lo que todo lo que sabemos sobre los ritos y creencias lo conocemos por fuentes mandadas escribir por emperadores a partir del siglo VIII o por relatos regionales. Los estudios posteriores que se han hecho sobre el sintoísmo tienen su base en estas fuentes que únicamente tienen como objetivo legitimar una figura de autoridad. Además, el sintoísmo carece de una figura máxima a la que rendir culto, como pudiera ser Jehová, Alá o Sidharta Gautama. Por el contrario, todo lo que nos rodea es susceptible de tener un kami (cuya traducción es ambigua y dependiendo del contexto deriva en Dios o en espíritu), por lo que todo es susceptible de ser recordado.

Pero, como es de esperar, junto a este desarrollo cultural y económico se produjo a su vez una mejora en el ámbito militar. Hemos atisbado ese cambio en el orden poblacional, pasando a una estratificación que con el tiempo se volverá más compleja. En la cúspide de la sociedad se encontraban aquellos individuos

capaces de defender a los suyos, aquellos que podían garantizar la seguridad del resto, y será por ello por lo que la clase militar tendrá tanto peso en el período feudal japonés. El arma principal del período fue el arco, lo que daba una gran ventaja al disparar a objetivos lejanos. Sin embargo, habría que hacerse una pregunta: ¿a quién atacaban al sentirse amenazados? O, afinando un poco el planteamiento, ¿de quién tenían que defenderse? Efectivamente, la cultura yayoi no fue un protoestado ni mucho menos, aunque se estuviesen dando pasos para el mismo, sino un conjunto de agrupaciones poblacionales que se regían por los mismos hábitos y costumbres, que guerreaban entre ellos por el control de las mejores zonas y que no tenían reparos en utilizar las armas si era necesario.

En cuanto a los registros estratigráficos, nos encontramos con los primeros restos de campamentos fortificados en Kyūshū y en las llanuras de Kanto. Podríamos asumir que lo que no consiguió el arroz y otros cereales para la expansión de estas sociedades sedentarias y neolíticas, lo conseguirían las armas. Visto de otro modo, aduciendo el acuerdo tácito para preservar el linaje de Amaterasu, podríamos entender que la cultura septentrional de Kyūshū llegaba a pactos con sus iguales para absorberlos o para unirlos a su causa, pero que no siempre fue por la vía pacífica. Estas diferencias entre poblaciones se acentúan si tenemos en cuenta que Japón entró en el Neolítico de forma tardía pero intensa, con el uso de armas de hierro y bronce en el sur y el centro mientras que en el norte se utilizaban utensilios de piedra. Es posible, por tanto, que las armas jugasen un papel importante en la protoestatalización de Japón y en la estratificación de la sociedad. El uso de los metales, como ya se ha comentado, iría adquiriendo un enorme valor ritual y decorativo, así como para la acuñación de moneda, especialmente en el caso del bronce, mientras que el metal se destinaría a aparejos de labranza y se extendería su uso para las armas.

En cambio, no contamos con restos de escritura, ya que no contaban con un sistema propio. Es en los siglos V y VI, influenciados de manera enorme por China culturalmente, cuando encontramos datados los primeros restos escritos, aunque en diferentes tratados chinos se mencione a Japón alrededor del 300 a. C., que indican que Japón, en estos primeros siglos de nuestra era, atravesó conflictos

armados en un territorio compuesto por cien microestados, algunos de ellos vasallos de la propia China. Estamos ante una interpretación que puede ser sesgada, pero que no deja de mostrarnos un antecedente de lo que veríamos más adelante durante el período Sengoku, en el que el poder central era una comparsa a merced de multitud de caudillos locales que hacían y deshacían a su antojo en sus territorios. Sin embargo, no encontramos indicios de injerencia política china en ese momento, por lo que su presencia podría reducirse a embajadas comerciales o posibles embajadas para extender su influencia al archipiélago sin demasiado éxito.

Imagen que representa al emperador Jinmu, hecha por Ginko Adachi en el año 1891 para su Nihonki

Sí que mencionan en estos textos a una reina llamada Himeko. A pesar de que no esté confirmado su nombre como cabeza de la estirpe imperial que llega a nuestros días, no es baladí el detalle, ya que hasta el auge de la clase militar, según varias tesis, Japón pudo ser una sociedad esencialmente matriarcal. Estas crónicas

colocan a Himeko como soberana de un reino llamado Yamata o Yamato junto a su marido el emperador Jinmu. Y es a quien las crónicas posteriores atribuirían como la fundadora del Estado Yamato, para el cual no hay una limitación territorial marcada. Pudiera ser que este reconocimiento estuviese pensado para atribuir a una princesa la soberanía de una entidad política del mismo modo que se atribuye a Amaterasu el linaje del que desciende el pueblo japonés, lo que la colocaría como la diosa más relevante del sintoísmo. Quizás esta solución contentase a todos los clanes del archipiélago que empezaban a formarse, dado que de esta forma podría entroncarse a la diosa con el jefe de cada clan bajo el título de okimi o gran señor, término que derivaría en tennō o emperador más adelante, viendo que, ya desde este período, la autoridad política y la religiosa se han agrupado en la misma persona.

No es insignificante el detalle de que los clanes aceptasen a uno como heredero directo de Amaterasu, que acabaría siendo el imperial: en el futuro, los más poderosos querrían entroncarse por la vía matrimonial con el linaje sagrado del emperador, y muchos de ellos se declararían familiares más o menos cercanos al mismo para legitimar su poder. Sería, a la larga, una estrategia política muy efectiva, aunque no exenta de riesgos, al ser complicada la demostración de la veracidad de dicha consanguineidad.

Es en esta nueva etapa que se abre en Japón cuando vemos la creación del primer protoestado, el Yamato. Sin embargo, aunque esa pueda parecer su característica más importante, no es la única que significa una ruptura con respecto a la cultura yayoi. Por ejemplo, el nombre del período (Kofun, que literalmente significa túmulo antiguo) nos indica que el ámbito funerario fue realmente importante. Exceptuando en Hokkaido, se contabilizan hasta ciento cincuenta mil túmulos por todo Japón, con diferentes características y diversos tamaños, lo que nos habla de la relevancia del paso a la muerte y nos dice mucho del allí enterrado, ya que cuanto más grande sea su tumba, mayor será su estatus. Destaca por ejemplo, el túmulo de Daisen, en Osaka. Estas tumbas son sagradas, tanto para la religión sintoísta como para las corrientes budistas niponas, debido a que esta forma de enterramiento se seguirá haciendo cuando el budismo sea introducido en el archipiélago más adelante.

Dentro de estas estructuras se encuentran varias cámaras que albergan ajuares funerarios que acompañaban al difunto, como espadas, armaduras, campanas ceremoniales (que ya la cultura yayoi empezó a implementar) o sillas de montar, lo que nos indica que el caballo podría haber sido introducido en Japón en este período y que era símbolo de una buena posición jerárquica. También hubo estatuas votivas con formas animales o de la naturaleza, así como recipientes en los que depositar ofrendas. Estos enterramientos solían colocarse en laderas o colinas para dar la impresión de ser más grandes que su auténtico tamaño. Sin embargo, el crecimiento poblacional nipón a lo largo de los siglos, el aumento de densidad de las ciudades y la necesidad de nuevos espacios de cultivo harán que no sea extraño encontrarlos en medio de zonas residenciales o cerca de zonas de cultivo. Pero, como cabe esperar, las formas no se mantuvieron estáticas a lo largo del tiempo, sino que fueron cambiando y amoldándose al gusto de la región donde estuviesen situados. Tampoco fueron tumbas unipersonales: se registran varias cámaras mortuorias en cada uno de estos túmulos.

El túmulo de Daisen se encuentra en la prefectura de Osaka, y se cree que es la sepultura del emperador Nintoku

El nombre de este Gobierno debe su origen al lugar donde se cree que se instaló la dinastía imperial en un primer término. Antes del cambio absoluto de mentalidad que propició la Segunda Guerra Mundial, el relato histórico nacional era el de que el emperador descendía de la diosa sol, Amaterasu. El bisnieto de la diosa, Jinmu, sería el primer emperador mítico de Japón, mientras que Himeko, su pareja, sería la fundadora de Yamato. No obstante, como se comentaba anteriormente, las luchas intestinas entre diferentes clanes debieron de ser bastante asiduas, ya que, unidas a las que ya existían en el archipiélago, muchas otras iniciaron su entrada desde Corea. El clan vencedor de dichas escaramuzas se instaló en Yamato, con Jinmu a la cabeza. No obstante, el primer emperador documentado sería Sujin, quien gobernó a finales del siglo III de nuestra era. Sin embargo, las guerras intestinas en su período fueron constantes y se cree que pudo haber hasta

tres cortes simultáneas: la Sujin, la Ojin (oriunda de Corea, del reino de Baekje, al suroeste de la península) y la Keitai. Esta última parece ser que logró imponer su autoridad y así comenzar a centralizar el poder en la mayor parte de Japón.

Durante los siglos IV y V, la influencia coreana y, especialmente la china, se extendió a todo el país, exportando a Japón sus preceptos religiosos, filosóficos y culturales. El clan dominante adoptó estructuras de gobierno chinas que le ayudaron a ejercer un poder *de facto* más fuerte. Por ejemplo, dentro de dichas reformas se encontraban la Constitución de los Diecisiete Artículos a comienzos del siglo VII, ya en el período Asuka (cuyo nombre se debe a la región que albergó a la Corte hasta el año 710), que, más que un conjunto de leyes, consideraban diecisiete preceptos morales en los que los ideales confucianos de propiedad o fe tenían un protagonismo palpable. Es importante que tengamos en cuenta que, a pesar de que la religión japonesa parte de un modelo politeísta, el confucianismo tuvo un arraigo especialmente fuerte, si bien más adelante se adaptó e influenció sobre las sectas budistas (que en absoluto se deben entender con el cariz peyorativo que esa palabra tiene en Occidente). Fue en este período cuando el emperador adquiere el título de *kami*, literalmente 'dios', aunque para referirse al emperador adquiera el matiz de dios viviente. No sería el único, ya que el término *tennō* (palabra compuesta de los *kanjis* ten 天 y nō 皇, literalmente 'soberano celestial') comenzó a usarse en este período. A su vez, fue en ese momento cuando aparecieron los primeros vestigios del nombre *Nihon* o *Nippon* para Japón. Se escriben de igual manera (日本), y la única variante es la pronunciación. Esta influencia china derivaría en constantes embajadas procedentes de China y destinadas a dicho lugar, en el cual gobernaba la dinastía Tang (618-907).

Todas estas medidas estuvieron encabezadas por el príncipe Shōtoku, del clan Shoga, que a la postre conseguiría que dicho grupo se hiciese con el control del poder. Dentro de este clan se encuentra la familia Fujiwara, que mantendría el control de la Corte imperial hasta el año 644 aproximadamente. Dentro de estos cambios se encuentran las reformas Taika, basadas en las instituciones Tang y con un corpus legal y administrativo que llevaron a la creación de un sistema centralizado que dividiría el reino en sesenta y seis provincias con el objetivo de contrarrestar el

poder de los clanes regionales (que ya se presentaban como una futura amenaza debido a la enorme influencia que ejercían sobre sus dominios). Este problema, que vemos que comienza a atisbarse desde tan pronto y que ya era motivo de preocupación para los gobernantes, sería una cuestión constante en los conflictos que acontecerán a lo largo de la historia del país, soliviantados durante el período Edo y reavivados ligeramente después. Para evitar que en ese momento los jefes de los clanes regionales se levantasen en armas, muchos de ellos fueron nombrados gobernadores provinciales, en una astuta forma de mantener el honor y la dignidad de dichas personas intactos.

No solo sería en el terreno judicial o administrativo donde se adoptarían reformas, ya que en el económico se realizarían diferentes medidas. Por ejemplo, se adoptó un sistema de posesión de tierras que emulaba al que los Tang tenían aplicado en China, en el cual la tierra pasaba a posesión del Estado, con un reparto de la misma que se haría de manera igualitaria (la propiedad media pasó a ser de dos *tan*, aproximadamente 0,18 hectáreas). No obstante, hubo excepciones, especialmente para la familia real y para la nobleza. Además, estas medidas no se aplicaron en su totalidad. Por otro lado, los jefes de los clanes y otros miembros destacados de dichos grupos tenían permitida la posesión de tierras libres de impuestos, lo que llevó a que, a la larga, estas personas acaparasen más poder para ellos y sus descendientes. Con el paso del tiempo, la decisión de mostrarse pasivo en la concesión de tierras traería problemas, ya que para defender sus posesiones, los clanes acabarían formando sus propias milicias, que posteriormente utilizarían para invadir zonas limítrofes, y así adueñarse de las posesiones de los clanes vecinos. Se calcula que para el siglo XII solo una décima parte de la tierra estaba bajo control de los gobernadores locales, por lo que dichos impuestos se vieron recortados, aunque esa situación fue revertida con el tiempo, con maneras más complejas de asegurar la fidelidad de los cabecillas de cada familia.

Los terrenos de la Corte y la nobleza, conocidos como *shōen*, estaban exentos de impuestos, y la tendencia fue que la cantidad de hectáreas controladas por la Corte aumentase con el tiempo. Dentro de estas exenciones se contaban también templos budistas y altos funcionarios. Sin embargo, esta política no se aplicó en

su totalidad y se acabó abandonando, con la consecuencia de que los caciques locales, en actitud de insumisión, aumentasen sus propiedades.

Representación histórica de una casa del período Kofun, situada en el parque histórico de Hira-ide. Había una apertura en la parte superior para dejar salir el humo, y solían ser subterráneas.

Fue en este período cuando se estrecharon los lazos con reinos del exterior, que permitirán aumentar el intercambio cultural, y a su vez poder ver lo más parecido a las primeras alianzas. Estos intercambios, como indica Schirokauer, permitieron perfeccionar las técnicas de cultivo, ver las mejoras tecnológicas en la creación de armas, abrir los horizontes ante posibles formas de defensa o introduciendo en su vida cotidiana productos que en Japón no se habían visto con anterioridad. Sin embargo, también conllevó implicaciones en el exterior. Se cree que Yamato fue un fuerte aliado del reino de Baekje, al oeste de Corea, mientras otros reinos como Silla le disputaban el territorio. Finalmente, los aliados de Yamato acabaron sucumbiendo en el año 660 cuando los propios Tang acabaron apoyando a Silla y a Goguryeo, reino en la mitad norte de la península; pero esta experiencia sirvió para que el primer protoestado de Japón saliese al exterior y viese sistemas de gobierno más complejos que lidiaban con la amenaza justo al lado de sus fronteras, y que no contaban con una frontera natural que les aislase de los

demás, como sí podía ocurrir con Japón.

El gasto en defensa se incrementó, en parte por miedo a algún intento de invasión desde el exterior. Pero este no se produjo, y exceptuando embajadas y comerciantes, ninguna potencia intentó realizar incursiones en el archipiélago hasta los intentos mongoles de invadir Japón en el siglo XIII. Sin embargo, la llegada de pobladores de procedencia coreana se siguió sucediendo, especialmente desde Baekje, e incluso algunos llegarían a formar sus propios clanes emparentándose por la vía matrimonial con los existentes. El ejemplo más claro es el de los Soga, un clan estrechamente ligado con Baekje y que, mediante las hijas de Soga no Umako, consiguieron unir sus lazos con los reyes de Yamato. Si esto ocurría a comienzos del siglo VII, no fue una situación aislada, dado que además de que los Soga ligaron su realidad con la de los reyes durante bastante tiempo, sentaron un precedente en el que se apoyarían familias como los Taira, los Hōjō o los Fujiwara para alcanzar el poder. Pero ya llegaremos a eso.

El budismo alcanzó una notoria relevancia en Yamato, especialmente en las últimas décadas del mismo. Avalados por los Soga, los monjes budistas no encontraron oposición a su predicación, si bien esta situación provocó recelos entre aquellos nobles sintoístas debido a que la religión de los *kami* legitimaba el poder divino del emperador y no cuestionaba su autoridad. Aquí los budistas fueron muy hábiles, ya que decidieron adaptar su credo a las necesidades de Japón y no el reino a sus creencias. En resumen: todo lo contrario a lo que intentarían hacer los misioneros católicos en el siglo XVI.

La recaudación de impuestos fue otra de las medidas que se llevaron a cabo, así como el sistema de reclutamiento militar forzoso, que se aboliría a finales del siglo VIII, con el comienzo de la era Heian por su ineficacia. Además, se procedió a la creación de posiciones estratégicas para limitar el movimiento de personas, caso de campesinos que intentaban evadir el pago del usufructo. Por otro lado, se procedió en el año 710 al establecimiento de una capital, para lo que fue elegida Nara, al sur de la isla de Honshū, en la actual región de Kansai. Hasta ese momento el centro político se encontraba allí donde el emperador fijase su residencia, y por primera vez se iba a disponer de un sitio donde centralizar toda la política y

economía del reino, a la manera Tang.

EL PERÍODO NARA (710-784)

Es durante el reinado de Tenmu y su consorte Jitō en el que se intentó centralizar todo el Gobierno en un lugar concreto, debido a la dificultad que presentaba el no tener estructuras desarrolladas de administración y gobierno que, a su vez, hiciese rendir cuentas a los gobernadores locales. El lugar elegido fue Nara, adonde se trasladó la Corte desde la región de Asuka en el año 710. La ciudad contaba con apenas unos cien mil habitantes, pero era un enclave perfecto para comenzar una nueva etapa en la historia del archipiélago. Además, el nombramiento de dicho enclave como sede de gobierno provocaría un efecto llamada que haría que hubiese un flujo migratorio a la nueva capital. Lo cierto es que esta población contaba con todo lo necesario para la vida de la corte: avenidas anchas, varios mercados y zonas de entretenimiento. Allí bulliría la cultura, como veremos más adelante, característica que acompañaría a la corte cuando se trasladase a la futura capital, Heian.

Una característica de esta nueva etapa fue la creación de multitud de estructuras budistas a modo de sectas o escuelas al estilo chino. Insistimos en que la palabra secta no puede ni debe entenderse en un sentido peyorativo, ya que estas eran más lugares de estudio y de difusión de la cultura que fanáticos de la religión. Por supuesto se daban enseñanzas religiosas, pero los monjes que se adscribían a estas escuelas comprendían que no todo era el culto ortodoxo, y muchas de ellas viraron en el futuro al esoterismo, mientras que otras intentaron adaptar su mensaje a los tiempos en los que se movían. Cada corriente era un universo paralelo y, si bien no rivalizaban hasta el extremo de declararse enemigas, sí es cierto que entre ellas hubo una rivalidad intensa que se extrapoló al terreno político, donde la Corte las dejó entrar, embelesada como estaba de sus enseñanzas. Destacará el templo de Tōdaiji, el más grande de todo Japón hasta el momento, que albergaba además un gran Buda de bronce.

Esto no significó que el sintoísmo desapareciese de la vida cotidiana en Japón. Únicamente perdió algo de presencia en la Corte, pero no se iba a permitir que se perdiese la religión que legitimaba al emperador como representante de los dioses en el reino. Pero sí que es cierto que en determinados ámbitos el budismo supo

llegar mejor a los aristócratas. Pero la religión de los *kami* siguió estando presente por todo Yamato, gracias a su culto a todo lo que es susceptible de tener vida. Además, aumentaron su ya de por sí gran lista de *kamis* al aceptar en su seno a dioses locales de aquellas zonas por donde se iba expandiendo Yamato. Así pues, el sintoísmo se convirtió en una religión aglutinadora y en absoluto excluyente, y que, si bien recelaba del auge del budismo, no la consideraba rival al entender que no existía una amenaza de desplazamiento: los monjes budistas entendían la importancia de la legitimación del monarca, y a su vez complementaban el espectro religioso mediante enseñanzas.

Templo Kyōzō en Nara, destinado a actuar de biblioteca para las crónicas o los sutras budistas

De esta etapa es el Código Taihō, un compendio de leyes que, para más señas, fue parte del corpus legal japonés hasta el siglo XIX, si bien fue revisado en numerosas ocasiones. La creación de estas leyes trajo consigo la ampliación del cuerpo funcionarial y la creación de aparatos que actuasen burocráticamente para los fines del reino, como por ejemplo la recaudación de impuestos, el movimiento de personas entre las provincias (demarcación territorial que estaba controlada por los clanes) o la creación de estructuras necesarias como caminos o puertos. Además, se crearon cuerpos ministeriales como el de Asuntos Militares o el del Tesoro.

Estos cargos, como es de esperar, no fueron ocupados por personas de origen humilde, sino por miembros de la corte o de la familia imperial. Esto acabaría provocando a la larga una división de la administración en facciones que se extrapolaría a la corte y que haría la situación insostenible.

El sistema de recaudación de impuestos era el mismo que en la anterior etapa, pero ni siquiera en este momento llegó a implantarse totalmente. Nara heredaba los defectos de los períodos Kofun y Asuka, y hacía que Yamato pareciese un Estado fallido, al ser incapaz de poder controlar a las élites locales que no pagaban impuestos, ni a los templos budistas y sintoístas que estaban exentos. Si a esto le sumamos que las hambrunas y las epidemias no eran algo ajeno ni desconocido, llegamos a la conclusión de que los que ejercían el poder tenían muy poca maniobra de acción y que, además, su mando era más bien frágil. Además estaba la cuestión sucesoria, que ya en estos momentos traía de cabeza a los gobernantes: no era raro que dos emperadores, recordemos, parientes (incluso padre e hijo en ocasiones), rivalizasen por tener el trono asegurado y llegaran a situaciones dantescas, como se verá en las próximas páginas. Además, se encontraban animados por los Soga o, en las últimas décadas del Estado Yamato, por los Fujiwara, descendientes del clan Nakatomi, que en el futuro serían especialmente importantes. Destaca en estos años Nakatomi no Kamatari, que intentó un golpe de Estado contra los Soga en el año 645, cuando consiguió apartar de la esfera máxima del poder a los Soga y con ello que su clan pasase a ocupar su lugar privilegiado en la Corte, utilizando para estrechar lazos, de nuevo, la vía matrimonial. Sin embargo, los Soga no desaparecerían, y en Nara seguirían presentes.

En el año 781 ascendió al trono Kanmu, el cual buscaba acabar con la influencia de los templos budistas que, en parte, habían sido avalados por los Fujiwara y los Soga. En un nuevo intento por centralizar el poder y debilitar a los clanes locales, llevó a cabo varias medidas. La más importante fue la de trasladar la capital de nuevo, en esta ocasión a Heian, ciudad que actualmente se denomina Kioto. De esta manera, se quitaba de encima a las sectas que habían partido la Corte en diferentes facciones, y así podía comenzar de nuevo, de la misma manera que sus antepasados lo intentaron al trasladarse en Nara. Sin embargo, en esta ocasión sí

que sería un acierto el cambio de capital, pero eso lo veremos en el próximo capítulo.

CONCLUSIONES

En esta primera parte del libro, hemos hecho una panorámica de lo que fue, a grandes rasgos, la prehistoria japonesa, así como los primeros intentos de creación de un Estado complejo, al estilo de los homólogos en China o Corea. La entrada de Japón en el Neolítico fue realmente tardía, provocada por su condición de islas aisladas y con difícil acceso para la tecnología que había. Cuando los tres canales posibles de entrada y de salida se deshelaron, el contacto de estas gentes con el exterior se volvió realmente complejo, si bien nunca dejó de haber oleadas de población que buscaban entrar en las islas, especialmente desde Corea.

Ese contacto con reinos como Baekje les hizo conocer la existencia de Estados más complejos que Yamato. Pudieron ver la amenaza real de que el reino vecino podía ser el mayor enemigo, y quizá la caída de Baekje removiese conciencias dentro de Japón. Es posible que el hecho de haber perdido al único aliado (si bien había embajadas de los Tang o de Silla entrando y saliendo constantemente) introdujese en el imaginario popular la necesidad constante de defenderse ante un posible ataque del exterior que, como ya comentamos, tardaría mucho en llegar.

Pero esos contactos no fueron negativos en absoluto. Gracias a ellos se pudo introducir el caballo, el budismo y multitud de mejoras técnicas que hizo la vida de sus habitantes un poco más llevaderas aún. También se introdujo la escritura china, la cual sería leída y practicada únicamente por las capas más altas y por los monjes. Pero darían pie a las primeras muestras de literatura y de cultura escrita de Japón, principalmente en forma de poemas recogidos en antologías, caso del *Manyōshū*, una colección de casi cinco mil poemas que recogen temáticas cortesanas y mundanas, que hablan del emperador y de los porquerizos por igual y que tienen una especial sensibilidad por la naturaleza.

Yamato se extendería desde Kyūshū y desde el centro de Honshū hacia el norte, pero aún no contaría con el tamaño actual de Japón. Para eso tendrían que pasar aún muchas cosas, mas lo cierto es que la expansión sería uno de los temas centrales de los próximos gobernantes, aunque se mantuviese como tema de fondo, al pasar las tierras conquistadas a los dominios de aquellos que las tomaban en vez de pasar a ser del emperador. Lo cierto es que asistimos en estas

páginas a la creación de una primera élite territorial a modo de clanes que dominaban directamente la tierra y que, en muchos casos, no rendían cuentas al emperador. Se intentó reducir su influencia expropiando sus tierras y dividiéndolas para que las trabajasen grupos campesinos, pero lo cierto es que cuando se crearon los aparatos burocráticos, y con ellos la figura del gobernador local, estas élites se hicieron con los puestos, lo que lleva a la conclusión de que, realmente, nada había cambiado. Y no tardarían en recuperar la posesión de las mismas y en aprender, además, que necesitaban tener alguna forma de defenderse si la situación volvía a repetirse, lo que provocó el nacimiento de los primeros ejércitos locales bien pertrechados. Pero para asistir a esa situación, debemos atender antes a una etapa de paz sin precedentes y que tardaría mucho en repetirse. En el próximo capítulo hablaremos del período Heian.

La era Heian y el surgimiento de la clase samurái

En el anterior capítulo atisbamos de forma breve el auge de las sectas budistas, utilizando la palabra secta en un sentido más parecido al chino que al que tenemos en Occidente de la palabra. Mientras que en Europa y América dicha palabra puede tener un carácter peyorativo para la persona que pertenece a una de ellas, al ser consideradas como nocivas o peligrosas, en Asia la concepción es tangencialmente diferente: son ramificaciones de una misma religión que pugnan por los mismos espacios de influencia, ya sea en la política, en la enseñanza, en la economía o en la propia religión. Expuesto esto, no podemos encontrar un símil parecido al europeo, si acaso lo más cercano podría ser una facción política. Si bien en Japón hubo luchas entre las facciones, estas no fueron tan encarnizadas como la que utilizábamos de ejemplo. No obstante, no es baladí que introduzcamos este elemento en el ya de por sí complejo tablero de la política en el archipiélago, porque su poder llegó a ser muy grande, y es uno de los factores a los que se tuvo que enfrentar el poder en esta etapa a la que está dedicada el capítulo: la era Heian.

Algo común en el nombre de las eras que marcan la historia de Japón es que estas se dividan cronológicamente dependiendo de cuál fuera la capital del reino en ese momento, o cuál fuera el enclave fundamental para entender el período. Hubo excepciones que se comentarán en su debido momento, pero la regla, al menos en este período clásico de la historia del archipiélago, era esa. A partir de la caída de los Tokugawa en el siglo XIX fue cuando dichas eras empezaron a llevar el nombre simbólico del emperador, tradición que se mantiene en la actualidad.

La instalación de los aparatos de gobierno en una nueva capital y la sustitución de Nara por esta puso fin a una etapa y abrió una nueva, pero este cambio en la centralidad de la política no se debió a un capricho del emperador, sino a razones imperiosas que requerían de acciones radicales. La primera de ellas, como indican Junqueras *et al.*, es el resultado del proceso lento pero seguro de aceptación del budismo dentro del reino de Yamato, que, como comentábamos, tuvo como artífice al clan Soga y que continuaron figuras clave como el príncipe Shōtoku. Sin embargo, al igual que el budismo sirvió junto con el confucianismo para legitimar más aún la figura del emperador, también provocó el auge de las ya mencionadas sectas que, especialmente durante el período Nara, fueron acumulando poder a sus espaldas. Junto al auge de estas escuelas, devino inevitablemente el posicionamiento de los miembros de la Corte a favor de una u otra, lo que acabó derivando en luchas palaciegas que terminaron decantando al emperador Kammu (737-806) por la solución de trasladar la capital a la ciudad de Heian-kyō en el año 794. Por el nombre quizá resulte desconocida, pero lo cierto es que Heian es el germen de la actual Kioto. La elección de esta ciudad, además, respondía a un asunto práctico: contaba con mejores comunicaciones terrestres y marítimas, y el trazado de la misma era ortogonal, lo que permitía un mayor orden. Esta ciudad, se llamase Heian o se llamase Kioto, sería la capital de Japón durante unos novecientos años.

Pero debemos matizar. El hecho de que se quisiese establecer un nuevo punto de encuentro en el que centralizar las labores más importantes de gobierno no quiere decir que fuese el emperador el que gobernase *de facto*. De hecho, rara vez

ejercían su poder directamente, exceptuando los primeros de esta nueva etapa, como Kammu. Lo habitual era que delegasen en funcionarios de la Corte que supervisaban los asuntos más esenciales, como los fiscales o administrativos. La figura del regente del emperador (cuyo homólogo, salvando las distancias, podría ser el valido en España) adquirió una importancia capital para entender el modo de hacer política ahora y en los siglos venideros. Normalmente prestaban sus servicios cuando el emperador era menor de edad o cuando gobernaba una emperatriz. Pero lo cierto es que, cuando la familia Fujiwara se hizo con el título de regente, poco importaba la edad o el sexo del emperador, ya que estas personas en las que se delegaba el control del reino ejercieron su poder de manera independiente, llegaron a mantener el monopolio total del cargo, aunque lo perdieron mediante luchas de la clase guerrera a finales de la era heiana. Este precedente hará que los *bakufus* posteriores, en los que un clan controla el reino con firmeza contundente (o relativa en el caso Ashikaga), nos sean familiares. O dicho de otro modo: la idea de un *shōgun* que actuase a modo de regente no se habría concebido de igual modo sin este primer intento de los Fujiwara.

Pero no adelantemos acontecimientos. La nueva ciudad, bautizada como ciudad de la tranquilidad, fue un proyecto ambicioso que buscaba emular capitales asiáticas como la de Changan, de la dinastía Tang de China. Lo cierto es que no se consiguió a corto plazo, ya que un proyecto tan grande requería de una buena cantidad de capitales y de mucha gente que la poblase, lo que fue un auténtico problema en estos primeros años. La centralización de la política en un único lugar se convirtió en una obsesión, pese a que este objetivo fue relativamente conseguido durante el período Yamato con la expropiación de las tierras a algunos clanes y a los dueños de las mismas. Sin embargo, que esas personas expropiadas se convirtiesen después en los funcionarios que recaudaban los impuestos de las mismas zonas que habían controlado habla de la poca efectividad de la medida. Ahora los emperadores intentarían buscar la centralidad de la economía y de la política, pero con escaso éxito: las entidades supranacionales realmente tardarían aún en aparecer, y si lo comparamos con lo que ocurriría en la península ibérica, se puede hacer una analogía: los dueños de las tierras podrían ser equivalentes a los nobles

castellanos, ya que, aunque rendían pleitesía a un rey, contaban con plena autonomía en los territorios que arrendaban.

Emperador Kammu, anónimo, hecho en el siglo xvi

Para buscar ese objetivo, se crearon instituciones como un cuerpo policial o un organismo que auditase las cuentas. Hablamos de una complejidad cada vez mayor en la burocracia del reino que, a la larga, desandaría lo poco conseguido en la etapa anterior. Como Schirokauer menciona, estas medidas no evitarían que la aristocracia, que en ocasiones gobernó con el emperador, amasase más y más poder. En parte, se podría aducir que el fracaso de estas acciones vino dado porque eran el propio emperador y la misma aristocracia los que las promulgaban, lo

que realmente las convertía en papel mojado. Las reformas que se hicieron no fueron por clamor popular, sino porque el emperador Kammu y los sucesivos vieron que con las facciones palaciegas podía perder el control de la política. Pero, aunque por diferentes caminos, acabarían llegando a los mismos errores.

Lo que sí que se consiguió, aunque de forma relativa, fue reducir el peso que el budismo había obtenido en los siglos anteriores. Al abandonar Nara, Kammu buscó la manera de evitar que la situación se repitiese financiando nuevas escuelas que se encontraban en las montañas, y erigiendo los templos a las afueras de la ciudad. Sin embargo, nuevas sectas nacerían y se instalarían en similares cotas de poder.

Debemos poner la atención en un punto que por evidente no deja de ser importante: estas familias no pudieron mantener su poder solos, por lo que lo habitual fue que sus miembros en edad casadera se usasen para sellar alianzas matrimoniales con miembros de la familia real, para garantizar la continuidad de su poder; y con familias análogas o menores para asegurar la estabilidad del mismo. Estas uniones sobre el papel podían servir para mostrar músculo ante las facciones rivales, pero lo cierto es que normalmente se sustentaban sobre argumentos débiles, y en el futuro sería habitual ver a miembros de la misma familia enfrentados en bandos diferentes, como veremos más adelante. En el caso de los Fujiwara, estas alianzas sirvieron para mantener a salvo el poder en el centro del reino. Y se debe matizar: que buscasen entablar una serie de lazos matrimoniales con la familia real no quiere decir que se buscase desplazar al emperador de su lugar, sino que la intención era la de afianzar su influencia en la zona central del reino.

Nakatomi no Kamatari, que a la postre se le conocería como Fujiwara no Kamatari

Este clan fue fundado por una persona que conocimos durante el período Yamato y que encabezó buena parte de las reformas: Nakatomi no Kamatari, que cambiaría su apellido al de Fujiwara. Sus descendientes tendrían mayor o menor influencia a la hora de intentar conseguir la aplicación de medidas en el reino, pero hubo algo que siempre fue su sello de identidad: la oposición a la fuerza que estaban ganando a las sectas budistas en el final del período Nara, por el miedo a que acabasen suplantando al sintoísmo. En la nueva capital no contaron con una oposición fuerte que plantase clara al clan que, aunque dividido en cuatro ramas familiares, siempre hubo una de ellas que se mantuvo en la influencia cortesana.

Tanto es así, que llegaron a conseguir el estatus de regente de menores, caso de Fujiwara no Yoshifusa, que colocó a su nieto de apenas ocho años y gobernó en su lugar a modo de regente. A partir de él, los Fujiwara se fueron sucediendo como regentes del reino; amasaron tierras que convertirían en latifundios, con atribuciones propias de un valido, salvando las distancias, pero sin llegar a tener el título de *shōgun*, de creación posterior. Esto fue debido a que, aunque en los próximos capítulos se ahondará debidamente en ello, estos regentes (o *sesshō*) no tenían atribuciones militares definidas. En un principio, estos gobernantes iban a actuar cuando el emperador fuese menor o mujer, pero lo cierto es que los emperadores terminaron delegando en ellos, ya fuese voluntariamente o no.

Y, aunque hubo resistencias a que esta situación se perpetuase en el tiempo, debemos indicar que el período Heian se caracterizó principalmente por la calma y la paz que hubo, de lo que se puede extraer que, efectivamente, dichas resistencias no tenían la enjundia suficiente como para amenazar la posición en la que se encontraban los Fujiwara, que legitimaban su estatus con los mencionados matrimonios con los emperadores, en una estrategia similar a los Soga en el Estado Yamato. Cuando un emperador era hijo de madre y esposo de mujer Fujiwara, poco podía objetar.

Lo cierto es que tampoco encontraron demasiada oposición a la hora de comenzar a adquirir atribuciones poco a poco dentro de la Corte. Desde la redacción del código *Taihō*, los Fujiwara fueron adquiriendo el monopolio de algunas decisiones, como la de los nombramientos ministeriales. Así pues, no encontrarían problemas para seguir haciendo y deshaciendo durante los siglos X y XI. Por suerte para ellos, la cantidad de familias en la Corte se redujo de manera drástica y quedó en poco más de una decena. En contrapartida, comenzó a darse el auge de una clase guerrera que estaba siendo formada por las familias latifundistas.

No obstante, si su influencia política se veía reducida por la ambición del clan, la posición simbólica del emperador como máxima autoridad de los ritos religiosos adquirió un enorme valor. Tanto fue así, que incluso se les exigía presidir determinados ritos, y cuando los emperadores consiguieron recuperar su estatus en el siglo XI, la labor religiosa la continuaban aquellos dirigentes que abdicaban

en la siguiente generación, y se retiró así de la primera línea de Gobierno, pero sin renunciar a determinadas áreas desde donde podían vigilar a sus sucesores.

Sin embargo, a las afueras los clanes ejercían un poder mucho más directo sobre su territorio y con relativa autonomía. Esta situación incómoda para la familia gobernante hizo que muchos emperadores cuestionasen la forma de ejercer el poder de aquellos en los que estaban delegando. Esto llevó a que hubiera emperadores que dieran el paso y que quisieran gobernar de forma directa.

El primero de ellos fue el emperador Shirakawa, que vivió entre el año 1053 y el 1129, si bien fue su padre Go-Sanjō quien comenzaría a dar forma a esta nueva corriente de emperadores que se querían involucrar en lo que ocurría en su reino. Lo cierto es que Shirakawa decidió gobernar él mismo porque ningún miembro de la familia Fujiwara estaba en condiciones o con las aptitudes necesarias para la tarea. Sin embargo, cuando decidió abdicar en su heredero, fue él mismo quien decidió ejercer de regente y excluyó completamente a la familia que durante siglos había estado en la órbita del poder. Esto pudo haber variado a la muerte del emperador, pero sus herederos decidieron seguir esta nueva forma de hacer política en Japón, conocida como Gobierno de claustro. Es decir: que el emperador que abdicaba continuaba gestionando el reino en la sombra como emperador retirado, desplazando así a la familia materna del emperador que, por motivos nupciales y biológicos, era la Fujiwara. Resulta realmente interesante que, quien pusiese en jaque a los Fujiwara no fuese ninguna facción rival, sino el propio emperador, que comenzaría la tradición de gobernar desde un segundo plano de la mayoría de las cuestiones principales. Seguía siendo un Gobierno de regencia, pero en vez de desarrollarse en la Corte, se hacía desde templos o desde lugares alejados de la capital, y en vez de delegar en una facción u otra, era el emperador saliente el que, paradójicamente, gobernaba a instancias y con el permiso del emperador entrante.

Para entonces, podríamos decir que el sistema imperial estaba ya establecido y asimilado, ya fuese ejerciendo influencia directa sobre el control de la política o delegando en otras personas. Una vez se desplazó del punto central del Gobierno a los Fujiwara, estos intentaron medrar de nuevo, pero siempre sin amenazar el poder de los emperadores y casando a miembros de su familia con la rama imperial, costumbre que perduró incluso después de que comenzasen a sucederse los Gobiernos militares, finalizando este hábito para el siglo XII con el reinado de Go-Shirakawa en 1156, aunque se retomase después.

Sin embargo, en el momento que nos ocupa, la manera que el emperador Shirakawa tuvo de acabar con el poder de los Fujiwara fue mandar al ejército a la capital a modo de apoyo, lo que puso en alerta al Gobierno central, que vio que parte

de ese ejército estaba formado por tropas de las provincias exteriores controladas por los clanes, lo cual hablaba por sí solo del aumento de fuerzas que estas zonas estaban teniendo.

Esta situación era heredera de una situación que se venía dando tiempo atrás, dado el paulatino debilitamiento del poder de los gobernantes locales cuyos dominios limitaban con estos clanes. Las razias constantes y el declive de la recaudación de impuestos llevaron a que su posición se debilitase. Por tanto, con el poder local debilitado y con la posición de los clanes cada vez más reforzada, comenzaron a producirse relaciones feudo-vasalláticas en las que, a cambio de protección y seguridad, los campesinos debían rendir un tributo a modo de impuestos o mano de obra. Sin embargo, estos campesinos no eran considerados siervos, ya que no habían sido obligados a replegarse bajo el amparo de un señor.

Los jefes provinciales y sus vasallos formaron un grupo guerrillero que derivaría en una clase samurái con permiso para portar espada. A medida que los jefes más poderosos empezaron a ampliar su poder sobre los gobernantes locales, comenzó el surgimiento de facciones de poder regional. Aunque esto pueda carecer de importancia en los momentos en los que nos movemos, esta situación fue el germen de la división territorial que llevó a las constantes guerras que veremos antes y durante el *shōgunato* Ashikaga. Para el siglo XII, las regiones de la periferia estaban dominadas por dos clanes que en el futuro darán que hablar: las familias Taira y Minamoto.

Ambas presumían de ser descendientes de la Corte imperial Heian, lo que habla de la importancia en la sociedad del emperador y sus descendientes; y es en estos momentos cuando intentaron unir sus linajes con los círculos más cercanos a la Corte, principalmente con la familia Fujiwara.

A pesar de que en el período Yamato se habían expropiado las tierras del reino y se habían dado a comunidades vecinales supervisadas por los antiguos dueños de las tierras, la tendencia fue la de volver al *statu quo* anterior. Este reparto de tierra, cuya intención era interesante para buscar una responsabilidad directa sobre la misma, no se aplicó totalmente y hubo zonas donde se hizo la vista gorda, ya fuera por imposibilidad para la recogida de impuestos o porque no les era rentable. Por ejemplo, las tierras de la familia imperial quedaban exentas de cualquier pago, igual que las de las grandes familias o las de los templos, además de las de aquellos clanes periféricos donde era muy complicada la tributación. Anteriormente comentábamos que hubo comunidades que acabaron teniendo la propiedad de la tierra y haciendo que sus hijos las heredasen, y esta sería la tendencia en el período, la de aumentar periódicamente las tierras privadas.

No hay una razón clara para esta tendencia, dado que, precisamente, se acabó con el amasamiento de tierras de los anteriores nobles para evitar que su poder económico fuese mayor que el del propio emperador. Una de las razones podría ser que, debido a diversas hambrunas, la población disminuyó y, con ello, la mano de obra que trabajaba las tierras. Esto podría haber motivado que los nuevos dueños, además de costear el mantenimiento de sus terrenos, se encontrasen en condiciones de mantener a sus trabajadores, por lo que quizá se pudo tender a que unas pocas personas pudieran tener el control de la tierra a cambio de comida y seguridad, en un nuevo intento de protovasallización. Otro posible factor pudo ser que las familias pequeñas con tierras cediesen la propiedad a familias con mayor cantidad a cambio de poder seguir trabajando lo que antes era suyo, con lo que conseguían no perder lo poco que ganaban con su trabajo ante el riesgo de que los latifundios, al producir más, hiciese competencia desleal a los pequeños arrendatarios. Además, estos propietarios contaban con el incentivo de que si conquistaban tierras al norte de la frontera establecida, podían roturar las nuevas adquisiciones, lo que se traducía en enormes beneficios a la larga.

Esto no supuso la desaparición de las tierras públicas trabajadas por comunidades, pero significó la reducción de la recolección de impuestos, ya que las

tierras privadas de los aristócratas, como comentaba, contaban con exenciones tributarias y con otros privilegios como la inmunidad ante las revisiones por parte de los funcionarios. Este deterioro de la fuerza de las medidas que se estaban intentando aplicar derivó en el funcionariado, cuyos puestos, ocupados por la alta aristocracia y fácilmente corruptibles, se volvieron hereditarios entre las familias más poderosas. De este modo, aunque el emperador delegaba en los Fujiwara y pese a que estos tenían el cetro de mando, eran los funcionarios los que aplicaban las prerrogativas de la Corte. Una Corte, por cierto, que volvía a fracturarse en facciones, retrocediendo de nuevo a los problemas que motivaron, durante el período Nara, al cambio de capital. Si bien los Fujiwara buscaban la mejora de los aparatos de Gobierno, no contaron con que los funcionarios tenían e irían adquiriendo un poder mayor, ni que, al final, eran ellos los que tomaban decisiones de peso sobre los territorios que administraban. Insistimos en esto porque fue el germen de la división de la tierra en *daimyōs*, y se debería recordar una puntualización que se hizo en el capítulo anterior: la supranación tardaría mucho en arraigar como una idea beneficiosa para el colectivo, mientras que la idea de la patria chica podía resultar más atractiva para la nueva clase guerrera que no tardaría en aparecer. En realidad, sería en estos latifundios donde comenzaría a gestarse este nuevo grupo de personas dedicadas a las armas.

EL AUGE DE LAS SECTAS BUDISTAS

Mientras en materia política ocurría esto, el auge de las sectas budistas se convirtió en un problema serio. No tanto porque estas nuevas escuelas, a las cuales se promovió desde la Corte para sustituir a las que en el período Nara estaban dando tantos problemas, estuviesen ejerciendo una influencia notoria en la Corte, sino porque estaban ocupando los mismos espacios que sus predecesoras. Los problemas de la antigua capital se estaban reproduciendo en Heian, y en algunos casos adquirían especial virulencia.

Pese a lo que pueda parecer, este tipo de reuniones en torno a un conjunto de dogmas o de creencias no tenía como único fin interceder en la administración del reino para aislar a las otras o para desplazar otros cultos. En realidad, eran lugares en los que la cultura era cultivada con auténtica devoción, y el uso de la palabra escuela para referirse a ellas no es un eufemismo: en cierto modo, eran lugares de intercambio de conocimientos en los que la poesía, la geometría o la filosofía eran temas de conversación cotidianos. Como es de imaginar en los siglos en los que nos movemos, muy poca gente sabía leer y escribir, y los pocos que tenían esta posibilidad de aprender estaban en la Corte, en la cúspide social o en estas escuelas a las cuales, por otro lado, no podía entrar cualquiera. Además, estas nuevas sectas que nacieron en el período Heian no buscaban estar tan encima de la política del reino, bien porque no querían, bien porque no les dejaban.

Templo Enryaku-ji, a las afueras de Kioto

Estas nuevas corrientes en el budismo supieron adaptarse a la Corte sin hacer peligrar el sintoísmo. No sería raro, a partir de entonces, que hubiese ritos en los que se adorase a Buda y a algunos *kami*, y estas nuevas tendencias que abandonaban la ortodoxia de Corea y de China gustaban mucho a los cortesanos. En el año 805 el monje Saichō fundó la secta Tendai (o Tiantai acorde a la pronunciación china), afincada en el templo Enryaku-ji, al noreste de Heian, y cuya actividad principal era la meditación a través de los textos clásicos. No entraremos en detalle para no extendernos en demasía, pero podemos indicar que su creencia se basaba en tres verdades: que todos los fenómenos están vacíos y son casuales, que estos fenómenos existen, aunque sea de manera temporal, y que la verdad que contienen va más allá de su tiempo y forma. Veinte años después el templo adquirió derechos que eran propios de las antiguas ramas del budismo en Nara. Por ejemplo, podían formar sacerdotes, y muchos de sus monjes comenzaron a trabajar en determinados puestos de la administración. En su momento de popularidad más alto, también se cultivó su culto en China.

No sería la única secta que nacería en estos años, ya que en el año 816 el monje Kūkai crearía la secta Shingon en el monte Kōya. Al igual que Saichō, estudió en

China y volvió con los preceptos aprendidos para fundar su propia corriente. Esta escuela se interesó más por el esoterismo y por los ejercicios espirituales, para lo que se utilizaron mandalas y se hicieron actividades como el *mudra* (gestualización simbólica con las manos). Además, era más proclive a la magia, por lo que no sería raro que promoviesen los exorcismos o la invocación para la prevención de enfermedades o hambrunas. También tendría presencia en la China Tang, pero no sobreviviría a la persecución que la dinastía haría de las sectas. En cambio, en Japón rivalizaría en popularidad con Tendai, que tenía menos fieles entre las élites del reino, ya que Japón se enfocaba más en el arte y en la poesía, así como en la caligrafía.

A finales del período Heian nació una nueva corriente que no se podría considerar secta como tal, puesto que, realmente, tuvo menos relevancia en la política que las anteriores. El devocianismo, pues así se llama, tiene ciertos rasgos que podríamos remarcar aunque su importancia sea más humilde. En primer lugar, se basaba en el culto a Amida, el Buda de la luz infinita, y uno de sus ideólogos, Genshin, popularizó la idea del infierno dándole un cariz aterrador que se plasmaría posteriormente en el arte.

Pese a que este período se conoce como una de las etapas de mayor paz de la historia de Japón, la expansión hacia el norte continuaba su curso y, por mucho que hubiese burócratas de la Corte que despreciasen las artes militares, anteriormente habían necesitado de guerreros y de fortificaciones para protegerse. Puede que no hubiese ninguna amenaza del exterior (de momento), pero eso no quiere decir que en el interior, pese a la calma, los dueños de los latifundios no aprovechasen la circunstancia para comenzar a formar sus ejércitos. Estas tropas no se caracterizaban por ser batallones adiestrados con las últimas técnicas en lucha, sino que eran guerreros asociados a diferentes clanes que peleaban por los suyos a cambio de recompensas. Es en este período cuando nacen los samuráis o *bushi*, y encontraron su oportunidad de saltar a la palestra en el momento perfecto: cuando el servicio militar obligatorio del período Yamato había sido abolido por su ineficacia y cuando la situación estaba en una especie de paz armada que aumentaba en una escala de hostilidad que desembocó en la guerra Genpei, de la que hablaremos en el próximo capítulo.

Marcar una fecha de nacimiento para esta nueva clase es algo complejo y que historiadores doctos en los mismos no se aventuran a datar. Sin embargo, podemos dar un período concreto en el que se sabe que ya existen los ejércitos privados tanto del emperador como de clanes poderosos o de templos relevantes como el Enryaku-ji, del que consta que en el siglo XI se desplazaban con cierta asiduidad a Heian.

Debido a lo costoso del equipo a la hora de luchar, no todos podían permitírselo. Por ello los campesinos rara vez se encontraron en el campo de batalla y en su lugar delegaron su seguridad a estos guerreros a cambio de impuestos en especie, normalmente arroz. Estos señores que comenzaron a fundar sus propios ejércitos a instancias de la Corte fueron los latifundistas y los clanes periféricos, y en un principio destinaron estas nuevas tropas a la defensa y vigilancia de su territorio. Destacaron esencialmente los Taira (o Heike) y los Minamoto (o Genji), y fueron los que acabarían protagonizando algunas de las futuras pugnas militares.

No deja de ser curioso que, a la vez que esta nueva clase comenzaba a crecer,

aflorasen a su vez los problemas. La primera vez que los Taira intentaron encabezar una rebelión fue en el año 935 con Taira no Masakado, y no fue sofocada sin esfuerzo. Tanto los Taira como los Minamoto eran descendientes lejanos de ramas menores de la familia imperial y por tanto tenían relativo poder, por lo que contentarles iba a ser misión casi imposible. Tampoco ayudó la situación de los Fujiwara, que comenzaban a perder poder y que incluso llevó a que algunos miembros se convirtiesen en proscritos, caso de Fujiwara no Sumitomo. Mientras esto ocurría, los Minamoto establecieron una alianza entre su rama familiar llamada Seiwa y la casa Fujiwara mediante, cómo no, un matrimonio.

Rescatemos la idea de que dos familias como la Taira o la Minamoto eran partes de ramas menores de la imperial. Siendo familiares lejanos, podría sorprender que se enfrentasen ellos, pero nada más lejos: hubo momentos, como veremos en el próximo capítulo sin ir más lejos, en los que miembros de una misma familia, como hermanos o primos, se encontraban enfrentados en bandos diferentes. Abandónese cualquier idea del amor fraternal, por otro lado. Si estos familiares se enfrentaron es porque les beneficiaba de cara a sus intereses, no por coacción o por miedo a un enemigo más fuerte.

Taira Kiyomori ve apariciones extrañas, obra de Hiroshige, del año 1840

Casi dos siglos después del fracaso de la rebelión de Taira no Masakado, veríamos un nuevo conflicto en el que estos guerreros tendrían que intervenir. En esta

ocasión, no sería un noble el que la encabezase, sino que serían dos emperadores enfrentados por la cuestión sucesoria los que liderasen cada bando. Por un lado, el mencionado Go-Shirakawa y el emperador entrante Sutoku como emperador retirado (que, como hemos indicado, gobernaba desde un lugar apartado del centro político). Esta rebelión Hōgen nos sirve, además de para ver que la sucesión imperial no fue siempre clara ni pacífica, para ver un nuevo enfrentamiento entre los Taira y los Minamoto: Taira Kiyomori, ilustre líder del clan, apoyaría al emperador *de iure*, mientras que Minamoto Tameyoshi apoyaría al emperador en honores.

Que la situación llegase a este punto de recurrir a la hostilidad nos dice varias cosas. La primera, que el hecho de que el emperador delegase en un sucesor aunque gobernase en la sombra podía ser perfectamente en defensa propia, ya que se conocen casos en los que emperadores eran eliminados del tablero de juego a edades relativamente precoces. Por otro lado, que si bien la guerra no se había manifestado antes, no era algo que hubiese desaparecido de la cabeza de los actores políticos de esta etapa, y que si no se había recurrido a ella era porque no había sido necesario. Y, por último, que se acababa la simpleza de que una familia dominase la Corte y monopolizara la influencia sobre la familia imperial: no era extraño que dos líderes o más se enfrentasen por dominar al otro y perpetuarse con mayor o menor éxito, vía diplomática o militar.

En este caso, predominó el factor bélico, con un Go-Shirakawa a la ofensiva mientras que Sutoku fue quien perdió la contienda al poco de empezar y fue exiliado a la isla de Shikoku, de donde ya no saldría. Corría el año 1156, y si bien el conflicto no se prolongó demasiado en el tiempo, ya que todo se desarrolló entre julio y agosto, sus consecuencias sí que tendrían calado en los tiempos venideros. La primera de ellas es que Go-Shirakawa vio que la posición de emperador retirado era beneficiosa para la ambición personal del (o los) que ocupase la posición mientras gobernaba un nuevo emperador, que tenía como heredero a su hijo Nijō. La segunda razón por la que resaltamos esta lucha es porque, al finalizar, el líder del clan Minamoto fue asesinado por su propio hijo, Minamoto Yoshitomo, debido a que luchaba en el bando de los Taira. No sería la primera vez que esto ocurriese, ni la última, pero en este caso es aún más sonado el hecho, ya que se

descabezó al clan con el asesinato del patriarca y fue su propio hijo el que blandió la espada.

Sin embargo, la situación sería radicalmente distinta en la siguiente rebelión, la Heiji, apenas tres años después de la anterior, entre 1159 y 1160. Curiosamente, aunque la cuestión imperial estaba presente, parece ser un pretexto para que los Taira y los Minamoto se enfrentasen, esta vez sí, en dos bandos muy marcados. Por un lado, los Taira volvieron a apoyar a Go-Shirakawa, mientras que los Minamoto apoyaron a Nijō. De hecho, estos últimos aprovecharon un despiste de Taira Kiyomori para asaltar su castillo sigilosamente, secuestrar a Go-Shirakawa y enviarlo al castillo de Nijō. Todo parecía perdido para los Taira, pero el joven emperador, cansado de que los Minamoto y los Fujiwara llevasen las batallas sin pedir su consejo, se escapó al castillo de los Taira, que pasaron a ser el bando imperial y el Minamoto el insurrecto. La derrota del bando traicionado, irónicamente, por el emperador, no se hizo esperar, y se salió con la muerte de Fujiwara Nobuyori, patriarca de la familia. Sus hijos fueron condenados a muerte, aunque Kiyomori le perdonó la vida a tres de ellos, que en el futuro darían de qué hablar: Yoritomo, Noriyori y Yoshitsune.

Los Minamoto no abandonaron el primer plano político de Japón, pero en estos momentos les tocaba reponerse de las dos duras derrotas recibidas en un período muy breve de tiempo. Esto, si bien pudiera parecer que traería la paz, al tener a uno de los bandos realmente debilitado, fue aprovechado por el inteligente Taira Kiyomori para interceder entre el emperador reinante, Nijō, y el emperador retirado, Go-Shirakawa. Apenas siete años después del fin de la rebelión Heiji, ya era gran ministro del reino, y gobernaba sin oposición todas las facetas de la política japonesa. No duraría demasiado en el puesto, pero independientemente de eso, lo que nos demuestra la figura de Taira Kiyomori es que, sabiendo moverse correctamente, eligiendo bien a quien apoyar y con un poco de suerte, una persona podía llegar a convertirse en la máxima autoridad de Japón, con respeto del emperador. Y lo que es más importante: nos acerca lo que sería el primer Gobierno que contase con un samurái en la Corte de Kioto, por breve que fuese. Este caso no será la excepción, ya que en el futuro contaremos con personajes cuyos orígenes

eran realmente humildes, caso de Toyotomi Hideyoshi, y que, sin embargo, medraron hasta hacer y deshacer a su antojo, apoyándose en una clase militar sedienta de triunfos que apoyaría al más fuerte en base a sus intereses.

Samson indica que Kiyomori continuó la tradición que los Soga y los Fujiwara habían utilizado para entroncarse con el emperador y comenzó a realizar matrimonios de las mujeres de su clan con los príncipes y los herederos de Go-Shirakawa. De este modo, hizo más complejo que sus rivales intentasen forzar la marcha de su clan de la Corte.

En el anterior capítulo hablamos de la importancia de la poesía en el período Yamato, comentando que la influencia china dio paso a multitud de estilos a la hora de componer estrofas. La era Heian, debido a su duración y gracias a la calma que hubo en la mayor parte de su período, cultivaría multitud de facetas artísticas y culturales que merece la pena destacar.

Si bien la tendencia dentro del reino era, pese a todas las medidas que se llevaron a cabo para evitarlo, de descentralización en lo que a los aparatos de gobierno se refiere, el centro cultural siguió siendo la Corte de Heian, y sería allí donde se verían la mayor parte de las muestras artísticas del período. De hecho, ese monopolio de la cultura por parte de la capital hará que los ciudadanos de la ciudad considerasen incultos o ignorantes a aquellos que venían de fuera, los cuales no eran pocos, gracias a la amplia red de caminos que se hicieron en la época. Los aristócratas del reino no se comportaron de manera diferente a como se vio en cortes homólogas en Asia y en Europa. En común tenían el progresivo refinamiento al que se sometieron en sus formas y en su estilo, marcado por un protocolo inquebrantable que vigilaba desde la forma de vestir hasta la manera de hacer poesía. Este arte, por cierto, era de los más valorados, por lo que tener una caligrafía impoluta y una capacidad poética desarrollada aseguraba en muchas ocasiones un cargo en la administración.

		k	s	t	n	h	m	y	r	w
a	あア	かカ	さサ	たタ	なナ	はハ	まマ	やヤ	らラ	わワ
i	いイ	きキ	しシ	ちチ	にニ	ひヒ	みミ		りリ	ゐヰ
u	うウ	くク	すス	つツ	ぬヌ	ふフ	むム	ゆユ	るル	
e	えエ	けケ	せセ	てテ	ねネ	へヘ	めメ		れレ	ゑヱ
o	おオ	こコ	そソ	とト	のノ	ほホ	もモ	よヨ	ろロ	をヲ
n	んン									

Tabla de equivalencias entre *hiragana* (símbolo de la izquierda) y *katakana* (símbolo de la derecha)

Es en esta etapa cuando comienza a desarrollarse la literatura en japonés, a pesar de que en la corte se siguiese hablando chino. La poesía del período Yamato era heredera directa de la que se cultivaba en el país del centro, como se conoce a China, y en esta etapa se comenzó un período de exploración con el objetivo de desarrollar esta nueva escritura en forma de *kana*. Es en estos dos silabarios, *hiragana* y *katakana*, sobre los que se basó la construcción literaria de la época, porque al ser signos fonéticos diferenciados y más próximos al lenguaje japonés del momento, permitía distanciarse de los sonidos que los *kanjis* heredados de la escritura china producían. Esto no significó en absoluto la desaparición de la escritura china. En realidad, es la más utilizada en Japón, donde utilizan los silabarios como apoyo para esas facetas en las que los *kanji* se vuelven inoperantes, caso de conectores, partículas o extranjerismos, dependiendo del silabario que se utilice.

No sería hasta el año 905 cuando comenzaríamos a ver las primeras antologías imperiales de poesía, imitando en cierto modo el modelo chino. El *waka*, estilo poético de treinta y un sílabas, tomó especial peso en las composiciones de esta etapa. Estas antologías podían albergar hasta un millar de poemas de diferentes autores, lo que nos indica, en primer lugar, que el género poético era especialmente demandado en la corte; y en segundo lugar, que precisamente gracias a esa demanda, hubo también muchos autores que quisieron compartir sus textos. Como ejemplo para entender la enorme relevancia de la literatura Heian hoy en día, el actual himno de Japón se compuso en estos años, si bien se ha modificado notablemente hasta el que tiene la nación hoy en día. En cambio, se continuó con el contenido temático de la producción lírica, con la naturaleza y las emociones humanas como las protagonistas de la misma.

Ilustración del *Genji Monogatari*, actualmente en el Museo de Saint-Remi

Paralelamente, otro de los géneros que se popularizó en Japón fue el de la prosa escrita por mujeres, más doctas en los *kana*. En este sentido, Japón tiene una rica tradición literaria de autoras de relevancia cuyas obras todavía perduran, en una época en la que pocas sabían leer y escribir. En este sentido nos

encontraremos con diferentes temáticas que enriquecen el patrimonio escrito nipón. Por un lado, encontramos los *monogatari*, traducidos como historias, pero que sirven a modo de cantar en los que las más famosas son las que hablan de gestas de la clase militar, con contenido ficticio o real, o incluso entremezclado. Sin embargo, estos *monotagari* hablan de otras temáticas. Por ejemplo, destacan *Los cuentos de Ise*, atribuidos a Ariwara no Arihira, en los que se mezcla prosa con poesía. Los cuentos eran muy seguidos, debido a que abandonaban el cariz más realista de los *monotagari* y se lanzaban a la ficción, caso del *Cuento de Ochikubo*, la historia de una joven con su madrastra cuya relación no es especialmente la mejor.

Sin embargo, el más famoso sí que tendría el ámbito militar como eje central del cantar. El *Genji Monogatari* es una obra escrita por Murasaki Shikibu, una de las autoras más famosas de la historia de Japón, en el que narró la vida del príncipe Genji (recordemos que así se llama también al clan Minamoto, y que en el futuro veremos un cantar dedicado a los Taira) e hizo una panorámica de la sociedad del momento. Esta es, para muchos historiadores, la novela más antigua de la historia, y sería rescatada siglos después para el japonés moderno por autores de la talla de Junichirō Tanizaki. El príncipe Genji, que supera con gentileza y gallardía los avatares a los que es sometido, se convirtió en el ideal de hombre, del mismo modo que el *Cantar de mío Cid* o la *Chanson du Roland* influyeron a los caballeros en España y Francia, respectivamente.

Otra temática que se cultivó en la narrativa japonesa fue la del diario, en el cual se mezclaban experiencias personales con el género lírico. Murasaki Shikibu cultivaría también este género, pero su rival, Sei Shoganon, sería quien tendría más relevancia con sus textos. Destaca su *Makura no Sōshi* (*El libro de la almohada*), diario en el que hizo una radiografía de la corte Heian y de la sociedad en la que vivió. Su importancia es tal que siglos después fue Jorge Luis Borges uno de sus traductores. Otros diarios relevantes fueron el *Tosa Nikki*, del poeta Ki no Tsurayuki, el cual se hizo pasar por mujer para hacerlo más popular; o el *Sarashima Nikki*, de Takasueno Musume, en el cual reflexiona sobre su propia vida.

Sin embargo, la prosa al estilo chino también fue cultivada, donde destacó

Yoshishige no Yasutane, el cual en su obra *Notas del pabellón del estanque* mezcló lo urbano con lo natural, en una conjunción en la que los jardines toman especial relevancia.

No fue en la escritura en el único ámbito cultural que aumentó su producción en estos años. La naturaleza, que ya entonces era uno de los temas más extendidos dentro de la poesía, se extrapoló a otras disciplinas como la pintura, y se desarrolló un estilo de arquitectura palaciega propio que conjugaría muy bien la mano del hombre con la naturaleza. No era raro que aquellas edificaciones dentro del nuevo estilo *shindenzukuri* contuvieran jardines, fuentes o estanques. Además, estos nuevos templos y palacios no alteraron el terreno donde se edificaron. Por ejemplo, los templos que se encontraban en las montañas tuvieron que adaptarse a diferentes alturas, pues se buscaba que la naturaleza aceptase la presencia humana y no al revés. Uno de los ejemplos de construcción más claro del período es el palacio del Fénix, enmarcado en un enclave natural en el que se aprovecha las aguas para realizar un estanque y en el que todas las paredes tienen motivos decorativos pictóricos y escultóricos en talla.

En lo que a escultura se refiere, la madera ganó enteros como soporte frente al barro o al bronce. Encontramos réplicas de pagodas a escala que servirían para el culto a algún *kami* del lugar donde se encontrasen, pero también encontramos estatuas de los propios *kami*. También decoraron los jardines con elementos artificiales de la naturaleza como colinas.

En pintura destaca el estilo *yamato-e*, utilizado para soportes amplios y para miniaturas dentro de las antologías poéticas. En este estilo predominan los trazos naturalistas, que evocan figuras animales en actitudes más propias del ser humano, como en la doma o en la siega. La caligrafía se convirtió en un arte especialmente refinado, en el que la importancia del orden de los trazos, la intensidad de los mismos y la dirección en la que son proyectados hacen de este arte una forma realmente compleja de dibujo, en el que los matices y el estilo propio se acentúan sobremanera. Será común ver pinturas unidas a textos que explican las imágenes y que funcionan perfectamente a modo de historias propias, este estilo es denominado como *Emakimono*. El soporte al que se ataba la obra era comúnmente un cilindro pequeño. Este se desplegaba y dejaba ver la obra al completo, actuando al modo del pergamino europeo, para tener un ejemplo. Este estilo de pintura se

puede encontrar en la producción literaria de la época, como por ejemplo en el *Genji Monogatari emaki*, el cual es una versión de la obra clásica.

Santuario Jingu, uno de los más importantes del período

También se hicieron representaciones de los Buda, reclamadas por las nuevas sectas, así como mandalas decorativos o cosmológicos. Destaca el mandala de la matriz, que muestra precisamente la cosmología de la escuela Shingon. Se trata de pintura sobre seda.

CONCLUSIONES

Entramos en el nuevo milenio dejando atrás el período clásico de la historia de Japón. A punto de comenzar de lleno los siglos más propios del feudalismo japonés, debemos indicar varias cosas que merecen nuestra atención de nuevo para comprender los sucesos que están por llegar.

En primer lugar, debemos reivindicar la figura del emperador, debido a que, aunque en determinadas décadas delegó de nuevo sus responsabilidades sobre una familia para que sus miembros actuasen a modo de grandes ministros, fue en este período Heian cuando la máxima autoridad de Japón se reivindicó con actos realmente notables. En primer lugar, el cambio de capital de Nara a Heian respondía a sus propios intereses, y no a los de una corte realmente faccionada por culpa de unas sectas ansiosas de poder. En la nueva capital esta situación no se paliaría por completo, pero sí que su influencia sería menor, tanto en el emperador como en la propia Corte. Otras acciones de calado de estos dirigentes fueron, por ejemplo, el aislamiento Fujiwara y la asunción directa de las labores administrativas del reino, si bien crearon nuevas figuras en las que delegar, como pudieran ser los emperadores retirados. Sin embargo, estas figuras nacieron más por la ambición de aquellos dirigentes que se negaban a aceptar que su hora de abdicar había llegado que por la imposibilidad de los nuevos sucesores de hacerse cargo de las riendas del reino, aunque también se dieron casos de esto último, especialmente cuando el entrante en el trono era menor de edad o mujer.

Por otro lado, es de destacar la apertura a diferentes alternativas dentro de la Corte que se vislumbran en estos años. Mientras que en el período Yamato eran los Soga quienes gobernaban en representación del emperador sin apenas oposición, en la era Heian nos encontramos con una familia que se colocó durante cierto tiempo a la cabeza, la Fujiwara, pero que cuando perdió esa preponderancia no cayó en desgracia y se dio la mano con otra familia poderosa, la Minamoto, que se disputó el control de determinadas áreas con los Taira. Por tanto, se ampliaba la cantidad de candidatos al poder.

Sin embargo, también asistimos a la descentralización, cada vez mayor, de la administración. Cada clan podía gobernar con relativa autonomía debido al

amasamiento de tierras por parte de aquellos que ya las gobernaban antes y que desde sus lugares dentro de la burocracia habían aceptado a los pequeños propietarios y sus tierras para arrendárselas mientras ellos las gestionaban. El tiempo del pequeño propietario estaba llegando a su fin, y llegaba el del latifundista, que a la postre se convertiría en daimio.

Y estrechamente ligado con este término que vislumbraremos en los próximos capítulos, surgió la nueva clase guerrera al servicio de uno u otro señor, que rompió la frágil paz del período y sirvió como instrumento para la enorme fragmentación territorial que llegaría en los siguientes siglos. No se culpa a los guerreros de la situación, pero la existencia de los mismos hizo más fácil que el poder se quebrase en multitud de piezas.

Pero si algo se puede destacar dentro de este periodo es la enorme producción literaria y artística a la que asistimos, con una enorme cantidad de autoras en prosa y con una poesía que se mantiene como el género principal. Además, la pintura adquirió una enorme complejidad y la arquitectura palaciega alcanzó importancia capital. Sin duda, los momentos de paz llamaron al cultivo de las artes, pero todo tendió a torcerse. En el próximo capítulo hablaremos de cinco años que fueron realmente nefastos para la historia de Japón por su carácter de guerra civil. Hablamos, sin duda, de la guerra Genpei.

El fin del período Heian. La guerra Genpei

En el anterior capítulo dejamos a un reino que, tras siglos de paz, se veía obligado a enfrentarse a levantamientos guerreros que, a modo de rebeliones, comenzaban a amenazar la calma que la corte Heian había conocido. A pesar de los enormes avances que Heian había vivido en este período, no pudo frenar que los líderes locales fuesen absorbiendo para sí cada vez más funciones dentro del poder, por lo que la Corte de la capital, en muchas ocasiones, era inoperante, y no pudo impedir que estos señores, cada vez más fuertes gracias a que sus tierras crecían en detrimento del pequeño propietario, formasen sus propios ejércitos de *bushi* o samuráis afines a ellos.

Si hubo dos familias que aprovecharon esta situación fueron los Taira y los Minamoto, los cuales se disputaron al final de la era Heian el control sobre la Corte y sobre el emperador al que apoyaban. Tanto el gobernante como el retirado dependían directamente de la familia que les apoyase, por lo que eran un instrumento de legitimidad para el ejército que les apoyaba, pero pronto dejaron de ser los convocadores de las rebeliones para convertirse en meras comparsas de lo que las familias poderosas querían. Este capítulo mostrará algunos de estos ejemplos, ya que desde el año 1180 hasta el 1185 en Japón se desarrollarán una serie de conflictos que, bajo el término de guerra Genpei, pondrán fin al problema entre los Taira y los Minamoto, del cual solo uno saldría vencedor. Pero no nos llevemos a engaño: esto no es una simple guerra entre clanes enfrentados, sino que, una vez más, habrá familiares de unas familias enfrentados entre ellos, diseminados en los dos bandos. Por ejemplo, habrá familiares de los Taira como los Hōjō que se encontrarán en el bando de los Minamoto.

Imagen del emperador Go-Shirakawa, hecho en el siglo XIV por Fujiwara no Tamenobu. Actualmente en el Museo de las colecciones imperiales en Tokio.

Podríamos decir que lo que antes eran conflictos entre los emperadores por el control del reino que no pasaban de más de un par de meses de duración y que tenían fácil solución se convirtieron en una guerra generalizada en todo el reino. Lo que en el pasado fueron escaramuzas localizadas por el control de un castillo o misiones de sigilo para secuestrar o para conseguir información valiosa se complicó en un momento en el que Japón no podía permitirse batallas que fomentasen la fragmentación del reino, justo cuando la Corte era inoperante en determinadas zonas debido al auge de los señores locales.

Este panorama no se mostró así de la noche a la mañana, y en absoluto fue una sorpresa, ya que la creación de ejércitos propios por parte de los latifundistas era algo que preocupaba en la Corte, si bien poco o nada se pudo hacer para evitarlo. Sin embargo, lo acontecido en la rebelión Hōgen aceleró en demasía el devenir de los acontecimientos. La población estaba presenciando un hecho que, si bien no les afectaba directamente, era lo suficientemente grave como para que no se apartase la mirada ante él: dos emperadores, Go-Shirakawa como emperador retirado y Sutoku como emperador reinante, se declaraban la enemistad en una lucha por el control del reino, mientras que los Taira apoyaron al primero en un principio, y los Minamoto al segundo, aunque como vimos en el anterior capítulo, al final Sutoku pediría ayuda a los Taira para vencer en el conflicto, traicionando así a los Minamoto y a los Fujiwara, que apoyaban a estos últimos. Si los emperadores eran incapaces de respetarse, ¿cómo podían esperar que los cortesanos no intentasen sacar provecho de la situación? De hecho, Taira Kiyomori fue el primer samurái en ser gran ministro del reino, cargo equivalente al que ostentaron los Soga o los Fujiwara como regentes en representación del emperador, aunque en el mismo durase escasos meses.

La cuestión sucesoria había abierto una profunda brecha en la Corte, y esta no se cerraría fácilmente. Además, el bando vencedor se desmembraría en un corto período de tiempo y con relativa facilidad, pues en el año 1158 Go-Shirakawa renunciaba a su posición de emperador retirado y dos años después los líderes Minamoto no Yoshitomo y Fujiwara no Nobuyori realizaron una conspiración (la

mencionada rebelión Heiji) para tratar de hacerse con el poder sin éxito, pues Taira Kiyomori saldría vencedor de nuevo y ordenaría la ejecución de Yoshitomo y de sus hijos mayores de edad, dejando a tres con vida, los cuales darán de qué hablar en este capítulo.

Mientras esto sucedía, las pequeñas intrigas palaciegas no cesaron, sino que se multiplicaron peligrosamente mientras que los Minamoto, los Taira y los emperadores resolvían sus disputas. Los clanes alejados de la Corte estaban cada día más desconectados de la figura imperial, que primaba sus derechos sobre el bienestar del reino. Muchos de estos líderes primaron las viejas rivalidades hacia clanes vecinos en vez de intentar mediar por el bien común, por lo que la división era cada vez mayor. Ninguno de estos actores en el juego político lo sabía, pero estaba a punto de acabar una etapa de paz, y no había un culpable claro. Tampoco hacía ningún bien que los aristócratas se estuviesen viendo desplazados por los Taira, a los que consideraban meros sirvientes por el hecho de pertenecer a la clase guerrera.

No ayudaba en absoluto el sistema de justicia que aplicaban los guerreros sobre los vencidos. Kiyomori ordenó matar a su anterior aliado Yoshitomo por haberle desafiado, pero sus hijos mayores también fueron ajusticiados. Este no fue un caso aislado, pues se sabe que los aristócratas locales de la zona de Heije sufrieron con especial virulencia la violencia de los guerreros al servicio de Taira Kiyomori por haber apoyado al bando derrotado. Esto solo avivaba una llama que se estaba intentando apagar con gasolina.

Y por si esto fuese poco, el año 1177 Heian sufrió un incendio en el que se consumió un tercio de la ciudad y que dejó alrededor de cuarenta mil cadáveres. A ello se sucedieron tormentas, terremotos y, como suele ocurrir después de una catástrofe, epidemias. Kiyomori tuvo que lidiar con una capital semiderruida, con unas estructuras de gobierno incapaces de hacer frente a las necesidades del reino y de controlar a los señores de las provincias, donde además se encontraba la fuente de poder, pues eran los que producían para la corte. Y en este maremágnum de problemas, surge un complot orquestado por Go-Shirakawa contra los Taira que se resuelve con relativa facilidad y que acaba con el emperador bajo un control férreo

de los allegados al clan.

Pero la gota que colmó el vaso no fue esa para Whitney Hall. Kiyomori había expropiado a muchas personas afines al emperador sus tierras, asesinado a sus rivales y pese a eso gobernaba sin eficacia y sin capacidad resolutiva, y ni en ese contexto se amenazó mínimamente su autoridad. Para ello habría que esperar a un error de cálculo del propio Taira al intentar destituir al emperador Takakura a favor de su hijo Antoku, que a la postre era nieto del propio Kiyomori por vía materna. El problema entonces era doble para Takakura: por un lado, se le buscaba sustituir por un niño de apenas dos años de edad, lo que significaba que el líder Taira podría gobernar en su nombre con total impunidad y que Takakura, como emperador retirado, poco o nada podía hacer contra un regente que pasaría a controlar los ejércitos Taira y los imperiales. Por otro lado, si el emperador se dejaba pisotear sin consecuencias, significaba que el emperador dejaba de ser intocable, se rompía esa imagen inmaculada que tenía. Que los emperadores pujasen entre ellos por el poder era una cosa, pero que un guerrero pasase por encima de ellos era otra. Y eso no se podía permitir.

Y sin embargo, Kiyomori se salió con la suya. No obstante, pocos en la corte compraban a estas alturas el discurso de Taira, y uno de ellos era el príncipe Mochihito, tío del extremadamente joven emperador y hermano mayor de Takakura, que promulgaría un edicto en el que reclamaba a los Minamoto y a otras familias (incluidas familiares de los propios Taira de clanes menores que decidieron acabar con el orden establecido) para levantarse en armas contra Kiyomori. Pero ¿donde estaban los Minamoto tras la cruel purga de los Taira?

LA SITUACIÓN DE LOS MINAMOTO

Cuando uno de los tres hijos de Yoshitomo, Minamoto Yoritomo, se alzó en armas contra el poder Taira, estalló el conflicto de la guerra Genpei. Desconocemos las motivaciones reales, aunque son amplias, variadas y cargadas de razón. La primera podría ser la de ver que los Taira estaban incapacitados para llevar el control del reino, y los Minamoto podían reclamar su oportunidad. Otra razón podría ser la de que Kiyomori estaba envejecido y era el momento de un cambio. Una más podría ser la reclamación de Mochihito para apoyar su causa contra el regente del joven emperador. Sin embargo, la más plausible parece ser la de la venganza por el asesinato de su padre y de sus hermanos.

Estatua de Minamoto no Yoritomo en el parque Genjiyama, Kamakura

Sea como fuere, lo cierto es que Yoritomo no se lanzó solo a la batalla contra los Taira. Contaba con trece años cuando se convirtió en el líder del clan en el exilio, en Shizuoka, pues esa fue la condena de Kiyomori. Vivía lejos de la corte y bajo fuertes medidas de seguridad de los señores vecinos, entre ellos Hōjō Tokimasa. Es importante su presencia, pues de él dependería la educación del joven Yoritomo, el cual acabaría cortejando a una de sus hijas. Además, esta no es la única

vez que se hable en este libro del clan Hōjō.

Este no fue el único Minamoto que sobrevivió a su padre, pero sí es de quien conocemos mejor su pasado. Del mayor, Noriyori, no se sabe nada hasta el estallido del conflicto, y de Yoshitsune se sabe que vivió cerca de Kioto para convertirse en sacerdote budista supervisado por personas afines a los Taira, pero la religión debía interesarle poco, por lo que acabó escapándose. López-Vera le muestra como un chico inquieto e interesado por el avance que los señores hacían por el norte de la isla de Honshū, la cual aún no había sido controlada totalmente, y soñaba con poder participar en el proceso de pacificación de las zonas independientes del emperador. Caería bajo la protección de Fujiwara Hidehira. Vemos, por tanto, que la simpatía hacia uno u otro bando era muy frágil y voluble en el Japón feudal, puesto que ahora los Fujiwara eran afines a los Taira, aunque lo fueran por un breve período. La concepción que se tiene en Europa del honor y de la fidelidad no es la misma que la que hay en Asia, y esto no es ni mejor ni peor, simplemente diferente. El honor en Japón era algo maleable cuando se trataba de luchar por los intereses de uno, y las alianzas podían saltar por los aires en plazos muy cortos de tiempo si realmente estas no resultaban beneficiosas.

LOS MINAMOTO ENTRAN EN ACCIÓN

Es de esperar que Mochihito, después de llamar a la rebelión contra el Gobierno, no pudiese ver el final del conflicto que él mismo había ayudado a provocar. En realidad, casi no lo vio empezar, pues al emitir el edicto se resguardó en la región de Uji, bajo la protección de monjes guerreros y de Minamoto Yorimasa, el único mayor de edad del clan que sobrevivió a la matanza Taira. Fueron estos los que les dieron caza, y aquí López-Vera sitúa el primer acto de *seppuku* o harakiri (ritual en el que el afectado escribía su última poesía y se clavaba la catana en la tripa para suicidarse y privar al rival del privilegio de darle muerte) en Yorimasa, mientras que Mochihito intentó huir sin demasiado éxito y fue ejecutado. Esta primera batalla de Uji sería la encargada de abrir un lustro de hostilidades por todo el reino, pues en septiembre del año 1180 Minamoto Yoritomo declararía la guerra al poder Taira.

Lugares donde se desarrollaron batallas durante la guerra Genpei

Los primeros meses de la guerra se desarrollaron en la región de Kanagawa, donde el ejército de Yoritomo tuvo que hacer frente a un ejército Taira que les superaba ampliamente en número en la batalla de Ishibashiyama, de la que Yoritomo apenas pudo escapar para protegerse en la región de Awa. En un pueblo cercano, en Kamakura, estableció su base durante la guerra, hecho que en el próximo

capítulo será fundamental, al ser la base castrense del nuevo período. Allí se reunieron aquellos líderes que pensaban levantarse contra el poder Taira, si bien partían de una clara desventaja. Entre esos clanes se encontraría el clan Takeda, familia fuerte de los Minamoto que contaba con unos veinte mil hombres en su ejército y cuyos dominios se encontraban al norte del reino.

Mientras esto ocurría, el primo de Yoritomo, Yoshinaka, había encabezado una nueva rebelión contra los Taira en la zona de Nagano, que contaba con creciente apoyo y que esperaba unirse a la de su pariente. Los Taira, vista la situación de desventaja, decidieron replegarse a Heian, lo que dio vía libre a Yoritomo para hacerse con buena parte de la región de Kantō y con algunas provincias al sur. Poco a poco, la situación comenzaba a equilibrarse.

Hubo un hecho determinante para el devenir de los hechos, y es que el 20 de marzo de 1181 Taira Kiyomori murió a causa de una enfermedad grave. Atrás quedaban los últimos años de poder absoluto del clan, y con un sucesor más débil (pues pocos estarían a la altura de Kiyomori), el bando insurrecto tendría más posibilidades de salir victorioso de la contienda. El nuevo cabeza del clan fue su tercer hijo, Taira Munemori. En este punto me gustaría destacar que, como se vio con la política matrimonial de los Soga o de los Fujiwara, o incluso en el propio orden de emperadores, la primogenitura era un factor secundario a la hora de elegir a un sucesor. Solían prevalecer las capacidades que hacían a uno apto o la conveniencia de uno u otro familiar para los intereses de los gobernantes, como por ejemplo, en el caso del joven emperador Antoku, que, como se comentaba al principio de este capítulo, llegó al trono con apenas dos años.

Sin embargo, el cambio de líder en uno de los bandos no cambió, a corto plazo, el orden de los acontecimientos. Los Taira se hicieron con sendas victorias en las batallas de Sunomata y de Yahagigawa, derrotas menores para los Minamoto, pero que hacían mella en la mentalidad de los sublevados, pues aún no habían conocido la victoria. Sin embargo, un golpe de suerte les permitió tomar un poco de aire, pues desde mediados del año 1181 hasta el año 1183 cesaron las hostilidades.

Las razones para este detenimiento de las acciones militares son claras: a las

catástrofes naturales que se venían dando desde la década anterior se sumó una serie de nefastas cosechas que provocaron terribles hambrunas en todo el reino. En tal situación, con el territorio dividido en dos zonas bien marcadas por la ocupación de cada bando, Yoritomo sugirió la separación del reino en dos zonas: una Minamoto y otra Taira. Sin embargo, aunque la Corte imperial vio bien la idea, los Taira se negaron en rotundo. En este contexto, ambos bandos aprovecharon para aumentar sus ejércitos, aunque los Minamoto lo tuvieron más fácil debido a la antipatía que suscitaban los Taira. En cambio, las fricciones entre Yoritomo y Yoshinaka salieron a la luz, debido a que Yoshinaka había aprovechado la tregua para tomar las provincias de Shimano y Musashi. Aunque luchasen en el mismo bando, sería un error creer que en el bando Minamoto todos los guerreros estaban plegados a Yoritomo. Al contrario, Yoritomo respetaba los dominios y la influencia de su primo a cambio de que este le apoyase en el conflicto. Volvemos a ver que los lazos familiares son un factor menor a la hora de entablar una alianza.

LOS TAIRA COMIENZAN A PERDER TERRENO

Los Taira eran conocedores de que el fuerte de los Minamoto era Yoshinaka, por lo que se decidieron a acabar con él. Sin embargo, todo se tornó gris para los ejércitos de Munemori, pues en la batalla de Kurikara se produjo la primera victoria del bando Minamoto a manos de Yoshinaka, tras la cual el bando insurrecto comenzó a ganar terreno en dirección al sur. En plena huida, los Taira perdieron también la batalla de Shinohara, y el ambiente se tornaba realmente oscuro para ellos. Ante esta situación, los Taira decidieron abandonar la capital y refugiarse en la isla de Shikoku, donde se mantendrían el resto de la guerra. Junto a ellos iba el emperador legítimo, Antoku, el cual pese a su corta edad legitimaba los esfuerzos Taira en el conflicto, debido a que estaban defendiendo sus intereses como gobernante, aunque solo fuese un títere. Llevaban, además, los tesoros imperiales, compuestos por una espada, una joya y un espejo y que eran la representación del origen divino de los emperadores. Es decir, la auténtica legitimación de la figura del emperador.

Paralelamente, Yoshinaka escoltaría al emperador retirado Go-Shirakawa (encerrado desde el comienzo del conflicto) a la capital, donde se haría el nombramiento del nuevo emperador Go-Toba, hermano de Antoku y de apenas tres años de edad. Vemos, por tanto, que los dos bandos recurrieron a las mismas argucias para legitimar su causa y para no ser vistos como bandos sublevados. Sin embargo, los Minamoto ahora contaban con dos emperadores en su área de influencia, mientras que los Taira contaban con uno que era menor de edad e incapaz de tomar decisiones por sí mismo. Esto llevaría a que existiesen simultáneamente dos emperadores incapaces de hacerse cargo de la situación por motivos obvios y uno retirado que cambiaba de bando según le convenía.

Las relaciones entre los dos primos Minamoto volverían a tensarse a finales de año, una vez conseguida la estabilidad de la guerra al hacerse con un ejército parejo al Taira (ambos llegaron a manejar alrededor de cien mil hombres cada uno). A principios del año 1184 Yoshinaka había conseguido la enemistad de la corte, que le veía como un simple guerrero que no contaba con los modales ni con las tierras para ser como ellos. Go-Shirakawa tampoco le reconocía como líder del clan Minamoto, a pesar de que fue él quien le salvó de su encierro. Yoshinaka

secuestró al emperador retirado y huyó así de Heian, pero no contó con que Yoritomo tenía dos hermanos que hasta entonces no habían tenido importancia en el conflicto y se enfrentaron a él en el río Uji en febrero: Yoshitsune, que volvía del exilio, y Noriyori. Yoshinaka moriría en la batalla y los dos hermanos recuperarían a Go-Shirakawa, que daría su total apoyo a Yoritomo, el cual dirigía sus ejércitos desde Kamakura.

Retrato de Minamoto no Yoshitsune por Kikuchi Yosai. La figura de Yoshitsune ha influido enormemente a la hora de representar posteriormente a la figura del guerrero en diferentes medios como el anime o los videojuegos.

De este modo, ya no había voz que discutiese la autoridad de Yoritomo como líder del clan Minamoto. Tras unos meses de luchas internas, por fin podía centrarse en poner fin a la guerra. Yoshitsune y Noriyori vencieron con un ejército de setenta mil tropas a los Taira en la batalla de Ichi-no-Tani, cerca de la actual ciudad de Kōbe, y que supuso un punto de inflexión en el conflicto, ya que era desde esa

fortaleza desde donde los Taira tenían pensado emprender la reconquista. La guerra estaba casi decidida.

De este modo, las fuerzas Taira estaban divididas en tres frentes diferentes y con una huida de hombres al bando rival escandalosa. El resto del año los Minamoto lo aprovecharon para prepararse para una última batalla que, a pesar de que todas las demás fueron en tierra, se desarrollaría en el mar: la batalla de Dan no Ura, ocurrida en abril de 1185, en la cual los Taira plantaron cara al ser más doctos en el mar. Con Yoshitsune al mando, una flota de casi setecientos barcos pudo vencer a la línea defensiva Taira, lo que hizo que los generales Taira se suicidasen a excepción de Munemori. El emperador Antoku fue arrojado al mar y murió, y los tesoros imperiales fueron arrojados por los Taira, pero recuperados por los Minamoto.

CONCLUSIONES

De este modo, con los Taira caídos en desgracia y con los tres hermanos Minamoto celebrando la victoria, se abrió un nuevo período en la historia de Japón en el que el clan tendría la voz cantante, al menos al inicio del nuevo período cuyo nombre se corresponde con el de la base desde donde Yoritomo dirigió sus ejércitos en la guerra: Kamakura, que a la postre se convertiría en el centro militar del período, aunque la Corte siguiese siendo Heian (a la que nos referiremos a partir de ahora como Kioto).

Finalizó, por tanto, un período de paz sin precedentes como era el Heian de la única manera que podía acabar: con una guerra. El conflicto no vino por una potencia extranjera, sino que fue una guerra civil en toda regla, y dejó un reino que necesitaba cerrar heridas y reconstruirse, pero que no gozaría del tiempo necesario para ello, como veremos en el próximo capítulo.

Sin embargo, estos cinco años de guerra se recuerdan con especial romanticismo gracias a una de las obras cumbre de la literatura del período feudal en Japón, el *Heike Monogatari* (escrita en el siglo XIV), que cuenta la caída en desgracia del clan Taira de forma trágica, con el objetivo de que el lector sintiese empatía por el bando perdedor, a la manera de los *Hōgen Monogatari* o *Heiji Monogatari*, que cuentan los avatares a los que se enfrentaron los Minamoto en sendas rebeliones enormemente costosas para ellos. En el caso del *Heike Monogatari*, se cuenta con licencias el desarrollo de algunas de las batallas más importantes de este conflicto, como la de Kurikara. Además, el conflicto influyó sobremanera en obras de teatro *nō* o *kabuki*. Yoshitsune, por ejemplo, es uno de los referentes a la hora de crear personajes de videojuegos o anime, y la batalla de Dan no Ura es, junto con la de Sekigahara, una de las más famosas de la historia de Japón.

Si bien veremos las consecuencias de este lustro en el próximo capítulo, sí podemos adelantar que lo ocurrido supone un antes y un después. Fue un cambio de familia gobernante, y además un cambio en la forma de hacer política, pues a partir de ese momento, la clase militar llevaría las riendas del reino y tendría derecho a participar en todas las áreas de Gobierno. Y todo comenzaría en la próxima

era, de nombre Kamakura.

El período Kamakura

En el pasado capítulo asistimos al fin de la era Heian debido a una serie de batallas enmarcadas bajo el nombre de la guerra Genpei. Fuimos testigos, por tanto, de la demolición de un *statu quo* de paz tensa pero duradera como no habría hasta el establecimiento de los Tokugawa en el siglo XVII. Y si bien la entrada en conflicto no fue algo gratuito, sino la gota que colmó el vaso de unos señores hartos del despotismo de los Taira, lo cierto es que el período que estaba a punto de comenzar jamás tendría la estabilidad que tuvo la era Heian con los Fujiwara o los Taira. En este capítulo hablaremos del período Kamakura, que abarca desde el año 1185 hasta el 1333 y que supone el primer Gobierno de índole guerrera. Entramos en una etapa de la historia de Japón que, como pasó con la Edad Media europea, se encontraba altamente idealizada debido a la romantización que se hizo en Europa a lo largo del siglo XIX y en Japón con el auge del nacionalismo a finales del XIX y comienzos del XX, si bien en los siglos anteriores se fagocitó a sí misma, como veremos. Pero lo cierto es que el estudio de esta etapa tiene poco de romántico, y la realidad no es tan diferente a la que se dio en Europa en las mismas fechas: luchas intestinas entre nobles por el poder, intentos de invasión en reinos vecinos, influencia excesiva de la religión, etc. Por tanto, aunque haya extremas diferencias entre un feudalismo y otro (pues, como ya expliqué, no considero oportuno el uso de este término), hay también similitudes que nos ayudan a comprender la historia de esta nación.

YORITOMO SE HACE CON EL PODER

Tras la muerte de Yoshinaka y la caída en desgracia del clan Taira, lo cierto es que Minamoto no Yoritomo se encontraba con poca resistencia para convertirse en la persona más poderosa de Japón. Sin embargo, se encontraba eclipsado por su hermano Yoshitsune, que había vencido en Dan no Ura y el cual se postulaba como el líder militar más talentoso del momento. Este volvió a Kamakura a presentar sus respetos a su hermano, el cual se negó a recibirle y lo envió a Kioto para que ejecutasen al prisionero Taira Munemori. Se podría decir que Yoritomo no cometió el error de Kiyomori de dejarlos con vida a él y a sus hermanos, por lo que exterminó a toda la rama principal de los Taira, para evitar problemas en el futuro. No lo hizo con las secundarias, pues su esposa, Hōjō Masako, pertenecía a una de ellas. Tras su ejecución, Yoritomo mandó a una cantidad anecdótica de soldados para matar a su hermano, el cual representaba una amenaza para él, y al no conseguirlo, fue Yoshitsune quien, con otro ejército igualmente minúsculo, intentó devolverle la jugada a Yoritomo. Fue evidentemente derrotado y llevado a refugiarse en Yamato, donde sería ejecutado en 1189 tras una traición de la familia Fujiwara, que le protegía hasta ese momento de su hermano.

La tumba de Minamoto Yoritomo se encuentra en la ciudad que se encargó de engrandecer, Kamakura

Ahora sí, sin oposición que le hiciera frente y sin dejar cabos sueltos, Yoritomo podía dedicarse a gobernar. En el año 1192 se hizo nombrar por la Corte, tras la muerte de Go-Shirakawa, *seiitaishōgun*, literalmente 'general pacificador de los bárbaros', título que se empleaba para todos aquellos líderes de los clanes que combatían contra aquellos que vivían fuera del reino, especialmente en el norte de la isla de Honshu. Este título terminaría abreviándose al de *shōgun*, cuyo significado es el de 'gran militar', aunque realmente el título acabase valiendo a modo de regente o valido. Dicho esto, así se compuso el primer *shōgunato* de la historia, o lo que es lo mismo: el primer Gobierno propiamente militar en Japón: el *shōgunato* Kamakura. Esta forma de Gobierno es también conocida como *bakufu*, que hace referencia al Gobierno militar del *shōgun*, con carácter hereditario en lo que al título se refiere.

Me gustaría matizar un hecho que, en realidad, es la base del sistema feudal japonés. Hay muchos historiadores que consideran que es en estos años cuando surge la relación feudo-vasallática característica del período medieval, y bajo mi punto de vista, esa afirmación es matizable. En primer lugar, el vínculo entre el señor y el vasallo ya existía en el Estado Yamato, si bien los dirigentes intentaron acabar con él expropiando las tierras de dichos nobles para que las comunidades campesinas las trabajasen. Sin embargo, esa situación se acabaría revirtiendo en el período Heian. Sí, las tierras públicas siguieron existiendo, e incluso hubo comunidades que aguantaron más tiempo que muchas otras, pero lo cierto es que el germen de la vasallización de los pequeños propietarios de las tierras a cambio de seguridad y de alimentos ya existía en la era Heian. No obstante, sí que es cierto que en el período Kamakura se perfeccionó y se sofisticó, dado que ni Yoritomo ni sus sucesores buscaron eliminar estas relaciones, sino que intentaron gobernar jugando con ella para su beneficio, aunque no siempre saliese bien.

Fue precisamente esa división de la tierra en latifundios y la desconexión con el poder central lo que hizo caer la autoridad de los Taira, más allá de las catástrofes naturales con las que tuvieron que lidiar, y Yoritomo era sabedor de que el gran error Taira, aparte de dejarle con vida, fue despreocuparse de los clanes y de los ejércitos que estaban organizando. El líder Minamoto no cometió el mismo error,

sino que reforzó la vasallización de los señores feudales mediante la concesión de tierras. Por un lado, los que ya la tenían obtenían el título sobre las mismas, y por otro lado, los guerreros que destacaban por su implicación en los conflictos obtenían las suyas de aquellos que fueron derrotados. Además, todos los que continuaban la extensión del reino por el norte eran recompensados con dichas tierras para cultivarlas.

Pese a que la Corte y la capital continuarían establecidas en Kioto, lo cierto es que Yoritomo dirigió el reino desde Kamakura, la que había sido su eje central durante la guerra, y la cual era un enclave realmente importante para los Minamoto. Continuaría el sistema de alianzas que ya había comenzado durante los años que duró el conflicto, y delegó el poder territorial en los líderes de cada zona. Es decir: gobernó de manera directa sobre Kantō y sobre Kioto, y en el resto del reino dejaría hacer siempre que se le rindiese cuentas. Las alianzas que había tejido le garantizaban una frágil paz, y lo cierto es que Yoritomo no desconfió de sus aliados mientras estuvo con vida, por lo que se limitó a las labores policial, militar y política. Y la Corte no lo vio mal.

En lo que a política se refiere, no sustituyó las estructuras de Gobierno ya existentes, sino que las modernizó y añadió otras que se implementaron sin problemas, como el cargo *jitō*, que actuaba como recaudador de impuestos en la provincia; o el de *sugo*, que actuaba como gobernador. En etapas anteriores hablamos de cómo los cargos burocráticos y administrativos se perpetuaron en el poder mediante corruptelas que permitieron convertir sus cargos en hereditarios. Bien, los nuevos cargos no correrían otra suerte, debido a que Yoritomo colocó a personas de confianza en los puestos. La productividad mejoró, pero los problemas endémicos que se arrastraban no se paliaron, y se tardaría en poner fin a estos asuntos.

Sin embargo, aunque sobre el papel Yoritomo se hubiese ganado ciertas fidelidades en agradecimiento por la concesión de tierras, lo cierto es que esta estabilidad era tan frágil como la salud del ya maduro patriarca, que fallecería en el año 1199. En ese momento, las luchas intestinas por el poder volvieron a convertirse en el eje central de la política japonesa por el control del territorio, mientras que en el *shōgunato* había un cambio de familia en el poder que fue, cuanto menos, polémico. La viuda de Yoritomo, Hōjō Masako, decidió que el heredero de su marido debía ser su hijo primogénito, Yoriie, pero al ser menor de edad, la regencia cayó en manos de su abuelo, y a la postre suegro de Yoritomo, Hōjō Tokimasa, el cual había luchado mano a mano con el líder Minamoto durante la guerra Genpei. Sin embargo, hay historiadores que cuestionan el poder de Tokimasa, y opinan que realmente era Masako quien gobernaba en la sombra.

Esta situación no se prolongaría en el tiempo, ya que en 1202 Yoriie pasó a ser mayor de edad y decidió gobernar él directamente, heredando el título de *shōgun*. Su madre y su abuelo, viendo peligrar su influencia sobre la política japonesa, decidieron crear el cargo de *shikken*, algo parecido a un asistente o consejero del *shōgun* que en realidad actuaba como regente del mismo. Es decir: el *shikken* era el regente del *shōgun*, que a su vez lo era del emperador. Y el primero en ocupar ese cargo fue, efectivamente, Hōjō Tokimasa. En esta situación, y sabedor de que Tokimasa, su abuelo, lo quería muerto, Yoriie decidió abdicar en el año 1203 y fue asesinado un año después por miembros del clan Hōjō. Recordemos, familiares de su madre.

El resto del período ocuparían el puesto de *shikken* los cabezas de la familia Hōjō durante cierto tiempo, aunque a mediados de siglo esa norma no se cumplió, siempre fueron miembros del clan, que eran manejados por el patriarca del mismo. El de *shōgun* lo ocuparían de nuevo los Fujiwara, pero sin ningún valor *de facto*, ya que el poder residía en el clan Hōjō, que hacía y deshacía a su antojo. En resumen, el cargo de *shōgun* tenía el mismo que el del emperador, meramente nominal.

Hōjō Tokimasa reza a la diosa del mar. De Tsukioka Yoshitoshi, hecho en el siglo XIX.

A pesar de que continuasen las luchas internas por el control de los aparatos de Gobierno, la Corte se mantuvo en Kioto, creándose así una situación en la que existían dos capitales: Kioto, donde se encontraban la Corte y el emperador; y Kamakura, desde donde los *shōgunes* ejercían su poder. Se podría decir que la primera era el centro de la vida intelectual y cultural del país, mientras que la segunda era su homóloga en lo que a política se refiere.

Aunque no se rompió con las estructuras de Gobierno existentes, se crearon nuevos mecanismos que permitieron a los Hōjō perpetuarse el mayor tiempo posible a la cabeza del reino. A los cargos de *shōgun* y *shikken* se sumaron otros dentro de la administración: por ejemplo, se creó una secretaría general que actuase como recaudadora de impuestos y como administrador público del reino, contando además con una sección pendiente de los asuntos religiosos que buscase limitar la influencia que determinados sectores religiosos habían tenido en épocas anteriores. Además, se creó una especie de intendencia militar a modo de ministerio que se encargase de los asuntos bélicos y de defensa, así como una entidad de justicia que se dedicaría, por lo general, a tareas como la mediación en el reparto territorial de los señores. Es decir: ahora las atribuciones de cada organismo estaban bien diferenciadas, pero no dejaban de ser herederas de los aparatos de Gobierno Heian que se habían mostrado inoperantes de cara al final del período y que, a la postre, arrastrarían los mismos problemas.

Dentro de estos nuevos organismos se encontraban los funcionarios ya mencionados, que destacaban por ser recaudadores de impuestos y funcionarios militares encargados de recaudar la parte correspondiente de las rentas para el fisco, llamados *jitō*. En otra categoría para Whitney Hall estaban los *shugo*, encargados de controlar a los funcionarios y con atribuciones más amplias, como por ejemplo la posibilidad de ser gobernadores militares. Eran los que garantizaban el orden público, y los que, en caso de guerra, adquirían una importancia capital en la organización militar y administrativa del reino.

Pero no hay que llevarse a engaño: la creación de puestos y de entidades cuyo objetivo eran el de mejorar la capacidad recaudadora (que en el período Heian

cayó en picado) y el de tratar de centralizar el poder en Kamakura no mejoró la situación. No se encontró con la fórmula que llevase a los señores de las provincias a renunciar a su manera de obtener los impuestos, ni a su considerable autonomía. Muchos eran señores que habían luchado al lado de los Minamoto y de los Hōjō con el objetivo de mantener sus privilegios, o por lo menos, para evitar que fuesen atacados por los Taira. Tampoco se pudo contentar a las entidades religiosas, ya que muchos templos contaban con sus tierras y con campesinos que las trabajasen. En resumen: las medidas mencionadas no contentaron a los señores locales, y si bien fueron efectivas, lo fueron en tanto en cuanto estos señores quisieron que lo fueran. La era Kamakura se caracterizaba por haber sido un período inestable en el que la clase militar, la Corte de Kioto y los propietarios se encontraban en una fina línea de equilibrio en la que, si se descompensaba por algún lado, se provocaría la caída al vacío de todo el reino, como sucedió en la guerra Genpei.

Tampoco fue un período pacífico en su totalidad. Por ejemplo, en el año 1221 el emperador retirado Go-Toba encabezó una rebelión militar (llamada Jokyu) que, si bien fue anecdótica y en absoluto amenazó el poder establecido, nos dice muchas cosas. La primera de ellas, que el descontento podía ser generalizado dentro de la Corte al haber sido desplazados a una posición meramente contemplativa y destinada al cultivo de las artes y de la cultura. La segunda, que los emperadores vieron como pasaban de tener un papel relevante en el cual podían gobernar, no sin problemas a ser despojados de ese papel y así ser relegados en la escala de poder, más aún si se trataba de emperadores retirados. Y por otro lado, que la clase militar, si bien consideraba que el Gobierno Hōjō no era el mejor de los posibles, lo sentía suyo y bien diferenciado de los anteriores, en los cuales el arte de la guerra era denostado. Ahora ellos tenían el poder y, salvo causa mayor, no iban a amenazar sus privilegios. Pero también se insinuó un descontento en el cual se encontraban elementos de resistencia al Gobierno y que llevó a los *shōgunes* a reforzar su capacidad militar ante posibles nuevos casos de revuelta. Aunque ¿a qué nivel se deslegitimaba a un dirigente si un emperador iba contra él? Lo que se consiguió con estos tumultos, de entrada, fue la abolición del cargo de emperador retirado, quitándose del medio una figura que tantos quebraderos de cabeza había

provocado.

No fue esta rebelión lo que creó la fractura que llevaría al fin del período, ni los posteriores intentos de la Corte de volver a la palestra. Lo fue la repetición de los mismos errores que habían cometido los Soga primero y los Taira después: el nepotismo con el que ocupaban cargos a dedo con miembros de su propio linaje (que, no olvidemos, era pariente lejano del Taira aunque ayudase a acabar con él), su soberbia a la hora de aceptar opiniones contrarias a las suyas y la incapacidad de efectuar una sana autocrítica que podría haberles abierto horizontes. Pero, sobre todo, lo que más daño haría a la larga fue la incapacidad de amenazar el poder autónomo que los señores y los latifundistas tenían. Con vasallos que podían formar ejércitos más poderosos que el propio *shōgun* y que se quedaban una buena parte de la recaudación no había mucha maniobra de acción. O se les enfrentaba o se les daba prebendas. Y ni una cosa ni la otra.

En el período Heian las sectas budistas se mantuvieron en sus parcelas de conocimiento como escuelas en las que desarrollar interesantes debates y que, durante la guerra Genpei, ayudaban con sus ejércitos a un bando u otro dependiendo de la corriente a la que se adscribiese el ejército. Esta no injerencia en el poder les llevaría a no ver amenazada su presencia en la vida pública y en la Corte, pero esto no sería así en el período Kamakura. La razón es simple: los samuráis o *bushi* veían estas escuelas como el retiro perfecto cuando ya eran mayores para combatir. Hay que recordar que estos guerreros eran de las pocas personas que sabían leer y escribir, y que la poesía era una parte fundamental de la preparación del samurái. Por tanto, esta clase no solo cultivaron el arte en estas sectas, sino que incentivaron la creación de nuevas que transmitiesen un mensaje más simple que las esotéricas.

Por ejemplo, es en este período cuando nace la secta jōdo, en el año 1175. Se la conoce como la secta de la Tierra Pura, que predicaba, entre otras creencias, la salvación del creyente y su renacimiento en el paraíso de la mencionada tierra pura. La existencia de un dogma que predicase que la muerte no era el final llevó a que esta ganase una cantidad de popularidad enorme, y su permanencia en el imaginario colectivo propició que, cuando llegasen los misioneros católicos predicando máximas similares, fuesen aceptados de buen grado y se incrementase el número de cristianos en sus filas, aunque como veremos en el futuro, el cristianismo no tuvo arraigo en Japón. En cualquier caso, aquí vemos que la idea de la salvación y de una segunda vida hedonista no les era desconocida, y eso sería un factor determinante para los cristianos que llegasen a predicar.

Templo Honkaku-ji en Kamakura, perteneciente a la secta Nichiren

Sin embargo, también nacerían otras sectas que, acorde a las homólogas de China, buscarían involucrarse de manera activa en la vida política del reino. Destaca en esta categoría la Nichiren, que predicaba también la salvación y que criticaba a las autoridades por su corrupción y por no preocuparse de los habitantes de Japón. Esta postura crítica (que le convirtió en acérrimo enemigo de la Tierra Pura) le llevó al exilio por, entre otras razones, profetizar desastres naturales como consecuencia de la mala praxis política. Actualmente esta corriente se sigue profesando. Pero antes de que eso ocurriese, esta escuela fue realmente popular entre los *bushi*, y su amor por la tierra japonesa sería una influencia clara del nacionalismo japonés que se observaría en los siglos XIX y XX.

No desaparecieron las antiguas escuelas Tendai y Shingon. De hecho, las nuevas escuelas parten de los dogmas que la Tendai había establecido al tener un discurso más accesible para las masas, aunque renegaban del exceso de ritualismo de esta. Sin embargo, estas sectas con más bagaje se inclinaron hacia el budismo zen que se haría popular desde esta era en adelante. Es decir, se enfocaron en la meditación y en la simpleza de sus textos, lo que atrajo a una enorme cantidad de señores que hicieron estas creencias suyas y que acabarían acaparando una buena cantidad de la vida religiosa del reino, llegando en este siglo a su punto álgido.

Eran lugares en los que bullía la cultura china y donde se compiló un volumen enorme de obras literarias y científicas en chino. Sin embargo, también nacerían sectas zen como la Rinzai, que contó con el apoyo de la viuda de Yoritomo, Hōjō Masako.

En el capítulo anterior mencionamos que en el período Heian hubo mujeres cortesanas como Sei Shōganon o Murasaki Shikibu, entre otras, que cultivaron la narrativa en japonés a modo de diarios y de historias que abarcaban desde los cuentos hasta las historias más elaboradas, destacando el *Genji Monogatari*. Paralelamente, nacieron crónicas de guerra que, dentro de la narrativa, contaban lo sucedido en las rebeliones y los conflictos armados, llamados *Gunki Monogatari*. Sería el *Heije Monogatari* el que nos contaría la caída del clan Taira, que como ya indicamos, no se trataba de una visión imparcial de los hechos.

En esta etapa se cultivó el género de cuentos, algo habitual en la época medieval, pero que en Japón tuvo especial relevancia debido a que se utilizaron como canal para enseñanzas confucianas y budistas básicas para los niños. En ellos se mezclan los seres humanos con figuras fantásticas en los cuales predominaba el humor y la moraleja. Lo habitual era que se recopilasen en antologías y que se desconociese la autoría de los relatos, aunque se cree que podían ser los propios monjes los que los escribían. Serían relatos más universales que los escritos de la anterior etapa, ya que en estos cuentos podía hablarse de la vida de los campesinos, de anécdotas o de escenas de pareja con contenido erótico.

Las mujeres no dejaron de producir obras literarias, pero su impacto es menor y la cantidad de obras que conservamos actualmente se redujo considerablemente. Destacan las *Confesiones de la dama Nijō*, en el cual nos cuenta la evolución de una mujer de la corte que, si bien en su juventud se preocupa por su estética y por sus amoríos, en la segunda parte de la obra la evolución del personaje nos lleva a su ingreso como monja budista que viaja por los lugares sagrados como Ise. Vemos una evolución en los personajes, especialmente en la producción femenina, que abandona las personalidades lineales y se centra en los matices y en la melancolía, así como en sentimientos tan dispares como la soledad o la vehemencia con la que aconseja sobre moda cortesana.

Sin embargo, la poesía siguió siendo el género rey en Japón, y si bien en Kioto bullía la mayor parte de la cultura del reino, sería injusto decir que el monopolio residía en la capital. Por ejemplo, Fujiwara Teika residía en Michinaga. No

obstante, no fue la norma, y hubo otros como Kamo no Chomei que vivían a las afueras de Kioto. Los temas recurrentes siguieron teniendo su peso, y no fueron desplazados frente a los nuevos que se iban abriendo paso, como la ruptura de las promesas amorosas o la crítica social ante las hambrunas. La temática guerrera sería enormemente cultivada, al ser los *bushi* consumidores habituales y creadores de poesía.

La puerta de Itsukushima se encuentra en dicha isla, y se encuentra sobre el agua, creando una mimetización perfecta con el entorno.

En lo que a arte se refiere, la temática religiosa fue realmente explotada en esos años, debido al auge de la importancia de las sectas, apoyadas en parte por los guerreros. La guerra Genpei había acabado con buena parte del patrimonio japonés en lo que a templos se refiere, ya que los monjes decidieron involucrarse en el conflicto. Destaca la escultura, con el Buda Amida de Kamakura como la mejor muestra de los derroteros por los que se estaba moviendo esta disciplina. Se trata de una estatua de quince metros de altura que se inclina levemente ante los visitantes, debido a que fue financiada con fondos públicos.

En cuanto a la arquitectura, proliferó la construcción y la restauración de templos. Situados a las afueras de Kioto, siguieron conjugando la naturaleza con la mano del hombre, en una clara relación de respeto mutuo. Ya comentamos que no

se modificaba el terreno para colocar el templo, sino que era el templo el que se acomodaba al relieve, respetando el conjunto y admirando el paisaje. Destaca el santuario de Itsukushima, cerca de Hiroshima, y que se encuentra construido sobre el agua. Aunque no se construyese en esta era, sí que fue en el siglo XII cuando fue reconstruido y ampliado con varias salas, incendiado a finales del mismo y reconstruido de nuevo a mediados del XIII. Afloraron, a su vez, las casas del té, salones destinados a la ceremonia del té y que fueron especialmente populares en los siglos venideros por razones que distan tangencialmente de tener algo que ver con el té.

CAÍDA DEL *SHŌGUNATO* KAMAKURA

Tras la rebelión Jōkyū, los *shōgunes* de Kamakura decidieron evitar que desde la Corte se volviese a intentar una rebelión que intentase derrocar a los Hōjō y crear así un cargo representante del Gobierno en Kioto con el que podrían controlar el ambiente que hubiese en la misma, y con el que, además, se involucrarían en decisiones que anteriormente habían delegado directamente en la Corte, caso de la sucesión imperial. Por si fuese poco, confiscaron una buena parte de las tierras imperiales para repartirlas entre sus familiares, lo que echaba más leña a una llama que se estaba cociendo lentamente.

Estatua de Kusunoki Masahige en Tokio

Eso no quiere decir que las hostilidades saltasen al momento, sino que fue más bien al contrario. El siglo XIII se caracterizó por ser especialmente tranquilo y pacífico, exceptuando los dos intentos de invasiones mongolas que se verán en el próximo capítulo y que no hicieron sino afianzar al *bakufu* en el poder, al haber sido capaces de vencer a un imperio que contaba sus batallas por victorias, siendo Japón el único reino que mantendría su independencia.

Sin embargo, esto produjo una crisis enorme en el reino. Por un lado, los costes en defensa y en mejoras de las fortificaciones produjeron que las arcas se vaciasen y subiesen los impuestos, con lo que aumentó también la miseria campesina. Además, no se pudo recompensar a los guerreros que participaron en la defensa, ya que al desarrollarse el problema en territorio japonés, era inviable otorgar tierras a los *bushi*. Muchos jito tuvieron que vender sus tierras y ponerse al servicio de algún señor. Pobres, endeudados y sin posibilidad de salir del pozo de mala suerte en el que se encontraban, la paciencia estaba comenzando a agotarse con los Hōjō.

Y, sin embargo, no fueron estos samuráis empobrecidos los que comenzaron las disputas violentas, sino el emperador Go-Daigo, que en el año 1331 encabezó una rebelión para acabar con el *bakufu* y así conseguir que la figura imperial recuperase su autoridad. Intentó recabar apoyos entre los señores descontentos, pero eso no evitó que el año siguiente fuese capturado y desterrado por el clan Hōjō. No obstante, el conflicto no acabaría aquí, ya que su hijo, el príncipe Moriyoshi, continuó la rebelión que desembocó en la guerra Genkō, en la cual el príncipe, con ayuda de su aliado Kusunoki Masahige, se enfrentó a los Hōjō. Una vez Go-Daigo escapó de su exilio, los Hōjō decidieron mandar al general Ashikaga Takauji en 1333, descendiente menor del clan Minamoto, para tomar Kioto. Sin embargo, este acabaría virando de bando y sumándose a la causa imperial, dejando a los Hōjō sumamente dañados y sin influencia en la capital. No tardaría el nuevo general en devolver la capital al emperador, el cual no perdió tiempo a la hora de intentar organizar un Gobierno en el que no necesitase de regentes que actuasen en su nombre. Además, evitó a la clase militar a la hora de conceder cargos dentro de la administración, en una clara ruptura con esta era Kamakura que estaba a punto de llegar a su fin. No obstante, Ashikaga Takauji aún tendría algo que decir en este nuevo Gobierno conocido como la Restauración Kenmu.

A su vez, Nitta Yoshinada, líder del clan Nitta, se levantó en armas, tomó Kamakura con una facilidad pasmosa y demostró que el poder de los Hōjō se sustentaba en una línea realmente fina en la cual solo bastaba que alguien se atreviese a saltarla. Resulta curioso que ese alguien fuese el propio emperador. Sin embargo,

el hecho de que la máxima autoridad del reino encabezase la rebelión no quiere decir que la clase militar se mantuviese ociosa. Y sería en 1335, menos de dos años después de comenzar la Restauración Kenmu, cuando Ashikaga Takauji se levantaría en armas contra el emperador Go-Daigo y se lo llevaría a Kamakura, donde ejecutaría a su hijo Moriyoshi y desde donde partiría hacia Kioto, esta vez para conquistarla para sí, con multitud de señores descontentos con la situación para su causa. La capital cayó en 1336 y Takauji entró en ella con el príncipe Yutahito, quien fue nombrado emperador al obligar a Go-Daigo a entregar los tesoros imperiales. Sin embargo, este escapó y fundó una nueva Corte en Yoshino, cerca de Nara, con lo que se abrió un período en el que existirían una Corte en el norte y otra en el sur. Pero de eso hablaremos en el capítulo 6.

CONCLUSIONES

Para finalizar, deberíamos recopilar los diferentes aspectos que se han detallado en este capítulo. El primero de ellos fue el cambio en la forma de Gobierno, viendo el primer *bakufu*, en el cual destacó la renovación de los aparatos de Gobierno que, por otra parte, de poco sirvieron para evitar su caída, si bien mejoraron enormemente la situación heredada tras la guerra Genpei. Este solo cayó por la misma razón por la que desaparecieron los Taira: por un descontento generalizado en el que incluso los emperadores están en su contra. Incluso el motor de su caída está provocado por la figura imperial, aunque en este período Kamakura la máxima autoridad del reino sí que tiene especial relevancia, como hemos visto.

Otra diferencia con el período anterior es la relevancia que el budismo adquirió, si bien esto fue gracias a que los *bushis* así lo quisieron. Dicho de otro modo: las sectas budistas se volvieron relevantes y entraron en la vida social porque los guerreros necesitaban legitimarse de alguna manera, y la vía religiosa era la más rápida y la más efectiva. Si a ello le sumamos que estos luchadores eran de los pocos que sabían leer, y que uno de sus destinos finales cuando ya no podían seguir peleando era el de acabar como monje, entendemos el interés de estos por afianzarlas en la vida cotidiana del reino.

Pero lo más importante es que, una vez los Hōjō cayeron, no volvió a haber una paz duradera en el reino hasta la llegada de los Tokugawa. En las siguientes páginas veremos un progresivo desangramiento del reino en conflictos internos, batallas y divisiones territoriales que hizo que muchos añorasen esta etapa ya de por sí convulsa. Y añoraron este período porque volver a la estabilidad de la era Heian, aun con su multitud de errores, se tornaba utópico hasta la llegada de los Tokugawa al poder. Pero ya llegaremos a eso.

Kublai Khan pone el ojo en el Pacífico: las invasiones mongolas

A lo largo de la historia de la humanidad, no pocos han sido los imperios que se han ido sucediendo a lo largo del tiempo. Desde el antiguo Egipto hasta el Imperio británico, todos los grandes amasadores de terrenos se han caracterizado por la subyugación de otras culturas para el interés de la metrópoli. En mayor o menor medida, la existencia de un imperio supone un recorte de libertades para la zona conquistada, y por ende, se tiende a la vasallización de los territorios anexados. Las fronteras siempre han sido algo ficticio y organizativo para el ser humano, y en cambio no dejan de ser maleables y negociables, incluso en la actualidad. Resulta obvio que las fronteras que actualmente existen no se han mantenido así desde el inicio de los tiempos, sino que ha sido producto de una serie de sucesos y cambios que han condicionado nuestro entorno hasta el día de hoy. Eventos, por cierto, que han ayudado a reforzar la identidad nacional de cada zona. En algunas comunidades españolas y en zonas de Latinoamérica, el día dos de mayo es festivo, así como el cuatro de julio en Estados Unidos o el día 11 de febrero en Japón. La resistencia a un ente político que nos supera siempre ha sido motivo de celebración, y por ello no nos resultará curioso que en Japón se guarde con cariño en la mentalidad nacional la resistencia que en el siglo XIII presentaron a uno de los imperios más grandes de la historia. Como hemos introducido por el título, en este capítulo hablaremos de las invasiones mongolas.

Tras los intentos de rebelión que protagonizó la Corte en el año 1221, el *bakufu* había reforzado su poder de una manera notoria, consiguiendo con ello debilitar a la Corte, y trayendo al reino unos años de estabilidad que solo se vieron truncados cuando esta amenaza exterior intentó invadir el archipiélago. El clan Hōjō había sabido establecerse como rama principal del *bakufu*, y su poder iba ligado a la estabilidad que habían ido labrando lentamente, mientras a su vez se reforzaban para posibles amenazas internas o, en este caso, externas. Debemos matizar que, al contrario de lo que se piensa por el imperialismo que llevó a cabo en los siglos XIX y XX, Japón no es un reino que se caracterice por sus invasiones al exterior. Salió de sus fronteras en la era Yamato para acudir en ayuda de un aliado, y saldría de

nuevo en el siglo XVI con sus intentos de invadir Corea, pero no se conocen más intentonas. Y además, su condición de archipiélago le permitió aislarse del resto del continente, lo que le llevó a que ninguna potencia intentase invadir Japón, a excepción de los mongoles.

Debemos indicar que en el momento en el que el Imperio mongol ocupó más territorio ha sido y es el segundo más extenso de la historia entre los territorios continuos. Es decir, entre aquellos imperios en cuya extensión de tierra no se interponía un océano o no se componía de islas o de colonias en ultramar, y llegaban a ocupar desde China y Corea hasta el Danubio.

La creación de esta entidad se produjo cuando el guerrero Temuyín unió todas las tribus mongolas a comienzos del siglo XIII, consiguiendo que le proclamaran Gran Khan, motivo por el cual cambió su nombre al de Gengis Khan. Libró batallas contra la dinastía Jin, en el actual norte de China y parte de Manchuria; contra los Xia, en lo que hoy se conoce como la Mongolia propiamente dicha; la zona oriental de Persia y en el sur de la actual Rusia. A su muerte, la cantidad de tierras que albergaba causaba pavor en los reinos anexos al suyo. A pesar de que su ejército era poco numeroso, dado que la extensión que ocupaban era principalmente estepa y zonas poco pobladas, tenía un control excepcional del caballo, lo que les permitía realizar ataques relámpagos efectivos y retirarse rápidamente. Su estilo de vida nómada les permitía actuar con total libertad, siendo en ocasiones ilocalizables.

Al contrario de lo que pueda pensarse, Gengis Khan respetaba la aristocracia gobernante de cada territorio conquistado y les permitía reinar en su nombre, siempre que no se opusieran. En ese caso, no le temblaba el pulso a la hora de hacerlos desaparecer. Además, su sistema de Gobierno se basaba en la meritocracia, y se conseguían títulos en función de la valía en la guerra o la lealtad al Khan. Permitió libertad de culto y favoreció el comercio entre el Mediterráneo y China por la famosa Ruta de la Seda, y por toda Asia gracias a una *Pax Mongolica* que permitía la mezcla entre las culturas subyugadas.

División del Imperio mongol en cuatro partes. En este capítulo interesa la verde, donde se fundó la dinastía Yuan, y será la que intente la invasión.

Tras su muerte, sus sucesores continuaron su expansión. Es destacable para nosotros la figura de Kublai Khan, que dividió el Imperio en pequeños Khanatos más manejables. Además, fue el artífice de la conquista de la China Song y formó uno de los Khanatos más grandes, en contraste con los europeos que se iban disgregando. Kulai Khan, además de ser el quinto y último gran Khan del Imperio, fue el fundador de la dinastía Yuan de China, considerada extranjera (la primera y única hasta la llegada de los manchúes en el siglo XVII) para la población, y derrotada en el futuro por Zhu Yuanzhang, fundador de la dinastía Ming. Cabe destacar que esta dinastía mongola había unificado casi todos los reinos existentes en China, y sería en lo que se apoyarían los Ming para mantener la enorme extensión de tierra que llegaron a controlar. Para hacernos más idea aún de la importancia de la figura de este gobernante, fue en su Corte donde se instalaría Marco Polo, y donde escribiría sus cuadernos sobre China.

Retrato anónimo de Kublai Khan datado en 1280

Japón se resintió por esta conquista. Históricamente, los acuerdos comerciales y diplomáticos con los Song eran muy habituales, siendo Taira Kiyomori el que fomentó este tipo de relaciones, a pesar de las reticencias de los estadistas Kamakura. Schirokauer comentaba que este comercio de productos suntuarios con China a cambio de cobre produjo un problema de falta de monedas en China, lo que para las finanzas Song supuso un auténtico quebradero de cabeza. Al ser destruidos como reino, la relación murió con él, y se redujeron al mínimo los contactos, aunque López-Vera aclara que el cese de relaciones no fue total, ya que hubo comerciantes chinos que comerciaban en Japón y monjes japoneses que visitaban con cierta asiduidad templos chinos, por lo que los gobernantes japoneses estaban al corriente de lo que ocurría al otro lado del mar.

A pesar de que los mongoles dejaban gobernar a las élites locales, no siempre actuaron de la misma forma. Mediante una relación de Estado tributario con aquellos reinos de Asia Central que decidieron plegarse al control mongol, evitaban la invasión y el saqueo. No fue así con los Song, que fueron eliminados; ni con los Goryeo, en la zona de Corea, a la que avasallaron con cierta facilidad en el año

1260. Los Hōjō perdían, de esta manera, a un buen aliado y a un reino que podía actuar como contención en caso de una invasión, a pesar de que Corea haya sido habitualmente el menor en la relación con China. En realidad, Corea ha considerado a China como una especie de hermano mayor protector a cambio de una relación tributaria que se mantuvo hasta la conquista japonesa en el siglo XIX.

En un principio, Kublai Khan actuó de forma amistosa enviando una carta a través del rey de Goryeo al emperador, aunque se encargase el cabeza del clan Hōjō Tokimune. En dicha carta, animaba a Japón a plegarse bajo su poder como había hecho Corea, y amenazaba con el uso de las armas en caso contrario. Por el título del capítulo podemos adivinar qué opción fue la elegida. Tokimune no respondió a esta carta ni a las posteriores debido a que las consideraba una amenaza o un intento de coacción a unirse a su vasto imperio, incluyendo una en 1271 en la que se amenazaba con la invasión en caso de no obtener respuesta. Lo cierto era que Kublai Khan estaba construyendo una enorme flota en Corea, deseando no tener que usarla, aunque estaba dispuesto a ello. Tokimune, a su vez, reforzó sus defensas en la isla de Kyūshū, donde era más probable que intentase la invasión.

Así pues, veríamos un primer intento de invasión en octubre de 1274. El ejército con el que el mongol intentó el ataque se componía de unos diez mil barcos que albergaban a veinte mil hombres, aunque hay crónicas chinas que elevan el número a cien mil soldados; sí que hay un consenso en afirmar que estaban compuestas en su mayoría por guerreros mongoles y, en menor medida, por coreanos. Cabe decir que al comienzo de la contienda, los mongoles obtuvieron victorias importantes para la moral de sus tropas, caso de Tsushima e Iki (donde el gobernador Taira Kagetaka llegó a armar a civiles para resistir la invasión, en vano, por lo que se suicidó en su castillo al verse superado), islas que se encontraban en el estrecho entre Corea y Japón y que servían de puente para desembarcar en Hyushu.

Y así fue. Se produjo un desembarco en Hakata, al sur de la isla, y pudieron comprobar que, en ese momento, las tropas invasoras superaron en número a las japonesas, compuestas en su mayoría por guerreros locales. La lucha duró un día entero, en el que las fuerzas locales debían resistir a la espera de la llegada de refuerzos. Una vez quemada la ciudad, los mongoles se retiraron a sus barcos a descansar. Sin embargo, una fuerte tormenta destruyó una buena cantidad de barcos y los mongoles se vieron en la tesitura de volver al continente. Aquellas tropas mongolas y coreanas que consiguieron llegar a la orilla y sobrevivir a los naufragios fueron capturadas y llevadas a Kioto, donde fueron ejecutadas. En la Corte comenzó a correr el rumor de que un viento traído por los dioses les había protegido de las tropas enemigas, y utilizaron este tiempo ganado antes de la segunda invasión para reforzarse levantando una muralla en Hakata y así evitar que incendiasen de nuevo la ciudad. Se destinó más ejército a Kyūshū y a la costa occidental más cercana a Kioto, por si los mongoles intentasen atacar más al norte. Por su parte, Kublai Khan llevó en 1275 una embajada para persuadir a la Corte de que el poder mongol era mucho mayor y que no era necesario el derramamiento de sangre, y pedía al emperador que le visitase en Pekín. El *bakufu* decidió corresponder al Khan decapitando a sus emisarios. La respuesta del emperador de China se demoró hasta 1281, ya que se encontraba sofocando los últimos reductos Song.

Esta primera invasión fue más importante que la segunda, y de hecho, la batalla de Bun'ei se recuerda como el intento de invasión más importante de la historia premoderna de Japón. De hecho, en el imaginario popular japonés, esta victoria supone un acontecimiento que refuerza la identidad nacional: Japón puede presumir de haber resistido los intentos de invasión mongoles, en contra de muchas zonas como China o Corea que, todo sea dicho, no contaban con el factor de encontrarse aislados, como sí lo tiene Japón.

EL INTENTO DE 1281

Tras haber vuelto a fracasar la vía diplomática, y una vez resuelto el problema con los Song del sur (pues así se llamaban los últimos reductos de la dinastía), Kublai Khan se propuso, finalmente, realizar una segunda invasión del territorio japonés. Para ello, planeó un ataque mayor al anterior de 1274, llegando a crear un ministerio destinado únicamente a esta tarea. La idea no era otra que la de una invasión destinada al futuro asentamiento permanente mongol en el territorio, y la táctica que se llevó a cabo fue la de crear dos divisiones: una con diez mil soldados chinos, diez mil coreanos y treinta mil mongoles que volverían a partir desde Corea; y otra que saldría desde el sureste de China con cien mil soldados chinos. El objetivo principal volvía a ser rendir Kyūshū, y para ello desplegaron, a su vez, la mayor flota del momento, con más de tres mil quinientos barcos llenos de guerreros. Por su parte, el ejército japonés contaba con una cifra mucho menor de efectivos, pero los historiadores no terminan de ponerse de acuerdo en la cantidad exacta.

Japoneses atacan embarcaciones mongolas, pintura de finales de siglo

La flota saliente de Corea decidió no esperar a la china e intentó el desembarco en Hakata en junio de 1281, donde se encontraron con la muralla construida y pertrechada con una buena cantidad de arqueros samuráis que causaron cuantiosas bajas a los mongoles, por lo que se vieron obligados a renunciar a su plan. En julio

hubo un nuevo intento de invasión, ya con las dos flotas unidas cerca de Hirado, pero se encontraron con parte del ejército japonés esperándolos para defender la posición pese a su enorme inferioridad numérica. Pero a mediados de agosto un enorme tifón asoló la zona y destruyó aproximadamente un tercio de la flota coreana y la práctica totalidad de la china. Aquellos que sobrevivieron al naufragio fueron capturados y ejecutados.

La victoria contra todo pronóstico de las fuerzas locales acentuó la creencia de que habían sido protegidos por los dioses, ya que en este siglo se produjeron visiones de cometas que indicaban un mal augurio que se confirmó con las invasiones. Por ello, la llegada de los tifones que supusieron la salvación del pueblo japonés fue la reafirmación de los religiosos en la teoría de que los dioses sintoístas les habían salvado mediante vientos divinos denominados *shinpū*, palabra que se escribe con los *kanjis* de espíritu (*kami* 神) y de viento (*kaze* 風). (La mala traducción del término haría que el Gobierno de Estados Unidos denominase así a las tropas japonesas que se suicidaban haciendo colisionar sus aviones contra la flota estadounidense en la Segunda Guerra Mundial). El *bakufu* y la Corte aceptaron este precepto y se recompensó a los santuarios más grandes por su perseverancia en el rezo, más incluso que a los guerreros samuráis, a los que no se pudo recompensar con tierras, puesto que solo habían defendido el territorio.

¿Un tercer intento?

A pesar de las dos derrotas que había sufrido Kublai Khan en su intento de invadir el archipiélago, en 1283 creó un nuevo ministerio para sondear la posibilidad de realizar un tercer desembarco. Sin embargo, el sudeste asiático era la zona que le corría más urgencia, y para cuando pudo sofocar la zona de Vietnam o Java ya era tarde. Murió en 1294 y su sucesor, Timur Khan, no quiso oír hablar de la posibilidad de entrar en Japón. Así pues, el archipiélago puede atribuirse el mérito de haber conseguido vencer a uno de los imperios más grandes de la historia, donde civilizaciones en teoría mayores como la china o la persa tuvieron que conceder derrotas. Si bien su papel de reino aislado jugó un enorme papel, y si bien es cierto que el factor climatológico jugó a su favor, no fue menor la capacidad de los guerreros japoneses a la hora de repeler las intentonas rivales, o de contener el tiempo que fuese necesario al enemigo.

Pero si por un lado esta victoria supuso una enorme inyección de moral, también significó el comienzo de una crisis que acabaría con el sistema Kamakura, que desembocaría en un siglo entero de guerra civil que no acabaría totalmente hasta la instauración del Shōgunato Tokugawa, intento de invasión de Corea incluido.

El período Muromachi: el shōgunato Ashikaga

Cuando en el año 1338 Ashikaga Takauji fue condecorado con los máximos honores por el emperador, y a su vez fue nombrado *shōgun*, el propio patriarca del clan no era consciente de la enorme responsabilidad por la que había luchado y que, ahora, recaía enteramente en sus manos. Una vez que los Hōjō habían sido apartados del complejo tablero político nipón, se antojaba realmente complicado que una sola familia pudiese mantener para sí el control de la situación durante mucho tiempo. Efectivamente, el período que Takauji estaba a punto de inaugurar se caracterizó por una estabilidad imposible de solventar y que acabó dinamitando el Gobierno, lo que desembocó en un siglo de guerra civil. Previsiblemente, la forma en la que se hizo con el título y con los mencionados honores no auguraba un futuro especialmente feliz al recién empezado período Muromachi, llamado así por ser el barrio dentro de la capital donde se instaló el nuevo Gobierno.

EL ORIGEN DE LA FAMILIA ASHIKAGA

Antes de ir al grano a la hora de hablar del segundo Gobierno militar de la historia de Japón, debemos detenernos un momento en los orígenes de esta familia. ¿De dónde venían? ¿Por qué irrumpen de una manera tan brusca en el panorama político del momento? La respuesta tiene su ironía. Por un lado, esta familia comenzó apoyando a Minamoto Yoritomo, lo que les valió el título de *shugo*, cargo creado por el propio Yoritomo y que actuaba como supervisor de las provincias. Si bien pudo tener cierta relevancia el título, parecía más un cargo honorífico que uno en el que realmente se estuviese en contacto con el poder. La ambición de esta familia no se quedó ahí, ya que se emparentó con los Uesugi (de los que hablaremos en los dos próximos capítulos) y con los propios Hōjō. Ahí reside la ironía, lo que convierte esta situación en un ejemplo claro de lo que se venía comentando en capítulos anteriores, y que veremos en el futuro: los lazos matrimoniales o consanguíneos no importan cuando se trata de los intereses propios. Es más, el honor, que en absoluto se puede entender a la manera occidental, es algo voluble y matizable.

Si bien el período Muromachi se extendió hasta 1573, en este capítulo se hablará únicamente hasta el comienzo de un subperíodo, conocido como Nankobucho, el cual se centró, esencialmente, en la conflictividad de las dos Cortes simultáneas que hubo hasta el año 1392, y de los años posteriores, así como las causas que desembocaron en la dolorosa centuria a la que se hacía referencia.

Retrato ecuestre de Ashikaga Takauji, de Kō no Moronao

El período del que se va a hablar a continuación debe su nombre a la zona de Kioto donde se instaló el clan Ashikaga con una idea en la cabeza: la de controlar a la Corte. Quizá los patriarcas de la familia entendieron que los emperadores no se contentaban con ostentar un cargo ceremonial u honorífico, sino que buscaban mantener una vida activa dentro de la política del reino, ejercer el poder de forma directa y no depender de los intereses de una familia advenediza. Los Ashikaga nunca se plantearon desplazar a la Corte de su lugar preferente (aunque del tercer *shōgun*, Yoshimitsu, se dijo que esa intención sí se le pasó por la cabeza), pero sí que podían intentar ejercer un control sobre ella para evitar problemas como los que hubo en tiempos pasados. Lo cierto es, dicho sea de paso, que aunque lo hubiesen intentado, no habrían podido: este Gobierno militar fue el más débil de los tres, y el que menos apoyos contó entre sus filas. Su situación fue siempre delicada, y cualquier paso en falso podía significar problemas serios, como veremos a

continuación.

Aunque este nuevo *bakufu* naciese del último intento cortesano por recuperar su lugar en el centro político, no deja de ser curioso que la situación desembocase en un nuevo Gobierno militar. Es decir, ayudaron a encumbrar aquello que estaban buscando destruir por falta de perspectiva. Desde esta última intentona, la Corte no volvería a tener relevancia en exceso, sino que sería meramente un títere de los designios de una familia u otra, salvo en contadas ocasiones.

LAS CORTES ALTERNAS

Cabe decir que, aunque en el año 1336 las tropas de Takauji vencieron en la batalla de Minatogawa a las lideradas por Nitta Yoshisada, el cual actuaba en nombre del emperador Go-Toba, esto no significó, en absoluto, que la causa de los derrotados se esfumase de repente. Aún existían muchos partidarios de Go-Toba que se hicieron fuertes en las cercanías de Yoshino, en la prefectura de Nara. Allí se instalaron como Corte del sur, legítima en sus atribuciones pero rebelde para el nuevo Gobierno militar. El desarrollo de esta Corte englobó desde el año 1336 hasta 1392, cuando ambas líneas sucesorias llegaron a un acuerdo, pero ya se llegará a eso.

La Corte del sur no se mantuvo ociosa mientras la del norte gobernaba el reino, y no fueron pocas las veces que buscó desafiar la autoridad Ashikaga. Por ello, el choque entre los defensores de la Corte de Kioto y la Corte de Yoshino fue constante. Go-Daigo, como emperador legítimo, buscaba a la desesperada apoyos que le ayudasen a tomar Kioto, e incluso llegó a contar por un breve período de tiempo con el hermano de Takauji, Ashikaga Tadayoshi, para virar de nuevo al bando de su hermano.

Ubicación de la Corte del norte, en Kioto, y la del sur, en Yoshino

No se puede pasar por alto la osadía que había cometido Takauji al desafiar a Go-Toba, ya que fue una de las pocas veces que se cuestionó la autoridad imperial por parte de un plebeyo, aunque utilizase la cuestión sucesoria como excusa para enfrentarse al emperador. La Restauración Kenmu estaba destinada al fracaso, pero lo cierto es que la contienda la perdió el emperador legítimo, lo que causó estupor entre los intelectuales del reino.

Aunque en un principio se acordó que ambas Cortes se alternarían en el cargo de emperador, el *bakufu* no cumplió su palabra desde el primer momento, lo que hizo que la Corte del sur quedase completamente apartada del poder, por lo que quedaron sus integrantes como meros cortesanos. Para Reischauer, el sistema de sucesión alterna planteaba una complejidad realmente insalvable a la larga, al crear una mayor cantidad de candidatos a la sucesión que estarían ansiosos por ejercer sus derechos. Por ello, los Ashikaga prefirieron prescindir de la rama derrotada en Minatogawa para demostrar, por otro lado, su fidelidad a la que habían apoyado. Por eso, en 1392, en pleno Gobierno de Ashikaga Yoshimitsu, se acordaría que el único y legítimo emperador fuera Go-Komatsu (el emperador de la Corte del norte), mientras que Go-Kameyama (el emperador de la Corte del sur) abdicaba en él, esperando que se respetase el acuerdo.

Acabar con la cuestión sucesoria no afectaba únicamente a la familia imperial, sino que acababa con una división entre los líderes militares que había tenido en vilo al reino desde la creación del nuevo *bakufu*. Por ejemplo, muchos señores apoyaban al emperador sureño debido a que, además de haber sufrido una derrota vital, tenían miedo de que los Ashikaga atomizasen su territorio en el reparto de los mismos a los aliados vencedores. O, dicho de otro modo: buscaban evitar que los Ashikaga partiesen sus dominios en varias porciones a repartir entre aquellos que apoyaron su causa. Al llegar a un acuerdo ambas líneas sucesorias, morían con él las posibilidades de mantener intacto el control sobre la tierra de los vencidos, por lo que se procedió, esta vez sí, a recompensar a los guerreros que habían combatido del lado Ashikaga. No se puede pasar por alto este detalle, dado que esto fue el germen de la fragmentación del poder que se verá en las siguientes páginas.

Cabe decir que los nuevos gobernantes del reino eran conocedores de las causas que habían provocado su caída, y harían todo lo posible por evitar que volviese a ocurrir una situación similar, provocando a su vez una peor. Por ejemplo, al trasladar la sede castrense desde Kamakura hasta Kioto de nuevo se desmarcaba del anterior Gobierno y obtenía el beneplácito de la Corte, al tener cerca de nuevo el centro del poder, pero se enemistaba de los señores militares, que eran los que, a la postre, gobernaban con cierta autonomía sobre sus dominios, rindiendo las justas explicaciones al *shōgun*. El traslado a Kioto hacía que el Gobierno Ashikaga fuese indiscutible al contar con el visto bueno de la Corte, y le permitía centralizar todo el poder en un solo lugar. Sin embargo, la división que se estaba haciendo de la tierra sería contraproducente en lo que a aglutinar el control en un solo lugar se refiere.

Takauji intentó desde el primer momento ejercer su influencia en cualquier faceta de la vida política, y ya desde el año 1336 tenía promulgado su *Kenmu Shikimoku*, una especie de carta en la que se reafirmaba como autoridad judicial, económica y militar. En él, además, se adjudicaba el control de la policía y la potestad de devolver las tierras abandonadas a sus antiguos reinos, aumentando exponencialmente los propietarios del suelo. No se detuvo aquí la ambición del clan, ya que en 1360 se creó una legislación en la que el *shōgun* tenía acceso a todos los ámbitos de la vida pública, incluida la religión. Sin oposición, ya que el clima de guerra civil contra la Corte del sur era una realidad, los Ashikaga podían tomar cualquier decisión de forma unilateral y no encontrarían ninguna voz con relevancia que les quisiese parar. La Corte les necesitaba en la lucha contra la Corte rival, y los súbditos del *bakufu* luchaban junto a ellos a la espera de la merecida recompensa. No obstante, una vez la paz llegase, todos mirarían las atribuciones que el clan se había ido otorgando lentamente y verían que la situación sería insostenible, creando una situación aún más inestable.

Llama la atención en este período la creación de un estamento burocrático de expertos en todas las áreas, como el derecho, la economía o la administración. Pese a ser un Gobierno militar, los Ashikaga eran conscientes de la necesidad de

estas figuras para poder tener un control más exhaustivo de todo lo que acontecía en el reino, desde la captación de impuestos hasta la mejora de la red de caminos. Estos nuevos burócratas tomaban decisiones de acuerdo a la legislación y documentaban con especial detalle sus acciones y decisiones. Podía ser de inspiración china, dado que en la dinastía Yuan existía una burocracia realmente fuerte, que controlaba hasta los exámenes de acceso a la misma, y de la cual los Ming tomarían nota para poder ejercer un control directo sobre sus súbditos. Sin embargo, todos estos cargos eran ocupados por familias cercanas a los Ashikaga, lo que significaba que la clase guerrera estaba haciéndose con el control de áreas que hasta este momento les estaban vedadas, aunque en el terreno judicial estaban más limitados: los templos budistas tenían la potestad de autogestionarse, si bien en este período perdieron parte de su capacidad de ejercer su influencia en la Corte y en la clase guerrera.

En lo que a economía se refiere, esta estuvo ligada estrechamente a las mejoras técnicas que se introdujeron, como la fertilización de los campos, además de la introducción de animales de tiro en determinadas zonas donde hasta ahora no habían llegado. Se habla de un aumento de la producción sin precedentes, lo que hizo que el período Muromachi fuese uno de los más ricos hasta el momento. Esto paradójicamente no se tradujo en estabilidad. Se aumentó la variedad de semillas cultivadas, lo que llevó a una diversificación de las cosechas en función de la demanda. Por ejemplo, fue en esa etapa cuando se introdujo el té.

Las visitas de un reino a otro se hicieron habituales en el siglo XIV, y no se ceñían al ámbito comercial o cultural: también en el diplomático hubo conversaciones, así como en el religioso.

La actividad comercial tuvo su auge en este período gracias a la creación de nuevos mercados, y la alta conflictividad que veremos en las próximas páginas nos servirá para entender que, aunque hubiese productos suntuarios muy bien valorados, lo que realmente se comerciaba eran productos básicos o de subsistencia. Muchos de estos centros de intercambio se crearon en torno a templos o pueblos pequeños, lo que provocó que, gracias a la actividad comercial, aumentasen exponencialmente de población. Había, además, puertos destinados a esta actividad, como el de Hakata.

Fue en este período cuando se retomaron las relaciones comerciales con China, que fueron especialmente importantes en el siglo XIV, aunque se redujeron drásticamente en el XV. Los comerciantes chinos, a cambio de la plata japonesa, vendían té, soja o seda, además de otros productos suntuarios, producto de su amplia red marítima mercantil, que llegaba hasta la India. En resumen, el comercio tuvo un importante auge en este período, y aumentó la cantidad de personas dedicadas a esta actividad.

Si bien el contacto era beneficioso para el *bakufu*, también lo era para los Ming, que desde comienzos del siglo habían comenzado a recuperar sus contactos con reinos cercanos como Annam, en Vietnam, o Jemer, en el sudeste asiático. La relación era la de Estados tributarios con respecto a China, pero dicha relación no se dio con Japón, aunque desde dentro determinados sectores así lo creyesen. Lo cierto es que no siempre se vio con buenos ojos el aperturismo, como tampoco sería totalmente aceptado en el futuro.

Como no podía ser de otra manera, aumentó también el contrabando, y los *wakō* (piratas) japoneses serían especialmente conocidos en estos años por causar auténticos estragos en las costas coreanas y chinas. Esto provocaría no pocos conflictos entre las cortes, que Japón intentaría solventar dando caza a estos piratas, pero de forma realmente laxa, ya que el mercado interior también se nutría del fruto de sus actividades delictivas.

También aumentó la cantidad de personas dedicadas a la artesanía, en profesiones como carpinteros o herreros. En esta última se aumentó especialmente la cantidad de trabajadores, debido a la enorme demanda de armamento y de armaduras que veremos en el próximo capítulo con el llamado período Sengoku. Aumentaría también el número de profesionales de actividades consideradas como impuras o sucias, caso de los carniceros o los curtidores.

Pese a que el *bakufu* consideraba a Kioto la Corte legítima, no se puede obviar que su exiguo poder le impedía tener presencia en todo el territorio del reino, por lo que tuvo que recurrir a los *daimyōs* locales, a los que otorgó el título de *shugo*, lo que en el futuro traería, previsiblemente, divisiones y problemas. Sin embargo, al comienzo del período la idea podía ser buena, ya que facilitaba al Gobierno llegar a zonas inaccesibles. En contrapartida, estos *shugo* tenían un poder casi ilimitado en las zonas que controlaban, a cambio de, simplemente, reconocer la autoridad del *shōgun*. La influencia Ashikaga era muy frágil y susceptible de ser constantemente atacada para conseguir prebendas entre los líderes locales, lo que hacía que los samuráis tuviesen más apego hacia estos líderes provinciales que hacia el propio *bakufu*. El poder de los *shugo* se tornaba omnipresente, tanto en la recaudación de impuestos como en las tareas policiales. Incluso podían legislar a espaldas de la capital. El panorama era realmente adverso y no tenía visos de mejorar, en palabras de Junqueras *et al*.

Esto hizo que, cuando el problema de las Cortes se solucionó, estos *shugo* pudiesen mantener su control sin problemas. Antes habían sido los Ashikaga los que se habían atribuido a sí mismos una enorme cantidad de nuevas parcelas de Gobierno, pero al delegar varias de ellas en estas autoridades locales, en el momento en que el problema dinástico desapareció, no hubo forma de controlar a estos señores. Dicho de otro modo: en el clima de guerra civil existente, a los Ashikaga les vino muy bien tener una élite local fuerte que pudiese plantar cara a la Corte rival, pero cuando esta desapareció, recortar la autoridad de estos *shugo* no era una opción viable, pues el conflicto estaba asegurado, y los Ashikaga no estaban seguros de ganarlo.

No sería extraño que se pensase que el *shōgunato* Ashikaga fuese más una unión de señores que un poder central, y en parte tendrán razón. Estos cargos locales podían gestionar la redistribución de la tierra abandonada, lo que propició la existencia de nuevos propietarios que hicieron de estas zonas sus propios feudos que no encontraron oposición del Gobierno central, dado que no querían descontentar a aquellos *shugo* que les habían dado la propiedad de la tierra.

El dueño de la tierra podía quedarse hasta el cincuenta por ciento de las cosechas, mientras que la otra mitad iba al Gobierno central. Además, podían gravar impuestos especiales y contribuciones para obras públicas, por lo que lo que se quedaba el propietario de la tierra era mayor que lo que recibía el *bakufu*, lo que llevaba a que el señor local se estuviese enriqueciendo y formando, a su vez, su propio ejército.

El traslado del Gobierno militar a la Corte no trajo cambios sustanciales a la cultura, ya que la mayor parte de ella era producida desde la capital. Sí que se veía en este período que los señores locales comenzaban a actuar a modo de mecenas de artistas y escritores, con lo que la calidad de vida de estas personalidades mejoró notablemente. El *shōgun* Yoshimitsu fue un importante activista en lo que a la producción cultural se refiere, y fue quien ordenó construir pabellones de verano como el de Oro. Fue un lugar de descanso, enmarcado en medio de la naturaleza y con un estilo grandilocuente, digno de la persona que los ordenó construir. El propio *shōgun* Yoshimitsu impuso la obligación de tener un templo dedicado al budismo zen por cada dominio territorial.

Pabellón de Oro, ordenado construir por Yoshimitsu a modo de residencia de verano

Entró una buena cantidad de arte chino, gracias al florecimiento de las relaciones comerciales, lo que será especialmente notable en la pintura. Esta se dio en las provincias más occidentales, donde vemos una mayor producción de arte influenciado por la tradición china. Influencia directa del continente fue la elaboración de la ceremonia del té, perfeccionada y difundida en este período por los propios *bushi*.

La poesía seguía siendo el género más cultivado, y eran famosos los *renga*, poemas de varios versos encadenados. Destaca Nijō Yoshimoto en este tipo de producción, así como el monje Sogi, el cual fue considerado el genio del *renga*. La literatura religiosa tendría su protagonismo en la figura de Zekkai Chūsin, que se convirtió en uno de los monjes budistas más importantes del siglo XIV gracias al enorme auge que hemos presenciado en el intercambio cultural entre China y Japón. Cultivó tanto poesía como prosa.

La mayor aportación cultural del período es la creación del teatro *nō*, caracterizado por sus formas poéticas, cargadas de dramatismo y de sensibilidad, con un simbolismo notable y con una intensidad inaudita para el teatro antes visto. Su popularidad se elevó por todo el reino, y no eran pocas las personas que ansiaban ver semejante espectáculo. Las obras buscaban una representación sobria y calmada del personaje, el cual mediante la danza y la manera de gesticular con el cuerpo imprimía la fuerza y la intensidad necesarias para conmover al público. Las temáticas eran igualmente destacables: una dama que sufre por un amor no correspondido, un guerrero que vuelve del más allá para atormentar a los vivos, etc. Lo habitual era que fuesen hombres los que actuasen en las representaciones, maquillados o con máscaras, y con la gestualización conseguían hacer un papel creíble. Destacan los fragmentos de los *monogatari* más famosos, así como las obras de Zeami o de su padre, Kanami.

DECLIVE DEL *BAKUFU*

A la muerte de Yoshimitsu, el tercero de los *shōgunes*, el Gobierno Ashikaga empezó a degenerar poco a poco. La vida cortesana era más agradecida que la castrense, y era habitual que la relajación de sus actividades derivase en un creciente descontrol de facetas fundamentales como la recaudación de impuestos. Esto fue algo paulatino, pero acabó coincidiendo con una crisis de subsistencia grave que provocó que se subiesen los impuestos hasta el setenta por ciento de la cosecha, lo que provocó el malestar entre los propietarios, ya que veían sus ingresos menguar. Muchos propietarios y samuráis se encontraban realmente endeudados, con lo que se procedió a la condonación de la deuda y se hizo que esta empezase de cero, pero sin visos de que la situación fuese a cambiar. De hecho, no funcionó en el período Kamakura, y no funcionaría en el *bakufu* Tokugawa cuando la llevasen a cabo. Además, condonar la deuda aliviaba a los que la tenían, pero sumía en la miseria a aquellos con quienes la habían contraído, como los comerciantes o los artesanos.

Ashikaga Yoshimasa, nieto de Yoshimitsu, fue, como hemos visto, un mecenas cultural, igual que su abuelo, y su vida placentera en la Corte lo llevó a abdicar, aunque al no tener hijos quiso hacerlo sobre su hermano Yoshimi, monje budista que no estaba convencido. En el transcurso de las negociaciones Yoshimasa tuvo un hijo, Yoshihisa, que lo cambió todo, ya que la madre del bebé no estaba dispuesta a que su hijo se quedase fuera de la política nipona. El problema sucesorio Ashikaga desembocaría en un problema aún mayor, la guerra Ōnin, ocurrida entre 1467 y 1477 y que veremos en el próximo capítulo, ya que dicho conflicto abrió la puerta a un siglo entero de guerra civil que era heredero de todos los problemas que arrastraba el *bakufu*.

CONCLUSIONES

Como hemos podido comprobar, el período Muromachi fue una etapa de la historia nipona compleja y difícil de abordar. Por un lado, mientras el poder central pugnaba por hacerse imprescindible y por tratar de acaparar la mayor cantidad de control posible, los señores locales estaban haciendo lo propio con mayor efectividad y de manera más contundente. Era cuestión de tiempo que estas élites locales desafiasen el poder central para ganar más prebendas, pero quizás no se calcularon los riesgos que esto conllevaba. La caída de los Hōjō fue dura, pero se solventó rápidamente, mientras que el fin de los Taira había sido consensuado por toda la clase militar. En cambio, el lento declive Ashikaga provocó que Japón se desangrase poco a poco en guerras y conflictos localizados en los que el Gobierno poco o nada podía hacer. En el próximo capítulo veremos la caída en desgracia de los Ashikaga, pero hasta que eso ocurriese, el archipiélago sufriría en demasía.

Sin embargo, no todo lo acontecido en este período fue malo. Por ejemplo, se retomaron las relaciones con reinos vecinos como China o Corea. Este nuevo intercambio cultural fue realmente positivo para Japón, ya que podía atender de nuevo a la realidad continental tras la caída de la dinastía Yuan. Atrás quedaban los intentos mongoles de invasión, y todo parecía indicar que el intercambio comercial y cultural con las potencias cercanas podía ser fluido. Al menos, de momento.

El aumento de la producción en el campo llevó a una estabilidad económica realmente buena, si bien aún no estaban preparados para responder ante catástrofes climatológicas o ante una crisis de subsistencia. El excedente cultivado se empleaba para el comercio, por lo que poca maniobra de acción se tenía cuando esto ocurría. El comercio y la artesanía tuvieron su auge en este período, aumentando la cantidad de personas dedicadas a estas tareas, y siendo relativamente respetados debido a la necesidad de sus productos.

Si bien no fue un período bueno en todos los ámbitos, tampoco fue radicalmente malo: hubo una enorme inestabilidad, pero los Ashikaga supieron jugar las cartas que tenían para afianzarse en un frágil poder que podía estallar en cualquier momento, mientras que delegaban ciertos ámbitos de gobierno en los *shugo*, con el riesgo que ello implicaba. La atomización de la propiedad de la tierra no

contribuyó a mejorar la situación, y en realidad estaban creando una situación insostenible en la que el mayor perjudicado sería el poder central. Todo esto estallará en el próximo capítulo, en el que se hablará del período Sengoku.

Un siglo en guerra. El período Sengoku

Dejábamos el anterior capítulo con un Gobierno Ashikaga que se acercaba al abismo de manera alarmante. Los sucesores del tercer *shōgun*, Yoshimitsu, no supieron o no quisieron llevar las riendas de Japón de una manera provechosa y beneficiosa para todas las partes. Si bien es cierto que hubo miembros como Yoshizaku (1407-1425) que apenas aguantaron dos años en el cargo, los que tuvieron mayor recorrido prefirieron dedicarse a la vida palaciega en vez de al control del reino que tenían bajo su tutela. Parecían haber olvidado que esa relajación fue, en parte, la que hizo estallar el régimen anterior, y lo que permitió que Takauji se hiciese con el control de la Corte del Norte. El desatender una situación que poco a poco estaba desvirtuándose les iba a costar especialmente caro, como veremos en este capítulo, conocido como el período de los Estados combatientes o Sengoku.

LA GUERRA ŌNIN (1467-1477)

Abrimos el capítulo con una guerra, la cual sirve para inaugurar un período cuando menos convulso. Y es que, si bien el período Muromachi había conocido una bonanza económica sin precedentes, y había podido disfrutar de relativa estabilidad, la situación estaba a punto de saltar por los aires debido al crecimiento del poder de los *shugo*, los que, recordemos, eran los señores locales, que contaban con un cincuenta por ciento de la recolección de las cosechas y con un poder casi ilimitado en sus dominios.

Como indicamos en el anterior capítulo, el *bakufu* Ashikaga no desapareció de forma rápida, sino que fue un proceso paulatino que comenzó, precisamente, en esta guerra Ōnin, debido a que el Gobierno central era incapaz de controlar a estos *shugo*, los cuales pronto abandonarían este título para convertirse en *daimyōs* propiamente dichos. Es decir: señores feudales con un amplio poder económico y militar que gobernaban sobre su territorio con completa autonomía y que, en algunos casos, podían rivalizar por el poder con los Ashikaga. La situación era, cuando menos, peliaguda, pues debido a la fragmentación que los Ashikaga habían llevado a cabo con las tierras de los señores que habían luchado en su contra, la cantidad de señores en condiciones de ostentar el nombre *daimyō* ascendía hasta los doscientos sesenta.

La falta de autoridad efectiva en este siglo derivó del problema sucesorio en torno a quién debía ocupar el *bakufu* después de la muerte de Yoshimasa, el cual decidió abdicar en 1464, como dijimos en el anterior capítulo, para dedicarse a la vida palaciega. Yoshimasa deseaba que el siguiente *shōgun* fuese su hermano pequeño, Yoshimi, el cual se había retirado de la vida pública para ser monje. Esta idea la apoyaban los Hosokawa. En cambio, la esposa de Yoshimasa, Tomiko, contaba con apoyos para hacer que su hijo, Yoshihitsa, pujase por el cargo, pese a que era un recién nacido. Entre esos aliados se contaba a la familia Yamana. En este clima, Yoshimasa intentó pedir ayuda a los *shugo* para que intercedieran en la situación, y se encontró con que no solo el enfrentamiento no iba a ser detenido, sino que además era deseado. Lo que consiguió fue que los más poderosos se dividiesen entre los dos bandos, lo cual agravó aún más la situación y creó un clima

de paz armada que podía convertirse en hostilidades con demasiada facilidad.

La guerra Ōnin combinó fuerzas de infantería con las clásicas de caballería, y significaría un precedente para todo el período

Hosokawa Katsumoto encabezó el ejército de Yoshimi, mientras que Yamana Sōzen, el cual contaba con más apoyos, dirigió el bando de Yoshihitsa y Tomiko. Ambos ejércitos contaban con, aproximadamente, cien mil guerreros cada uno, y desarrollaron prácticamente toda su actividad en Kioto. El tema de la sucesión pasaba a un segundo plano: en 1469, dos años después de comenzar el conflicto, Yoshihitsa sería nombrado sucesor, pero las luchas continuaron. Para Yamana, haber sido derrotado en Minatogawa le había cerrado las puertas a su clan ante cualquier posibilidad de contacto con puestos de gobierno, lo que hizo que ese año abandonase el bando de Yoshihitsa para sumarse al de Toshimi para cambiar de bando meses después. Ya no estaba tan claro el motivo central de la contienda, ya que la disputa por la sucesión había quedado solucionado al poco de empezar la guerra. La capital había sido destruida, y en 1473 fallecieron tanto Yamana como Hosokawa, lo que descabezó ambos ejércitos.

Sin embargo, el conflicto siguió, se extrapoló a las provincias periféricas y el objetivo central de la lucha pasó a ser el de quitarle el territorio al rival, con unos guerreros que ni sabían para quién luchaban y que no esperaban que desde la Corte se hiciese nada por evitar la lucha. El clan Ashikaga había salido tremendamente dañado al ser incapaz de detener el conflicto, y por su tibieza a la hora de

decidirse por un bando, ya Kioto estaba prácticamente derruida y el caos se desataba por las provincias limítrofes. Sin embargo, aunque en 1477 los dos pretendientes hiciesen las paces, y aunque Yoshimi volvió a su vida como monje, el daño ya estaba hecho: habían perdido cualquier capacidad de acción fuera de sus dominios en Kioto, y el conflicto se había extrapolado a otras provincias. Si bien la guerra Ōnin acabó ese año, no lo hizo porque tío y sobrino se reconciliasen, sino porque los dos ejércitos estaban fatigados de una lucha que quedó en tablas.

En este contexto, fue de esperar que los propios señores locales aprovechasen el descontrol para obtener réditos que resultasen en su beneficio. La década de 1480 puso de manifiesto la enorme división que el Estado Ashikaga había fomentado en sus ya ciento cincuenta años de Gobierno militar. Cierto es que se vio obligado a delegar en los señores locales para poder llegar a todos los rincones del Imperio, pero eso se le volvió en su contra en cuanto estas autoridades pudieron observar lo frágil que era su control de la situación. El *bakufu* seguía existiendo, pero era inoperante e incapaz de reconducir una situación cada año más compleja.

Este mapa muestra a los *daimyōs* más importantes del período

Dentro de los propios dominios de los *shugo*, la situación no era mejor. La guerra había provocado un desgaste enorme que hizo que fuesen incapaces de mantener la paz dentro de sus latifundios, con lo que se produjo el auge de determinadas familias que pugnaban por el control de zonas concretas sobre las que podían garantizar la seguridad de sus campesinos. Dicho de otro modo: el *shōgun* era incapaz de garantizar un clima de relativa calma, del mismo modo que tampoco podían los *shugo*, con lo que la entrada en el tablero político de nuevas familias, más humildes pero mejor posicionadas, desplazó o redujo el área de influencia de los viejos terratenientes, que veían que sus dominios eran desgajados y reducidos por estos nuevos actores. Esto se conoce como *gekojujō*, y se traduce de

una manera singular: 'los de abajo vencen a los de arriba'.

A esto hay que sumar la propia atomización de la tierra que los Ashikaga habían llevado a cabo, lo que permitió que las tierras abandonadas pudiesen ser ocupadas por nuevas familias. Muchas de ellas fueron las que pusieron en jaque a los *shugo* e hicieron que el modelo provincial existente quedase obsoleto. De nada servía la demarcación territorial de un imperio si dentro de los propios *shōen* la división es un mosaico. En este contexto se terminó de consolidar la feudalización de la sociedad: a cambio de protección, los campesinos se comprometían a pagar unos impuestos con parte de sus cosechas. Al ejercer un control más efectivo sobre la población, los *shugo* quedaban completamente fuera de juego: ya no recaudaban para el fisco ni para sí mismos, eran incapaces de ejercer un poder real sobre sus súbditos y, para mayor humillación, aquellos que les habían desplazado les utilizaban como puente entre ellos y el poder central. Acabaron convirtiéndose, por tanto, en súbditos de los propios *daimyōs*.

Obviamente, no todos eran del mismo tamaño ni tenían la misma relevancia. De los doscientos sesenta mencionados con anterioridad, solo unos cuarenta podían ser considerados realmente grandes. Además, no todos recolectaban la misma cantidad de cosecha, lo que condicionaba a su vez el crecimiento de sus dominios. Por si fuese poca complejidad, se debe añadir que los más grandes podían dividir su territorio entre algunos vasallos para hacerlos más asequibles a la hora de su gobierno, y que su manera de controlar su propiedad era realmente exhaustiva. Ya no existían los señores que delegaban en otros mientras se dedicaban al ocio, sino que entendían que su trabajo y su manera de subsistir era ejerciendo ellos mismos la autoridad, en un tablero en el que era realmente complejo sobrevivir. Incluso crearon sus propios corpus legales para que sus súbditos se rigiesen por sus propias normas, en vez de por las del Gobierno central. Como es de esperar, estos códigos lo regulaban todo. Cualquier ámbito de la vida, desde los matrimonios hasta los tributos a pagar era susceptible de ser medidos.

No obstante, no todo el territorio de Japón estaba controlado por los *daimyōs*. Aún existían tierras controladas por pequeños propietarios, herederas de aquel sistema tan efectivo en el período Heian y que aún sobrevivían. Quedaban pocas

zonas, pero seguían existiendo, y no eran ajenas a la realidad del Imperio. Muchos de estos pequeños propietarios se reunían en asociaciones que les ayudasen a sobrevivir si algún *daimyō* amenazaba su integridad territorial. En este grupo se encuentran también los templos budistas y sintoístas con tierras cultivables, así como pequeños *bushi* que se habían ganado sus dominios luchando en las guerras. Y, si bien estas comunidades tenían ejércitos propios, estos eran de un tamaño irrisorio en comparación con los de los grandes *daimyōs*, aunque consiguieron sobrevivir durante bastante tiempo, debido a que desde el Gobierno central se incentivaba este tipo de autogestión.

LOS CONFLICTOS ARMADOS

Pero si por algo se caracteriza este período es, precisamente, por su alto nivel de belicosidad. Es importante entender que varios conflictos armados podían estar ocurriendo de manera simultánea y estanca, mientras que en otras ocasiones las batallas podían ser más extendidas en el territorio. Cambió, a su vez, la manera de luchar: ya no se encaraba el combate cuerpo a cuerpo, sino que se acabó derivando en batallas realmente extensas de miles y miles de guerreros que utilizaban tanto la espada como el arco y, más adelante, el arcabuz.

Dibujo de cómo iba pertrechado a la guerra un guerrero *ashigaru*

Pero ¿de dónde surgían estos guerreros? ¿Cómo era posible que se siguiese cultivando mientras que se estaba en el frente? Sería en esta época cuando se crease la unidad de batalla Ashigaru. Estos eran soldados reclutados que, cuando no estaban en el frente, se dedicaban al cultivo y a otras labores campesinas. No recibían una recompensa en forma de tierras como sus compañeros *bushi*, pero a cambio tenían derecho a la rapiña y al saqueo cuando la batalla resultaba victoriosa para ellos. Esta era una forma para el campesino de salir de la miseria, si bien no era la más segura ni garantizaba el éxito.

En el año 1487 se vería el primer levantamiento de la secta Ikko, de carácter budista, que creía en la salvación y que estaba compuesta por campesinos y monjes, ya fueran budistas o sintoístas. Esto sirve para ver que la crisis no solo afectaba de manera económica o territorial a la población, sino que la fe también se vio arrastrada en esta vorágine de caos. Se hicieron fuertes en la provincia de Kaga, derrotando al señor feudal e instalándose como Gobierno legítimo en la zona. A finales de siglo el movimiento se diseminó debido a la muerte de su líder Rennyo, y, aunque intentaron instalarse en Osaka, su importancia fue menor, y habría que esperar hasta que Oda Nobunaga los derrotase en la batalla de Azukizaka, cuando serían exterminados por completo.

Pero los señores feudales también sufrieron los avatares de los conflictos que ellos mismos provocaban. No todos los clanes vieron el final del período, y muchos de ellos fueron absorbidos por otros o simplemente aniquilados. La realidad era que ninguno pudo imponerse sobre los demás de manera contundente hasta el período Azuchi-Momoyama, que veremos en el próximo capítulo. Realmente, el panorama era de tablas, en el que un *daimyō* ganaba lo que perdía por otro lado, y viceversa. Cabe decir que no era una situación de todos contra todos, sino que la diplomacia y las alianzas tuvieron un papel fundamental.

Sin embargo, todo cambió cuando, sorpresivamente, los europeos aparecieron en el tablero político japonés. A pesar de que en el capítulo 10 hablaremos detenidamente de esta llegada de los europeos a las costas niponas, merece la pena detenerse un momento en los portugueses, los cuales, sin saberlo, estaban a punto de cambiarlo todo.

Desde que en 1488 Vasco de Gama descubriese el cabo de Buena Esperanza, los portugueses no habían dejado de extender su red marítima y comercial hacia el este, instalándose en Goa (India) o en las Molucas (Indonesia) en la primera mitad del siglo XVI. En el caso de Japón, llegarían a las costas en 1543, a las costas de la isla de Tanegashima, cerca de Kyūshū. Estos comerciantes que llegaban por primera vez al archipiélago portaban multitud de productos, pero hubo uno que les llamó especialmente la atención a los guerreros: el arcabuz europeo. El clan Shimazu, *daimyō* de la zona, vio que con armas de fuego de medio alcance podía comenzar a declinar la balanza a su favor. Por desgracia para él, el rumor corrió como la pólvora, y los artesanos de otros señores comenzaron a intentar reproducir la tecnología militar de semejante arma, hecho que consiguieron y que universalizó su uso por todo el archipiélago.

El uso de esta arma eliminaba el factor sorpresa en la batalla, pero era más dañina en lo que a número de bajas se refiere. Sin embargo, el tiempo de carga era elevado, hasta veinte segundos, lo que dejaba descubierto al que la portase durante ese tiempo. Los samuráis la incorporaron a su arsenal y la utilizaron de forma asidua, desplazando al arco. Sería un arma muy famosa, y la emplearían personalidades como Takeda Shingen en la defensa del castillo de Asahiyama en 1555.

El arcabuz Tanegashima fue introducido por los portugueses y fue ampliamente utilizado durante el período Sengoku y durante la reunificación

Si bien en el capítulo 10 se explicará el auge del cristianismo, se debe comentar que la presencia europea fue especialmente fuerte en Kyūshū en estos primeros años de contacto (aún habría que esperar a la década de 1580 para que llegasen los castellanos), por lo que no debería resultar extraño que la fe católica ganase una enorme cantidad de adeptos en dicha isla. Cuando llegasen los holandeses o los ingleses, no intentarían predicar, por lo que la presencia del anglicanismo o del protestantismo sería realmente menor en comparación al catolicismo.

La fragmentación tan grande a la que había sido sometido el territorio convirtió, como dijimos, al *shōgun* en un mero espectador de lo que acontecía a su alrededor. Ningún *daimyō* amenazaba su cargo porque nadie lo quería, debido a que ninguno quería lidiar con una situación tan delicada, y porque era más rentable a corto plazo guerrear con sus homólogos. Peor situada se encontraba la Corte, en una ciudad prácticamente derruida y sin ninguna capacidad de interceder en el panorama político. Las luchas sucesorias habían cesado, y al igual que al *bakufu*, pocos prestaban atención a cómo se sucedían los emperadores, los cuales habían pasado a un lugar contemplativo y religioso.

Por si esto fuera poco, en el año 1480 la China Ming cerró los puertos a los comerciantes japoneses, debido al auge sin precedentes de piratas *wakō* en sus costas. Esto eliminó el comercio legal con Japón, aunque el contrabando siguió existiendo, mas no consiguió que se notasen las consecuencias de este fin de relaciones. Misma suerte corrió el contacto con Corea, debido a que unos mercaderes japoneses afincados en Busan, una de las ciudades más al sur de la península, se rebelaron contra las autoridades y se vieron obligados a volver a Japón. A ello ha de sumarse la entrada de la sífilis en Japón, quien culpa a China de ello, la cual prohibió completamente el comercio con el archipiélago: antes se había prohibido que los japoneses fuesen a los puertos chinos, pero ahora eran los comerciantes chinos los que tenían prohibido marchar a las islas. Incluso se recomendó que los pueblos costeros se replegasen al interior para eliminar las rapiñas de los *wakō*.

Mientras los Ashikaga estaban completamente fuera de juego, clanes como los Takeda, los Oda o los Uesugi estaban cobrando especial importancia, y tendrían un papel notorio en el período que estaba a punto de comenzar. Su caída estaba realmente cerca, y el fin del *bakufu* traería cuatro décadas de guerra que se diferenciarían de este período en que en esos años estas servirían para la unificación del país.

Y es que en los últimos años del período Sengoku se podía observar el enorme cambio que había sufrido el país. En el ámbito bélico, las batallas se habían masificado de soldados de infantería que podían o no portar armas de fuego y que, a la postre, eran los que más bajas registraban. A ello ha de sumarse que, si bien comenzó a usarse artillería, esta era más para realizar asedios en castillos que para el combate cuerpo a cuerpo. La caballería quedó relativamente desplazada por la infantería *ashigaru* y *bushi*, aunque los samuráis más insignes seguirán utilizando el corcel en las luchas.

La construcción de fortalezas inexpugnables se convirtió en una constante del período, lo que generaba seguridad entre los que se las podían permitir, pero que llevaba a la ruina a quienes intentaban costearse una. Se produjo una diferenciación entre los *daimyōs* poderosos y aquellos cuyas posibilidades eran más humildes que acabarían formando parte de alianzas presididas por los *daimyōs* más fuertes. Por ejemplo, Oda Nobunaga, uno de los tres grandes reunificadores del país, utilizó la táctica diplomática para ahorrarse muchos episodios violentos, así como para obtener fuerzas disponibles cuando la situación lo requiriese (cabe destacar que entre sus aliados se encontraba la familia Tokugawa, por poner un ejemplo).

Los Ashikaga ya habían sufrido un primer intento de ser depuestos por parte de Imagawa Yoshimoto en el año 1560, pero curiosamente sería Nobunaga quien reprimiría el movimiento en la batalla de Okehazama. Lo anecdótico está en que sería él precisamente quien acabaría con el Gobierno militar Ashikaga. Otro intento sucedería en el año 1568, cuando los Matsunaga y los Miyoshi intentaron asesinar al *shōgun* Ashikaga Yoshiteru para poner a Yoshihide en su lugar, pero fue un

fracaso. Una vez más, Nobunaga acabaría con el intento de terminar con el *bakufu* y pondría a Ashikaga Yoshiaki, hermano de Yoshiteru, al frente de la institución. Sería el último de su familia en ostentar el cargo. Si hacemos una analogía, podremos ver que, al igual que los señores militares habían influido antaño sobre la cuestión sucesoria imperial, ahora lo hacían también sobre la del *bakufu*, aunque esta importase más bien poco y tuviese las horas contadas. Lo cierto es que, en realidad, era un gobernante títere en manos de Nobunaga, el cual estaba ya comenzando a pensar la mejor manera de unificar el Imperio. Cuando en 1573 Nobunaga expulsa de la Corte a Yoshiaki, poco o nulo impacto tuvo el descabezar el Gobierno central: comenzaba la reunificación de Japón, protagonizada por tres de las personalidades más importantes de la historia de Japón, y que desgranaremos en el próximo capítulo: Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu.

La reunificación de Japón. El período Azuchi-Momoyama

Finalizamos el anterior capítulo en el año 1573, cuando el último Ashikaga es depuesto, poniendo fin así al período Muromachi y a su subperíodo, el Sengoku. La caída del segundo Gobierno militar de la historia nipona fue un cúmulo de situaciones que desembocaron en el fin del *bakufu*. Los *daimyōs* habían conseguido una fuerza sin parangón, y lograron desbancar a la autoridad local que no formaba parte de este grupo suplantándoles o atomizando sus dominios. Esto haría que muchas familias hasta entonces sometidas a los *shugo* hiciesen crecer sus dominios y se postulasen como nuevos señores feudales a tener en cuenta sobre el tablero japonés.

Serían estas familias las que luchasen entre ellas por el control de la tierra y por desbancar a los contrincantes, en luchas localizadas, pero realmente complejas de historiar debido a que podían ocurrir varias de forma simultánea. Pero cuando el *bakufu* cayó, los enfrentamientos cambiaron su motivación. Ya no serían dos señores disputándose una ladera o una porción de cultivo, sino que las batallas irían destinadas a poner fin a las hostilidades, a acabar con el sufrimiento y, en definitiva, a reunificar Japón. Comenzaría, por tanto, el período Azuchi-Momoyama, llamado así porque el castillo de Azuchi estaba regentado por Oda Nobunaga, mientras que el castillo de Momoyama lo estuvo por Toyotomi Hideyoshi. Pasemos a hablar de las tres personalidades más significativas de este período, debido a que sin ellos posiblemente Japón no se podría entender como la entidad nacional que es hoy.

Una de ellas fue el clan Oda, encabezado por el archiconocido Oda Nobunaga, el cual supo guiar a su familia de forma sublime en el marco de luchas internas que estaba atravesando Japón. Mediante alianzas muy beneficiosas, fue adquiriendo mayor poder territorial para prepararse para cuando el conflicto fuese necesario. No rehuía el combate, sino que lo preparaba con sumo cuidado para asegurarse la victoria. En 1551 heredó la extensión territorial de su familia y, junto a su diplomacia y su capacidad de sobreponerse a los enemigos, fue capaz de controlar la zona central de la isla de Honshū. Sería entonces cuando firmaría su alianza más duradera con los Tokugawa de la provincia de Mikawa, *daimyō* vecino con el que tuvo un acuerdo de defensa mutuo.

Retrato de Oda Nobunaga, de Kanō Sōshū

Se le conoce como una persona reticente con el budismo, al que ordenó destruir o, al menos recortar su capacidad de influencia. Nobunaga era sabedor de la

enorme importancia que las sectas habían tenido en períodos anteriores, de que fragmentaron la Corte y debilitaron el poder central, por lo que no iba a permitir que la situación se repitiese. Exterminó a la secta Ikko, y buscó por todos los medios debilitar los grandes centros de culto del budismo, fuera cual fuese su rama de pensamiento. En realidad, lo que estaba haciendo era quitarse de en medio una incómoda oposición que se estaba gestando en torno a las escuelas budistas, que buscaban frenar a toda costa el poder que poco a poco estaba consiguiendo, sin demasiado éxito. En 1568 Nobunaga entró en Kioto ordenando la ejecución de miles de monjes, así como la destrucción de varios templos. Allí, intercedió en la cuestión sucesoria a la que aludimos en el anterior capítulo, facilitando la llegada al *bakufu* de Yoshiaki para utilizarlo como simple comparsa de sus designios mientras le fuese útil.

La realidad era que el que gobernaba realmente era Nobunaga, y lo hacía con más efectividad que muchos de los *shōgunes* que habían formado parte de la lista Ashikaga. Nobunaga entendía la vida palaciega como una distracción y, como buen *daimyō* que era, prefería controlar su territorio desde el mismo terreno, en vez de delegar en ayudantes o secretarios. Para 1573, cuando el último Ashikaga es depuesto, Nobunaga cuenta para sí con un tercio de la extensión de Japón, además de la capital y lo que era considerado el granero de Japón debido a su alta productividad, Tōkai. Pero aún podía continuar amasando terreno, y eso fue lo que hizo.

En 1575 venció al clan Takeda en la batalla de Nagashino gracias a los arcabuces, que se mostraron implacables ante la legendaria caballería Takeda. La carga de Takeda Katsuyori, hijo del mítico Takeda Shingen, quedó neutralizada al encontrarse con un ejército de arcabuceros refugiados tras una empalizada, esperando a que el enemigo se aproximase. La enorme ventaja que le otorgaban las armas de fuego sobre sus rivales le hizo entenderse con los jesuitas a la perfección: no compartía su religión ni la respetaba, pero podía permitir que evangelizasen a cambio de que sus armas siguiesen llegando, como así ocurrió. Sería en aquel emplazamiento, en la localidad de Azuchi, donde erigiría su castillo.

Además de innovar en el campo de batalla, también lo hizo en el propio terreno. La mejora de vías o la construcción de carreteras en sus dominios

permitieron que sus tropas se moviesen de manera más rápida y con menos esfuerzo, lo que les permitía atacar con mayor contundencia. Además, las circunstancias le favorecían: los Takeda y los Uesugi comenzaron a atacarse entre ellos, completamente ajenos a lo que Nobunaga estaba intentando. Parecía que no entendían que el asunto ya no iba de imponerse al *daimyō* vecino, sino sobre hacerse con el control de todo Japón. Por otro lado, el clan Tokugawa tenía controlados a los Hōjō en el norte de Honshū, por lo que Nobunaga podía centrarse en pacificar el oeste de la isla.

Mural representativo de la batalla de Nagashino, en la que, como se puede ver, las armas de fuego jugaron un papel fundamental

No todo fue la guerra durante estos años, sino que también realizó determinadas reformas en pro de favorecer la producción. A las realizadas en materia de caminos se debe añadir la de la creación de un catastro con el objetivo de saber de qué se disponía para poder redistribuir y mejorar los recursos y la producción de sus dominios. Obligó a los señores y a los monjes a documentar de cuanta extensión de cultivo disponían, una medida sin precedentes y que garantizaba que cuando se obtuviera la información, garantizaba la propiedad de la tierra a estos señores, si bien parte de ella quedó distribuida de forma pragmática. Y es que si algo caracterizó a Nobunaga fue su practicidad a la hora de acometer determinados temas peliagudos, independientemente de si eso le hacía contradecirse o si iba en

contra de sus principios. Su parecer era tan volátil como las alianzas del momento, con la diferencia de que Nobunaga era calculador y, si cambiaba de opinión, no era de forma gratuita.

Para potenciar el comercio y la artesanía, Samson comenta que derribó las barreras gremiales estipuladas en lo que a producción se refería, así como los posibles aranceles existentes entre unos territorios y otros. Quitó la posibilidad de que los señores pudiesen imponer los precios en función de sus necesidades, y evitó así incómodas situaciones de inflación del precio o de devaluación del modo de pago. Intentó regular también la manera de acuñar la moneda, pero no pudo completar sus ideas en torno a este tema porque murió antes. Sí que consiguió hacer una diferenciación clara entre clases sociales intentando desarmar a todos aquellos que no formasen parte de la élite militar. Pero eso era un auténtico problema, dado que los *ashigaru* no se redujeron, y se siguieron utilizando con asiduidad como tropa de infantería.

Conseguiría vencer a los Takeda y a los Uesugi, pero no aguantaría para ver Japón reunificada, pues la muerte le llegaría en el año 1582. Sería traicionado por uno de sus generales, Akechi Mitsuhide, cuando en una de sus visitas a la capital le sorprendería de noche, atacando el templo Honnō-ji donde se alojaba. Nobunaga, viéndose superado en número, decidió incendiar el templo con él dentro, si bien antes cometería *seppuku*. Su hijo, Nobutada, correría la misma suerte a finales de ese año cuando Mitsuhide asedió su castillo. Acabó con su vida de igual manera a la de su padre. No vería tampoco el fin del conflicto el traidor, ya que Tokugawa Ieyasu y Toyotomi Hideyoshi comenzaron a perseguirle. Sería el segundo, el ferviente seguidor de Nobunaga, quien pondría fin a la vida de Mitsuhide y, por tanto, a cualquier ambición que pudiese tener. Pero, con Nobunaga fuera de combate, ¿quién podría acabar con su labor de unificación de Japón?

El segundo intento de unificación del reino vendría de la mano de uno de sus más serviciales generales, que había conseguido medrar bajo el manto de su líder y ante el que mostró una fidelidad inquebrantable. Posiblemente, para Toyotomi Hideyoshi, la muerte de Nobunaga debió de suponer un duro golpe anímico, y continuar con su obra se convirtió en una de sus principales motivaciones. Aunque, claro está, lo hizo a su manera.

De origen humilde, Hideyoshi es la versión japonesa del hombre hecho a sí mismo: su padre era un *ashigaru* y murió cuando el niño era joven, por lo que Hideyoshi creció solo y medró guiado por su olfato y por su ambición, y en 1570 ya era general de los ejércitos de Nobunaga. Fue, a su vez, uno de los artífices del avance hacia el oeste.

Tras ser elegido como sucesor de Nobunaga, Hideyoshi se hizo nombrar *kanpaku* en 1585, cuya traducción es la de 'regente imperial'. Esto ya nos dice del grado de relevancia que habían adquirido tanto Nobunaga como su sucesor, dado que volvíamos a asistir al nombramiento de cargos que equivalían a la representación del emperador. Recordemos que este cargo ya lo habían ocupado los Fujiwara, por lo que solo se estaba recuperando elementos de la tradición política japonesa para legitimarse de forma hábil con su propia retórica. Se decía que Hideyoshi era un estratega político con delirios de grandeza, pero lo cierto es que podía ser un auténtico genio.

Retrato de Toyotomi Hideyoshi

Continuó la red de alianzas de su maestro y consiguió evitar muchas luchas innecesarias mediante enlaces matrimoniales o promesas de tierras en el futuro, cuando la victoria estuviese cerca. Evitar el conflicto le garantizaba no solo ahorrar costes que podían destinarse a futuras contiendas, sino que además le daba cierta estabilidad en los territorios controlados que podían producir y cosechar de manera tranquila. Además, continuó con las reformas de su predecesor. Por ejemplo, suyo es uno de los primeros censos de alcance nacional, con el que pudo llevar a cabo diversas ideas como la estandarización de la tributación por cosecha. Acabó

con muchas de las disputas territoriales al fijar una única persona en posición de pedir tributación sobre un terreno. No es baladí el detalle, pues si bien esto significó poner fin a discusiones que se venían arrastrando mucho tiempo, también implicó que no todos iban a estar de acuerdo con la decisión de este reparto de legitimidades, por llamarlo de alguna manera, lo que le granjearía no pocos enemigos a Hideyoshi.

Durante su Gobierno se hizo clara la separación entre la clase campesina y la guerrera, si bien los *ashigaru* continuaron luchando en las contiendas. Se obligó a los campesinos a devolver sus armas, con lo que perdían su única manera de defenderse en caso de ataque enemigo; y se les prohibió ejercer otra profesión que no fuese la de cultivo. Se restringió la actividad artesanal a las ciudades, así como el comercio, con el objetivo de controlar estas profesiones liberales que proporcionaban pingües beneficios a sus trabajadores. Asimismo, los samuráis fueron obligados a abandonar las zonas rurales para mantenerse únicamente en los castillos o en las ciudades. Su política era, en resumen, la de estratificar la sociedad para que los *daimyōs* continuasen ejerciendo un control directo sobre ella con la mayor facilidad posible.

En el año 1582 venció a los Mōri asediando el castillo Takamatsu, hasta entonces inexpugnable, y continuó la política Nobunaga de limitar la influencia budista atacando sus complejos, como Negoroji, en la provincia de Kii. También efectuó la conquista de Shikoku, para lo que movilizó unas noventa mil tropas para la operación. Tan solo Tosa quedó fuera de la influencia de Hideyoshi en la zona, detalle que no debe perderse de vista, ya que fue uno de los *daimyōs* que perdió tras Sekigahara y que sería completamente menospreciado en los siglos venideros.

A finales de la década de 1580 había conseguido lo que tan solo veinte años antes parecía imposible: controlar todas las provincias de Japón, reunificando así el archipiélago. Se valió de las alianzas y de la diplomacia, y en contadas ocasiones tuvo que ir a la guerra, por lo que el proceso de pacificación fue menos traumático de lo esperado. Tan solo algunos clanes periféricos como los Shimazu en Kyūshū plantaron cara al nuevo gobernador del Imperio, pero en realidad fueron derrotados con relativa facilidad. Los Hōjō cayeron tras el asedio del castillo de

Odawara en 1590, y no quedaron más rivales en el tablero. Finalmente, Japón había quedado en paz bajo un complejo sistema de alianzas de doscientas familias y cien rivales derrotados. Ahora Hideyoshi podía dedicar sus esfuerzos a diseñar campañas en el exterior como las invasiones de Corea que veremos en el próximo capítulo, o a la construcción de castillos, como el de Momoyama, el cual le da junto al de Azuchi el nombre al período. Si bien más adelante hablaremos de ellos, sí que podemos comentar que el actual es una réplica construida en el año 1964, ya que el original fue desmantelado a lo largo del siglo XVII.

Sin embargo, un tema peliagudo era el de perpetuar a su familia en la cúspide del poder nipón. Por ello, renunció del cargo para que lo ocupase su sobrino Hidetsugu, el cual murió en 1595 debido a que fue obligado por el propio Hideyoshi a cometer *seppuku*. En realidad, nunca dejó de controlarlo todo hasta el milímetro, ya que aunque se retiró, se nombró a sí mismo *taikō*, una especie de regente del *kanpaku*. Gobernaría Japón hasta su muerte en 1598, sin ver acabada la campaña en Corea y sin haber finalizado de pacificar la isla de Kyūshū, zona donde el cristianismo había cogido mucha fuerza.

EL AUTÉNTICO VICTORIOSO: TOKUGAWA IEYASU

Si hay alguien que puede considerarse el auténtico triunfador del periodo, ese fue Tokugawa Ieyasu. Descendiente del clan Matsudaira, cambió el apellido de su familia en 1567. Como muchos homólogos, buscó emparentarse con los Minamoto, requisito imprescindible para ocupar el rango de *shōgun*, suerte que tuvo al descender de una rama menor de los mismos. La suerte no se quedaría solo ahí, ya que la posición estratégica de sus dominios le valió en un principio un pacto de no agresión y más adelante una colaboración con Oda Nobunaga que acabaría con Ieyasu como uno de sus generales y con una relación de respeto y admiración mutuos.

Sin embargo, durante el Gobierno de Hideyoshi, Ieyasu se mantendría alejado de forma forzosa de la esfera de poder. Había osado rivalizar con el líder de los Toyotomi por la sucesión de los dominios de Nobunaga y eso le costaría caro. No obstante, Hideyoshi no se atrevió o no le interesó acabar con él, sino que se limitó a mantenerle vigilado para evitar males mayores. Ieyasu tampoco se levantó en armas contra él, sino que le juró lealtad e instaló la sede de su *daimyō* en Edo, la actual Tokio, en el momento un pequeño pueblo de apenas cien casas. Esa cautela le valdría una posición privilegiada a la hora de la muerte de Hideyoshi, debido a que se desató una lucha por el control de los territorios amasados por el *kanpaku*, y Ieyasu era el mejor posicionado.

Esto no fue fruto de un día, y en absoluto los Matsudaira eran la familia más poderosa de Hōnshu, sino que el pacto con Nobunaga le valió para obtener multitud de tierras a instancias de su líder y maestro, su lugar en el centro de la isla le valió de una posición privilegiada como espectador del conflicto entre los Takeda y los Uesugi. Ieyasu pudo obtener una extensión al este del país, pudo controlar a los Hōjō y se expandió por el norte de la isla. De hecho, propiciaría la caída en desgracia de este clan en el año 1590, esta vez bajo las órdenes de Hideyoshi.

Retrato de Tokugawa Ieyasu, del autor Kanō Tanyū

Su posición apartada quizá pudo haber desesperado a cualquier aliado que desease medrar con relativa rapidez y sacar provecho de un tablero que estaba repartiendo numerosos frutos, pero Tokugawa decidió esperar y observar cómo se desarrollaban los acontecimientos. Aunque rivalizó con Hideyoshi, en realidad se retiró pronto de la pugna, lo que no le valió la magnanimidad del adversario. Sin embargo, al estar desplazado, pudo conservar intactos a sus hombres y sus dominios, con lo que, para cuando le llegase su turno, podría marchar sobre Japón con relativa facilidad.

Este mural representa la batalla de Sekigahara, en la que Tokugawa Ieyasu salió vencedor

No obstante, las luchas internas volverían a ser algo conocido en la política nipona, ya que a la muerte de Hideyoshi, sus generales se dividieron en dos facciones. Por un lado, la que quería gobernar hasta que Hideyori, el hijo del *kanpaku*, cumpliese la mayoría de edad, liderada por Ishida Mitsunari; y por otro lado, la que apoyaba a Tokugawa Ieyasu, harto de estar a la sombra de otros generales, y siendo el *daimyō* más poderoso de todo el archipiélago. Pese a lo que pudiera parecer, esta nueva guerra no fue tan encarnizada como otras que se han relatado en este libro, y lo cierto es que se compuso en su mayoría de escaramuzas y luchas menores.

Sin embargo, bien merece nuestra atención la batalla más importante de la historia de Japón, por motivos propios, la batalla de Sekigahara, en la que el grueso de los dos ejércitos se enfrentó en el año 1600. No se cuentan con datos oficiales, pero se cree que pudo contar con hasta doscientas mil tropas entre un ejército y otro. Lo cierto es que esta batalla fue decisiva prácticamente incluso antes de que esta se desarrollase: antes y después de la misma, los conflictos habían sido localizados y de menor envergadura, y ambos generales sabían que quien saliese victorioso de este encuentro tendría la guerra prácticamente ganada. Lo que sí se sabe es que la lucha fue muy igualada, y que ambos ejércitos contaban con arcabuces, por lo que la ventaja se disipaba. De hecho, el factor determinante fue,

irónicamente, una traición en medio de la contienda por parte de Kobayakawa Hideaki a Mitsunari, que viró de bando y dejó al ejército defensor de Hideyori completamente vendido.

Tras la batalla, llegaron las consecuencias de la misma, y no fueron precisamente benévolas: Mitsunari fue encontrado y ejecutado, y Hideyori fue recluido en el castillo de Osaka, donde aguardó como rehén hasta que tuvo la oportunidad de plantar cara en el año 1614. Muchos de los dominios de los derrotados fueron confiscados y distribuidos, como se detallará en el capítulo 11. Un ejemplo fue el Ukita Hideie, que se escondió en los dominios de los Satsuma, impotente mientras los Tokugawa saqueaban sus tierras. Pero la consecuencia más importante fue que Ieyasu había finalizado con cualquier tipo de oposición fuerte hacia su persona y sus planes. En 1603 sería nombrado *shōgun* legítimo, y se daría comienzo a una de las etapas más estables y pacíficas que haya recordado Japón antes de su historia premoderna. Hasta las últimas décadas de su *bakufu*, el cual acabó en 1868, la calma sería la seña de identidad de su Gobierno.

TOYOTOMI HIDEYORI

Hemos querido dedicarle un brevísimo apartado al hijo de Hideyoshi, pues bien merece una mención a modo de cierre antes de pasar a hablar de los castillos. Y es que, si bien el clan Toyotomi perdió cualquier tipo de oportunidad de disputarle el poder a Ieyasu tras Sekigahara, el joven Hideyori llevaría a cabo un último intento de no ser apartado por completo de la toma de decisiones. O, dicho de otro modo, no quería sufrir lo mismo que su padre le había hecho a Ieyasu. Por desgracia, no contaba con la visión de conjunto de su padre, y su error le costaría caro.

El castillo de Osaka, uno de los más famosos de Japón, y prisión de Hideyori

El joven chico quedó huérfano con apenas cinco años, cuando su padre murió. Al ser tan joven, no pudo tomar ni una sola decisión sobre su futuro, y podría decirse que fue esclavo de sus circunstancias. Su padre no estaba, y uno de los señores más poderosos de Japón le dejaba sin posibilidades de heredar lo que su padre había conseguido. Cuando su bando fue derrotado, fue enclaustrado junto a su madre en el castillo de Osaka, e incluso en el año 1603 se le prometió con la hija de Hidetada, vástago de Ieyasu y segundo *shōgun*.

Sin embargo, el clima se enrareció con el paso de los años hasta una posición

irreconciliable: Ieyasu exigía a Hideyori que gastase la fortuna de su padre en la creación de un Buda enorme y de un templo, y fue la creación de la campana del mismo lo que desencadenó el problema. Aunque parezca nimio el motivo del conflicto, no lo era tanto lo que lo desencadenó: las inscripciones que decorarían la campana hacían alusiones a un nuevo Gobierno de los Toyotomi según la visión de Ieyasu. Lo cierto es que esas interpretaciones son muy personales, pero a Ieyasu le pareció razón suficiente para organizar un asedio al castillo de Osaka en 1614, en el que acabaría con la vida del joven heredero de Hideyoshi, que cometería *seppuku*.

Este asedio, junto con las batallas menores que hubo como precedentes, marcó el final del clan Toyotomi, al no quedar posibles sucesores. Se calcula que, en total, pudo haber unas cien mil bajas en ambos bandos, aunque es posible que esas cifras hayan sido abultadas.

ARTE Y CULTURA: LOS CASTILLOS

A lo largo del capítulo hemos mencionado la existencia de determinados castillos que sirvieron de base de operaciones a los generales del momento, así como de auténticas ciudades en las que se podía hacer vida. El período Azuchi-Momoyama, como ya hemos explicado, debe su nombre a los castillos de Oda Nobunaga y de Toyotomi Hideyoshi: el Azuchi, situado cerca del lago Biwa; y el Momoyama, cerca de Kioto. Estos lugares enormes y llenos de actividad fueron el centro regidor de la vida de sus regiones, provocando que en su alrededor se formasen grandes aglomeraciones de habitantes que acabarían dando lugar a algunas de las ciudades que hoy en día existen, caso de Edo, donde se encuentra el castillo de los Tokugawa (y actual palacio imperial).

Castillo de Momoyama

No solo los tres mencionados son dignos de mención: cada *daimyō* tenía el suyo propio, mayor o menor en tamaño, pero que servía como distintivo de cara a los súbditos. Además, eran auténticas fortalezas que protegían a la familia del señor de cualquier peligro, pese a que, en ocasiones, toda defensa resultó insuficiente. Uno de los más visitados en la actualidad es el de Himeji, el cual se levanta imponente sobre una colina, y es uno de los tres famosos castillos junto con el de Matsumoto y el de Kumamoto, de los que hablaremos más adelante. Es, en la actualidad, patrimonio histórico de la UNESCO, y uno de los destinos principales de los turistas de la región. Se compone de setenta y cuatro estructuras y de treinta y dos murallas, y es constantemente restaurado tanto en su interior como en el exterior.

Castillo de Himeji

Cabe destacar que no fue en este período cuando surgió la idea de parapetarse en una fortaleza, o de mostrar la opulencia de una familia mediante construcciones faraónicas. Muchos de estos castillos, como el de Himeji, se remontan al período Muromachi, por lo que, realmente, no estaban inventando nada nuevo. En cambio, sí que se puede apropiar a estos señores el hecho de haberlos reformado y de haberlos expandido hasta lo que son hoy en día.

El castillo Matsumoto se encuentra protegido por el agua, la cual utiliza de manera soberbia

Si el de Himeji destacaba por sus tonos blancos incólumes parecidos a los de una garza, el de Matsumoto resalta por lo contrario, por su revestimiento en tonos oscuros semejantes al de los cuervos. Se encuentra rodeado en su práctica totalidad por el agua, lo que hacía imposible su asedio. Además, sus torres a diferentes alturas le daban una perspectiva fantástica a la hora de defenderse mediante ballesteros o arcabuceros. Se encuentra en la prefectura de Nagano, y pese a que en época Meiji estuvo a punto de ser desmantelado, hoy en día es patrimonio de la humanidad. El castillo de Kumamoto se encuentra en esa prefectura, es uno de los más altos y mezcla el estilo de tonos de los dos anteriores.

El castillo de Osaka, donde estuvo retenido Hideyori, es uno de los más famosos de Japón, y destaca por su extensión (un kilómetro cuadrado), así como por su altura. Como todos los anteriores, se alza sobre piedra para evitar que los asaltantes intentasen destruirlo sin intentar asediarlo.

La majestuosidad de estas construcciones no estaba en contraposición a lo que albergaban semejantes edificios. Dentro estaban decorados de pinturas, presentes a su vez en las puertas corredizas o en los biombos. Lucían colores vivos, que rompían con el estilo sobrio Ashikaga y que buscaban plasmar la opulencia del

propietario. Además, había multitud de trabajadores artesanos que pudieron mostrar sus obras en ellos, caso de alfareros, escultores o talladores.

CONCLUSIONES

Mientras que el capítulo 6 plasmó la detonación del poder central, y quedó como única autoridad real el poder local de los *daimyōs*, en este hemos asistido a la solución del problema, inaugurando un amplio período de paz que llevaría a Japón a un crecimiento demográfico sin precedentes. Pero esta unión en torno a un clan o en torno a una figura no fue sencilla, y requirió de algo que parecía estar en un segundo plano en el período Sengoku: la diplomacia. Así fue como un señor de tierras tan humildes como Nobunaga se hiciese con el control de medio Japón, o que un hijo de campesino como Hideyoshi fuese capaz de llegar a la cúspide del poder. Sin duda, aunque la violencia siempre juega un papel fundamental en las guerras, no se debe hacer de menos a la diplomacia, pues sin ella, no hay victoria posible. Las tres personalidades de las que hemos hablado eran conscientes de ello, razón por la que se alzaron sobre los demás.

Este período Azuchi-Momoyama que llega a su fin nos dejó varios puntos a destacar. El primero de ellos es la voluntad de un Imperio fatigado, fragmentado y descabezado de acabar con las hostilidades, de pasar página y de centrarse en recuperarse de todo un siglo de luchas constantes. Por otro lado, se pudo contemplar en estos años el uso estandarizado de la nueva tecnología bélica que llegó de la mano de los portugueses: el uso del arcabuz suponía una ventaja cuando el rival no disponía de él. Pero a estas alturas, todos los señores conocían de su existencia y lo habían implementado en sus ejércitos, lo que redujo su impacto. Ya no importaba tanto tenerlo, sino saber cómo usarlo, y en ocasiones ni siquiera eso fue suficiente.

Asistimos a la impotencia que las fortalezas generaban sobre sus enemigos, situadas en zonas estratégicas para hacer más complejo el asalto, y convirtiéndose a su vez en lugares llenos de vida, donde hubo hasta comerciantes y artesanos que aprovechaban para dar a conocer sus productos.

El momento que estaba a punto de abrirse iba a ser uno de especial tranquilidad, que se caracterizó por la autarquía y por el cierre a las potencias occidentales, que limitaba la presencia extranjera a puntos muy localizados en el sur del reino. En el capítulo 11 atenderemos a las causas que llevaron a los gobernantes

Tokugawa a tomar semejantes medidas, pero antes echaremos la vista atrás, a los años en los que Toyotomi Hideyoshi gobernó en todo el archipiélago, para asistir al primer intento de expansión japonés más allá de sus fronteras. En el capítulo 10 hablaremos, por tanto, de la guerra Imjin.

Japón intenta expandirse: la guerra Imjin

Si por algo se conoce el siglo XVI es por su alta conflictividad bélica a lo largo del planeta. Las guerras de religión en Europa fueron una constante a lo largo de la centuria, y las diferentes rebeliones que se sucedieron en el viejo continente fueron más asiduas de lo que a los gobernantes les hubiese gustado. Por recordar brevemente la época en la que nos estamos moviendo, cabe destacar que es en este período cuando la religión católica se desgaja, provocando conflictos localizados o más extensos que desembocaron en revueltas aisladas o en guerras. Se podría destacar la guerra del campesinado alemán entre 1524 y 1525, cuya revuelta popular fue la más mayoritaria hasta la Revolución francesa; o la guerra de Esmalcalda, que enfrentó al ejército del emperador Carlos V comandado por el duque de Alba contra los estados luteranos del Sacro Imperio, liderados por Sajonia y Hesse. La guerra de los Ochenta Años comenzaría en la segunda mitad de este siglo, y no debemos olvidar el impacto que la colonización española y portuguesa tuvo en términos de extensión de territorio y en cantidad de actores involucrados en la misma. Sin embargo, ¿fue Europa el único continente con tanto conflicto entretejido en el complicado sistema de herencias y alianzas que se presentaba?

La década final del siglo estuvo marcada por una lucha que aún hoy se recuerda con especial tensión en la zona de Asia oriental. Corea recuerda esos años con especial dolor, mientras que en China se rememoran con cierto halo romántico, aunque no se deshacen de ese amargor hacia sus vecinos. Japón, sin embargo, aún lamenta lo ocurrido en una guerra que durante seis años asoló la península de Corea. El conflicto en cuestión fue un precedente de lo que veríamos en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX con el imperialismo japonés. Supuso, a su vez, el primer intento de un gobernante japonés de tratar de extender sus territorios más allá del archipiélago, puesto que sus intervenciones en el exterior anteriores fueron contadas y para ayudar a reinos aliados, y gracias a que Gobiernos como el de Taiwán o las islas Ryūkyū se habían plegado a su voluntad sin la necesidad de llegar a las armas. La guerra Imjim o del Dragón Negro (1592-1598) enfrentó al ejército japonés de Toyotomi Hideyoshi contra los ejércitos coreano y chino en la península de Corea, y supuso una auténtica catástrofe en términos

económicos para las tres partes involucradas, como veremos a continuación.

SITUACIÓN DE JAPÓN ANTES DE LA GUERRA

Aunque en las páginas anteriores hayamos podido ver la evolución de los conflictos armados que desembocan en la recomposición de Japón como reino, no debemos tratar la guerra como algo estanco a lo que estaba sucediendo en el archipiélago. En cierto modo, la guerra Imjin supuso una salida honrosa para muchos samuráis que se vieron sin ocupación al finalizar los conflictos a gran escala en el reino, ya que, como veremos más adelante, el *shōgunato* Tokugawa supuso un período de paz sin precedentes en la historia de Japón.

Como ya hemos revisado, el archipiélago se encontraba en una situación muy complicada en los años finales del siglo. Hasta la llegada de Oda Nobunaga, Japón se encontraba fragmentado en Estados guerreros o daimios que se disputaban entre ellos el control de sus áreas de influencia. «La guerra era total, y poco importaba el rango social o el dinero que se tuviese. Lo único que era de relevancia era el odio a la otra facción, lo que llevó a auténticas carnicerías. Estos daimios se expulsaban mutuamente de sus áreas de influencia y se veían obligados a replegarse según las circunstancias. Y esta situación tan territorial era difícil de manejar, debido a que hasta 1563 se documenta la existencia de 142 daimios de todos los tamaños», en palabras de Ray Huang. El odio del que habla el historiador puede ser matizable, pero lo cierto es que la guerra era total en un período en el que el desgobierno y la laxitud de la autoridad Ashikaga había dado rienda suelta a explorar la vía bélica.

A modo de resumen, Nobunaga contaba con un factor determinante para el triunfo de su causa: el uso de armas de fuego que había conseguido del comercio con los portugueses. Le sustituiría Toyotomi Hideyoshi, otro de sus partidarios, que fue nombrado regente y canciller por el propio emperador, pero que no fue nombrado *shōgun* debido a que ya existía la costumbre de nombrar en ese puesto solo a descendientes del clan Minamoto, y el clan Matsudaira era una rama menor del anterior. En este contexto, en el que Japón no había sido aún unificado en su totalidad, sería cuando Hideyoshi pusiese sus ojos en Corea.

La situación en el reino de los Ming era tangencialmente diferente, complicada a su modo y no exenta de conflictos bélicos. Bajo el término de «las tres grandes campañas de reinado tardío de Wanli (1572-1620)» se agrupan las tres acciones militares de mayor calado durante su reinado: la campaña en el suroeste, la campaña en Ordos y la campaña en Corea.

El término historiográfico de las tres campañas fue creado por los historiadores Ming de finales de la dinastía, y se agrupan porque los tres momentos son de equiparable importancia. Las campañas variaron en su dimensión, y no eran semejantes en su origen histórico, y ni siquiera las tres acabaron en victorias, tal y como la historiografía clásica asegura. A pesar de que la guerra Imjin es la más relevante por sus consecuencias, esta se ve claramente influida por las otras dos campañas. Por ejemplo, la campaña en el sureste contra Yang Ying Lung finalizó después de la paz de dicha guerra, en 1600. Se trató de una campaña en la que Yang Ying Lung se puso del lado de los aborígenes Po Chou, que vivían dentro del reino Ming, pero gobernándose como si de un Estado independiente se tratase. No se combatió ferozmente, ya que se sabe que Yang esquivó la muerte pagando las multas que se le imponían. Sin embargo, el conflicto acabó con el exterminio de su clan. La guerra en Ordos, si bien fue la menor de las tres situaciones de peligro, supuso un desvío de tropas que no se enviaron a Corea para contrarrestar la invasión japonesa y así haber evitado la prolongación del conflicto.

La dinastía Ming contaba con un problema capital: un territorio vastísimo que debía proteger con muy pocas tropas. Es en este período cuando se crea la mayor parte de la Gran Muralla, ideada en un principio para protegerse de las hordas mongoles, y más adelante de los nómadas manchúes. Debido a su enorme extensión, los problemas se multiplicaron: las condiciones climatológicas no eran las mismas en todo el país, y mientras que en el sur se podían suceder las sequías, en el norte eran las inundaciones las que complicaban la vida de sus habitantes. Un Gobierno como el Ming, corrupto desde los primeros emperadores, e incapaz de controlar una administración regional que se apoyaba en sus lealtades a la Corte, era inoperante ante crisis de subsistencia. El factor climatológico, junto con

muchos otros, jugarían a favor de la caída de la dinastía.

LA SITUACIÓN EN COREA

La situación de la península era la de un reino unificado, en contraste con su historia clásica o contemporánea. En 1392 el general Yi Seong-gye lideró un golpe de Estado para derrocar al rey U de la dinastía Goryeo, unificando así el territorio bajo la dinastía Joseon. Este Gobierno fue reconocido por el Ming, y de este modo la península pasó a formar parte del sistema vasallático Ming en el rango de reino tributario. Su similitud con la dinastía Ming hacía que el entendimiento fuese fluido desde el comienzo del reinado, ya que ambas adoptaron principios del confucianismo (si bien el Joseon era más ortodoxo que el Ming), y ambas sufrieron la desestabilización de la paz interna por diferentes facciones políticas. Además, ambos reinos sufrieron los ataques de los piratas wako, de procedencia japonesa, aunque fue Corea por motivos geográficos la zona más afectada por las rapiñas de los piratas. El reino Joseon fue fiel hasta las últimas consecuencias de la dinastía Ming, sufriendo incluso invasiones manchúes que eran solventadas no sin problemas. De hecho, una vez caída la dinastía Ming e instaurada la Qing, los Joseon se mantuvieron fieles a los Ming hasta mediados del siglo XVIII.

La guerra de Corea difirió de la guerra en Ordos y la campaña en el suroeste en la base para los Ming del mismo modo en que era extraña para el ejército japonés: era una lucha en territorio extranjero. En la preparación de la invasión, Toyotomi Hideyoshi movió a ciento cincuenta mil hombres y unos setenta mil en reserva. Esta cantidad de soldados imposibilitó al ejército Ming alcanzar la misma cantidad de tropas involucradas, debido a los dos problemas que tenía que afrontar en su propio territorio.

Los motivos reales de Hideyoshi se antojan poco claros para historiadores como Huang, Gernet, y para historiadores chinos contemporáneos. Si se trataba de un intento por invadir China, Corea no iba a ser la puerta que abriese una posibilidad a sus esperanzas. George Samson duda que Hideyoshi previese una intervención china a corto plazo a través de un país que era tributario suyo. Sin embargo, John Whitney Hall sostiene que Hideyoshi era megalómano, con un sentido expansionista heredado de Nobunaga. Para este historiador, su objetivo era destruir la dinastía Ming y dividir China en feudos para sus vasallos, para proceder después a la conquista de la India. Schirokauer alude que, más que megalomanía, de lo que pecó Hideyoshi fue de ignorancia, ya que puede que no fuese consciente de la magnitud de su campaña. López-Vera fue más allá y argumentó que la idea de invadir China no era suya como tal, sino que ya Oda Nobunaga la tenía en mente, lo que descartaría hasta cierto punto que Hideyoshi se hubiese vuelto loco al plantear semejante plan. Lo que parece claro, es que al ver que la dinastía Joseon en Corea se negaba a facilitarle el paso dando libertad a sus tropas para moverse, y rehusando la oferta de ser vasallo de Japón, el *taikō* procedió a la invasión de la península desembarcando en Busan, la ciudad más al sur de la península.

A pesar de que se discuta ampliamente sobre las motivaciones que llevaron a Hideyoshi a emprender la invasión de Corea, la tesis más aceptada era la de que tenía sus ojos puestos en China, y que la forma más sencilla de entrar en el reino Ming era por Corea, arrebatándole los ingresos que recibía de uno de sus aliados más poderosos. Sobre la mesa se encontraba un Gobierno Ming incapaz de afrontar todos los frentes abiertos, y a una Corea que, sin el amparo y protección chino,

era un reino desprotegido. Es indiscutible, en cambio, que fue el ejército japonés quien inició las hostilidades.

Su primer ataque en 1592, compuesto por unos ciento cincuenta mil hombres liderados por un *daymiō* cristiano llamado Konishi Yukinaga, cogió a los coreanos por sorpresa. Tras un último intento de obtener permiso para atravesar Corea de forma pacífica, y viendo que la negativa de la dinastía Joseon era total, las tropas japonesas conquistaron la ciudad en apenas un día. Debemos destacar que la toma de esta ciudad, a pesar de los avances y retrocesos en la guerra, fue de lo poco que se mantuvo inamovible durante todo el conflicto, hasta la retirada definitiva de las tropas invasoras. El ejército japonés atravesó la península sin apenas resistencia, y conquistó Seúl y Pyongyang en apenas dos meses, aunque en la actual capital de Corea del Norte encontraron más resistencia que en la del sur debido a la dificultad que planteaba que se encontrase bordeando la ribera norte del río Taedong. Similar contratiempo tuvieron más al sur, en el río Imjin, famoso por varios motivos. El primero, porque es una frontera natural parte de la zona desmilitarizada actual entre la dos Coreas. El segundo, porque allí fue donde se estabilizó la segunda parte de la guerra entre los dos bandos, coincidiendo relativamente con la división actual de los dos países. Por tanto, es un río importante, el cual da nombre a esta guerra y pone de manifiesto la importancia de los accidentes naturales a la hora de delimitar áreas de influencia.

Mapa que refleja las etapas de la guerra: una primera oleada japonesa, en la que se llega al norte del reino; una contestación china que lleva a Japón a replegarse y una segunda invasión en la que apenas se llega a Seúl, para replegarse después.

Para finales de aquel año, el ejército japonés ya tenía bajo su control los ríos Yalu y Tumen, al norte de la península, pero no hizo ningún esfuerzo por atravesar estos ríos y entrar en territorio chino. La superioridad que el ejército de Yukinaga (y de otro *daymiō* llamado Katō Kiyomasa, rival del primero dentro y fuera de Japón) demostró sobre el terreno se debió a los arcabuces y demás armamento de fuego que, como vimos en el capítulo anterior, fue determinante para la unificación de Japón. Esta innovación armamentística en la zona dejaba en clara desventaja al ejército autóctono y a los aliados chinos que, de momento, no habían prestado

ayuda en la defensa. Se llevaron a cabo incursiones en la zona de Manchuria, donde se enfrentaron con éxito contra los Jurchen, nómadas de la región que a la postre invadirían China. Sin embargo, no se llevó a cabo la invasión de China debido a varias razones: en primer lugar, según López-Vera, hubo grupos de civiles que decidieron plantar cara al ejército invasor mediante una guerra de guerrillas. Además, se debe indicar que la marina japonesa fue incapaz de vencer a los navíos coreanos encabezados por el almirante Yi Sun Sin, que se dedicaron a acosar y a amenazar a la armada japonesa, destacando varios encuentros en torno a la isla de Jeju, en los cuales los barcos tortuga coreanos, pertrechados con artillería pesada, infligieron enormes daños a la flota japonesa. Para entonces, China decidió involucrarse de lleno en la guerra tras ver peligrar una fuente de ingresos importante y haber apaciguado previamente revueltas interiores. Con un ejército de apenas cuarenta mil tropas comenzó a descender por la península.

Viendo las fuerzas que los japoneses habían movilizado, se cree que el ejército chino comenzó su movilización a finales de 1592, empezando con una fuerza expedicionaria de 42 000 hombres con unidades que fueron reclutadas en los cinco distritos militares situados más al norte. Sin embargo, hay autores coreanos que dicen que los refuerzos chinos no llegaron hasta la segunda ofensiva japonesa, pero no es una teoría muy extendida.

Además, un contingente de tres mil soldados especializados en el uso de armas de fuego llegaron desde el sur de China, y el Imperio entero fue puesto bajo alerta de guerra. Los puertos de la costa fueron cerrados por miedo a que la piratería japonesa de la década de 1550 volviese a saquear con la misma vehemencia. El emperador Wanli además decidió movilizar un contingente de cien mil tropas, que habían luchado en Siam y en las islas Ryūkyū, para retomar el control sobre Corea y planear una posible invasión en territorio japonés. La primera campaña, dedicada a la conquista de Pyongyang, fue un éxito chino claro, pero veinte días después, el comandante de las tropas chinas, Li Ju-sung, decidió adelantarse al resto del ejército en una incursión muy valiente pero que acabó en un desastre. Cerca de Seúl fue sorprendido por una formación japonesa tres veces mayor a la suya, aunque Li Ju-sung consiguió escapar. Así acabó la primera fase de la guerra,

con las consiguientes conversaciones de paz.

El ejército japonés estaba cansado y desprovisto de víveres, por lo que se atrincheró en Busan y en Gyeongsan, tomando por el camino la fortaleza de Jinju, en la que murieron sesenta mil coreanos. Tras esto, comenzó una paz armada en la que los intentos de acabar con la guerra se sucedieron sin demasiado éxito. Konishi Yokinaga fue uno de los hombres que más abogó por la paz. Este doble rol le requería alternar los combates en la zona con visitas amistosas a generales chinos.

La delegación china destinada a las negociaciones estuvo encabezada por Shen Weiching, que curiosamente era miembro del servicio civil, no del militar, pero contaba con la recomendación del ministro de guerra. Le avaló la rapidez con la que los japoneses abandonaron Seúl en mayo de 1593, a pesar de que no fue por méritos propios: hubo problemas logísticos que tenían los invasores al perder una gran masa de víveres que había sido quemada por agentes chinos y coreanos.

En el verano de 1593, tras la marcha de Hideyoshi por problemas internos en Japón, la delegación china encabezada por Shen Weiching decidió marchar a Japón, donde permanecieron desde junio hasta agosto. No hubo un acuerdo que finalizase el conflicto, pero se consiguió que la tensión disminuyese en Corea. Los generales chinos decidieron mantener dieciséis mil soldados en la zona para apaciguar posibles ataques futuros, y el resto de tropas se retiraron. Hideyoshi envió a Konishi Yokinaga a debatir en Busan como el representante del ejército invasor. De allí se trasladó a Pekín, pero en ambas negociaciones se mantuvo el desacuerdo, y de hecho se le retuvo en Corea y Manchuria durante más de un año. Había voces dentro del Gobierno chino que pedían la paz, caso del ministro de guerra, pero más por los problemas financieros que podía traer la guerra que por el deseo real de acabar con el conflicto.

La Corte de Pekín, viendo con buenos ojos los pasos hacia la paz que daba Hideyoshi, envió una embajada con el cometido de otorgarle el título de rey de Japón, con la condición de que retirase todas las tropas de Busan y del resto de la costa coreana, en contraste con las ambiciones japonesas: una consorte china para Hideyoshi, una Corea dividida en dos áreas de influencia (una china y una japonesa), el establecimiento de un gobernador japonés en Corea y libre comercio

entre China y Japón. Por ello comenzó la segunda parte de la guerra. Mikiso Hane acusa la situación a una falta de entendimiento por parte de Hideyoshi y por los enviados Ming, que hizo que finalmente se rompiese la tregua. Otros argumentan que, si bien ese malentendido se dio, las negociaciones nacieron muertas de antemano: Hideyoshi creía estar negociando la rendición de Corea, ajeno a cualquier realidad. Mientras, la Corte china negociaba sin tener en cuenta la opinión de la coreana, lo que dejaba claro que la defensa de su reino amigo no era desinteresada, puesto que creían que la actitud de Japón en la negociación era la de aceptar su sumisión para con la dinastía Ming. No ayudaron las embajadas de ambos reinos, las cuales rebajaban la intensidad de las reclamas de ambos para que el destinatario no encontrase ultrajantes las condiciones de paz. Dicho esto, era cuestión de tiempo que Hideyoshi descubriese la mentira y anunciase inmediatamente la segunda invasión de Corea.

LA SEGUNDA OFENSIVA

A comienzos de 1597, doscientos barcos japoneses cargados de ciento cuarenta mil tropas desembarcaron en las costas de Corea. La Corte Ming nombró a Yang Hao comandante de las tropas encargadas de la pacificación y la zona cercana a Pekín y la zona de Manchuria se encargaron de proveer de tropas al ejército. Los oficiales que habían intentado la paz cayeron en desgracia: Shen Wiching fue condenado a muerte, mismo destino que corrió el ministro de guerra. En total, se juntaron 75 000 tropas contra las 140 000 de Hideyoshi, que renunció a la invasión de China para centrarse únicamente en Corea, a la que consideraba culpable de que las negociaciones no se concretasen.

Retrato del emperador Wanli de la dinastía Ming, el dirigente del bando chino

de la contienda

Esta campaña difiere de la anterior: en esta ocasión, no se lucha en el eje norte-sur a lo largo de la península, sino que todo gira en torno al paralelo 36, cerca del río Imjin. La guerra se estabilizó en torno a Seúl, hasta que llegó el invierno, momento en el que las tropas japonesas se vieron obligadas a retirarse. Ni siquiera pudieron los japoneses contar con la superioridad naval que habían demostrado tras la batalla de Chillcheollyang, en la que acabaron con gran parte de la flota coreana, debido a que Yi Sun Sin, el ya mencionado oficial de la armada coreana, y actual héroe nacional en Corea, les derrotó en la campaña llevada a cabo en torno a la isla de Hansan. El emperador Wanli comprendió la importancia del combate naval y envió su flota a aguas coreanas en mayo de 1598, pero prácticamente no vieron acción, y siempre que lucharon, fue en colaboración con la flota coreana.

El ejército invasor conquistaba rápidamente y de forma efectiva, llegando a Seúl en un plazo muy corto de tiempo, pero sin llegar a tomarla por culpa de la victoria de Yi Sun Sin, que acabó con un tercio de la flota japonesa que llevaba los víveres necesarios para el asedio de la ciudad. Tras este fracaso, Japón volvió a adoptar una actitud defensiva, en la que el desgaste y la falta de una infraestructura necesaria iban haciendo mella día tras día. Sin embargo, la superioridad en el mar demostrada por las tropas defensoras no se materializaba en tierra: en la batalla de Ulsan murieron veinte mil hombres en un intento por tomar la zona al ser víctimas de una emboscada japonesa que acabó en estampida. Sin embargo, los encontronazos entre ambos bandos acabaron de forma abrupta debido a una muerte realmente trascendental en el devenir de los acontecimientos.

Este tipo de embarcaciones tortuga se popularizó durante la contienda descubierta, lo que fue un excelente avance contra la flota japonesa

La muerte de Hideyoshi en septiembre de 1598 no hizo más que evidenciar la debilidad japonesa en la zona, algo de lo que era muy consciente Konishi, que acabó retirando las tropas en octubre tras los ataques en Sunchon y Sachon asesinando a más de cincuenta mil soldados japoneses. Mientras se evacuaba a la mayor cantidad de tropas posibles, tenían que defender los fuertes ante un ejército combinado de chinos y coreanos que estaba realmente debilitado por la enorme cantidad de bajas que sufrían en cada asedio que llevaban a cabo.

La muerte de Hideyoshi aceleró el proceso y fue la desencadenante del final de la guerra, pero no fue decisiva. En el momento en el que la flota coreana intervino, la balanza se inclinó a favor de las fuerzas imperiales chinas. Sin embargo, la muerte del *taikō* evidenció algo que era un sentimiento dentro de los dos bandos: nadie tenía ganas de continuar una guerra que había durado siete años, y que había dejado toda Corea asolada, con hambrunas y epidemias por doquier. La última batalla fue la de Noryang, en la que Yi Sun Sin acabó con la mitad de los barcos que evacuaban de la península a las tropas japonesas, y en la cual el propio almirante perdió la vida.

Pese a que las hostilidades cesaron en 1598, no fue hasta 1601 cuando se comenzó a negociar la paz. No por falta de interés por ambos lados, sino porque Corea interceptó hasta en tres ocasiones las misiones diplomáticas que enviaba Japón a negociar. Dentro de las primeras acciones en pos de la paz, Japón y Corea liberaron a gran parte de los presos de guerra (en el caso de Corea, también se liberó a los diplomáticos que se enviaron a negociar en las anteriores ocasiones). El mayor incentivo que tenía la dinastía Joseon para normalizar las relaciones con Japón no era finalizar la guerra, sino conseguir a toda costa que las tropas chinas, que estaban causando los mismos destrozos que el ejército japonés anteriormente, se marchasen de su territorio. La primera década del siglo XVII se ve marcada precisamente por ese intento de paz de Corea, hasta 1608, cuando se liberaron los últimos prisioneros y se aseguró la paz blanca entre ambos combatientes.

Yi Sun Sin es un héroe nacional en Corea del Sur gracias a su enorme contribución a la defensa del reino Joseon. Esta estatua conmemorativa se encuentra en Seúl, pero hay miles en todo el país.

La guerra dejó una Corea asolada por las múltiples batallas. La contienda se había disputado enteramente en su territorio, e iba a ser a quien más le costaría reponerse del golpe. Además, la amenaza manchú en el norte no auguraba un período de paz duradero. Su tierra cultivable se redujo en un 76 %, y muchos talleres de artesanía que sostenían parte de la economía del reino se vieron obligados a cesar sus actividades por falta de demanda. Aun así, Corea consiguió resistir las

embestidas manchúes y mantener así su reino intacto en lo que a extensión se refiere, aunque a la larga mantendría su estatus de tributario ante la nueva Corte manchú en China, los Qing. Pero me gustaría destacar la enorme lealtad que mostró el reino de Corea al negarse, en primer lugar, a facilitar el paso del ejército japonés hacia China, y más adelante, a reconocer al Gobierno manchú como legítimo, una vez destronada la dinastía Ming. De hecho, no sería hasta el siglo XVIII cuando aceptarían y renovarían su estatus como reino tributario de China.

Peor suerte corrió China a raíz de este conflicto. La guerra provocó una cantidad de bajas que el Gobierno Ming no pudo reponer en poco tiempo. Los ejércitos se centraron en el noroeste, donde las revueltas populares se volvieron cada vez más continuas, lo que le dio vía libre a los manchúes a traspasar la Gran Muralla con apoyo de funcionarios Ming y entrar así en el territorio chino. La Pequeña Edad de Hielo, que provocó corrimientos de tierras, terremotos e inundaciones; las revueltas populares, que provocaron que parte del ejército se desplazase a sofocarlas sin éxito; la amenaza manchú, mano ejecutora de la muerte Ming pero no la causante; las persecuciones políticas del eunuco Wei Zhongxian, así como una corrupción creciente; la menor llegada de plata española y la incapacidad de sus últimos emperadores provocaron la inevitable caída de la dinastía y la instauración de una nueva familia gobernante, manchú: la dinastía Qing.

Japón no perdió *de facto* la guerra, pero para el recién instaurado *shōgunato* Tokugawa, la sensación fue de decepción. Pese a que las relaciones con la nueva dinastía Qing y con la Joseon no fue la mejor de las posibles, Japón no volvió a intentar la invasión de Corea hasta finales del siglo XIX, cuando, esta vez sí, consiguieron escindir a Corea del área de influencia china. El imperialismo japonés comenzaba a desarrollarse.

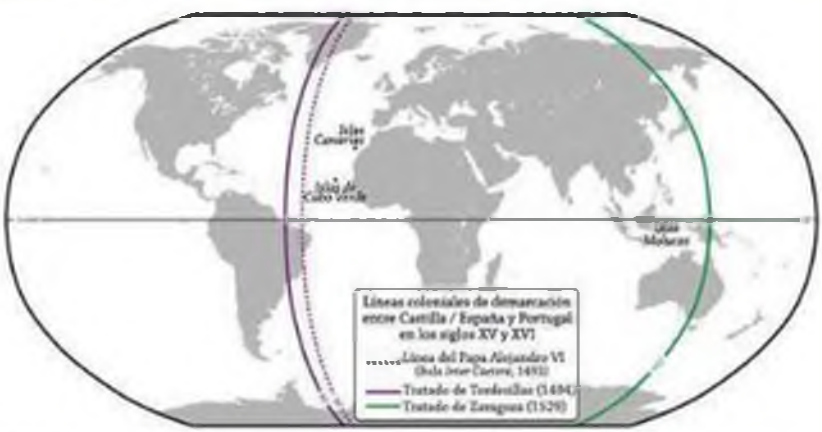
Sin embargo, si se deja de lado la geopolítica o el orgullo patrio sobre las gestas bélicas, lo que quedó tras esta guerra fue una población destrozada, en la que la miseria y la penuria era una constante. Tanto el ejército japonés como el chino cometieron atrocidades sobre la población coreana. Los japoneses cortaban la cabeza de los rivales caídos, mientras que, en el caso del ejército chino, se recuerda con especial atención la matanza de civiles de Namhae, a los que se acusó de

colaborar con el enemigo. Corea tardaría en reponerse mentalmente de la violencia a la que su reino se vio sometido simplemente por encontrarse entre dos reinos que, tarde o temprano, estaban destinados a enfrentarse. Esa lealtad a la que aludimos anteriormente no sirvió de nada y no fue recompensada, a pesar de que evitó un debilitamiento mayor de los Ming en su propio territorio. Por más que la campaña japonesa estuviese destinada al fracaso, no hubo reconocimiento a un reino que era débil sin su *hermano mayor*. En esta ocasión, el hermano menor demostró mayor entereza para no obtener alivio alguno. Los tres reinos perdieron la guerra, y la única victoria que obtuvieron fue el fin del conflicto.

¿Qué hay de Europa? El creciente interés de Castilla, Portugal y Holanda por Oriente

Comentábamos en capítulos anteriores la profunda crisis a la que se vio sometida Japón en medio de un *shōgunato* inoperante como el Ashikaga. En un período de guerras constantes en el que la población se vio en medio de un conflicto de señores que les era ajeno, voces carismáticas como las de Oda Nobunaga o Toyotomi Hideyoshi se alzaron para tratar de sacar partido y posicionarse en la cúspide del poder del reino. Hemos atendido a la situación que había en los dos reinos más cercanos, la China Ming y la Corea Joseon, y cómo el intento de expansión japonés les afectó a corto y medio plazo. Sin embargo, aunque hemos hablado de otros actores que influyeron en momentos concretos de la historia de Japón como los mongoles, hemos obviado deliberadamente por su escasa o nula importancia hasta el momento a muchos otros. Pero, al igual que en América o África, era cuestión de tiempo que las potencias europeas colocasen a Japón en su radar e intentasen establecer contactos con el archipiélago. Pero ¿por qué? ¿Cuáles eran los motivos? ¿Por qué esperaron al siglo XVI para entablar relaciones? ¿Cómo reaccionó Japón ante esta intromisión en su realidad de reino aislado? Las respuestas a estas preguntas las encontraremos en las siguientes páginas.

Desde el descubrimiento de América por Colón en 1492, el papel que jugaron las nuevas tierras para la corona de Castilla fue crucial. Desde antes de su partida, Colón pensaba firmemente que haciendo una ruta hacia el oeste se podría llegar a las Indias, la manera en la que se llamaba a los reinos de Catay y Cipango, o dicho de otro modo: China y Japón respectivamente. Este deseo por encontrar una ruta que llegase al Asia oriental respondía a la caída de Bizancio en 1453, y al fin de la Ruta de la Seda, una vía comercial controlada antaño por Venecia y que se vino abajo por la instalación de los otomanos en la península de Anatolia. Además, el camino al que Colón aludía sería más corto en distancia de lo que sería circundar todo el continente africano, ya que la manera más extendida de navegación en mar abierto era la técnica de cabotaje, lo que hacía que los barcos no pudiesen alejarse demasiado de las costas. La exploración en alta mar era algo reservado a muy pocos. Como la ruta africana pronto fue monopolizada por la corona portuguesa, los Reyes Católicos accedieron a financiar la campaña de Cristóbal Colón a sabiendas de que podía suponer una pérdida cuantiosa de dinero.



Limitaciones de las bulas Inter Caetera y los tratados de Tordesillas y de Zaragoza

Los viajes se sucedieron, y con ello las informaciones de nuevas tierras descubiertas. Pero también atrajo numerosos problemas: el descubrimiento de nuevas zonas ocasionó el enfrentamiento entre Castilla y Portugal, debido a que la corona

portuguesa no estaba dispuesta a dejar que Castilla tuviese un monopolio sobre los nuevos territorios. Esto llevaría a que el papa Borgia Alejandro VI (proclive a la corona castellana pero a su vez sabedor de que su posición como árbitro de la política europea era delicada) promulgase las famosas bulas *inter caetera*, en las cuales se delimitaban las zonas de influencia. Todo lo que quedase al este de la línea situada en las Azores sería correspondiente a la jurisdicción portuguesa, mientras que todo lo que quedase al oeste sería jurisdicción castellana. Estas bulas serían revisadas por ambas coronas al poco tiempo de ser promulgadas, colocando la línea de demarcación unas trescientas setenta leguas al oeste de Cabo Verde tras el Tratado de Tordesillas.

Tras el descubrimiento del océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa en 1513 comenzarían a sucederse los viajes con el objetivo de llegar a las islas de las especias, las Molucas, en la actual Indonesia. Estos trayectos fueron en su mayoría gastos sin ningún tipo de recompensa, y no sería hasta el viaje de Ruy López de Villalobos cuando se tomase posesión en 1543 a un grupo de islas a las que se llamarían *Cesarea Caroli*, de las cuales la isla de Leyte sería llamada Filipina en honor al heredero del emperador, el rey Felipe II. No obstante, el nombre acabaría extendiéndose a todo el archipiélago.

Magallanes en su vuelta al mundo había avistado aquellas islas veinte años antes, donde murió por un ataque de los nativos de Mactán. El motivo de esta expedición era el de demostrar que las Molucas se encontraban en la demarcación castellana y que se podía llegar a ellas a través de América. Esto se debía a que, a pesar de que el Tratado de Tordesillas había hecho una delimitación en el Atlántico, no se había fijado un meridiano en tierras que evidentemente se desconocían. Esta circunstancia sería aprovechada por los castellanos para intentar tomar las Molucas en una guerra poco conocida que se libró de forma intermitente y a una escala realmente pequeña, pero que se prolongó durante casi diez años. En ella participó uno de esos marinos realmente denostados por la historia pero fundamentales y sin los cuales no se podría entender la historia de la navegación hoy en día. Andrés de Urdaneta, descubridor del tornaviaje, del que hablaremos más adelante, participó como soldado y fue encarcelado durante un tiempo, en el que

estudió las corrientes marinas para intentar encontrar una forma de regresar a América desde el Pacífico, tarea hasta el momento imposible.

Carlos V mandó siete buques comandados por Loaísa a las Molucas tras unas negociaciones que no sirvieron para nada. Loaísa y Elcano morirían en el trayecto, y a las Molucas llegaría una exigua expedición de ciento cinco tripulantes que intentarían llevar a cabo una guerra fútil. A pesar de que Álvaro de Saavedra llegaría en 1528 como refuerzo por orden de Hernán Cortés, no conseguiría virar el trascurso de la contienda, que finalizaría un año después en el Tratado de Zaragoza.

En él, la delimitación quedaba marcada: al oeste del meridiano ciento treinta y cinco Portugal podría asentar colonias, mientras que al este sería Castilla quien pudiese. Sin embargo, ya se sabe que todo es relativo cuando se trata de amasar poder y, al igual que Portugal no respetó Tordesillas a la hora de instalarse en el actual Brasil, Castilla tampoco tendría miramientos a la hora de tomar Filipinas, aunque la labor sería mucho más costosa. Como anécdota, se podría comentar que en este tratado Japón quedó partido por la mitad, por lo que sobre el papel ambas potencias tendrían derecho a instalarse en el archipiélago. Sin embargo, no hubo intentos reales, y de haberlos habido, habrían sido un fracaso absoluto.

En realidad, Portugal ya tenía un amplio conocimiento de aquellas aguas. Desde que descubriese el cabo de Buena Esperanza en el año 1488, la corona no hizo más que ampliar sus expediciones hacia Oriente, estableciéndose en la India con su base en Goa y en las Molucas, amén de su base en Macao, en el suroeste de China. En 1548 comienzan sus contactos con Japón y concretamente con Nobunaga, al cual le venden sus arcabuces, arma que cambia las reglas del juego. No es que Japón no conociese el uso de la pólvora, pero el avance armamentístico que supuso con respecto al arco desequilibró la balanza a favor del comprador. Como indica López-Vera, al contrario de lo que pudiese pensarse, los samuráis incorporaron las armas de fuego a su ajuar habitual, dado que podía acelerar el devenir de la contienda. En realidad, por motivos meramente de tiempo, el arcabuz se acabaría haciendo un hueco: para formar a un arcabucero se necesitaba de, aproximadamente, tres semanas, mientras que el arquero necesitaba de más de un año para perfeccionar la técnica.

Para entender la situación en Filipinas previa a la llegada de la expedición de Legazpi, conviene dar unas pinceladas de su compleja geografía. Nos encontramos ante un conjunto de siete mil islas que, por lo general, suelen ser montañosas. Muchas de ellas gracias a su orografía y a su vegetación permanecieron aisladas de las demás, lo que hizo que en la actualidad se hablen en Filipinas en torno a ciento ochenta lenguas. Esta diversidad cultural engloba a su vez modos de pensar y de actuar, problemas que tuvieron que afrontar los españoles cuando intentaron asentarse en la zona.

LA SITUACIÓN EN FILIPINAS

Como se puede prever, en Filipinas no existía nada semejante a un Estado a la europea como podía ser Castilla o Francia, sino que cada isla se autogobernaba a modo de cacicazgos o sultanatos de poca relevancia para el resto de las islas. La entidad política con mayor importancia era la de Tondo (dinastía que se remonta al año 900), nombre por el que se conoce actualmente al distrito más grande de la ciudad de Manila, en la isla de Luzón.

No obstante, este aislacionismo interior no iba normalmente ligado al exterior. Durante la dinastía Sri Vijaya (que se remonta a 683-1377) en Tailandia y el Imperio Majapahit (1293-1528) en Indonesia hubo muchos comerciantes que emigraron a estas islas desde el sudeste asiático. No siempre fueron pacíficos los contactos con los reinos del exterior: en torno al 1500, el reino de Brunei atacó Tondo y fundó la ciudad de Selurong, donde se asentaría más adelante la ciudad de Manila.

Tondo desarrolló un comercio fluido con China, lo que permitió la llegada de inmigrantes del País del Centro (así se denominan, dado su alto nivel de autonomía con respecto a los reinos colindantes) antes incluso de la llegada de los españoles, si bien la afluencia no era la misma. Esta llegada de personas de procedencia china al archipiélago introdujo a su vez elementos culturales típicos del reino Yuan y Ming posteriormente, caso de la pólvora, el uso de porcelana y diferentes creencias que conservan en la actualidad. Los japoneses también dejaron su impronta, aunque no en la misma medida que los chinos. Por ejemplo, les enseñaron a fabricar armas y herramientas.

La conquista de las islas llegaría unos años más tarde, y correría a cargo de Antonio López de Legazpi, el cual llegó a ellas en 1565 desde Nueva España, y fundó pronto San Miguel como capital. En octubre de ese mismo año llegaría el primer galeón a Acapulco. Dicho barco estaba dirigido por el fraile de Andrés de Urdaneta, viejo conocedor de los mares a los que se enfrentaba, y cuya sabiduría sobre los vientos y las corrientes hicieron posible encontrar la Ruta del Tornaviaje, o de vuelta desde Filipinas a América. Urdaneta encontró con relativa facilidad el camino de vuelta a América al dirigirse al paralelo 40° y así navegar por la corriente Kuroshio, que va hasta la Alta California. Desde allí, la vuelta era en bajada en dirección a Acapulco. Nunca antes nadie lo había conseguido por mar. Este descubrimiento abrió un abanico de posibilidades, y en lo que a este capítulo le atañe, dos nos deben llamar la atención. En primer lugar, el asentamiento en Filipinas se pudo hacer sostenible. Dicho de otro modo: de nada servía tener el control de unas islas a las que se podía ir pero de las que no se podía volver, y de las cuales no se podía explotar sus recursos. Por otro lado, las Filipinas hicieron de conector perfecto entre las potencias asiáticas y Nueva España, y se creó una de las rutas comerciales más importantes de la historia: el Galeón de Manila, también conocida como la Nao de Acapulco o la Nao de China, dependiendo de la historiografía. Nosotros nos ceñiremos al primer término por ser el más conocido.

Manila fue fundada en 1571 en la costa occidental de Luzón, en una posición estratégica: convencidos de que se encontraban en demarcación portuguesa, tanto Urdaneta como Martín de Rada (figura que para las relaciones con Japón poco nos aporta, pero sería la clave para entender el comienzo del comercio y la llegada de órdenes religiosas a China) sabían que el comercio con las islas de las especias les sería vetado por Portugal, por lo que necesitaban un agente que actuase de intermediario, razón por la que la ciudad está orientada a China. Los mercaderes chinos actuarán de canal en el comercio de especias, y muchos se instalarán en la ciudad.

El crecimiento de la importancia de Filipinas, y concretamente de Manila, fue un cúmulo de coincidencias: los funcionarios castellanos vieron posible reanudar

el comercio con China y abrirlo con Japón. Annam (en la actual Vietnam) o el Imperio Jemer (en la actual Camboya). Además, desde allí se podría expandir la predicación del cristianismo, y por ello muchos de los primeros europeos que llegaron a China y Japón, caso de Mateo Ricci, Michele Ruggieri o san Francisco Javier, eran monjes jesuitas que buscaban la conversión de estas poblaciones al cristianismo. No obstante, este objetivo fue imposible debido a las reticencias de estos reinos y a los fuertes choques culturales. El único lugar donde el cristianismo tendría cierta relevancia sería en Corea, pero solamente a partir del siglo XVIII. Se buscó que el archipiélago sirviese como base para tener un asentamiento en China al igual que Portugal en Macao, algo que nunca pudo llegar a suceder, a pesar de sus sucesivos intentos.

Por las costas chinas se conocía la existencia de barcos portugueses desde 1520, debido a que João de Barros y Fernao Lopes de Castanheda documentaron estas expediciones. Dolors Folch cuenta que posiblemente la inestabilidad de los precios portugueses fue la que animó a Felipe II a impulsar la expedición de Legazpi. Dicha expedición no trajo especiales alegrías *a priori* a pesar de que las terrazas de arroz que encontraron en Ifugao, en Luzón, señalaban a una productividad enorme.

El problema residió en que los indígenas no colaboraron con los expedicionarios y huyeron a las montañas en cuanto tuvieron la oportunidad. Desde estas islas veían viajar los juncos chinos, pero no pudieron abrir un comercio estable y rentable hasta la fundación de Manila en 1571. Esta demora en el establecimiento de relaciones comerciales responde a la cerrazón que tenía el Imperio Ming desde el fallecimiento del emperador Xuande (1435), momento en el que se finalizaron las expediciones marítimas iniciadas por Zheng He y por las cuales se restringía el comercio a japoneses y portugueses a determinados puertos y enclaves. Japón no tardaría demasiado en tomar esa misma postura.

Especialmente a partir de 1573, el comercio con China creció de manera exponencial, y los primeros veinte años de relaciones se caracterizaron por la libertad de comercio que hubo para los comerciantes españoles. Varias flotas partían de los puertos españoles y cruzaban el estrecho de Magallanes y llegaban a Filipinas.

No obstante, esta ruta quedaría restringida pronto debido a lo larga y dura que era la travesía de España a las islas. Cinco años después de la fundación de Manila ya había intentos de regular este comercio con los reinos orientales, y las disposiciones se sucederían una tras otra intentando regular el tráfico.

LOS PRIMEROS CONTACTOS CON JAPÓN

Pero ¿cuándo empezó a haber relaciones entre alguna potencia europea y Japón? Según los datos de Javier Yuste, es entre 1543 y 1545 cuando se registran los primeros contactos entre exploradores portugueses y comerciantes japoneses, pero no fue hasta poco después, en 1549, cuando el jesuita san Francisco Javier arribó en el puerto de Kagoshima. No tardaría mucho en hacerse con el favor de Shimazu Takahisa, daimio relevante para el comercio interior (puesto que sería uno de los pocos que mantendría contactos con reinos extranjeros como el de Kyūshū), para que evangelizase en sus dominios. Lejos de haber sido inducido un fervor religioso sin precedentes en el reino por parte del religioso, lo cierto es que Takahisa buscaba, antes que nada, establecer relaciones comerciales con, no lo olvidemos, aquellos que vendieron las famosas armas de fuego que desequilibraron la balanza de la guerra a favor de Oda Nobunaga. No es baladí el detalle, ya que esa fascinación por los avances europeos será, en contrapartida, miedo o recelo a la hora de negociar con ellos.

Shimazu Takahisa fue el primer *daimyō* en aceptar el cristianismo en sus dominios

Toyotomi Hideyoshi fue, en primera instancia, tolerante con los nuevos inquilinos del territorio que controlaba. Al fin y al cabo, los misioneros eran vistos como unas personas con vestiduras extravagantes que inculcaban preceptos que, *grosso modo*, ya conocían del budismo, como lo delictivo de la muerte o el robo, o la importancia del respeto a la autoridad. Sin embargo, había enormes divergencias que, como veremos más adelante, podían haberse salvado. El gran error fue el de cristianizar buscando la europeización de la población autóctona, en vez de adoptar el modelo de las sectas budistas, el cual era el de adaptar la religión a la situación y al contexto de cada lugar. Algo similar intentó Matteo Ricci al abandonar la ropa eclesiástica y vestir a la moda china. Además, entendió el potencial

que el cristianismo podía tener en Asia y acuñó términos que hoy en día siguen usando los chinos cristianos, como *tian* ('cielo', en el sentido con el que lo entienden los cristianos). Dicho de otro modo: si se hubiese suavizado el discurso de la importancia de Dios sobre todas las cosas, incluido el emperador, quizás se hubiese podido evitar todo lo que vino en los años venideros.

La cuestión es que, al contrario de lo que pudiese parecer en un principio, el rechazo no fue generalizado, y por lo general, los misioneros pudieron ir y venir por el territorio japonés con relativa facilidad. Recordemos que estos misioneros no eran únicamente portugueses: hubo una buena cantidad de españoles y de italianos entre los que llegaron al archipiélago, y no habría solo jesuitas entre ellos, sino que llegarían, en menor medida, franciscanos.

En cuanto al comercio entre Castilla y Japón, podríamos hacer unas cuantas puntualizaciones. La primera de ellas es que, al contrario que en el caso de China, Japón no era deficitaria de plata. China sufriría a la larga una devaluación enorme de la plata, debido a la enorme cantidad de metal que entró a través de la ruta del galeón, procedente de las minas andinas (en las mexicanas había, principalmente, oro), ya que en el país del centro (pues así se autodenominan) las minas de plata brillan por su ausencia. La situación es contraria en Japón, cuya plata no llega al nivel de pureza de la americana, pero es realmente abundante. Entre todas destaca la mina de Iwami Ginzan, en la actual prefectura de Shimane, que, curiosamente, se empieza a explotar a comienzos del siglo XVI. Por tanto, si Japón no necesitaba metal como en el caso de China, los europeos tuvieron que pensar en alguna forma de comercio que pudiese interesarles.

Y si China fue intermediaria entre Portugal y Castilla para el comercio de especias, Manila sería en estos primeros años de comercio intermediaria entre China y Japón. Manila vendía la seda china más barata que la colonia portuguesa de Macao, lo que en Japón era una muy buena noticia, pero que, como apunta Antonio Cabezas, para las coronas de Castilla y Portugal fue nefasto: no había tanta demanda para que hubiese competencia en los precios, y esta pugna produjo pérdidas para los dos reinos. Pero los reyes castellanos se consideraban pagados sabiendo que se estaba evangelizando en el otro lado del mundo. En este sentido,

los portugueses fueron más pragmáticos, y redoblaron sus esfuerzos en el comercio de especias y de productos suntuarios de toda índole.

Otra de las puntualizaciones vendría de la mano del eterno problema de las demarcaciones de influencia: Japón entraba dentro de la hipotética zona portuguesa casi en su totalidad, y si los castellanos pudieron comerciar con Japón fue porque el *shōgun* Tokugawa Ieyasu (cuyo establecimiento en el poder veremos en el siguiente capítulo) así lo quiso. En cualquier caso, para cuando se expulsó a los religiosos y a los comerciantes, las coronas de Portugal y Castilla llevaban unidas veinte años, situación que a Castilla le vino muy bien para incentivar su comercio, aunque los portugueses destinados intentasen dejar bien marcada la diferencia entre ambas coronas. Recordemos que la monarquía hispánica estaba descentralizada. No había un centro de poder para todo el vasto territorio que abrigaba, y eran los virreyes los que gobernaban en representación del rey. En cualquier caso, para cuando Portugal volviese a adquirir su autonomía, ya sería tarde: solo los holandeses obtuvieron permiso para comerciar, y de forma muy restringida. Además, a partir del siglo XVII China comenzaría a comerciar directamente con Japón, lo que terminó por destruir las ilusiones de una colonia portuguesa en Japón al estilo de Macao.

Pero que los españoles tuviesen prohibido ir a Japón de acuerdo al Tratado de Zaragoza no implica que los comerciantes japoneses no pudiesen ir a Manila a vender sus productos y a comprarlos. A Japón no le interesaba que una sola entidad política tuviese el monopolio de sus productos, y hasta su aislamiento, jugó de manera hábil a varias bandas.

LOS PROBLEMAS A LOS QUE SE ENFRENTÓ LA EVANGELIZACIÓN

Aunque se han dado breves pinceladas sobre los primeros evangelizadores en la zona del Asia oriental, debemos contextualizar la situación en la que se encontraba el catolicismo para entender su animosidad a la hora de lanzarse a la mar. Los siglos XV y XVI fueron traumáticos para la fe cristiana, debido a su incapacidad de adaptarse a los tiempos que le tocaba vivir a sus fieles.

Todo empezó a torcerse a raíz de la desaparición del Imperio bizantino en el año 1453. Si bien para el comercio, y en especial para Venecia, fue desolador que los otomanos conquistasen Constantinopla y destruyesen cualquier opción de continuar la Ruta de la Seda, el papado perdía a un aliado. En realidad, más que un problema geopolítico, fue un problema de mentalidad: el islam tenía bajo su haber Tierra Santa y los adeptos cristianos en el Imperio otomano, que se extendía desde la península arábiga hasta Turquía, y que no tardaría en dar el salto a los Balcanes, se veían obligados a profesar dicha fe o a pagar una tasa a cambio de poder mantener la suya.

La situación para el papado no fue mejor cuando, en la propia Europa, hombres como Martín Lutero, Calvino o Enrique VIII de Inglaterra forman sus propias corrientes de cristianismo que se alejaban en mayor o menor medida de los dogmas que en el siglo XVI se predicaban. Y lo hacía, no lo olvidemos, mientras el nepotismo corroía cada vez en mayor medida el papado, con hombres como Alejandro VI Borgia o Julio II della Rovere que utilizaban los ejércitos papales para su propio beneficio. En un contexto en el que la imprenta supuso una auténtica revolución en lo que a propagación de ideas se refiere, y en el que la máxima era renovarse o morir, todo parecía indicar que la opción católica fue la de morir luchando, con una corona francesa atestada de nuevas corrientes protestantes, con un Sacro Imperio que abrazó dichas corrientes y con Castilla, Portugal y Aragón intentando ser más papistas que el propio pontífice. La situación en Europa se volvió realmente insostenible. Pero, por suerte para el catolicismo, antes se descubrió América, las metrópolis católicas se asentaron en territorios enormes en un corto período de tiempo y la evangelización se convirtió para el catolicismo en una prioridad absoluta. Y a continuación, se descubrió el océano Pacífico, los portugueses

llegaron a las Molucas y los castellanos se asentaron en Filipinas. La evangelización dejó, por tanto, de ser una tarea de los reyes para convertirse en una obligación.

Como comentábamos con anterioridad, el catolicismo fue aceptado sin demasiadas reticencias. Shimazu Takahisa sería uno de los primeros daimios en aceptar la presencia de evangelizadores. Ōmura Sumitada sería el primer daimio bautizado cristiano, y no hubo pocos habitantes que abrazaron la fe cristiana en respuesta a algunos monjes budistas que pudieron abusar de su autoridad. Se calcula la conversión de trescientos mil japoneses para finales de siglo. Esto no se queda solo en números ni en una relación unilateral: en 1582, el misionero jesuita Alessandro Valignano organizó un viaje a las principales coronas cristianas y al papado para que se viesen los frutos de la predicación en Japón, la conocida como embajada Tenshō, que culminó con los cuatro primeros japoneses formados para sacerdotes.

Pero como ya comentaba, mientras que el confucianismo, el sintoísmo y el budismo respetaban, e incluso ensalzaban a la autoridad y a la figura del emperador, los evangelizadores desafiaban dichos preceptos. Irónicamente, desafiaban lo que en Europa no era en absoluto desconocido, ya que los monarcas españoles y franceses se vanagloriaban de haber heredado su trono del mismísimo Dios. Hideyoshi fue quien tomó cartas en el asunto, decretando la expulsión de los misioneros jesuitas en junio de 1587, así como la destrucción de sus iglesias. El detalle de que solo se expulsase a los jesuitas no es baladí: en 1585 el papa había promulgado una bula en la que solo permitía predicar en Japón a los jesuitas (esto se debía a que la orden jesuita estaba patrocinada por Portugal y la dominica o franciscana por Castilla, y Portugal buscaba forzar de esta manera el monopolio con Japón). No podemos afirmar que la relación sea de causa-consecuencia, pero sí que es cierto que los jesuitas predicaban un cristianismo realmente ortodoxo, en una clara falta de visión. Si se hubiese intentado adaptar el credo como lo hicieron otras religiones, quién sabe qué hubiese podido pasar, pero posiblemente, el final hubiese sido diferente.

La situación es compleja y contradictoria en este punto. Si en junio de 1587 se

exigía la expulsión de la orden jesuita, un mes antes Hideyoshi le escribía al jesuita portugués Gaspar Coelho una carta en la que le daba permiso para construir una iglesia en sus dominios y prohibía a los soldados japoneses entrar en el nuevo suelo santo. ¿Qué ocurrió en ese mes para que la situación cambiase de forma tan radical? El historiador Osami Takizawa observa que, para terminar de pacificar el suelo japonés y para poner fin a su plan de unificación, Hideyoshi necesitaba los barcos portugueses. Sin embargo, lo cierto es que la unificación no se terminó hasta el año 1590. Quizás, como el propio Takizawa indica, Hideyoshi estuviese planeando ya la invasión de Corea y China y necesitase debilitar los contactos entre los señores cristianos y los misioneros para que se destinasen más fondos a la campaña. Lo cierto es que en la carta que se envió a Coelho había un tercer punto: no ejercer la violencia a la hora de evangelizar. Esto, unido a la destrucción de templos tanto budistas como sintoístas que algunos conversos cristianos llevaron a cabo, pudieran ser razones sumadas a la anterior para que Hideyoshi se decidiese a actuar.

Volvemos a incidir en la falta de adaptación del credo al contexto, tan necesaria: si en América hubo tribus y reinos que mostraron su reticencia a convertirse al cristianismo o a plegarse a una autoridad lejana, siendo civilizaciones menos desarrolladas que las asiáticas, no podía esperarse que un pueblo belicoso y sabedor de su descendencia de los dioses mostrase menos resistencia. Cierto es que en Japón no se cometieron las masacres que tanto unos como otros cometieron en América, pero las malinterpretaciones condenaron una relación (Castilla-Japón) que pudo haber prosperado. Los malentendidos fueron una constante: los japoneses no entendían por qué los cristianos comían carne de caballo o de vaca si estos animales eran tan útiles en el campo o en la batalla, y los religiosos o no supieron o no quisieron explicarlo. Incluso se conoce de casos en los que religiosos cristianos compraron personas a piratas para venderlos como esclavos para Nueva España.

Cuando se promulga el decreto de expulsión, Coelho y otros predicadores deciden seguir ejerciendo sus actividades, mientras que muchos conversos decidieron esconder su fe. Incluso se pensó en usar las armas para recuperar las tierras que

Hideyoshi había confiscado. Hideyoshi, quien no tenía pensado renunciar al comercio con Portugal, permitió que diez religiosos se mantuviesen en el país. Como es de esperar, el decreto no tuvo el efecto deseado, y una vez se hizo la excepción, era cuestión de tiempo que los evangelizadores se multiplicasen, llegando a los ciento treinta. Recalcamos la cantidad de trescientos mil conversos para finales del siglo XVI, cuando comenzaron a llegar otras órdenes como los dominicos y los franciscanos, a pesar de que el papa Gregorio XIII lo había prohibido en la bula *Ex pastorali Officio*. Ya se había intentado prohibir, sin demasiado éxito, la predicación del cristianismo. En los años venideros, no se sería tan laxo.

HIDEYOSHI EXIGE PLEITESÍA A FILIPINAS

En estos años, la situación en el comercio no fue del todo provechosa para Castilla, que veía cómo de China y de la propia Filipinas podía sacar más provecho que de Japón, cuyo comercio estaba destinado principalmente a Portugal. Cuando Hideyoshi supo de la existencia de Filipinas, exigió pleitesía al gobernador de las islas, que a su vez, le rendía cuentas al virrey de Nueva España, quien, del mismo modo, debía informar al rey de España. Hubo intercambio de cartas entre Hideyoshi y el gobernador de Filipinas, representado primero por Juan Cobo, y por el franciscano Pedro Baptista después. Si bien este último consiguió cerrar un acuerdo para la corona de Castilla, se vio obligado a quedarse de rehén hasta que Filipinas aceptase su sumisión a Japón. El franciscano aprovechó la situación para comenzar su evangelización, lo que Toyotomi Hideyoshi vio con beneplácito, para contrarrestar la predicación jesuita. Sin embargo, todo estaba a punto de cambiar.

Este óleo de la escuela de Cuzco representa la crucifixión de los mártires de Nagasaki, hecho por la escuela de Cuzco

EL GALEÓN *SAN FELIPE* Y LOS MÁRTIRES DE NAGASAKI

De Filipinas partía, como cada año, un galeón en el que se transportaban todas las riquezas que, mediante el comercio en Manila, partían hacia Nueva España primero, y hacia Europa después mediante otra ruta. En 1596, el galeón *San Felipe* no llegó a su destino. En agosto de ese año, el barco buscó refugio de una tormenta realmente brusca en la provincia de Tosa. Tras el envío de una delegación a Hideyoshi para pedir fondeo, Masuda Nagamori, funcionario de alta confianza del gobernante, evaluó la situación del navío. El capitán, Matías de Landecho, a la pregunta de cómo un imperio podía poseer en su haber la mitad del planeta, debió de comentar que lo habitual era enviar a los misioneros a predicar, llevar habitantes autóctonos conversos para demostrar la eficacia de la evangelización, y finalmente, se enviaban tropas al lugar. Hideyoshi, al saber esto tras un informe de Nagamori, mandó matar a los religiosos y predicadores que hubiese en el navío, la detención de los sacerdotes que hubiese en Kioto y Osaka, y se llevaron a Nagasaki para su ejecución.

El 5 de febrero de 1597 se crucificó a los veintiséis cristianos que fueron apresados. Entre ellos había cuatro franciscanos, tres jesuitas y diecinueve japoneses conversos. A continuación se decretó la expulsión de todos los misioneros a China. Esto implicaba la expulsión de franciscanos, de dominicos y de los pocos jesuitas que quedaban. Pero la situación volvió a virar tras la muerte de Hideyoshi al año siguiente, en plena guerra en el exterior.

El primer *shōgun* del clan Tokugawa adoptó, paradójicamente, una actitud a caballo entre la de Hideyoshi y la de Nobunaga. Si este último aceptó los acuerdos con los portugueses de buen grado y se aprovechó de sus recursos para desequilibrar la balanza de la situación a su favor. Hideyoshi se mostró en sus últimos años desconfiado y con enorme recelo hacia los extranjeros. Tokugawa Ieyasu, en cambio, permitió que los europeos siguiesen predicando y comerciando de forma abierta. Eso sí, hasta que pacificó el territorio, dado que no quería ningún tipo de injerencia externa tras la pacificación del Imperio. Pero mientras, dejó hacer. Dejó que los jesuitas se asentasen en Kioto o Edo, y se reactivó el comercio con los castellanos.

Es en esta época cuando llega un marino inglés, William Adams, y junto con su tripulación se asienta en Japón, aunque no sin dificultades. Este marino, que trabajaba para la república holandesa, recibió órdenes del mismo Tokugawa y construyó navíos japoneses a la manera europea, lo que le hizo realmente popular en todo el reino y le valió ser nombrado consejero diplomático. Y, además, le hizo especialmente querido el no profesar el catolicismo. Los gobernantes japoneses no entendían las diferencias de fondo entre el protestantismo y el catolicismo, pero eran más afines al discurso relajado de los protestantes que al férreo culto católico. Comenzaba el siglo XVII, y la presencia europea dominada por portugueses y, en menor medida castellanos, iba a ser sustituida por holandeses principalmente, y por ingleses más adelante. En 1609 Ieyasu dio a los holandeses una licencia de comercio en Japón desde Hirado, y en 1613 serían los ingleses quienes la conseguirían. Lo que atrajo de estos dos países al *shōgun* era que estos no intentaban evangelizar, sino solamente comerciar.

De hecho, es en estos años cuando los holandeses comienzan a atacar bases portuguesas para hacerse con ellas, caso de Goa o Malaca, con ataques incluidos a Macao. El *shōgun*, alarmado por cómo se trataban los europeos entre ellos, decretó que ningún japonés luchase en filas europeas, si bien hubo quien luchó en el bando portugués. Además, en 1614 decretó la expulsión de los predicadores y su culto. Ieyasu no quería saber nada de guerras que no eran suyas, y su política era la de la neutralidad, mientras enviaba embajadas al exterior, como la embajada

Keichō en 1613, con destino al Vaticano pero que visitó la corte española y que aún se recuerda en Coria del Río, Sevilla, donde se asentaron algunos componentes de la embajada y vivieron, por lo que en la actualidad vecinos de la población lleven el apellido Japón. Dicha embajada fue organizada por Date Masamune, noble japonés que buscaba una relación comercial con Castilla y Nueva España que pasase por su feudo. La embajada, de la cual se celebró recientemente su cuarto centenario, y que supuso un fracaso para las dos partes, no fue precisamente el objetivo de un intercambio de culturas, como se nos ha vendido: el caso de Coria del Río fue anecdótico, ya que la corte castellana no quiso recibir a la embajada y esta no obtuvo ninguna de las reclamas que aludía. Lo único que se obtuvo fue la oferta de más misioneros, pero el cristianismo estaba proscrito.

La presencia japonesa en Coria del Río se hizo especialmente notable, como recuerda esta estatua de Hasekura Tsunenaga

En 1624 se expulsó definitivamente a los españoles de suelo japonés, y se toleraba tan solo a los portugueses en Nagasaki, en una isla artificial construida para este uso llamada Dejima; y a los holandeses en Firando. Y ni en esta situación cesaron los enfrentamientos entre católicos y protestantes, que estuvieron enmarcadas en las revueltas de Shimabara o de Amakusa de los años 1637 y 1638. No se puede afirmar que los sacerdotes tuviesen algo que ver en esta rebelión de los

campesinos contra los gobernadores locales, pero lo cierto es que allí el cristianismo arraigó con fuerza, y esta razón se pudo usar como chivo expiatorio. En esta situación, el tercer *shōgun* de los Tokugawa, Iemitsu, decretó en 1641 ya no la expulsión de los europeos, sino la prohibición de su entrada bajo pena de muerte. Se decretaría el aislamiento del Imperio al exterior, manteniendo únicamente la base de Dejima, bajo control de los holandeses. Pero el trato al que fueron sometidos los comerciantes distaba mucho de ser cordial: no podían practicar su religión puesto que, pese a no ser católicos, seguían rezando al mismo dios. Tampoco podían abandonar el enclave construido para ellos, y estaban sometidos a una vigilancia férrea, con lo que buscaban evitar una nueva propagación del cristianismo. Este aislamiento japonés duraría hasta el final del período Edo, con la modernización del país y con la intención de evitar los tratados desiguales que los europeos estaban perpetrando en una China Qing debilitada y de la que se sacó mucho provecho.

Si realmente existieron planes de conquista del suelo japonés por parte de Castilla, no pudieron ir peor. El contacto no pudo ser en un momento menos idóneo, con un Japón recién salido de un siglo de guerra civil y con tres de las figuras más importantes del momento: Nobunaga, Hideyoshi y Ieyasu. Pero en el lado cristiano tampoco se intentó comprender la situación, cegados más por la conversión que por las posibilidades que ofrecía el reino. Japón se las apañaría en su aislamiento, viviendo uno de los más largos períodos de paz de su historia, doscientos cincuenta años, y quizás ahí los europeos hubiesen podido ofrecerse como comerciantes. Pero con un imperio tan desgastado moralmente, la presencia de extranjeros debió de suponer un *shock* en el que desconfiar fue la actitud habitual. Eso no justifica las ejecuciones que llevaron a cabo, ni las persecuciones que se cometieron contra cristianos, pero lo explica.

Se prohibió la práctica del cristianismo, y todos aquellos conversos tuvieron que vivir ocultando sus creencias, aunque muchos de ellos emigraron a Manila y formaron junto con varios chinos cristianos una comunidad extramuros conocida como sangleyes. Incluso los holandeses asentados en las zonas permitidas sufrieron vejaciones porque, aunque protestantes, continuaban siendo cristianos.

Portugal intentó en 1640 enviar una embajada anunciando su separación de la corona española, pero ya era tarde: los holandeses dieron menos problemas y tenían el monopolio del comercio con Japón, si bien no era especialmente boyante.

TRAS LA MARCHA DE LAS POTENCIAS IBÉRICAS

Una vez los castellanos y los portugueses se vieron imposibilitados con respecto a entablar una relación comercial con Japón, William Adams se erigió como la persona europea más importante de Japón, lo cual le valía el cargo de consejero, más de lo que había conseguido cualquier persona de procedencia europea anteriormente. Desde su posición, decidió comunicar al reino de Inglaterra mediante carta las bondades del pueblo japonés y la posibilidad de realizar acuerdos con ellos, vendidos como beneficiosos para ambas partes.

Busto de William Adams en Tokio

Pero como se puede imaginar, los ingleses no esperaron a mitad de siglo para lanzarse al océano en busca de los beneficios que pudieran traer las colonias de ultramar. En 1600 se fundó la British East India Company, que buscaba romper el monopolio que Holanda mantenía sobre el comercio de las especias y otros productos de carácter suntuario como la seda. La Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales se formaría dos años después, aunque su presencia en estas aguas sabemos que comenzó a lo largo del siglo XVI. En cualquier caso, sabemos que los ingleses consiguieron instalar factorías en Firando, con la ayuda de William Adams y con el beneplácito de los dirigentes Tokugawa. Pero, como hemos visto, la situación no se prolongaría en el tiempo, pues en la década siguiente sería cuando se promulgase la expulsión de los clérigos católicos. Los ingleses creyeron que con su religión, el anglicanismo, no debería haber problemas, pero lo cierto es que, al igual que los holandeses, los nuevos exploradores no tenían la intención de evangelizar. Sin embargo, la Compañía supo, en esos momentos, jugar muy bien sus cartas e instalarse en puntos estratégicos como Taiwán o Java. Inglaterra no contaba con estas bases que pudieran servir de refresco en las largas travesías o para, en cada puerto, comerciar con los productos que albergaban. Tampoco ayudó que, como en el caso portugués o castellano, el comercio con los japoneses fuese exiguo y provisto de poco margen de beneficios: los japoneses no necesitaban nada de lo que los europeos pudiesen ofrecer, ni siquiera plata. Sea como fuere, lo cierto es que los ingleses abandonaron sus factorías en 1636, y no sería hasta 1673 cuando volviesen a intentar entablar una relación fluida de comercio, manteniendo el éxito nulo de la anterior ocasión, por lo que esta potencia europea se centraría en otros puntos de Asia, cuyo comercio destacaba en la India.

Habría intentos franceses de instalarse en el archipiélago, pero serían muy tímidos y carentes de éxito alguno. Resultado similar obtendría Rusia, en plena expansión por las estepas orientales y que tarde o temprano llevaría a su contacto con Japón. La relación no fue en absoluto cordial, pues los protocolos de diplomacia eran tangencialmente diferentes en las cortes zarista y shōgunal, por lo que habría que esperar a la entrada en el tablero de un nuevo participante para que el aislamiento se rompiese, y no sería hasta mediados del siglo XIX: Estados Unidos

conseguiría realizar los primeros acuerdos, en uno de sus primeros intentos de expandir su influencia fuera de sus fronteras. Pero para eso aún nos queda camino por recorrer, y por ello será mejor que nos centremos en el clan responsable de este aislacionismo: la familia Tokugawa.

Entran en escena los Tokugawa: el período Edo

Cuando en 1598 falleció Toyotomi Hideyoshi, se desató una lucha de poder entre los líderes *daimyōs* que amenazaba con llevarse por delante todos los esfuerzos por la unión del archipiélago. Como vimos en el capítulo 9, Ieyasu, que se había asentado en Edo de forma satisfactoria, y, conservando una buena parte de la región de Kantō, conseguiría imponer su voluntad tras una serie de batallas (fue clave la de Sekigahara el día 21 de octubre de 1600) en las que no siempre saldría victorioso, pero de las cuales vencería en las necesarias para acabar con las aspiraciones de los *daimyōs* afines al hijo de Hideyoshi, Toyotomi Hideyori. Diez días después se produjo el asedio al castillo de Osaka, donde fue masacrado el clan Toyotomi y vilipendiados todos los señores y *bushis* afines al mismo. De esta manera, Tokugawa Ieyasu pudo tener vía libre para comenzar a crear sus aparatos de gobierno. A la postre, sería el último conflicto armado en el que los guerreros formarían parte hasta dos siglos después.

Se debe incidir, por tanto, en que la figura de Ieyasu no debe ser estudiada únicamente por haber logrado unificar todo Japón tras décadas de conflictos, sino que, como veremos en este capítulo, fue capaz de crear los mecanismos necesarios para asegurar que la paz fuese duradera. Habría que esperar hasta el año 1867 para volver a presenciar un fin de ciclo en la historia nipona. Pero ya llegaremos a eso.

El período del que hablaremos a continuación es de aproximadamente dos siglos y medio. Es una etapa realmente importante en la historia de Japón que sirve de límite en la historia feudal del archipiélago propiamente dicha y la etapa contemporánea que vendría a partir de la Restauración Meiji. Esta etapa premoderna, conocida también como *kinsei* ('época cercana', término acuñado por el historiador Naitō Konan), es una de las más llamativas y atractivas para el lector ocasional, así como para los historiadores y especialistas en cultura japonesa. Es la etapa que más ha sido representada en televisión, películas o mangas, junto con el período de unificación japonés que culminó, precisamente, con los primeros *shōgunes* del linaje Tokugawa. Por ello, nos detendremos con mayor detenimiento que en capítulos anteriores, para estudiar mejor las claves que llevaron al auge y caída

de esta familia.

La personalidad de Ieyasu es realmente llamativa debido a sus características. Se trataba de un hombre descendiente de una de las ramificaciones del clan Minamoto, y su personalidad ambiciosa y despiadada le llevó a escalar rápidamente dentro del ejército de Nobunaga, costase lo que costase. Un ejemplo claro fue el momento en el que el propio Oda Nobunaga le exigió ejecutar a su esposa y obligar a su hijo a cometer *seppuku*, órdenes que acató sin pestañear. Fue en su lugar de asentamiento, en Edo, donde decidió establecer la sede de su Gobierno tras ser nombrado *shōgun* en 1603 por el emperador Go-Yōzei, a pesar de ser un término considerado en desuso. No obstante, la corte imperial siguió manteniéndose en Kioto, como ya hiciesen con los Gobiernos militares anteriores, más allá de que el emperador careciese de poder político y conservase solo el de jefe del culto sintoísta imperial. Y aunque Ieyasu ejerciese su poder de forma completa, cabe destacar que solo se mantuvo dos años en la nueva capital, Edo (motivo por el que el período se llama así), pues se retiró a Nikkō en 1605, donde tendría un control directo del gobierno de su hijo, Hidetada, hasta su fallecimiento en 1616. Esta fórmula la continuaría Hidetada con su hijo Iemitsu, cuando le entregó el título en 1623.

Tokugawa Ieyasu ha sido un personaje histórico prolíficamente estudiado. En la imagen, una efigie suya en el castillo de Okazaki.

Cabe destacar que la fórmula del *shōgun* retirado no era algo nuevo. Sí lo fue en cuanto al título al que afectaba, pero no al propósito de sus acciones. Echando la vista atrás, vemos que en el período Heian la fórmula del emperador retirado fue muy habitual, y que esta situación se repetiría en el futuro. Así pues, Ieyasu no estaba descubriendo una forma novedosa de ejercer el control, sino que simplemente estaba adaptando algo que en su momento había sido efectivo y que se había mantenido en el tiempo. Gobernando él en la sombra conseguía que su hijo alargase su aprendizaje para no cometer errores y, así, prolongaba su linaje el máximo tiempo posible. Que Hidetada hiciese lo mismo refuerza el argumento. A la larga, se contarían quince *shōgunes* hasta 1867, aunque no siempre fuesen de la

rama principal de la familia.

La herencia Tokugawa es realmente notable en la historia de Japón. Sin duda, condicionaron el pensamiento del momento, así como su conducta social, las formas de gobierno y de administración, e incluso llevaron a cabo severas actuaciones económicas. Lo que parece claro es que los *shōgunes* aprendieron, o por lo menos, tomaron nota de los complicados tiempos que venía viviendo el pueblo japonés, y fueron conscientes de que lo que realmente necesitaba la sociedad era estabilidad. Y cabe decir que garantizaron esa calma que la sociedad pedía.

El nuevo tipo de gobierno que desarrollaron se denominó *bakuhan*, en el que se recuperó la idea del poder bifurcado en dos cabezas visibles. Por un lado, el emperador asumiría en la Corte de Kioto el poder teórico y espiritual, mientras que *de facto* gobernarían los *shōgunes*, curiosamente en una forma de gobierno denominado militar (*bakufu*), a pesar de que esta fue una de las épocas de más paz en la historia de Japón. Las funciones políticas del Gobierno serían delegadas a un consejo de ancianos llamado *rōjū*, con atribuciones habitualmente administrativas, como la recolección de impuestos o la elección de cargos administrativos; diplomáticas, caso de las relaciones con el exterior, en el caso de envío de embajadas al exterior o de recepción de extranjeros; o de supervisión del emperador. En cambio, otro órgano compuesto por un consejo de jóvenes se encargaba de las tareas militares y en lo relativo a los vasallos del *shōgun*. Los principales cargos de este *bakufu* eran el de gobernador general de Kioto, dado que allí se encontraba tanto la Corte como el emperador; y el intendente del castillo de Osaka, hecho levantar por Hideyoshi en 1583 y convertido por Tokugawa Hidetada en un punto importante de la defensa del territorio, debido a su localización.

El término *bakuhan* requiere de un poco más de atención para desgranarlo. Mantiene la idea del *bakufu* que habíamos visto en capítulos anteriores, en la que un guerrero bien avenido obtenía el cargo de jefe militar y perpetuaba su linaje en el puesto conforme pasaban las décadas. Además, el ámbito castrense no era el único al que terminaba atendiendo, ya que en él se delegaba prácticamente cualquier asunto de gobierno. Pero además, *bakuhan* hace referencia a la palabra *han*, que era como se denominaba a los *daimyō*. Es decir, que esta forma de gobierno, si bien era controlada por un *shōgun* al que los demás se plegaban, no dejaba de ser una coalición de señores que, forzada o voluntariamente, aceptaban a los Tokugawa como sus dirigentes, sin renunciar por ello a sus feudos ni a su poder sobre ellos.

En materia territorial, asunto realmente complejo y espinoso que desde los primeros emperadores había traído problemas, Ieyasu adoptó medidas que garantizaron una relativa calma, a pesar de la antipatía de determinados *daimyōs*.

Mientras conservaba sus dominios en la llanura de Kantō, procedió a una exhaustiva reordenación territorial que tuvo como consecuencia la confiscación de siete millones de *koku*, que pasaron a ser de control directo del clan Tokugawa. Esta medida hacía que el *shōgun* tuviese a su disposición un cuarto de la tierra cultivable, así como centros económicos como Edo, Osaka o Nagasaki. Además, llevó a cabo un proceso de vasallización que, como veremos más adelante, no significó una relación directa de sometimiento, aunque sirviese para consolidar su poder.

Por ejemplo, asignó a los *daimyōs* afines a él extensiones de terreno a modo de feudos, aunque la familia Tokugawa mantuvo la herencia de las posesiones de mayor tamaño. Muchas de las que ofreció a señores de su ejército y a vasallos eran propiedad directa del clan. El área directamente controlada por el *bakufu* se situaba en Kantō principalmente, junto a otras zonas estratégicas. De los treinta millones de *kokus* contados, solo siete eran propiedad de los Tokugawa y de sus aliados, y el resto estaba repartido entre los *daimyōs*. Lo habitual era que cada uno tuviese unos cien mil, aunque hubo casos que tuvieron mucho menos, en torno a los diez mil; mientras que hubo otros al alza, rozando los trescientos mil *kokus*. La Corte imperial contaba con veinte mil aproximadamente.

Debido a las enormes diferencias que existían entre los *daimyōs*, suele aceptarse la reducción estándar de los mismos a tres grupos, por simplificar el complejo panorama que se presentaba en el archipiélago en este momento con el que los Tokugawa tuvieron que lidiar. En primer lugar podríamos hablar de aquellos que eran familia de los *shōgunes*, en los que se incluyen las tres ramas fundadas por los hijos menores de Ieyasu. Estos eran denominados como *shinpan*, y no pasaban de la veintena de feudos. A continuación tendríamos a aquellos que estaban vinculados por linaje a los Tokugawa, y que habían recibido el título de parte del clan. Eran los más numerosos, y el nombre común para hablar de ellos es el de los *fudai*. En el siglo XVIII llegaron a ser alrededor de ciento cincuenta, lo que nos habla de la parcialización territorial que aún en esa época persistía. Finalmente, encontraríamos a los *daimyōs* periféricos, aquellos que habían pasado a depender de los *shōgunes* tras la victoria de Ieyasu sobre los afines al clan Toyotomi o en Sekigahara. No llegaban al centenar, pero juntos superaban la cantidad de *koku* que

controlaban los *fudai*. En estos últimos se incluirían los *tozama*, esenciales para entender el declive del *bakufu*. Recibieron zonas inhóspitas y lejanas como castigo, o bien zonas situadas entre las posesiones de otros *daimyōs* afines a los *shōgunes*, por lo que aquellos que perdieron se encontraban vigilados en todo momento. Y, por si fuera poco, se les vetó en cualquier cargo de responsabilidad gubernamental.

Hablamos de relaciones de vasallaje tejidas desde el período Sengoku, y que respetaba tanto la autonomía de los señores locales como el poder del Gobierno. El clan Tokugawa era consciente de que no podía borrar de un plumazo siglos de autonomía de los *daimyōs*, que a cambio de mantenerlos de su lado, podían proporcionar a la larga beneficios superiores que enfrentándose a ellos uno a uno, situación que en absoluto podía asegurarse como victoria para el clan Tokugawa. Si consiguió medrar sobre los demás fue por el sistema de alianzas y de favores que supo labrar para poder hacer preservar sus intereses, y para mantener su poder, cambiar de política no era una opción. Esas alianzas estaban sustentadas por, como no podía ser de otra manera, la vía matrimonial. Ieyasu se garantizó de esta manera el favor de muchos señores al casar a sus hijos con familiares de estos *daimyōs*, e Hidetada lo llevaría más lejos al entrar en algo tan sagrado como la Corte. Aunque el clan estuviese emparentado lejanamente con la familia imperial (requisito sin el cual no podían gobernar), lo cierto era que sus componentes no eran considerados nobles, y se les veía como poco menos que vasallos del emperador. Al casar a una de las hijas de Hidetada con el emperador, se ponía fin a toda discusión sobre la legitimidad de su poder.

Para que un Gobierno como el de los Tokugawa perdurase hasta el siglo XIX en el tiempo, manteniendo incólume un sistema político, hay que atender a diferentes factores que condicionaron el período. En primer lugar, debemos comentar que, aunque los *daimyōs* tuviesen ciertas atribuciones que les hacían gobernar de forma autónoma, el *shōgun* y sus consejeros sabían bien qué ocurría en el reino. Esto hacía que, por un lado, el Gobierno central tuviese controlado a los poderes locales; y por otro lado, que los habitantes de aquellas zonas pudiesen perder el posible sentimiento identitario que hubiese con respecto al lugar donde se encontraban. De la misma forma en la que los Austrias entendían que la monarquía hispánica era un conjunto de reinos imposibles de unificar, los *shōgunes* comprendían que, tras siglos divididos, en lucha constante y con laxos Gobiernos centrales, iba a ser muy complicado centralizar y uniformizar a toda la población. Tampoco lo pretendieron, pues había unos señores locales a los que respetar, y los cuales rendían las cuentas pertinentes.

Era común que los asuntos administrativos se delegasen en consejeros, en especial en un consejero general. Para ello fue necesario un control férreo de la población para evitar economías sumergidas. Por esta razón, se colocaron puntos de control en lugares estratégicos, de forma que el movimiento de personas fuese localizado, controlado e inspeccionado. Por otro lado, el *bakufu* no podía exigir impuestos a los *daimyōs*, de manera que su modo de recoger ingresos es mediante la renta de sus tierras, porque se quedaban aproximadamente un 40 % de la cosecha, y se tenía la posibilidad de gravar con impuestos especiales para obras públicas a sus campesinos. Los *daimyōs*, a cambio de esa exención al fisco, se les requería que llevasen a cabo esos proyectos para el *bakufu*. Vemos, por tanto, una relación de vasallaje diferente a la que había en Castilla, Francia o en otros reinos europeos. En Japón, los nobles no pagaban impuestos, pero los gobernantes tenían sus formas de dejar clara la relación feudo-vasallática. Sin embargo, no todos los feudos fueron respetados íntegramente. Se conocen casos en los que los Tokugawa obligaron a determinados *daimyōs*, por lo general aquellos que se opusieron a ellos en Sekigahara, a abandonar sus tierras y aceptar otras en la periferia. Los perdedores

eran castigados, pero los aliados recibían esas zonas expropiadas, por lo que eran recompensados y mantenían así su fidelidad al *shōgun*. A cambio, las propiedades de estos señores quedaban aún más disgregadas, lo que hacía complicado delimitar las zonas de influencia de uno u otro señor.

A pesar de que contaban con algunas restricciones (por ejemplo, les estaba vetado establecer enlaces matrimoniales o reparar castillos sin la autorización del *bakufu*), lo cierto es que los señores podían gobernar sus dominios de manera independiente, aunque el Gobierno central controlase las relaciones exteriores o la acuñación de moneda. Cada *daimyō* tenía su castillo a modo de centro de poder, donde residía y desde donde podía controlar a sus vasallos de forma directa. Además, podían mantener un ejército propio.

Sin embargo, tenían la obligación de residir alternadamente en la capital y en sus tierras, idea conocida como *sankinkōtai*. Además, tenían la imposición de dejar a la familia en la Corte, lo que servía para aumentar la influencia del *shōgun* sobre los *daimyōs*, así como para asegurarse su vasallaje. Esta práctica se institucionalizó a partir del siglo XVII y conllevó un aumento de gastos que llevó a que el *shōgun* gobernante exigiese mayores ayudas económicas que puso a los *daimyōs* en una diatriba, ya que no podían dejar de pagar gastos de mantenimiento y otros tributos en su territorio mientras que se veían obligados a afrontar el sustento de su familia en la capital. Cabe destacar que esto aumentó el número de viajeros entre los dominios de los señores feudales, por lo que se mejoraron las vías de comunicación, lo que elevó el capital que el propio *shōgun* necesitaba para acometer las infraestructuras. A la larga fue realmente efectiva la medida, ya que controlaba a aquellos *daimyōs* sospechosos de poder iniciar revueltas, y contribuyó a ir minando esa regionalización de la que hablábamos anteriormente. Además, dado que eran los propios *daimyōs* los que pagaban sus gastos en la capital, la inversión en infraestructuras se multiplicó, lo que provocó un efecto llamada que llevó a que Edo se convirtiese en una ciudad que sobrepasaba el millón de habitantes. Pero además, con ello se consiguió que prácticamente todos los *daimyōs* herederos de los contemporáneos a Ieyasu, Hidetada y Iemitsu hubiesen nacido en Edo, al encontrarse como reñenes del *bakufu* viviendo con su familia en Edo. Por ello,

estos nuevos señores sentían la capital como su propio hogar, y redujeron así entre los posibles rivales políticos el sentimiento de pertenencia a sus tierras. Esto último se consiguió solo en parte, especialmente en aquellos casos que habían sido ultrajados tras Sekigahara.

Representación de Edo en seis paneles, encontrado en el castillo de la ciudad

Las ciudades bullían, se convertían en centros de vida social en los cuales los artesanos y los comerciantes podían sacar tajada, a pesar de no ser moralmente aceptados por el confucianismo, como veremos en el próximo capítulo. Por suerte, los Tokugawa les apoyaron para tratar de denostar a una clase guerrera que comenzaba a resentirse de la falta de conflictos en el largo período Tokugawa. Pero no solo las ciudades se beneficiaron de esta ausencia de enfrentamientos. Por ejemplo, se multiplicaron las tierras cultivables en el período, lo que ayudó enormemente a la mejora de la economía japonesa, cuya base era el arroz. Además, esto vino acompañado de una notable mejora de la tecnología agrícola, en la selección de las semillas y en las técnicas del uso del ganado de tiro. Se abrió, además, la posibilidad de cultivar otros productos como el tabaco que dependían estrechamente de la demanda de los mismos. Sin embargo, el aumento de posibilidades que ofrecía la ciudad para medrar llevó a que mucha población emigrase hacia ellas y abandonaran en parte los campos, aunque nunca faltaría mano de obra para trabajarlos, ya que con la mejora de vida de los campesinos vino inevitablemente el aumento demográfico. Si solo en Edo vivían un millón de habitantes,

en Osaka y Kioto vivían medio millón en cada una, lo que nos habla de la enorme densidad demográfica que comenzaba a adquirir Japón.

También aumentó la presencia nipona en el norte, en Hokkaido, desplazando a la población autóctona ainu. De hecho, en el siglo XIX se les sometió a un proceso de aculturación para uniformizar a todas las personas de la isla, tendencia que seguiría durante el período Meiji.

En materia exterior fue donde el *bakufu* tuvo un mayor contraste con los Gobiernos anteriores, cambiando completamente la estrategia. El período viene marcado por el aislacionismo que se impondría a partir del siglo XVII de manera paulatina pero continua. Si bien en un principio Ieyasu era favorable al comercio con los europeos, debemos destacar que, si en un principio Nobunaga consiguió imponerse sobre los demás señores, fue por el uso de los arcabuces portugueses. Esto, sumado a la velocidad con la que el cristianismo se estaba propagando (puesto que predicaban que la lealtad a Dios estaba por encima de la lealtad al gobernante), junto a las actividades comerciales de los *tozama* con estos europeos e impidiendo que el *shōgun* tuviese el monopolio comercial de puertas para afuera, llevaron a que Ieyasu tomase un perfil antieuropeo, aunque como vemos, había razones para tomar dicha postura.

Cierto es que el Japón de los siglos XVII y XIX se tuvo que enfrentar a factores diferentes a los del siglo XIV, pero su reacción fue diferente a la de otros Gobiernos de la zona del Asia oriental que se vieron en tesituras similares. El ejemplo más claro es el del cristianismo, que mediante los jesuitas intentaba expandir la práctica del catolicismo, tanto en China como en Japón. Resulta curioso que fuese en Corea donde mejor arraigase, en un reino donde el confucianismo era realmente ortodoxo. Ieyasu y sus sucesores persiguieron a los misioneros en una política que no siempre fue beneficiosa. Es posible que ninguna de las partes fuese receptiva a aceptar un acuerdo que hiciese prevalecer los intereses de ambas partes, pero como vimos en el anterior capítulo, lo cierto es que, fuese por malentendidos o no, Japón acabó expulsando o asesinando a los jesuitas. A partir de 1612 sería cuando Hidetada comenzase a promulgar edictos contra la construcción de iglesias cristianas o contra la predicación de la fe y se ejecutase de forma pública a más de

cien religiosos japoneses conversos. Hubo *daimyōs* que se declararon conversos y que terminaron reculando por miedo a las represalias.

Los edictos que se promulgaron a partir de 1623 iban en la dirección de acabar con el cristianismo en Japón. Primero se expulsó a los ingleses, después a los españoles y más adelante a los portugueses. Los únicos europeos que pudieron quedarse en Japón fueron los holandeses. Cuando en 1637 se provocó la rebelión de Shimabara por parte de campesinos cristianos y de sus señores, su credo había sido prohibido en todo el reino vía decreto, lo que hizo que la represión de la revuelta fuese realmente dura con los participantes, al haber incumplido una ley escrita del puño y letra del *shōgun*.

En lo relativo al comercio, cabe destacar que a comienzos del siglo XVII los intercambios de mercancías eran muy beneficiosos, dado que habían incluido mejoras técnicas en el reino. Pero la imposibilidad de controlar este comercio exterior, y el miedo a que los *tozama* acaparasen las mejoras militares en navegación y armas llevaron a que se tomasen medidas realmente severas. Además, el comercio con el exterior no resultaba todo lo beneficioso que se esperase: las mercancías europeas eran compradas con plata japonesa en un mercado ya saturado por ese metal, lo que hizo que a la larga la nipona se devaluase. Como apunte, podríamos indicar que la mayor parte de la plata americana acabó en manos del Gobierno Ming por el comercio con los españoles, lo que llevó a dos conclusiones. La primera de ellas, que España se convirtió en un reino deficitario deudor de las mayores familias banqueras europeas como los Fugger. En segundo lugar, que la enorme cantidad de plata introducida en China devaluó hasta los suelos el papel moneda que existía, por lo que se aceptaba habitualmente el pago en plata, metal al que no toda la población tenía acceso y que provocó enormes hambrunas. A la larga, este sería uno de los motivos del fin de la dinastía Ming. En lo que a Japón respecta, la introducción de semejante cantidad de plata en Asia devaluó la suya propia, al haber mayor oferta de la misma.

En 1616 se prohibió a los comerciantes desembarcar sus productos fuera del puerto de Nagasaki o del de Hirado, en Kyūshū, y se limitó la posibilidad de asentamiento a extranjeros a residir en Edo, Kioto o Sakai. En 1624 se negó a los españoles la posibilidad de iniciar o mantener relaciones comerciales con Japón, al tiempo que los británicos desistían en su intento de establecerlas. En esta escalada de hostilidad hacia los extranjeros, en especial europeos, y concretamente de la península ibérica por las razones ya comentadas en el capítulo anterior, en 1636 el Gobierno prohibió a los japoneses salir al extranjero, de igual manera que prohibió a los japoneses que se encontraban en zonas como Filipinas, Molucas o Tailandia volver al archipiélago. Esto se suma a la restricción que vimos a los comerciantes holandeses, a los cuales se limitó su presencia en Japón a la isla artificial de Dejima, al sur de Nagasaki. El aislamiento había comenzado.

Los únicos reinos, además de Países Bajos, que podían atracar sus barcos en costas japonesas eran Corea en la isla de Iki y China, también en Dejima. Los holandeses tenían prohibido salir de la isla y viajar libremente sin permiso, debido a la intención de eliminar la propagación del catolicismo, por lo que además se vetó la entrada de libros occidentales hasta 1720, cuando se dejaron entrar publicaciones científicas. A las autoridades niponas poco les importaba que los holandeses fuesen católicos o no, pero estos sí que eran más pragmáticos que Castilla o Portugal y enfocaron sus actividades en el comercio.

A pesar de esto, cabe decir que Japón no fue un reino que buscase dar la espalda a su entorno o a las tendencias que en el resto del mundo estaban sucediendo. Por ejemplo, se fundaron escuelas *rangaku*, para el estudio de la ciencia y de las técnicas europeas, impulsadas principalmente por holandeses. Pero, por lo general, el aislamiento japonés contribuyó a mantener una calma necesaria para el desarrollo de Japón como reino.

Las escuelas *rangaku* acercaban a los nipones enseñanzas occidentales de todas las facetas, desde la filosofía hasta la fotografía y la medicina

La paz de este período contribuyó enormemente a mejorar la economía del reino, no solo en el ámbito comercial. Por ejemplo, gracias a la falta de conflictos, la cantidad de superficie cultivable aumentó considerablemente. Además, se

implementaron mejoras que ayudaron a ese incremento de la producción. La diversificación de semillas y el riego intensivo favorecieron la posibilidad de cultivar varios alimentos a la vez, lo que llevó a que determinadas zonas del reino se especializaran en uno u otro producto que se consumiría en todo Japón, gracias a las buenas infraestructuras de comercio y transporte que existieron. Pero eso no significó que el arroz dejase de ser el alimento más cultivado, ya que no hubo ningún otro que le sustituyese como base de la alimentación nipona.

Esto se tradujo en un aumento demográfico sin precedentes, llegando a pasar los treinta millones al final del período, pese a las hambrunas y las catástrofes de las que hablaremos en los próximos capítulos. Los índices de mortalidad fueron especialmente bajos, gracias a que la mayoría de la población tenía las necesidades básicas de subsistencia cubiertas. Sin embargo, eso no quiere decir que no hubiese personas en situación de pobreza, pero la cantidad fue menor que en períodos anteriores, en parte gracias a la ausencia de conflictos. Con ello se eliminaban las epidemias y se facilitaba que la esperanza de vida fuese mayor que, por ejemplo, en Europa. Sin embargo, los campesinos seguían expuestos a las inclemencias del tiempo, y una mala cosecha significaba un año realmente duro.

CONCLUSIONES

En definitiva, se puede decir que el período Edo fue una etapa de cambios continuos que mejoraron en buena medida la vida de la población en prácticamente todos los niveles. Hubo enormes problemas de base que, a la larga, se convertirían en escollos insalvables para la permanencia del régimen militar Tokugawa. Por ejemplo, el aislacionismo impediría al *bakufu* estar preparado para poder mostrar una negativa a las exigencias que el comodoro Mathew Perry presentaría llegado el momento. Y, tras él, llegarían muchos más tratados injustos, lo que indica que no se supo reaccionar porque no se esperaba una coyuntura similar, aunque pueda sonar iluso creer que las potencias europeas o, en este caso, estadounidenses, no quisiesen intentar sacar provecho de Japón si ya lo intentaron una vez.

El problema territorial, si bien se resuelve en parte al respetar la autonomía de los *daimyōs* y al recompensar a aquellos fieles a los Tokugawa tras Sekigahara, no desapareció en absoluto. De hecho aquellos agraviados de forma severa tras su derrota tendrán todavía algo que decir en la decadencia del sistema, la cual se verá en el capítulo 13. Pero, al menos, con las políticas que se llevaron a cabo, se consiguió soliviantar a muchos señores que llevaban combatiendo demasiado tiempo, lo que garantizó una estabilidad que no se conocía en Japón desde el período Kamakura, o incluso desde la era Heian.

Por tanto, aunque el modelo de gobierno no fue perfecto, y aunque tuvo sus fallos, hay que reconocer que el balance fue positivo: se potenció el comercio interno, se cubrieron las necesidades básicas de la población hasta las décadas finales y se crearon unas infraestructuras que facilitaron el movimiento de personas. Además se debilitó a una clase militar que, en ausencia de conflictos, estaba destinada a reciclarse o desaparecer. Y cabe decir que, aunque muchos buscaron otras ocupaciones dentro de la administración, aún hubo una buena cantidad de *bushi* que se mantuvieron en activo. Sin embargo, el daño estaba hecho, y pronto acabaría desapareciendo esta clase militar.

Sin embargo, aún hay aspectos del período que merece la pena destacar para tener una panorámica completa del conjunto.

El período Edo: cultura y sociedad

Tras la victoria de Tokugawa Ieyasu en la batalla de Sekigahara en 1603, se inauguró un período de paz de dos siglos y medio, en el cual se instauró el *Bakuhan*, sistema político que rige las relaciones entre el poder central, representado en la figura del *bakufu* o *shōgun*, y el poder feudal, representado por los *daimyōs* o *han*. Este modelo político en última instancia legitimaba el poder del *bakufu* como autoridad y buscaba evitar el descontrol que hubo en el Gobierno militar Ashikaga. Los *daimyōs* actuaban únicamente como gobernadores locales y el *Mikado* (es decir, el emperador) sería teóricamente el poder principal.

Sin embargo, la situación por debajo de la capa de Gobierno era la de una sociedad totalmente jerarquizada. La compleja estratificación que hubo durante el período Tokugawa no dejó de ser heredera de las Kamakura, Heian o Muromachi, pero, como era de esperar, los momentos de paz eran más propicios que los convulsos a la hora de realizar separaciones por grupos. Dicho de otro modo, a la hora de afrontar una batalla, daba igual que el de al lado fuera un noble, un campesino o un ganadero, mientras se luchase codo con codo. En cambio, en momentos de calma, las diferencias se hacían enormemente notorias y daban pie a situaciones de segregación.

Esquema de la jerarquización social del período Edo simplificada

Por tanto, vayamos capa por capa desgranando la sociedad Tokugawa del

momento, así como las expresiones culturales que se dieron en esta etapa amplia de tiempo.

LA CORTE IMPERIAL

El emperador se mantuvo dentro de la Corte en Kioto, y no se inmiscuyó en los asuntos de Gobierno. El *shōgun* poseía aproximadamente el 15 % de las tierras del país, de las que procedían dos tercios del presupuesto del reino. Estas tierras se distribuían en diferentes prefecturas como Kioto, Osaka, Nagasaki o Edo. Como vemos, controlaba porciones de tierra a lo largo del archipiélago. Bajo su control estaban también las minas de plata del país, como las de Iwami Ginzan, en la prefectura de Shimane. El resto de las tierras se repartían entre los *daimyōs*, habiendo tres tipos muy diferenciados en función de su apoyo o no a la causa Tokugawa durante el período convulso de pacificación. Ya los explicamos en el anterior capítulo, pero no viene mal repasar la propia estratificación que hubo dentro de los propios *daimyōs*.

Las minas de Iwami Ginzan abarcaron una buena cantidad de la extracción de plata en Japón

En primer lugar vemos a los *daimyōs* que están emparentados (*shinpan*) con el *shōgun*. Son veintitrés, entre las que se destacan Nagoya, Wakayama y Mito. De estas tres podía elegirse al *shōgun* en caso de que no hubiese continuidad en la rama principal del clan. En segundo lugar hablaríamos de los fudai, aquellos que habían sido aliados de los Tokugawa antes de la batalla de Sekigahara: las familias Li, Abe y Mizuno entre otras. De estas salía la figura del *tairo*. Finalmente estarían los *daimyōs tozama*, aquellos que fueron sometidos por la fuerza. Destacan los de Satsuma y Chosu. Se encontraban en la periferia, cerca de las islas Ryūkyū los primeros y de Corea los segundos, por lo que eran bastante autónomos. Entre los *tozama* se encontraba Tokugawa Nariaki (1800-1860), señor de Mito, en la prefectura de Ibaraki, que era contrario a la injerencia estadounidense en el siglo XIX y que contribuyó al auge del nacionalismo japonés en los primeros años de la era Meiji.

Como hemos ido desgranando en los capítulos anteriores, la autonomía de estos señores les permitía tener su propio ejército a sueldo con el que defenderse o con el que intimidar llegado el caso, en los cuales se encontraban los samuráis. Esta clase guerrera ocupaba un lugar elevado en la escala social japonesa, con unas concesiones únicas. Por ejemplo, se les reconocía el privilegio exclusivo de portar armas, las conocidas *katanas*; y tenían la posibilidad de llevar un apellido, al contrario que las capas más bajas de la sociedad. En cambio, tenían la obligación de matar en el acto a aquellas personas que considerasen que les habían faltado al respeto o violado su honor. Se regían por un duro código de honor conocido como el *Bushido*, donde se contemplaba el suicidio a la manera de *seppuku* o *harakiri*.

Por lo habitual, estos guerreros eran, junto con los aristócratas y los funcionarios, las únicas personas de todo el reino que sabían leer y escribir, y lo cierto es que tenían un estricto código de enseñanzas confucianas dentro del *Bushido*. Sin embargo, en este período sufrieron el prolongado tiempo que el archipiélago tuvo la suerte de disfrutar en paz, por lo que muchos de ellos recayeron en la vida sedentaria y contemplativa. En el capítulo dedicado al período Heian hablábamos de la importancia del crecimiento de la clase militar como factor determinante para el fin de aquella paz duradera, pero en esta ocasión, estos guerreros debieron admitir que el reino se encontraba fatigado y realmente dolido por el amplio período de luchas internas que había sufrido, y dado que los Tokugawa no llevaron a cabo ninguna política expansionista de cara al exterior, los esfuerzos de los integrantes de este grupo social se destinaron a otras actividades como la poesía o la administración.

Sin embargo, dentro de esta clase había también importantes diferencias, y existía una propia escala jerárquica interna. Los *hatamoto* eran los más importantes, y aquí se incluía a los *daimyōs*. Eran poseedores de tierras con relativa o notable importancia y, por tanto, eran los más poderosos, al ser capaces, a su vez, de reunir los ejércitos más grandes al contar con los medios para ello. Los *hirazamurai* eran los más extensos, y solían ser desde señores con tierras pequeñas a

guerreros a sueldo. Por último, nos encontraríamos a los más humildes, divididos en varios grupúsculos entre los que destacan los *ashigaru*, guerreros de infantería por lo general que fueron parte del ejército personal de los *shogunes* Ashikaga, pero que serían los que más sufrirían la prolongada paz, al no existir conflicto y ante la imposibilidad de buscar fortuna en el exterior debido a las prohibiciones Tokugawa.

En realidad, desde la misma llegada al poder de Tokugawa Ieyasu, se intentó legislar para que desapareciese esta clase social. Estos gobernantes entendieron lo vital que era mantener la paz interna para evitar las amenazas externas, y comprendieron que cualquier salida al exterior podía suponer un rotundo fracaso como la guerra Imjin, aunque no se hubiese perdido *de facto*. Muchos de ellos se reciclaron hacia otras labores dentro de la burocracia, pero a su vez se comenzó a romantizar el ideal del guerrero que es capaz de dar su vida por su honor. El nacionalismo japonés del siglo XIX utilizaría esta mitificación de forma muy hábil y conseguirían que los soldados de los futuros conflictos fuesen capaces de luchar hasta perder su vida por la patria.

EL CAMPESINADO

La siguiente clase en la escala social japonesa es el campesinado. Era la clase mayoritaria, aproximadamente un ochenta por ciento de la población, y eran tratados con extrema dureza. Además se les exigía trabajar de manera vitalicia en sus tierras, las cuales no podían vender debido a que pertenecían al *daimyō* correspondiente, y se les pedía una productividad enorme para mantener los ingresos de los samuráis, cuyo pago era comúnmente en especie, habitualmente en arroz. Este tipo de feudalización fue producto del proceso que comentábamos en los primeros capítulos, en los que los pequeños propietarios y las comunidades campesinas vendieron la propiedad de las tierras a los señores más poderosos a cambio de poder trabajarlas y de seguridad. Efectivamente: aún los *daimyōs* estaban obligados a defender a sus arrendados, pero la función de estos privilegiados en la escala comenzaba a peligrar al no haber necesidad de defender a la población. Pero la sumisión al señor de la tierra era algo impuesto desde la Corte, que controlaba incluso la forma de vestir de cada clase.

Se calculaba que en el Japón Tokugawa existían cerca de veinte millones de campesinos, y que para finales del período Edo, el número habría ascendido a treinta. La cantidad a pagar normalmente no era muy elevada, pero se correspondía con el 40 % o el 50 % de la producción de la tierra, aunque algunos *daimyōs* llegaban a recaudar hasta el 70 %. La tendencia que se ve en este período es a aumentar cada vez más la carga fiscal, ya sea subiendo los impuestos ya existentes o creando otros nuevos. Además, se esperaba de ellos que realizasen otros trabajos no remunerados, como la limpieza de caminos y demás obras públicas.

El emperador y el *shōgun* regían la vida de los campesinos, que no podían tener apellido ni mucho menos portar armas. Se esperaba de ellos mesura y sumisión. Se les ordenaba qué cultivar y en qué horas, cómo comer y vestirse y qué actividades de ocio podían realizar en el poco tiempo de esparcimiento que les quedaba. Muy pocos tenían acceso al aprendizaje, por lo que la gran mayoría de la población era analfabeta. Eran casi en la totalidad pobres, y apenas tenían para subsistir con la cantidad de retenciones que sufrían. No obstante, algunos contaban con algunos privilegios, como ser jefes de su pueblo y servir de enlace con la

administración, y ayudaban a recaudar los impuestos.

LAS CLASES URBANAS

A continuación, en la pirámide de importancia social nos encontramos las clases urbanas. Se tratan de artesanos (los cuales se agrupaban en organizaciones gremiales) y comerciantes (entre los que destacan las familias Mitsui y Konike). Hablamos de una población que oscilaba en torno a los tres o cuatro millones de habitantes. Se encontraban protegidos porque eran necesarios, pero su presencia en las ciudades era limitada a determinados barrios. A pesar de que normalmente eran muy protegidos, en ocasiones se expropiaban sus pertenencias y propiedades debido a que según el confucianismo, tanto artesanos como comerciantes eran considerados como una clase improductiva. Aunque sus negocios fuesen los más rentables, estaban por debajo del campesinado debido a que la agricultura era la base de la economía japonesa. No obstante, desde el Gobierno se impulsaba el comercio interno, única manera de mantener una autarquía auto impuesta por la negación a las transacciones económicas con el resto del planeta.

Sin embargo, conforme avanzó el período, se desvaneció el estigma con el que se veía a estas profesiones liberales. Lo cierto es que, a pesar de todo, no vivían mal, y eso atrajo a mucha gente que quiso aprender sus oficios y sacar provecho de estos círculos. Además, desde el Gobierno se decidió impulsar ese cambio de visión hacia estos colectivos en detrimento de la clase militar, buscando debilitarla para evitar problemas internos. No fue especialmente efectivo, pero al menos se consiguió que los artesanos y los comerciantes fuesen aceptados socialmente.

Entre los centros económicos más importantes del archipiélago destacan Dejima, al sur de Nagasaki, principal punto de encuentro con portugueses, holandeses y chinos; u Osaka, desde donde se distribuía el comercio al resto de la nación. Hubo muchos artesanos y comerciantes que se instalaron en los castillos de los *daimyōs*, creando un vínculo comercial y cultural que fomentaba una vida que nada tenía que ver con el resto de la sociedad: su único fin era el de acumular riquezas. El aumento de esta clase social hizo que creciese el número de ciudades a ciento treinta para finales del período Edo. La capital llegó a alcanzar el millón de habitantes para el siglo XVIII, mientras que Osaka llegó a los cuatrocientos mil y Kioto, donde se encontraba la Corte imperial, hasta los trescientos cincuenta mil,

en datos aproximados.

Esta pintura de Katsushika Hokusai lleva por título *Un comerciante haciendo cuentos*. La cantidad de dinero que llegaron a mover les hizo imprescindibles para los gobernantes.

Una cantidad variable de población recibía el tratamiento de parias, aunque el término no está aceptado totalmente, siendo más común el de marginados. Sin embargo, sí que existe el consenso de que todos los englobados en este grupo eran trabajadores de profesiones sucias y mendigos. La sociedad Tokugawa dividía a la población entre gente buena y gente de base. Cuatrocientos mil plebeyos pertenecían a este grupo que se desglosaba a su vez entre «no humanos» o *hinin* y «extremadamente impuros» o *burakumin* (aldeanos). Entre los *hinin* destacan los comediantes itinerantes, los pobres, las prostitutas y los delincuentes, pero siempre podían cambiar de grupo si se lo proponían. Los *barakumin* eran considerados así desde nacimiento, no por su actitud en la vida o por su profesión. Aún con todo hay profesiones que se consideraban impuras, como carnicero o curtidor, o que sin ser sucios requerían un esfuerzo determinado, como trabajadores de bambú o fabricantes de mecha para velas.

Estas personas vivían en la más absoluta marginación en diferentes barrios de las ciudades. Tenían una indumentaria determinada: por ejemplo no podían llevar zuecos de madera ni vestidos de algodón. Su conducta debía ser estricta: mientras que los campesinos debían arrodillarse ante los samuráis, los parias debían inclinarse y hacer una reverencia ante la gente buena, es decir, campesinos, artesanos, comerciantes, samuráis y *daimyōs*. Tampoco tenían la posibilidad de casarse con miembros de otras clases sociales. Esta discriminación perduró después del período Tokugawa, incluso hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero, aunque la estratificación de la sociedad fuese realmente marcada, no debemos llevarnos a engaño. Estos grupos no eran estáticos en absoluto. Los principios de clase que hemos visto tan arraigados en cada estrato entraban en conflicto con un elemento clave de la ideología confuciana: la meritocracia, que afirmaba que las cualidades de cada persona debían ser reconocidas en el orden social correcto para que cada individuo ocupase el lugar que le corresponde en la vida. En tiempos de penurias, muchos campesinos se veían en la tesitura de abandonar sus campos y marchar a las ciudades, al igual que ocurriría a finales de la dinastía Ming con el abandono de las zonas costeras. Sin embargo, esta emigración estaba férreamente controlada por las autoridades y debían tener documentos oficiales para ello.

En definitiva, la sociedad japonesa, si bien estaba estratificada, no se mantuvo estática: el mismo Toyotomi Hideyoshi era un portador de armas de Oda Nobunaga hasta que empezó a escalar posiciones dentro de sus acólitos. La influencia occidental, las condiciones económicas y el aumento de seguidores del nacionalismo japonés harían que en la siguiente era, el período Meiji, la sociedad japonesa fuese fruto de varios cambios.

Sin embargo, hemos omitido en este análisis de forma completamente intencionada a la figura de la mujer, porque en este período su figura es sometida a una serie de comentarios que merece la pena destacar.

El enunciado puede ser pretencioso, pero sirve para introducir una corriente que en la actualidad se está estudiando dentro de la historia antigua japonesa. Mikiso Hane opina que la sociedad japonesa de la era heiana pudo ser o bien matriarcal o bien matrilineal. La deidad fundadora del clan imperial, en esta primera etapa gobernada por Himiko como fundadora del Estado Yamato junto con su homólogo el rey Jinmū, era la diosa del sol, Amaterasu. Hasta finales del siglo VIII hubo mujeres que ocuparon el trono imperial, y así continuó después de que se crease la clase samurái. Incluso en la era Tokugawa dos mujeres ocuparon el trono.

En la era Heian, marido y mujer acostumbraban a dormir separados, y los hijos de la pareja eran cuidados por la familia de la mujer, lo que dejaba el papel del marido como un mero sirviente, y el de la mujer como cabeza de familia. Esta situación se revirtió con el auge de la clase guerrera. Ya en el siglo XII marido y mujer solían vivir juntos, lo que favoreció poco a poco el sistema patriarcal clásico. Las enseñanzas de Confucio no ayudaron a reivindicar el papel de la mujer como cabeza de la sociedad, ya que su filosofía favorecía el papel del hombre como referente de la sociedad japonesa.

Incluso en la cultura se comenzó a ver esta matización de los roles de género. Murasaki Shikibu, autora del *Genji Monogatari*, puso en la boca de sus personajes femeninos actitudes sumisas con respecto al hombre. Se creía que las mujeres eran incapaces de aprender el complicado sistema de escritura chino, por lo que se creó el sistema fonético *kana* para que las mujeres pudiesen emplearlos. A pesar de esto, la producción más conocida del período Heian es fruto de multitud de mujeres quienes aprovecharon esa escritura propia de ellas y supieron sacarle partido, gracias a lo que se convirtieron *a posteriori* en referentes mundiales de la escritura medieval.

Kitagawa Utamaro representó en varias de sus obras a la mujer del período Edo tardío. Este cuadro, *Dos bellezas con bambú*, se encuentra en el museo de Dresde.

Aún con todo, se mantuvieron elementos de aquella primera sociedad de algún modo matriarcal. Cuando en una familia solo había hijas, el marido de la mayor pasaba a formar parte de la familia de su esposa y adoptaba su apellido. Y aunque con la imposición del mayorazgo muchas mujeres perdieron su derecho a herencia, durante el período Kamakura muchas de ellas mantuvieron sus derechos intactos. Las madres viudas controlaban las posesiones y las hijas podían acceder al entrenamiento samurái. Un ejemplo es el de Hōjō Masako, viuda de Minamoto Yoritomo, ella condujo a las tropas de su marido contra las tropas imperiales y perpetuó a su clan en el *shōgunato* durante varias generaciones.

Esta pérdida progresiva de importancia que hemos visto se vio institucionalizada definitivamente durante el *bakufu* Tokugawa. No obstante, ya había

quienes trataban a sus esposas de forma despectiva. Los *shōgunes* instauraron una sociedad patriarcal respaldada por la clase samurái que negaba a las mujeres todo derecho a la propiedad. El marido podía llevar una vida adúltera, pero podía asesinar a su esposa si veía en ella cualquier signo de promiscuidad.

De una mujer samurái se esperaba que se suicidase al menor indicio de ver amenazada su integridad, y el miedo a los hombres era tal que muchas mujeres no miraban a la cara a nadie que no fuese su marido, más allá de que desde el período Kamakura a la mujer se le exigiese recato y se le impusiese la prohibición de mantener contacto visual con cualquier hombre fuera de su núcleo familiar. El padre organizaba los matrimonios sin tener en cuenta la opinión de su hija. Además, el marido tenía la prebenda de poder divorciarse, derecho con el que no contaba la mujer, que además se veía en la posición de soportar tratos vejatorios.

Entre los campesinos no era tan habitual esta actitud machista, o no en todos los aspectos. En la sociedad llana se pensaba que el hombre y la mujer eran iguales, y que la relación principal en una familia no debía ser la de padre e hijo, sino la de marido y mujer. El mayorazgo no fue tan aceptado en las ciudades, ya que un hijo menor podía encargarse del negocio del padre y las propiedades se repartían de manera equitativa entre los hijos e hijas. Sin embargo, a los campesinos se les impuso el mayorazgo entre las clases dominantes, y acataron sumisos.

Ya existían durante los períodos anteriores, pero fue durante el *bakufu* Tokugawa cuando se popularizaron los burdeles regentados por hijas de campesinos que no podían pagar las rentas. Destaca el distrito de Yoshiwara en la ciudad de Edo, que era fundamentalmente la zona de los burdeles. Conforme la paz se instalaba en el archipiélago, se extendieron estos lugares para el entretenimiento de aquellos *daimyōs* que viajaban constantemente de un lugar a otro. Aquellos burdeles que no tenían un permiso oficial camuflaban su actividad bajo el nombre de salones del té, si bien no todos los salones fueron prostíbulos ni viceversa. Las chicas eran tratadas como esclavas y sometidas a violaciones y a constantes malos tratos.

Una vez explicados los problemas a los que una mujer japonesa tenía que enfrentarse tanto en la era Tokugawa como en la era Meiji, cabría preguntarse si lo

relatado era un caso aislado o una constante en aquellos reinos influenciados por la cultura china como Corea, China, Vietnam, etc. Y la respuesta es que, a pesar de todo, la mujer japonesa gozaba de una mejor vida que el resto de sus iguales en el continente. Por ejemplo, Ruth Benedict comenta que en Japón jamás existió el vendado de pies que se realizaba en los períodos Ming y Qing en China. Este consistía en la venda de las extremidades inferiores a las niñas desde su juventud para que se quedasen pequeños, buscando contentar el canon de belleza del momento. Esto provocaba terribles dolores y malformaciones. Además, las mujeres japonesas podían salir a la calle libremente, acción que sería impensable en el sistema de castas de la India, por poner un ejemplo.

A pesar de que las ciudades ganaban densidad, y por tanto, vida en las calles, la alta cultura propiamente dicha se mantendría en manos de la Corte y de los *daimyōs*, que seguirían teniendo una producción notable. Sin embargo, sí que podemos comentar que es en este período cuando se expande la educación básica, debido a la demanda de los comerciantes, de los artesanos y de los habitantes pudientes para poder instruir a sus hijos. Era vital saber leer y escribir, así como conocer las matemáticas en el caso de los comerciantes. En el campo, los campesinos enviaban a sus hijos a los templos budistas o sintoístas para que aprendiesen las enseñanzas y, quien sabe, poder permanecer como monje. Las niñas, en cambio, tenían vetado el acceso a la educación.

Es en este período Edo cuando el teatro gana importancia sobre la narrativa o la poesía. Nacería en estos años el *kabuki*, género representado habitualmente por mujeres en un principio, aunque pasaría a ser representado por hombres únicamente a mediados del siglo XVII por el contenido erótico que, según las autoridades, mostraban las mujeres. Lo habitual era la representación de pasajes históricos mediante la danza y el cante. También se haría popular el *bunraku*, algo parecido al teatro de marionetas que versaba sobre temas más mundanos y próximos a la población urbana. Hubo autores que se decantaron por estos géneros literarios al ser altamente demandados y, por tanto, una fuente rápida de dinero, como Saikaku o Ikku. El autor más famoso es Chikamatsu, que escribió obras para ambos tipos de teatro, aunque acabó decantándose por el *bunraku*. En este, la creación de marionetas se convirtió en todo un arte sofisticado, destacando su producción en Osaka, mientras que el *kabuki* predominó en la escena de Edo.

Dos actores de Kabuki caracterizados. Pintura de Tōshūsai Sharaku.

Las casas de té obtuvieron una mayor importancia en este período al ser frecuentadas por la figura de la *geisha*, acompañante femenina cuyas labores podían ir desde la simple representación o desde los bailes hasta otras prácticas más íntimas, aunque esto no fue lo habitual. Las casas de citas se volvieron enormemente populares, lo que proliferó la cantidad de prostitutas en las ciudades, siendo algunas de ellas también actrices de *kabuki* mientras estuvo permitido. Sin embargo, no todo era hedonismo en el contacto con la mujer, ya que muchos hombres buscaban simplemente disfrutar de una compañía femenina que no fuese la esposa y sin llegar al contacto físico. La buena conversación y la poesía serían cultivadas por estas *geishas*, cuya presencia se volvió realmente necesaria.

En este haiga, Yokoi Kinkoku hace una representación jocosa de Matsuo Bashō

En lo que a lírica se refiere, destacaría la producción de *haikus* recogidos en antologías, en los cuales predominaban la naturaleza y el amor como temas principales. Destacó Matsuo Bashō, nacido samurái pero convertido a campesino que trabajó como maestro para varias generaciones. Existía una variante pictórica denominada *haiga*, la cual combinaba el clásico *haiku* con la pintura. En esta disciplina destacó Yokoi Kinkoku, el cual entendía que el dibujo sin la poesía no podía entenderse, por lo que sus trabajos cuentan con una excelente caligrafía.

Con la implementación de la imprenta, aumentó la demanda de textos por parte de la población, y se verían las primeras traducciones grecolatinas, aunque lo que sería realmente reclamado seguirían siendo las antologías poéticas. Destacó Matsuo Bashō, uno de los primeros poetas en cultivar el *haiku*, la forma poética japonesa por excelencia. Su obra *Carretera estrecha hacia el gran norte* es una de las obras indispensables para entender la cultura Tokugawa. El tema central seguía

siendo la naturaleza y los matices que rodean a cada forma viva.

Dentro de la aristocracia se seguirá disfrutando del teatro *nō*, y seguirá refinando la ceremonia del té que, además, tendrá su lugar particular en las mencionadas casas de té.

Seguía cultivándose el *Monogatari*, pero en este período destacaron los cuentos enfocados hacia el terror, caso del *Inga Monogatari* de Suzuki Shōsan, en el que se entremezclan los relatos aterradores con las enseñanzas budistas que buscaban prevenir ante conductas perniciosas para la sociedad. Destacó también el *Konjaku Monotagari*, con una importancia enorme debido a su contenido folclórico que, en palabras de Fernando Cid Lucas, influenciaría a autores como Ryūnosuke Akutagawa. A su vez, muchos *bushi* comenzarían su producción literaria tras la batalla de Sekigahara, en las cuales intentarían crear una especie de código de conducta para estos guerreros sin lugar en el que luchar.

Con la paz, también se extendieron otras artes que en períodos anteriores pudieron haber quedado de lado. Por ejemplo, la producción arquitectónica se redujo en tiempos de guerra por motivos obvios. Destaca en este período la mansión imperial de Katsura, de un estilo recargado pero que continuaba en armonía con el entorno. Otro ejemplo es el mausoleo de Nikko, donde se encuentran los restos de Tokugawa Ieyasu.

La villa imperial de Katsura es una de las mejores muestras de arquitectura del período Edo

La pintura tuvo su importancia en el período Edo. En Kioto, Honami Kōetsu inauguró a comienzos del período una oleada de artistas, entre cuyas actividades destacaban el pulido de espadas, incrustaciones de laca o la caligrafía. En Tokio destacó Ogata Kōrin, pintor especializado en soportes como paneles en los cuales evoca motivos naturales con colores muy vívidos. No hubo especial innovación en esos primeros años, pero se dieron determinadas características que explotarán en movimientos artísticos posteriores.

La gran ola de Kanagawa, de Katsushika Hokusai, actualmente en el Museo Metropolitano de Nueva York

Amanecer en Futamigaura, de Utagawa Kunisada

Nació en este período posiblemente el estilo pictórico más famoso del archipiélago hasta la fecha: el *ukiyo-e*, consistente en grabados xilográficos (en madera) en los que se hacían representaciones de la naturaleza, del teatro o de temas más costumbristas. Destaca la célebre *Gran ola de Kanagawa*, de Katsushika Hokusai.

el gran maestro del género. No fue el único: Utagawa Hiroshige concibió obras magníficas como *El puente Ōhashi en Atake bajo la lluvia repentina*, en el cual se recrea el fenómeno de forma esquemática mediante líneas negras finas que simulan una especie de cortina que, a su vez, representa una lluvia continua. Otro gran pintor del momento será Utagawa Kunisada, cuyo *Amanecer en Futamigaura* fue una de las obras cumbres del género. También se especializó en los retratos de cortesanas, y fue el creador de su propia escuela, en la que predominaría la perspectiva y el paisajismo, e influyó, como la mayoría de los autores del momento, a muchos impresionistas europeos.

CONCLUSIONES

En resumen, parece cierta la afirmación de que en tiempos de paz, se es más proclive a dedicar nuestro tiempo a actividades más espirituales. Cierto es que en períodos convulsos no se dejó de hacer literatura o de producir arte, pero la sofisticación y el refinamiento tiende a ocurrir cuando nada nos atormenta.

El período Edo se caracterizó por ser un período tranquilo, en el que prácticamente la totalidad de las personas tuvieron las necesidades básicas cubiertas, pero eso no quiere decir que el contento fuese generalizado. En realidad, las protestas ciudadanas y campesinas se fueron haciendo más y más continuas en la parte final del *bakufu*, como veremos en el próximo capítulo, y estas desigualdades manifiestas no hicieron sino aumentar en momentos en los que había crisis de subsistencia. El malestar se encontraba incluso dentro de los propios *daimyōs*, especialmente en aquellos que fueron derrotados tras Sekigahara. El no haber comprendido al derrotado y el no haber sido magnánimo fue un error que los Tokugawa acabarían pagando tarde o temprano.

Los *bushi* tampoco pasaron por su mejor momento, y la relajación de sus actividades les provocó una herida que el aperturismo al exterior del reino no ayudó a sanar, sino que les dañó de muerte. Cuando Japón sintió la necesidad de evitar una situación como la de la China Ming, reino desvalido mientras que las potencias europeas y estadounidenses se repartían las áreas de influencia sobre ella, los gobernantes tuvieron que elegir entre tradición o modernidad. Y, aunque se decantaron por la segunda, no dieron de lado a esta clase militar que, aunque se la romantizó, no evitó su desaparición.

Sin embargo, cuando el reino se vio obligado a abrirse al exterior, vio cómo los extranjeros comenzaron a mirar su patrimonio con admiración en vez de con desdén, a consumir su arte como una auténtica referencia de la que aprender y a dar a conocer un arte y una literatura desconocidos hasta el momento. Pero de todo esto hablaremos en el próximo capítulo.

El fin de la sociedad feudal

Desde que en el siglo XVII se instaurase en la cúspide del poder japonés el clan Tokugawa, Japón había vivido dos siglos y medio de una apacible paz, exceptuando momentos concretos que se han remarcado en los dos capítulos anteriores. Por suerte o por desgracia, no todo tiende a mantenerse estático en el tiempo, y una de las razones de la caída del último *shōgunato* sería su propio quietismo y su falta de dinamismo ante los problemas que estaban a punto de avecinarse. Los gobernantes del momento no sabían que estaban a punto de asistir al fin de su mundo tal y como lo conocían. Los campesinos no alcanzaban a entender la magnitud de lo que estaba por llegar. Ni siquiera los escritores fueron capaces de adivinar el fin de la sociedad feudal.

Resulta irónico que una de las causas por las que el *bakufu* colapsó fuesen los desastres naturales. El Estado Ming de China había perecido por muchas razones, pero una de ellas fue por la imposibilidad de poder ayudar a las provincias del norte, que sufrieron corrimientos de tierras, inundaciones y, en resumen, las consecuencias de la denominada Pequeña Edad de Hielo. La bajada de la temperatura a mediados del siglo XVII asoló cosechas y acabó con buena parte del ganado y ocasionó hambrunas que las autoridades Ming no fueron capaces de solventar, lo que provocaría un descontento generalizado y levantamientos sociales que ayudarían a acabar con la dinastía.

En Japón el problema no sería tan virulento, pero tampoco fue una situación leve. Uno de los tres picos más fríos registrados de este fenómeno climatológico data de 1770, cuando las hambrunas se volvieron algo generalizado en una población que, como indicábamos, reunía las condiciones necesarias para sostener un aumento demográfico. Al perder ese sustento, la situación viraba hacia la incertidumbre, ya que, inevitablemente, la muerte se abrió paso entre las clases más humildes, provocando el consecuente retroceso demográfico que llevaría al descenso de una producción ya maltrecha de por sí. En otras palabras: si faltaba la mano de obra, descendía la producción. Hablamos del campo, pero lo cierto es que la crisis de subsistencia (primero una en la década de 1720 y otra a finales de siglo) tocó todas las capas de la sociedad japonesa, si bien en las más humildes hizo más mella que en otras. Pero esta no sería la única razón de la caída del Estado Tokugawa.

Mientras esto sucedía en el campo, la situación en las ciudades no era especialmente mejor. Por un lado, descendió la demanda de determinados productos, debido a que muchas personas eran incapaces de encontrar medios de subsistencia, cuanto menos podían permitirse el gasto en productos artesanales o suntuarios. Esta situación sumió en la crisis a los comerciantes y a los artesanos, que redujeron su producción al disminuir la demanda, pero ni aun descendiendo la cantidad de sus artículos consiguieron quedarse sin existencias.

Por otro lado, los daimios se encontraban en una situación delicada. Por un

lado, tenían que vivir uno de cada dos años en la capital, con el enorme coste que ello conllevaba. Sin embargo, al reducirse la producción, bajaba, a su vez, la recaudación, lo que hacía que la vida en la capital se volviese precaria, o que incluso muchos se planteasen desafiar el *sankinkōtai*, la norma que establecía la pauta de la residencia alterna. Y ese no era el único gasto que tenían que afrontar, ya que el coste de tener autonomía en el gobierno de sus tierras conllevaba la obligación de construir carreteras, mejorar las infraestructuras y mantener las defensas a punto por si devenía algún conflicto próximo. Cierto era que conforme pasaba el tiempo la moral de los *bushi* iba decayendo (aunque seguían constituyendo una buena cantidad de personas destinadas al arte de la guerra: aproximadamente dos millones, de los cuales medio millón eran clase baja y pasaron a vivir de la inmundicia) y que muchos dejaron las armas, pero más valía prevenir. El comportamiento de estos señores no fue diferente al de otros en su situación, ya que muchos acudieron a determinados comerciantes a pedir préstamos. Por hacer una analogía que nos ayude a entender el conjunto, muchos señores se arruinaron en el período Kamakura debido a determinadas deudas contraídas y a su imposibilidad de mantener su modo de vida, y la condonación de la deuda que hicieron los Hōjō no fue más que un parche para que las deudas comenzasen a contar desde cero. La situación, por tanto, no era nueva. La necesidad de reducir los gastos a la espera de que la producción mejorase se tornaba clave, y para ello se llevaron a cabo medidas austeras como el cese de la contratación de *bushis*, lo que sumiría aún más en la miseria a estos guerreros, los cuales comenzaron a dedicarse a labores artesanales para completar sus sueldos. Otros muchos abandonaron su vida acomodada y se convirtieron en campesinos. Incluso hubo quienes se casaron con las hijas de importantes comerciantes.

El *bakufu* no se libraría de estos problemas tan acuciantes, aunque el impacto fue menor, dado que poseía las minas de plata, el quince por ciento de la tierra cultivable del reino y porque disfrutaba de concesiones de cara a obtener préstamos provechosos para la institución con los comerciantes. Sería a ellos a los que se beneficiaría en el futuro, dada la posibilidad de sacar una rentabilidad mayor a las actividades de los comerciantes que a las de los guerreros, los cuales se

encontraban en una contradicción en sí misma: para el confucianismo, el comercio o la artesanía eran tareas consideradas en cierto modo improductivas, por lo que dolía ver que estas personas eran capaces de ganarse la vida y de tener una riqueza mayor a la de estos guerreros.

Entrando en el siglo XIX, se observan los mismos problemas que acuciaron al *bakufu* a lo largo del siglo anterior. Las hambrunas volvieron a producirse, y a mediados del siglo XIX se produjeron cambios climatológicos producto del enfriamiento al que se vio sometido el planeta que se llevaron por delante todas las cosechas. Esto se tradujo en un aumento desorbitado y descontrolado de los precios. Además, las epidemias no habían sido solventadas en las hambrunas anteriores y eran enfermedades que se arrastraban, y que se volvieron especialmente virulentas en la década de 1830, cuando explotó un caldo de cultivo que se fue gestando lentamente en décadas anteriores en forma de revueltas ciudadanas. En el campo el número de intentos insurreccionales fue extenso, pero de índole localizada y poco organizadas. En cambio, en las ciudades los disturbios fueron extensos y significativos por sus consecuencias. Si lo que sucedía en el campo carecía de relevancia debido a que sus exigencias eran más sencillas de contentar, en la ciudad los habitantes eran más exigentes, parecido a una burguesía, aunque sin conciencia de serlo.

Mizuno Tadakuni, uno de los últimos reformadores del período Edo

No obstante, se debe reconocer el mérito a estos campesinos, que fueron quienes extrapolaron las protestas a la urbe. Si bien sus quejas tenían fácil solución mediante una leve bajada de impuestos o mediante una mejora de su situación, no siempre fueron escuchadas, lo que se traducía en disturbios especialmente violentos que consistían en ataques a las propiedades de las personas opulentas.

Para contrarrestar ese clamor popular que exigía soluciones, el consejo de ancianos *rōju* decidió aplicar una serie de reformas (lideradas curiosamente por un *daymiō*, Mizuno Tadakuni) que, a partir de la década de 1840, intentarían reducir el gasto público, evitar la subida desproporcionada de los precios y condonar deudas. ¿Cómo se comenzaron a aplicar? Posiblemente no de la mejor forma: se disminuyó el gasto en samuráis y se despidió a una buena cantidad de funcionarios. Pero la medida más impopular fue la de obligar a los campesinos ya asentados en las ciudades a volver a las tierras que anteriormente habían cultivado. Se acuñó moneda a espuertas, lo que la devaluó e hizo que los precios, sin registrar subidas, fuesen inasumibles, por lo que se produjo una reducción de los precios en un

quinto. En resumen: quitando el *bakufu*, al cual posiblemente *sí* le salían las cuentas, nadie aceptó de buen grado las medidas impuestas. Puede que la macroeconomía pudiese respirar por unos instantes, pero el panorama que dejaba a cambio era realmente desolador, especialmente porque no se pudo evitar, pese a la bajada, una elevación sin precedentes de los precios, debido a esa devaluación tan crítica en un período muy corto de tiempo. Una moneda que fue devaluada diecinueve veces en menos de diez años ni mantenía la estabilidad ni proporcionaba confianza. Que la situación terminase de resquebrajarse era cuestión de tiempo.

En los anteriores capítulos comentamos que, pese a que en un principio Tokugawa Ieyasu vio con buenos ojos la llegada de los europeos a Japón, sus predecesores decidieron cortar por lo sano y restringir la presencia extranjera a la isla artificial de Dejima, al sur de Nagasaki. De esta manera, solo China y Holanda tenían permiso para poder ejercer el comercio con el reino, aunque no podían salir de esa zona restringida. Pero Japón, que había optado por la vía de la autarquía para evitar que se volviese a intentar predicar el cristianismo en su reino y para que la economía no se descontrolase demasiado, estaba a punto de ver como esas puertas que antaño había cerrado a conciencia se iban a abrir de par en par.

Ya habíamos mencionado que habían existido intentos tímidos de asentamientos franceses e ingleses, con William Adams como el europeo que tuvo mejor trayectoria dentro del *bakufu* como consejero. Realmente, los únicos que pudieron sacar un humilde beneficio fueron los holandeses, los cuales pudieron introducir enseñanzas sobre ciencia europea que permitió a los japoneses no estar tan desfasados como pudiera parecer, a pesar de que esa autarquía les estaba impidiendo conocer muchas de las novedades tecnológicas que estaban aconteciendo.

Sería a finales del siglo XVIII cuando comenzarían a verse de nuevo barcos extranjeros, en esta ocasión rusos, con la intención de establecer relaciones comerciales con Japón. Sin embargo, como ya adelantamos en el capítulo 10, su éxito fue nulo, y serían seguidos por barcos ingleses que lo intentarían en la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, la mentalidad aislacionista estaba a punto de perder muchos enteros cuando los japoneses se enteraron de que China había perdido la primera guerra del Opio, dando el pistoletazo de salida para la firma del primero de muchos tratados desiguales. Estos son una serie de firmas de China con diferentes potencias europeas y con Estados Unidos que exigían diferentes términos, como la libre evangelización del cristianismo, la anexión de Hong Kong a Reino Unido (que ahora sí obtenía una colonia homóloga a la Macao portuguesa) o el pago de indemnizaciones de guerra. Poco a poco, tratado tras tratado, la China Qing se veía obligada a ir firmando concesiones comerciales, territoriales o religiosas. Y, obviamente, el *bakufu* no iba a permitir semejante ultraje a la autonomía

de Japón como reino. No sorprende, por tanto, que la historiografía documente que, cuando llegó la flota del comodoro Matthew Perry en representación de Estados Unidos, las autoridades japonesas no se sorprendieron, pese a que era la primera vez en doscientos años que un extranjero no autorizado ponía un pie sobre Japón.

Fotografía del comodoro Matthew C. Perry

En las reuniones con Perry, vemos un talante conciliador en ambas partes, en opinión de Yuste, por lo que consiguieron los estadounidenses lo que no habían logrado los europeos. Los representantes del Gobierno japonés parecieron entender que era imposible seguir oponiéndose al contacto, aunque fuese tímido, con el resto del mundo y, para evitar que las potencias acabasen repartiéndose el archipiélago, decidieron colaborar de buen grado. Por ello abrieron los puertos de Hakodate y Shimoda para que los barcos estadounidenses pudieran hacer escala en su ruta hacia Shanghai y a la vuelta, y se pidió la permanencia de un

representante de Estados Unidos dentro del reino. Así pues, se firmó en 1854 el Tratado de Kanagawa, en el que quedó todo estipulado, abriendo la veda para que otros países interesados en el comercio con Japón como Rusia o la siempre amiga Holanda los pudiesen firmar.

Sin embargo, Estados Unidos no se conformaría con lo firmado, y buscaría un tratado desigual similar a los existentes en China. El conocido como Tratado Harris de 1858 estipuló que los puertos de Tokio quedaban abiertos al comercio estadounidense, así como los de Kobe, Nagasaki, Niigata y Yokohama; que los ciudadanos estadounidenses obtenían la posibilidad de vivir y comerciar en esos puertos, además de que podían ser legislados con las leyes estadounidenses y no con las japonesas; y obtenían impuestos a la baja en las importaciones y las exportaciones. Japón consiguió, no obstante, mantener Kioto cerrada para el extranjero. Por desgracia para el ejecutivo nipón, este no sería el último, sino el primero de cinco firmados con, además de Estados Unidos, Rusia, Francia, Reino Unido y Países Bajos, camuflados bajo el título de Tratados de amistad y comercio.

En el caso del tratado español, creado bajo esa nomenclatura, hubo que esperar al año 1868, y sus éxitos fueron más humildes que los de las potencias mencionadas arriba. En él se estipulaban condiciones como la presencia de un embajador español permanente en Japón, con libertad de movimiento dentro del reino; la posibilidad de comerciar en aquellos puertos abiertos a las demás potencias; el derecho de los futuros españoles residentes en el archipiélago a profesar su religión libremente o la obligación de que estos futuros emigrantes estuviesen adscritos a la judicatura española, o dicho de otro modo: serían las leyes españolas las que los juzgarían, no las niponas.

Sin embargo, en el descontento anteriormente mencionado, se ha obviado deliberadamente a los *daimyōs* que habían sido ultrajados tras su derrota en Sekigahara. Habían sido expropiadas sus tierras, y ellos habían sido reubicados en zonas vigiladas por aliados del *bakufu*, lo que les daba poca maniobra de acción. Sin embargo, con el descontento general, con los Tokugawa ocupados de asuntos como las crisis de subsistencia o las presiones externas, no desaprovecharían estos *daimyōs tozama* la posibilidad de intentar hacer el máximo daño posible. Los

Satsuma y los Mori, entre otros, comenzarían a fundir armas al estilo occidental, lo que les daría una ventaja notable en caso de conflicto.

La situación era insostenible. Los Tokugawa habían perdido la eficacia que habían demostrado creando un Estado férreo, sin necesidad de injerencia externa, y regulado hasta el milímetro. Su administración había sido efectiva y la delegación sobre los *daimyōs* en lo que a poder provincial se refiere le ahorró muchos quebraderos de cabeza. Pero el clima no se puede controlar, y cuando vienen malos tiempos, todas las piezas caen como si de un dominó se tratase. Pero lo peor estaba aún por llegar.

Con una situación tan delicada internamente, la visión de que el *bakufu* había aceptado sin reticencias las exigencias de las potencias extranjeras no hizo sino provocar mayores reticencias entre aquellos que desconfiaban abiertamente sobre la gestión Tokugawa. Los *tozama* se estaban preparando para un conflicto, aprovechando la apertura, utilizaron técnicas novedosas en Japón. Quizá fuese por ello por lo que el *bakufu*, dividido en torno a facciones que giraban en el visto bueno o no de la apertura a Occidente, decidiese confiar en Tokugawa Nariaki la defensa del reino. Nariaki era, para más señas, el señor de Mito, y encabezaba una de las tres ramas familiares sobre las que se podía elegir a un sucesor al *bakufu* si la rama principal no contaba con un descendiente. Pero poco pudo hacer para apaciguar el panorama. En primer lugar, nos encontramos con que unos eran partidarios de la apertura, mientras que otros, entre los que se incluía Nariaki, era reticente a ello, y estaban comenzando a utilizar argumentos que servirían de base al nacionalismo japonés. Por otro lado, si bien fue nombrado en el año 1858, murió en 1860, por lo que no tuvo tiempo material de poder realizar reformas de calado.

Sin embargo, sí que pudo asistir al fallecimiento del *shōgun* Tokugawa Iesada, del que se decía que estaba incapacitado mentalmente para gobernar. Fue el antepenúltimo gobernador militar y, por hacer una analogía, también fue el antepenúltimo emperador Ming Zhū Chángluò, un joven que apenas gobernó unos meses en 1620 debido a problemas similares. La consanguinidad trae este tipo de problemas, y en Europa ha habido casos sonados muy parecidos y más dañinos, como el de Carlos II de España, que gobernó casi cuarenta años.

Iesada no dejó herederos, lo que provocó una lucha feroz entre dos candidatos, entre los que se contaba el hijo de Nariaki, Tokugawa Yoshinobu. Finalmente los apoyos se decantaron por el otro candidato, Tokugawa Iemochi, el cual apenas era un niño. La decisión se tomó por miedo a que Yoshinobu escuchase a su padre e hiciera retrocesos en el aperturismo del reino. Iemochi fue controlado por el *daimyō* Ii Naosuke en calidad de consejero, cargo que ostentaba dicho clan. El lector ya se habrá acostumbrado a mis analogías, y, por seguir con el juego de mirar más allá de las fronteras niponas, volveremos la vista a China. Allí, el penúltimo

emperador, Zhu Youxiao, llegó al trono joven y el gobierno recayó en manos de un eunuco, Wei Zhongxian, el cual creó un reinado del terror eliminando a sus opositores, como la escuela Donglin. Naosuke no fue en absoluto tan sanguinario, pero, por ejemplo, fue quien firmó los tratados desiguales con las potencias sin contar con el permiso imperial, además de recluir a los *daimyōs* reticentes a la apertura que se encontraban en la capital. Y si bien estas medidas eran, sobre el papel, para evitar un desastre mayor como en China, no evitaron que en marzo de 1860 un grupo de samuráis encabezados por Yoshinobu, el señor de Mito, le asesinasen, reivindicando una escuela conocida como *sonnō jōi*, literalmente: «reverenciar al emperador, expulsar a los bárbaros».

Estos *bushis* no se limitaron a matar a Naosuke, sino que se mantuvieron en Edo y en Kioto sembrando el caos en las calles, con la esperanza de poder hacer presión para tratar de echar hacia atrás los acuerdos desiguales. No lo consiguieron, y tampoco pudieron evitar que el *shōgun* se casase con la hermana del emperador. Sin embargo, eso no les impidió acabar con las vidas de varios extranjeros, provocando que en 1863 los británicos bombardeasen Kagoshima, la sede del clan Satsuma, para forzar que se castigase a los culpables. La respuesta no vendría del *bakufu*, sino de los propios extremistas, apoyados por el clan Chōsū, que forzaron al emperador a firmar un acuerdo en el que se fechaba en junio de 1863 la expulsión de los extranjeros. Ante la tibieza del *shōgun*, decidieron pasar a la acción y disparar con los cañones a la flota extranjera encontrada en el estrecho de Shimonoseki, la cual devolvió los disparos. Los intercambios violentos se sucederían hasta que en 1864 una flota conjunta estadounidense, francesa y holandesa desembarcara y destruyese los fuertes para evitar futuras agresiones.

Mientras, el clan Satsuma aprovechó para comprar barcos británicos, con la intención de crear una armada, lo que fue visto desde el *bakufu* con auténtico pavor. Sabían que había que introducir cambios urgentes en la política japonesa, pero nadie se atrevía a dar el paso. Ninguno de los actores involucrados quería perder su pequeña parcela de poder, pero lo cierto es que poco a poco comenzaba a fraguarse la idea de que, quizá, el Gobierno militar se había quedado caduco tal y como estaba. Fue en esta situación cuando se produjo un hecho que lo cambiaría

todo y que sería la sentencia de muerte del Gobierno militar: Satsuma y Chōsū limaron sus diferencias con respecto a la cuestión extranjera, pues entendían que lo que les unía era más importante que lo que les separaba, y lo que compartían era su animadversión hacia el Gobierno Tokugawa. Por eso, a finales de 1865 firmaron un pacto secreto en el que Satsuma se mantendría neutral con respecto a Chōsū, que desde el año anterior se veía sufriendo por una guerra declarada desde el propio *bakufu* contra el *daimyō*. Y aunque estaban en inferioridad numérica, los rebeldes vencieron a las fuerzas imperiales.

Retrato al óleo de Tokugawa Yoshinobu, el último *shōgun*. Obra de Tamaki Kinji.

Es en este contexto cuando murió Tokugawa Iemochi y ascendió al Gobierno el último *shōgun* Tokugawa: Yoshinobu, el hijo de Nariaki. Yoshinobu intentó llamar a

la calma y trató de hacer un conato de unidad entre los señores locales en tiempos tan complejos. Sin embargo, el daño estaba hecho, y antes de finalizar el año, tomó una decisión que se tornaba inevitable: renunciar a su cargo y desmontar el *bakuhan*, y confiar el Gobierno a un consejo de *daimyōs* que contase con el beneplácito del emperador. Según el acuerdo, conservaría sus tierras y pasaría a ocupar el cargo de primer ministro en el futuro Gobierno de transición japonés, ilusiones que el clan vio volar por los aires, al ver que Satsuma y Chōsū se oponían totalmente a dichas condiciones. Aquellos que habían sido humillados tenían en su mano la posibilidad de ejercer la venganza, y no la iban a desaprovechar.

Tampoco estuvieron de acuerdo multitud de *daimyōs* que estaban posicionados para formar parte del consejo transicional. En esta situación, en enero de 1868, las tropas de los Satsuma y de otros clanes entraron en el palacio del *bakufu* y proclamaron la Restauración, haciendo saltar por los aires un Gobierno militar que había durado casi doscientos setenta años. Los Tokugawa no sufrirían únicamente esa degradación, sino que además verían sus tierras confiscadas y su estatus igualado al de los demás propietarios de tierras.

Tras ello, se sucedería una breve guerra civil, la cual se solucionó en menos de un año y que contó con batallas muy localizadas, especialmente en Edo y en el norte de Honshū. En parte, la cuestión estaba en que, una vez vencido el enemigo común, ninguno de los actores involucrados en la derrota de los Tokugawa tenía ningún programa político marcado. Solo estaban de acuerdo en la necesidad de un nuevo régimen, pero no había consenso en cómo se debía hacer ni en quién debía liderarlo. Además, la fragmentación que se arrastraba en torno a la cuestión exterior se mantuvo en estos años posteriores al fin del *bakufu*. El hecho de que se aludiese a una «Restauración» significaba simplemente que había que poner la figura del emperador sobre la palestra, atraerlo a la primera fila del panorama político, pero no había nada pensado más allá. Hubo quien quiso un nuevo Gobierno al estilo feudal, mientras que hubo quienes creían que, habiendo visto lo que estaba ocurriendo a su alrededor, volver la vista al cambio era un suicidio. A la larga, ganaría esta tesis.

Retrato del emperador Meiji, de Eduardo Chiossone

El emperador Meiji ascendió al trono cuando apenas contaba con quince años, en el año 1867. Si bien su capacidad de ejercer el poder de forma directa fue mucho mayor que la de sus predecesores, no tuvo la posibilidad de gobernar sin rendir cuentas a nadie. De hecho, la idea de un emperador que gobernaba de forma directa y sin parapetos que le limitasen es una idea que se quedó caduca ya al comienzo del período Heian, por lo que volver a esa situación no se contemplaba. Solo se reivindicó su figura y se le aumentaron las atribuciones, pero en absoluto eso significó que aquellos que habían derrocado a los Tokugawa fuesen a quedarse de brazos cruzados sin intentar catar su trozo de pastel.

Posiblemente el reinado del joven Mutsuhito sea uno de los más importantes de la historia de Japón. En él se asistió a cuarenta y cuatro años claves para el

devenir del reino, dado que significó su apertura a las potencias mundiales de primera y segunda fila, a la industrialización del país, al comienzo de su imperialismo y al desarrollo en todos los ámbitos de un país que estaba realmente atrasado con respecto a sus competidores. No debemos olvidar que esta Revolución Meiji fue hecha desde las capas más altas de la sociedad, y que no fue en absoluto producto de un clamor popular. Es más, las capas más bajas serán reticentes a los cambios que se introducirán, en pos de una centralización del poder estatal.

De hecho, el señor de Satsuma, Ōkubo Toshimichi, decidió que podía ser una buena idea que el emperador abandonase Kioto y se trasladase a Edo, la que acabaría siendo renombrada como Tokio al ser elegida como la nueva capital del reino. De hecho, su nueva residencia sería el también renombrado Palacio Imperial, la antigua residencia de los Tokugawa. Sin embargo, el emperador no se mantuvo ocioso mientras los señores de los dominios dirimían sobre el futuro del reino. En abril de ese año promulgó la llamada Carta de juramento en la que se estipuló que se debía convocar una asamblea en la que se dirimiesen todos los asuntos de índole público, que se debían abandonar las costumbres pasadas y que se debían atener a los principios de la justicia internacional y que se debía buscar el reconocimiento de los demás países.

Aunque aún habría que esperar para ver la primera asamblea nipona, sí que se consiguió, por orden del propio emperador, abandonar el aislacionismo como medida política. Es muy posible que el emperador hubiese sido aconsejado con especial tesón por la corriente partidaria de la apertura, pero lo cierto es que se tomó el camino correcto, si bien los primeros tratados internacionales que se estaban firmando, como ya hemos señalado, eran notablemente injustos y desiguales. El poder directo se ejercía mediante la creación de unos ministerios, recuperando la tradición Heian, entre los que destacaría el Ministerio del Interior, que abarcaba competencias territoriales.

Además, es cierto que se comenzó a desmantelar determinados aparatos de Gobierno que se estaban quedando caducos. Y cabe decir que no se limitaron a esperar a que estos cayeran con el tiempo, sino que tomaron la iniciativa e intentaron, de forma paulatina, modernizar todo el reino, desde Hokkaido hasta

Kagoshima. Según Juenqueras *et al.*, decidieron comenzar con, quizá, la más peliaguda de todas: la cuestión local. Y esta solo tenía una solución posible: la abolición de los *han*. Estas medidas las encabezaron Satsuma y Chōsu, pero no tardaron en unirse los señores de Tosa o Hizen, amén de muchos otros que se sumaron con el objetivo de que el nuevo Gobierno les nombrase gobernadores de sus antiguos territorios, lo cual consiguieron. No deja de ser irónico que buscasen hacer lo mismo que en el período Nara. La abolición de estas propiedades llegaría en 1871, a cambio de cuantiosos acuerdos financieros con los antiguos señores: el Gobierno asumía sus deudas y los antiguos *han* accedían al diez por ciento de lo recaudado en sus expropiedades. Serían ellos los que fomentarían la creación de un nuevo ejército formado por población común mediante servicio militar obligatorio, en vez de por la clase guerrera anterior. A partir de este momento, el territorio se dividió en más de doscientos cincuenta *han*, lo que acabaría transformándose en las actuales prefecturas en las que se divide el país, reduciéndolas a cuarenta y tres.

En 1873 se creó un nuevo sistema tributario, una vez derribadas las barreras de las élites locales. La nueva forma de adquirir los impuestos dejó de ser el pago por especie de los campos de cultivo, y comenzó a pagarse con dinero, el cual dependía de un nuevo sistema monetario basado en el yen (inspirado en el dólar estadounidense). Para ello, hacía falta dejar claro quién era el propietario de la tierra, para saber quién tenía que rendir cuentas con el fisco. Por ello, se otorgaron certificados a los campesinos que habían pagado impuestos durante el período Edo. Sin embargo, esta medida no sería todo lo efectiva que se hubiese deseado, ya que muchos pequeños propietarios hipotecaron sus tierras para poder pagar los impuestos, lo que se tradujo en una nueva manera de arrendamiento de tierras.

No se puede pasar por alto el detalle de que los antiguos propietarios de las tierras diesen la espalda a aquellos guerreros a los que habían mantenido. Ahora los *bushis* no tenían respaldo legal para seguir ejerciendo sus actividades, y además eran igualados al nivel de los plebeyos, con lo que se esfumaban todos sus privilegios, como por ejemplo el de portar apellidos, ya que se permitió a los plebeyos adoptarlos a partir de 1870, y en 1876 se prohibió a los antiguos guerreros portar

espadas.

Por supuesto, todas estas medidas provocaron oposiciones claras. Por ejemplo, los campesinos estaban totalmente en contra del servicio militar obligatorio y de la nueva forma de propiedad sobre la tierra. Los samuráis, evidentemente, eran los mayores perjudicados con el nuevo sistema de Gobierno, aunque se hubiesen reciclado en posiciones de mayor especialización como la administración, en el profesorado o en la formación del ejército. Pero, en realidad, salvo algunas rebeliones campesinas localizadas, no hubo tumultos especialmente grandes, contra todo pronóstico. En lo que a revueltas samuráis se refiere, destacan dos en 1874 y 1876, de escasa importancia y fácilmente reprimidas por el nuevo ejército Meiji. La época del *bushi* llegaba a su fin.

Al igual que en Europa, el desarrollo del tren en Japón marcó un antes y un después en la percepción de la distancia, y abría un mundo de posibilidades a la hora de reducir el tiempo de viaje entre dos puntos.

En lo que a avances tecnológicos se refiere, la Revolución Meiji supuso el comienzo de una industrialización feroz que no ha tenido fin. El envío de representantes al extranjero les hizo ver de qué forma estaban evolucionando los países occidentales, y cabe decir que tomaron buena nota de lo visto. Uno de los primeros ámbitos en los que se comenzó a mejorar la producción fue, como no podía ser de otra manera, en el militar. Sin embargo, es en esta etapa cuando se

crea la primera red de ferrocarril entre Tokio y Yokohama, así como la primera red telegráfica.

El final del período Edo coincidió con la clausura de una etapa que había durado varios siglos. La entrada de influencias occidentales produjo un cisma irreconciliable en el que el país se vio dividido en torno a dicha cuestión, mas lo cierto era que solo había una posibilidad de acción: aceptar la injerencia extranjera antes de que esta fuese impuesta.

Si bien es cierto que la clase militar se veía ante la obligación de reciclarse o morir, se debe matizar que, si bien muchos entendieron la importancia del momento que estaban viviendo y, a su vez, comprendieron la necesidad de buscar alguna alternativa a su modo de vida, hubo muchos otros que plantaron cara y que, a la postre, formarían el ala más conservadora del Imperio. Sin embargo, sus mejores horas habían llegado a su fin.

La reivindicación de la figura imperial para acabar con el *bakufu* fue una estrategia arriesgada pero efectiva, pues como ya sabemos, nadie ha intentado nunca desafiar la autoridad del máximo dirigente del reino, con lo que cualquier iniciativa que se tomase «en su nombre» sería mejor vista que si la encabezase cualquier otra persona. Hemos visto períodos en los que el emperador era una mera comparsa en medio de los intereses de determinadas familias, pero con el emperador Meiji esto llegaba a su fin, y en ese momento serían los gobernantes los que le rendirían cuentas a la población y al propio emperador. Hablamos de un protoparlamentarismo que llevaría a las Cortes democráticas que existen hoy en día.

En la introducción de este libro que llega a su fin, hablábamos de que los dirigentes nipones fueron muy hábiles al firmar los tratados desiguales de forma voluntaria: haber esperado a que estas se viesen obligadas a entrar en el reino, provocando lo que podría ser un nuevo período de caos, ya que como hemos visto, los últimos años Tokugawa no se caracterizaron precisamente por la estabilidad. Por tanto, la pregunta no era si las potencias extranjeras iban o no a entrar por la fuerza en el archipiélago, sino cuándo, y se tomó la decisión correcta al ceder en prácticamente todos los puntos, ya que con ello compraban un tiempo muy valioso para ver las últimas tendencias tecnológicas e industriales en el exterior para, así, modernizar el reino. En resumen: evitar a toda costa que se repitiese

la situación de China era fundamental, y hay que decir que lo lograron.

A pesar de que el periodo Meiji se caracterizó por la modernización a todos los niveles del país, ello no significó que se descuidasen áreas como las humanidades. En la literatura se amplió el abanico de temáticas susceptibles de ser contadas y, al igual que entraron muchas novedades técnicas, también aparecieron en el panorama nuevas corrientes artísticas como el Romanticismo o el naturalismo. Los autores, además de traducir a sus homólogos ingleses o franceses, eran profesores y dominaban buena parte de las técnicas literarias. Natsume Sōseki, por ejemplo, era traductor de novelas inglesas, compositor de *haikus* y profesor. Mori Ōgai era traductor y médico militar, además de crítico literario. No era extraño que los propios autores escribieran sus inquietudes o su forma de ver el panorama literario nipón y creasen sus propios estudios de literatura comparada.

En definitiva, el fin del período feudal japonés fue traumático para muchos, pero no dejo de ser, a su vez, un nuevo momento lleno de oportunidades, en el que se acababa con ciertos privilegios y que buscaba algo más que mantener el *statu quo* con reformas inocuas, el cambiar para que nada cambiase. Estas reformas se hicieron para mejorar el país, para ponerlo en la primera línea mundial y para mejorar la calidad de vida de todos. Sin embargo, como hemos visto, este cambio tan radical no estuvo exento de problemas. Pero eso sería problema del futuro.

Epílogo.
La vida sigue

Con el ascenso de Mutsuhito al trono imperial, y con el derribo controlado del *bakufu* Tokugawa, la época feudal de Japón llegaba a su fin. Si bien hay historiadores que fechan el fin de la época medieval nipona justo en el año 1603, cuando este clan se hizo con el control del país, he decidido contar también la etapa posterior por diversas razones. La primera de ellas se debe a que la clase militar existente en el período Edo era heredera directa del Muromachi, por lo que aún existía una estratificación social muy jerarquizada en la que la clase militar era la cúspide, sin contar al *bakufu* y a la Corte. Otra de ellas alude al hecho de que los samuráis desaparecieron en su práctica totalidad durante el período Meiji, si bien en el Edo su actitud se relajó y apenas hay conflictos reseñables en torno a ellos hasta los últimos años. La siguiente es referente al hecho de que Japón se aislase como potencia y viviese una especie de *impasse* con respecto al exterior, perdiéndose así buena parte del desarrollo tecnológico de los siglos XVII y XVIII, quedando ligeramente retrasados, entendiendo que el gran salto se daría a finales del siglo XIX, recuperando en un período muy breve de tiempo todo lo que Europa había avanzado en ese siglo. Por último, considero poner punto y final a este libro al acabar el período Edo porque la gran crisis ideológica, si es que tal existió, se debió producir al final del Gobierno militar y no en plena reunificación.

Dicho de otro modo, podríamos considerar más duro de asimilar el hecho de que se presentasen en las costas niponas unas potencias visiblemente más avanzadas exigiendo derechos de fondeo y otros beneficios a costa del Imperio, con la diatriba de que si no se aceptaban las condiciones de estos tratados abusivos, la alternativa era, previsiblemente, una guerra que nadie sabía cómo podía acabar, aunque el ejemplo de China era realmente ilustrativo. Esto puede parecer más traumático que la idea de unos misioneros cristianos tratando de evangelizar en un Japón que ya no estaba fragmentado y que debía de ser más sencillo de controlar que en plena crisis de Gobierno dos siglos después. Los políticos que comenzaron la Restauración no lo tuvieron fácil, pero la mayoría de ellos se decantaron por la opción que parecía menos dañina para el futuro del país, y no se equivocaron.

El futuro al que se enfrentaban las personalidades del momento era realmente incierto, pero habían comenzado por el camino correcto: ya no se podía dar la espalda al entorno en el que se encontraban, y su condición de archipiélago ya no les iba a servir para aislarse, gracias a las mejoras marítimas que se hicieron a lo largo del siglo, como el motor a vapor. Y si mirar hacia otro lado no podía ser una opción, ¿por qué no tomar la iniciativa?

Por ello, muchos representantes del Gobierno viajaron a las naciones occidentales para aprender los entresijos de una industrialización para la que había que prepararse, ya que se iban a quemar muchas etapas en un corto período de tiempo. Esta no se hizo esperar, y ya desde la década de 1870 se comenzó a tomar medidas. Por ejemplo, en 1871 se abolieron los dominios feudales en las prefecturas y se creó un sistema monetario que giraría en torno al yen como divisa principal. Un año después se crearía la primera línea de tren y el primer sistema educativo de enseñanza primaria. Eran medidas de enorme calado, que cimentaban las bases de la nación que Japón sería más adelante.

En la siguiente década se universalizó el telégrafo por todo el archipiélago, y sería a lo largo de la misma cuando se crearía una banca sólida y fiable en torno al Banco de Japón, aunque en la siguiente década habría más alternativas. En los años noventa se amplió considerablemente la red ferroviaria, lo que redujo por completo el coste del transporte de productos y el tiempo entre las distancias. Las industrias férricas tuvieron un enorme auge, lo que a su vez favoreció la creación de industrias militares.

Y es que no se puede entender las últimas décadas del siglo XIX nipón sin atender a su creciente militarismo, animado por un nacionalismo exacerbado y realmente arraigado en todo el país. Este se caracterizó por una tendencia cada vez mayor de proteger la tradición japonesa frente a todos los cambios en los que estaba siendo partícipe el país. Por ejemplo, en el año 1890 se nombró el sintoísmo como religión oficial, en un intento de, a su vez, defender a la autoridad imperial. Pero la difusión de las ideas nacionalistas arraigó cuando se introdujeron en la educación de los niños: realmente, el Estado estaba preparando a sus futuros soldados mediante cursos culturales que se complementaban con entrenamiento

militar enfocados a defenderse ante una hipotética invasión. Recordemos que, aunque dicha amenaza no se había formulado como tal, solo se estaba siendo precavido, debido a que el recuerdo de China aún estaba muy presente.

El primer partido nacionalista japonés es el Teiseito, fundado en 1882, y fue uno de los más importantes cuando se venció en la primera guerra sino-japonesa de 1894-1895, en las que China cede Taiwán, las islas de los Pescadores, la península de Liaodong, y se vio obligada a renunciar a la influencia china sobre Corea. El Tratado de Shimonoseki, en el cual se puso fin a la guerra, puso de manifiesto la superioridad japonesa que se había labrado en un muy corto período de tiempo, obteniendo así su propio tratado desigual sobre China.

La guerra ruso-japonesa de 1904 y 1905 fue la primera victoria nipona a una potencia considerada europea, de la cual obtuvo derechos sobre Manchuria, así como el uso de los ferrocarriles rusos en la zona, y la mitad meridional de la isla de Sajalín, al norte de Hokkaido. Por si fuera poco, en el posterior acuerdo Taft-Katsura con Estados Unidos, Japón obtenía el reconocimiento del control nipón sobre Corea, a cambio del reconocimiento del control estadounidense de Filipinas.

Participaría en la I Guerra Mundial a favor de las potencias aliadas, ocupando las islas Carolinas y las Marianas, recibiendo dichos archipiélagos al final del conflicto como resultado de las negociaciones de paz. No contentaron estas adquisiciones las reclamaciones principales niponas, que incluían el decreto de China como protectorado japonés. Esto no les pararía, y en el año 1931 invadirían Manchuria, vendida como una liberación manchú del yugo chino, y creó el régimen títere de Manchukuo, donde, curiosamente, colocarían al derrocado último emperador de la dinastía Qing, Puyi.

Lo que vino después es de sobra conocido. El nacionalismo japonés acercó posturas con la Italia fascista y la Alemania nazi, y juntos formaron el Eje. Iniciaron en 1940 la segunda guerra sino-japonesa y entraron de lleno en la Segunda Guerra Mundial, donde fueron derrotados y sufrieron en sus propias carnes los efectos de dos bombas atómicas, caídas en Nagasaki y en Hiroshima. Y perdieron la referencia espiritual que suponía el emperador cuando accedió a dar un mensaje en la radio. Escuchar su voz, y ver que era la de un mortal, le quitó todo el halo de

santidad que le otorgaba ser de la estirpe de Amaterasu.

Pero ¿en realidad ha sido tan funesto el devenir del pueblo japonés?

En absoluto. Si por algo se ha caracterizado el país es por su tesón y por su perseverancia a la hora de salir de complicadas crisis políticas, económicas o de subsistencia. En el período Azuchi-Momoyama comprendieron que ya había sido suficiente un siglo de disputas internas, y con paciencia y tesón se consiguió unificar el Imperio. Volvieron a mostrar mucha entereza en el colapso del *bakufu* Tokugawa, iniciando un período de profundas reformas que, si bien no contentaron a todos, sí sabían que lo más práctico era modernizar el país, para evitar un desastre aún mayor.

Incluso con una nación desolada, sus ciudadanos se sobrepusieron ante la adversidad y comenzaron la reconstrucción de las ciudades. Japón fue ocupado por los aliados hasta finales de abril de 1952, cuando se abrió un período democrático regido por una nueva constitución (dejando atrás la Meiji), y se adhirió al bloque occidental encabezado por Estados Unidos, en contraposición al comunista liderado por la URSS.

La cultura no se resintió en absoluto en el siglo XX, y nos dejó a grandes nombres de la literatura universal, como Yasunari Kawabata, Kenzaburo Ōe, Ryūnosuke Akutagawa, Yukio Mishima o Haruki Murakami, por mencionar unos cuantos. Las mujeres también continuaron escribiendo, entre las que destacan Banana Yoshimoto, Yoko Ogawa o Hiromi Kawakami. Comenzó a producirse en grandes cantidades el manga, así como el *anime*.

Hasta los años noventa del siglo XX, la economía nipona fue una de las más aceleradas, con un crecimiento constante superior al europeo. Su bolsa sigue siendo una de las más importantes de Asia. Sus industrias se multiplicaron, y se volvieron fuertes en la tecnología de dispositivos electrónicos. Fueron los amos y señores de la industria del videojuego, y en los mercados pujantes en inteligencia artificial, en la creación de robots y de maquinaria industrial. Hoy en día Japón es la tercera potencia mundial más importante del planeta, únicamente por detrás de Estados Unidos y China, y su demografía ha ascendido hasta los ciento veintisiete millones de habitantes, aunque su población envejecida y su baja natalidad sean

motivos de preocupación.

El período feudal japonés no fue enterrado, y mucho se ha escrito y teorizado sobre él. Al igual que la época medieval europea, en el siglo XIX y en el XX muchos autores contribuyeron a la romantización de sus personajes creando relatos épicos en los que el honor jugaba un papel fundamental. Es un proceso humano el mirar al pasado con nostalgia y adornarlo, y por ello, si se quiere saber la aproximación más veraz a los hechos, se debe acudir siempre a las monografías de historia. En este se ha tratado de ser lo más imparcial posible, y tratando de ver todos los hechos desde diferentes puntos de vista, con el objetivo de mostrar todo lo acontecido sin dejar de ser crítico, a la vez que apasionado. Confío en que el lector haya disfrutado de este viaje y que se anime a investigar sobre la cultura japonesa más allá de la actual. Si este libro consigue ser la puerta al estudio de un período emocionante y de una nación igualmente llena de valor intrínseco, este libro habrá conseguido su propósito.

Anexo

TABLA DE LOS PERÍODOS JAPONESES CON SUS EMPERADORES CORRESPONDIENTES

Paleolítico 100000-10000 a. C.

- N/A

Neolítico. Cultura jōmon 10000-300 a. C.

- Jinmu (660-585 a. C.)
- Suizei (581-549 a. C.)
- Annei (549-511 a. C)
- Itoku (510-477 a. C.)
- Kōshō (475-393 a. C.)
- Kōan (392-291 a. C.)

Neolítico. Cultura yayoi (300 a. C.-250 d. C.)

- Kōan (392-291 a. C.)
- Kōrei (290-215 a. C.)
- Kōgen (214-158 a. C.)
- Kaika (157-98 a. C.)
- Sujin (97-30 a. C.)
- Suinin (29 a. C.-70 d. C.)
- Keikō (71-130)
- Seimu (131-191)
- Chūai (192-200)
- Vacante (200-209)
- Jingū Kōgō (Regencia: 209-269)
- Ōjin (270-310)
- Nintoku (313-399)

Período Kofun. Estado Yamato (250-538)

- Richū (400-405)

- Hanzei (406-411)
- Ingyō (412-453)
- Ankō (454-456)
- Yūriaku (457-479)
- Seinei (480-484)
- Kenzō (485-487)
- Ninken (488-498)
- Buretsu (499-507)
- Keitai (507-531)
- Ankan (531-535)
- Senka (536-539)

Período Asuka. Estado Yamato (538-710)

- Kinmei (539-571)
- Bidatsu (572-585)
- Yōmei (585-587)
- Sushun (587-592)
- Emperatriz Suiko (593-628)
- Jomei (629-641)
- Emperatriz Kōgyoku (642-645)
- Kōtoku (645-654)
- Emperatriz Saimei (655-661)
- Tenji (661-672)
- Kōbun (672)
- Tenmu (672-686)
- Emperatriz Jitō (686-697)
- Monmu (697-707)
- Emperatriz Genmei (707-715)

Período Nara. Estado Yamato (710-794)

- Emperatriz Genmei (707-715)

- Emperatriz Genshō (715-724)
- Shōmu (724-749)
- Emperatriz Kōken (749-758)
- Junnin (758-764)
- Emperatriz Shōtoku (764-770)
- Kōnin (770-781)

Período Heian (794-1192)

- Kenmu (781-806)
- Heizei (806-809)
- Saga (809-823)
- Junna (823-833)
- Ninmyō (833-850)
- Montoku (850-858)
- Seiwa (858-876)
- Yozei (876-884)
- Kokō (884-887)
- Uda (887-897)
- Daigo (897-930)
- Suzaku (930-946)
- Murakami (946-967)
- Reizei (967-969)
- Enyū (969-984)
- Kazan (984-986)
- Ichijō (986-1011)
- Sanjō (1011-1016)
- Go-Ichijō (1016-1036)
- Go-Suzaku (1036-1045)
- Go-Reizei (1045-1068)
- Go-Sanjo (1068-1073)
- Shirakawa (1073-1087)

- Horikawa (1087-1107)
- Toba (1107-1123)
- Sutoku (1123-1142)
- Konoe (1142-1155)
- Go-Shirakawa (1155-1158)
- Nijō (1158-1165)
- Rokujō (1165-1168)
- Takakura (1168-1180)
- Antoku (1180-1185)
- Go-Toba (1183-1198)

Período Kamakura (1192-1333)

- Tsuchimikado (1198-1210)
- Juntoku (1210-1221)
- Chūkyō (1221)
- Go-Horikawa (1221-1232)
- Shijō (1232-1242)
- Go-Saga (1242-1246)
- Go-Fukakusa (1246-1260)
- Kameyama (1260-1274)
- Go-Uda (1274-1287)
- Fushimi (1287-1298)
- Go-Fushimi (1298-1301)
- Go-Nijō (1301-1308)
- Hanazono (1308-1318)
- Go-Daigo (1318-1339)

Período Nankobucho (Corte del norte) (1336-1392)

- Kōgon (1331-1333)
- Gobierno de la Corte del norte (1333-1336)
- Kōmyō (1336-1348)

- Sukō (1348-1351)
- Interregno (1351-1352)
- Go-Kōgon (1352-1371)
- Go-Enyū (1371-1382)
- Go-Komatsu (1382-1392). 1.° reinado

Período Muromachi (Corte del sur y unificadas) (1336-1573)

- Go-Daigo (1318-1339)
- Go-Murakami (1339-1368)
- Chōkei (1368-1383)
- Go-Kameyama (1383-1392)
- Go-Komatsu (1392-1412). 2.° reinado
- Shōkō (1412-1428)
- Go-Hanazono (1428-1464)
- Go-Tsuchimikado (1464-1500)
- Go-Kashibawara (1500-1526)
- Go-Nara (1526-1557)
- Ōgimachi (1557-1586)

Período Azuchimomoyama (1573-1603)

- Ōgimachi (1557-1586)
- Go-Yōzei (1586-1611)

Período Edo (1603-1867)

- Go-Yōzei (1586-1611)
- Go-Mizunoo (1611-1629)-Kotohito
- Emperatriz Meishō (1629-1643)-Okiko
- Go-Kōmyō (1643-1654) - Tsuguhito
- Go-Sai (1655-1663)-Nagahito
- Reigen (1663-1687)-Satohito

- Higashiyama (1687-1709)-Asahito
- Nakamikado (1709-1735)-Yasuhito
- Sakuramachi (1735-1747)-Teruhito
- Momozono (1747-1762)-Hidehito
- Go-Sakuramachi (1762-1771)-Toshiko
- Go-Momozono (1771-1779)-Hidehito
- Kōkaku (1780-1817)-Tomohito
- Ninkō (1817-1846)-Ayahito
- Kōmei (1846-1867)-Osahito

Período Meiji (1867-1912)

- Meiji-Mutsuhito)

Período Taisho (1912-1926)

- Taishō-Yoshihito

Período Shōwa (1926-1989)

- Shōwa-Hirohito

Período Heisei (1989-presente)

- Heisei-Akihito

Bibliografía

ALLEN, George: *Breve historia económica del Japón moderno*. Madrid: Tecnos, 1980.

BENEDICT, Ruth: *El Crisantemo y la espada*. Madrid: Alianza, 1946.

CABEZAS GARCÍA, Antonio: *El siglo ibérico de Japón: la presencia hispano-portuguesa en el Japón(1543-1643)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2012.

CID LUCAS, Fernando (coord.): *La narrativa japonesa: del «Genji Monogatari» al manga*. Madrid: Cátedra, 2014.

DAWEI, Cao y YANJING, Sun: *Historia de China*. Londres: China Intercontinental Press, 2011.

GERNET, Jacques: *El Mundo chino*. Barcelona: Crítica, 2005.

HANE, Mikiso: *Breve historia de Japón*. Madrid: Alianza, 2003.

HAWLEY, Samuel: *The Imjin War*. Berkeley: Conquistador Press, 2014.

HUANG, Ray: «*The Lung-ch'ing and Wan-li reigns, 1567-1620*». En: TWITCHETT, Denis; MOTE, Frederick W: *The Cambridge History of China. Vol 8. The Ming Dinasty, 1368-1644 Pt1*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

JUNQUERAS I VIES, Oriol; MADRID I MORALES, Dani; MARTÍNEZ TABERNER, Guillermo; PITARCH FERNÁNDEZ, Pau: *Historia de Japón: economía, política y sociedad*. Barcelona: Editorial UOC, 2012.

KIDDER, J. Edward: «*The earliest societies in Japan*». En: *The Cambridge History of Japan. Volume 1: Ancient Japan*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.

KYUNG, Moon Huang: *A History of Korea*. Londres: Palgrave Mcmillan, 2010.

LÓPEZ-VERA, Jonathan: *Historia de los samuráis*. Gijón: Satori, 2016.

OE, Kenzaburo: «*A new definition of Humanism, center and periphery*». En: RODAO,

F; LÓPEZ SANTOS, A. (eds): *El Japón contemporáneo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.

ONO, Sokyo: *Sintoísmo. La vida de los kami*. Gijón: Satori, 2014.

ORII, Yoshimi: «*Reinterpretación de la época Tokugawa para el Japón posmoderno*». En: CID LUCAS, Fernando (ed.): *¿Qué es Japón? Introducción a la cultura japonesa*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 2009.

REISCHAUER, Edwin: *Japón. historia de una nación*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1985.

SAMSON, George: *A History of Japan, 1334-1615*. Stamford: Stamford Publishing, 1961.

SECO, Irene: *Historia breve del Japón*. Madrid: Sílex, 2010.

SCHIROKAUER, Conrad; LURIE, David; GAY, Suzanne: *Breve historia de la civilización japonesa*. Barcelona: Bellaterra, 2014.

TAKIZAWA, Osami: *La historia de los jesuitas en Japón*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2010.

WALKER, Brett L.: *The Conquest of Ainu Lands: Ecology and culture y Japanese expansion, 1590-1800*. Berkeley: California University Press, 2006.

WHITNEY HALL, John: *El Imperio Japonés*. Madrid: Siglo XXI, 1973.

—, «The Muromachi bakufu». En: *The Cambridge History of Japan. Volume 3: Medieval Japan*. Cambridge: Cambridge University Press, 1980.

YUSTE, Javier: *El Imperio del Sol Naciente: La aventura comercial. Tres siglos de exploración y comercio de Occidente con Cipango*. Madrid: Nowtilus, 2015.